



**CEHSEU**  
CENTRO DE ESTUDIOS HEMISFÉRICOS  
Y SOBRE ESTADOS UNIDOS

# ESTADOS UNIDOS:

**PROCESOS INTERNOS,  
GEOPOLÍTICA MUNDIAL  
Y RELACIONES  
CON AMÉRICA LATINA**

**COORDINADOR: JORGE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ**



# **ESTADOS UNIDOS**

**PROCESOS INTERNOS, GEOPOLÍTICA MUNDIAL Y  
RELACIONES CON AMÉRICA LATINA**



# **ESTADOS UNIDOS**

**PROCESOS INTERNOS, GEOPOLÍTICA MUNDIAL Y  
RELACIONES CON AMÉRICA LATINA**

**Jorge Hernández Martínez (Coordinador)**

© Jorge Hernández Martínez, 2014.

Edición y corrección: Lisett Elías Ochoa.

Diseño: Geordany González O`conor.

e-ISBN 978-959-16-2403-1.

Editorial Universitaria.

Calle 23 entre F y G, No. 564, Vedado.

La Habana, Cuba. CP 10400.





## ÍNDICE

<b>Página legal.....</b>	<b>7</b>
<b>Índice.....</b>	<b>9</b>
<b>Introducción.....</b>	<b>13</b>
<b>Estados Unidos en el siglo XXI: una sociedad en transición.....</b>	<b>23</b>
I.....	26
II.....	31
III.....	38
IV.....	43
<i>Persistencia de los problemas surgidos a finales de los años de 1960</i> .....	44
<i>Deterioro de la imagen y credibilidad de los dirigentes políticos.....</i>	45
<i>Participación decreciente de los ciudadanos en los procesos</i> <i>electorales.....</i>	46
<i>Pérdida de compromiso partidista el empobrecimiento de la vida</i> <i>política.....</i>	47
<i>El aumento de la influencia política de las burocracias profesionales</i> .....	48
V.....	50
VI.....	55
VII.....	60
<b>Estados Unidos: el marco político, las elecciones de 2012 y</b> <b>perspectivas futuras.....</b>	<b>67</b>
I. Los resultados.....	67
Noreste.....	74
<i>Connecticut.....</i>	75
<i>Maine.....</i>	76
<i>New Jersey.....</i>	77
<i>New York.....</i>	78
Sur.....	79
<i>Florida.....</i>	80
<i>Delaware.....</i>	81
<i>North Carolina.....</i>	82
<i>Texas.....</i>	83
<i>Virginia.....</i>	84
Medio Oeste.....	85
<i>Ohio.....</i>	86



<i>Minnesota</i> .....	87
<i>Wisconsin</i> .....	87
<i>North Dakota</i> .....	88
Oeste.....	89
<i>Arizona</i> .....	90
<i>California</i> .....	91
<i>New México</i> .....	92
<i>Nevada</i> .....	93
II. Razones y lecturas.....	93
III. Camino a 2020.....	102
<i>Dinámicas internas</i> .....	102
<b>Estados Unidos hacia 2016: ideología y política un contexto cambiante</b> .....	<b>113</b>
Marco teórico e histórico: el sistema político, el proceso electoral y la cultura nacional.....	115
Las elecciones de 2012: preguntas e interpretaciones.....	122
Más allá de las elecciones presidenciales de 2012: perspectivas y opciones .....	129
<b>Estados Unidos ante el cambio geopolítico en el siglo XXI: seguridad nacional y límites de la hegemonía norteamericana</b> .....	<b>137</b>
La guerra fría: ¿legado, vigencia, “fin”?.....	140
La hegemonía norteamericana en el siglo XXI: entre la crisis y la recomposición.....	143
La seguridad nacional y el enfoque estratégico de los Estados Unidos bajo la “doctrina” Bush.....	148
<b>Estados Unidos: economía, geopolítica mundial y estrategia global</b> 163	
Introducción.....	163
Declinación hegemónica de Estados Unidos: breve aproximación.....	165
Consideraciones finales.....	183
Bibliografía.....	188
<b>América Latina y el caribe en la estrategia global de los estados unidos: el debate sobre el presente y el futuro</b> .....	<b>191</b>
I.....	192
II.....	196
III.....	201
Bibliografía.....	206
<b>Los retos actuales de la izquierda en América Latina, la “guerra de posiciones” y la contraofensiva imperialista</b> .....	<b>209</b>
Introducción.....	209
Efectividad e ineffectividad de la dominación transnacional.....	212

El acumulado reciente.....	214
El rechazo a los golpes de Estado y las dictaduras.....	216
La incorporación de franjas populares a la lucha política y electoral.....	218
Consideraciones finales.....	219
Bibliografía.....	219
<b>Estados Unidos-América Latina y la nueva dinámica hemisférica.....</b>	<b>221</b>
Introducción.....	221
El proyecto de dominación actual.....	230
Estados Unidos-América Latina entre viejos esquemas y nuevos enunciados: hegemonía, seguridad y prosperidad.....	234
<b>Los autores.....</b>	<b>239</b>
Roberto Regalado Álvarez.....	239
Luis René Fernández Tabío.....	239
Ernesto Domínguez López.....	239
Carlos Akira de la Puente.....	240
Roberto Yepe Papastamatín.....	240
Jorge Hernández Martínez.....	240



## INTRODUCCIÓN

Aunque es un lugar común la afirmación y el reconocimiento de que en América Latina el conocimiento de los Estados Unidos no es un acto festinado, gratuito, o expresión de curiosidad intelectual, sino un imperativo de la identidad cultural, la conciencia nacional, la soberanía e incluso, de la seguridad hemisférica, y de los logros que se han obtenido a través del quehacer investigativo, que proveen una importante base acumulativa de estudios profusos en datos e interpretaciones, la propia complejidad y dinamismo de los Estados Unidos, junto a la significación práctica que lleva consigo su proyección imperialista, reclama aún una constante aproximación científica comprometida con un mundo mejor, que es posible. En este sentido, sobradas son las razones para sentirnos insatisfechos con el nivel de comprensión que hemos alcanzado, partiendo de la convicción de que la posibilidad de contribuir desde el punto de vista práctico a que se avance en ese camino requiere de mayor profundización en la identificación, caracterización, diagnóstico y pronóstico de los procesos internos en curso en ese país, así como de un examen más riguroso de su estrategia global ante los cambios geopolíticos que tienen lugar en el sistema internacional, especialmente con respecto a América Latina.

Sin lugar a dudas, nos hallamos hoy en condiciones mucho mejores a la hora de debatir con otros especialistas y de explicar a los estudiantes en el ejercicio docente que hace unos años. En buena medida, los temas que son objeto de los trabajos que integran el presente texto, las preguntas que genera el proceso investigativo llevado a cabo, las hipótesis que se formulan, se derivan tanto de los intercambios académicos con colegas e instituciones de Cuba y de otros países, como del recurrente diálogo en el aula universitaria con alumnos de carreras de ciencias sociales y humanísticas, y de programas de maestría en esas ramas del saber.

Los estudios sobre los Estados Unidos desde América Latina requieren conjugar adecuadamente la ponderación histórica con el análisis estructural y el escrutinio coyuntural, evitando reduccionismos, esquematizaciones y dogmatismos, que a menudo han permeado los mismos. A pesar del trayecto cognoscitivo ya recorrido, sin embargo, siguen siendo válidas las observaciones de Amparo Menéndez-Carrión, expuestas hace veinte años, cuando determinados sectores de la izquierda latinoamericana consideraban que al enemigo no se le estudiaba, sino que se le combatía, con lo cual se alimentó cierto estancamiento o retraso en los estudios sobre la realidad estadounidense:

“Los esfuerzos para entender a los Estados Unidos --desde su propia lógica-- y comprender sus intereses en el Continente fueron vistos en el pasado, no pocas veces, como ‘apología del imperialismo’ o como incapacidad de generar un pensamiento propio frente a la tentación de alinearse en el sentido académico, adoptando acríticamente las creencias y las escuelas provenientes de aquél país. Ciertamente, la tendencia ideológica antinorteamericana, inhibió por muchos años la posibilidad de pasar de la mera condena amoral, política y jurídica de las prácticas hegemónicas de los Estados Unidos, a una mejor y más sustantiva comprensión de las fuentes y racionalidad de la política de ese país hacia sus vecinos del Sur (...). A la inversa, desde otras perspectivas se ha tendido a privilegiar la importancia de la integración y de la asimilación de los países latinoamericanos a modelos político-económicos y a prioridades definidas ‘desde Washington’, asignando a estas últimas un valor universal.”<sup>1</sup>

Desde luego, esta constatación no se manifiesta de forma homogénea a lo largo y ancho del subcontinente que se extiende desde el Río Bravo hasta la Patagonia, ni entre las islas del mar Caribe, que son parte de las coordenadas geográficas, históricas y culturales de Nuestra América. La dominación estadounidense ha tenido expresiones mucho más directas, prolongadas y traumáticas en ciertos casos, generalmente respondiendo a la prioridad que reviste, para el despliegue de los intereses expansionistas, la potencialidad económica o la significación geopolítica de determinados países, regiones o subregiones. Desde este punto de vista, es obvia no sólo la relevancia atribuida --por ejemplo-- a países como Cuba y México (naciones ambas con culturas hispanas, que comparten fronteras con el imperio). Sino también la antigua y conflictiva relación que los Estados Unidos establecen con ambos desde hace más de dos siglos, a través de su política exterior, lo cual condiciona en buena medida la situación que prevalece en la actualidad.

A la luz de la actualidad --vale decir, del segundo decenio del siglo XXI-- el presente volumen reúne aproximaciones que pasan revista a momentos descolantes de la realidad norteamericana, examinan los procesos sociopolíticos ideológicos internos, la economía y la proyección internacional de los Estados Unidos, sobre todo desde el punto de vista de su estrategia global y con un sentido perspectivo en el escenario geopolítico y geoeconómico en que vivimos y hacia donde parece dirigirse el futuro. En ningún caso se ha pretendido la exhaustividad ni la conclusividad, procurándose más bien ofrecer puntos de vista acerca de cuestiones que se manifiestan hoy en la plenitud de su significación en términos de tendencias de largo plazo, y/o mediante su materialización coyuntural, a través de formas histórico-concretas, y que contribuyen a conformar una visión de conjunto de la multidimensional realidad

---

<sup>1</sup> Amparo Menéndez-Carrión, “Presentación”, en: Jorge Nef y Ximena Núñez, **Las relaciones interamericanas frente al Siglo XXI**, FLACSO-Ecuador, Quito, 1994.

norteamericana. Por supuesto que, dadas las limitaciones de espacio, no es posible reflejar en un único volumen la amplísima diversidad de ángulos, subtemas, problemas, que tanto al nivel interno como exterior de los Estados Unidos hubiesen requerido de atención, y que de hecho son objeto de análisis a través de numerosos artículos, ponencias, monografías, algunos libros, así como de no pocos trabajos científicos orientados a la defensa de grados científicos, que forman parte de la labor acumulada de los especialistas del CEHSEU, sobre todo en los últimos años.

Es importante retener (o reiterar una vez más, dado que ha estado presente en la mayoría de los trabajos producidos en el Centro) como premisa histórica y teórica sobre la cual descansan las reflexiones que se exponen, el hecho de que los Estados Unidos fueron la primera nación moderna, anticipada en su gestación, incluso, a la sociedad que nace de la Revolución Francesa un decenio después. La formación de la nación norteamericana que sigue a la Revolución de Independencia se gesta en la segunda mitad del siglo XVIII a partir del conocimiento maduro de la teoría política más avanzada, en el momento en que se da el proceso de constitución de su estado nacional, lo cual coincide con su independencia de Gran Bretaña. Su surgimiento, empero, se plasma en un matizado entramado sociodemográfico, etnocultural y político-jurídico, en el cual se distingue la coexistencia, en la práctica, de «dos repúblicas», cuyo desarrollo se extiende desde el decenio de 1780 hasta los años de 1860: una en el Norte, más liberal, pero que, entre otras cosas, por ejemplo, negaba el sufragio a los inmigrantes católicos alemanes e irlandeses; y otra en el Sur, muy conservadora, donde prevalecía el racismo contra la población de origen africano, inspirado en las concepciones elitistas acerca de la superioridad blanca.

Además de ser un país que nació con un régimen político liberal que permanece y se reproduce, los Estados Unidos pueden asumirse al mismo tiempo como una nación que ha conocido, en lo fundamental, un solo modo de producción: el capitalista, el cual desde sus inicios tiende a reproducir –a partir de las experiencias, de la influencia de las relaciones sociales de producción de que eran portadores aun sin conciencia de serlo, y del imaginario colectivo que poseían los colonos ingleses–, en otro territorio, las estructuras de la sociedad británica de procedencia.

Estas afirmaciones no pueden considerarse, desde luego, sin los matices obligados que exige la propia naturaleza contradictoria y compleja de la realidad histórica. En este sentido, sería simplificadora y errada, por una parte, la visión de los Estados Unidos cual paradigma liberal, desconociendo el hecho de que, si bien el liberalismo solía significar la forma republicana de gobierno y la libertad personal, en ese país existía, en efecto, una república, pero conquistadora y esclavista. Es decir, no debe confundirse la imagen que

construye y difunde la propaganda liberal –sobre todo hasta los años treinta–, y la cultura política realmente existente en la sociedad norteamericana.

Por otra parte, es imprescindible tener en cuenta que ningún modo de producción se conforma cual fenómeno químicamente puro, sino a través de procesos que de manera ecléctica y dialéctica mezclan diversas relaciones sociales de producción. Así, no quedarían fuera del mosaico histórico concreto que define al capitalismo como modo de producción en los Estados Unidos, las contradicciones y particularidades que introducen elementos como los inherentes a los tipos de «productores propietarios» (*Farmers and Mechanics*) y al régimen de esclavitud, consustancial a la economía de plantación que sostenía la producción algodonera en los estados sureños.

En ese proceso histórico, el mercantilismo y el capitalismo inglés trasladan al ámbito norteamericano un conjunto de prácticas, visiones y concepciones, es decir, una cultura. En cierto modo, la sociedad norteamericana responde a un tipo peculiar de colonización –diferenciada de la que se afianza en América Latina–, que el historiador Louis Hartz en su libro titulado **La tradición liberal en los Estados Unidos** denomina la «sociedad fragmento», es decir, países nuevos que surgen lejos de la metrópoli, pero fundados a imagen y semejanza de esta; sociedades que no conocen el proceso de mestizaje, que no tienen relación con los pueblos nativos, como sí sucedió en distintos lugares de América Latina como resultado de la conquista y colonización española o portuguesa, la cual produjo sociedades claramente diferenciadas.

Los Estados Unidos vivieron su etapa de gestación y crecimiento como nación lejos de los centros de poder fundamentales en esas etapas. Al inicio, el mundo era euro-céntrico, mediterráneo-céntrico. Eso le permitió a dicho país regular su grado de participación en conflictos internacionales. Cuando se hizo independiente, en la última parte del siglo XVIII, fue un país que no quedó inmerso en la dinámica de las disputas internacionales. Se sustrajo a los conflictos en Europa y se consagró al desarrollo productivo, tecnológico, científico, interno, sacando obvia ventaja a las potencias europeas y, en particular, a Gran Bretaña, la nación dominante en el siglo XIX. A la par, los Estados Unidos siempre han librado todas sus guerras en territorios ajenos, y la destrucción bélica la han cargado otros países. Por el contrario, han podido reforzar su economía en tiempos de guerra, tener grandes avances industriales y ningún daño en su territorio. De ahí que hasta el 11 de septiembre de 2001, los Estados Unidos gozaran, en notable medida, de un alto grado de seguridad interna, debido a que, con pocas excepciones (la guerra con Gran Bretaña en 1814, en que la capital misma de la nación estuvo asediada, y la guerra civil, entre 1861 y 1865), los conflictos se libraron fuera de sus fronteras.

Como precisión contextual, no se pierda de vista que los Estados Unidos no gozan en la actualidad de la posición privilegiada que los caracterizó, durante la

segunda posguerra, a nivel económico, político, militar, del consenso interno y de las alianzas internacionales de entonces, y a partir de lo cual la noción de la hegemonía norteamericana era indiscutible. Tampoco se encuentran en una situación como la que alcanzaron a comienzos de la última década del siglo XX, al remontar la crisis del decenio anterior y lograr la recomposición relativa de la hegemonía perdida, mediante el enorme poderío militar y mediático que exhibieron en la Guerra del Golfo Árabe-Pérsico que se desplegó entre 1990 y 1991, en un mundo en pleno proceso de reestructuración. Justamente, el contexto que define la terminación del siglo XX e inicio del XXI ha propiciado y estimulado el debate inconcluso, necesario, con implicaciones no sólo teóricas, sino político-ideológicas, acerca de la declinación o recuperación hegemónica del imperialismo norteamericano, y de las transformaciones estructurales que se desarrollan al interior de la sociedad estadounidense.

En virtud de las particularidades históricas que le distinguen desde su surgimiento como nación y a través del desarrollo capitalista e imperialista allí, los Estados Unidos se han caracterizado, además, por su peso significativo en el sistema internacional. Desde las postrimerías de su independencia, como resultado del establecimiento y expansión de sus estructuras de dominación --económicas, políticas y militares--, la influencia de los valores y más ampliamente, de la cultura norteamericana, ha sido decisiva para el rumbo de los asuntos mundiales, desde la pasada centuria y hasta la actual. En ello se conjugan la vía del intervencionismo y las tradicionales prácticas neocoloniales (el poder duro), y la de mecanismos ideológicos y mediáticos (el poder blando e inteligente), completándose así, en determinadas épocas, la capacidad hegemónica norteamericana<sup>2</sup>.

Desde el siglo XIX y de manera más clara a lo largo del XX, la estructuración de los diversos órdenes internacionales y los ajustes estratégicos de la política mundial son ejemplos del papel ascendente como imperialismo, en términos de dominación y hegemonía, de los Estados Unidos, condición que se mantiene desde los inicios del XXI, a pesar de las contradicciones y crisis que le acompañan. El llamado “fin” de la guerra fría y de manera particular, los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, enmarcan el período más reciente de la historia norteamericana bajo las coordenadas de un debate aún inconcluso acerca del predominio de los Estados Unidos a escala global, en el que la noción de hegemonía se redimensiona alrededor de su declinación o discusión, implicando discusiones estratégicas sobre el liderazgo, poder y seguridad internacionales.

---

<sup>2</sup> El concepto de hegemonía se asume desde la perspectiva *gramsciana*, profundizándose en el mismo más adelante. Las precisiones sobre poder duro, blando e inteligente responden a la concepción desarrollada por Joseph Nye, Jr., sobre todo en sus obras *Soft Power: The Means of Success in World Politics*, Public Affairs, New York, 2004, y *The Powers of Lead*, Oxford University Press, Oxford, 2008.



En el breve lapso histórico de diez años, esos dos puntos de inflexión mundial propician que los respectivos presidentes de los Estados Unidos (Bush padre e hijo), se precipiten al referirse al cambio en el orden internacional que en ambos momentos tiene lugar y a la capacidad de las proyecciones externas de ese país, basadas en el empleo de la fuerza (incluida la militar), a la luz de concepciones estratégicas que reajustan la doctrina y la práctica de la denominada seguridad nacional. En el primer caso, ante la desaparición del socialismo en Europa del Este y de la Unión Soviética, a partir de 1991 se reconceptualiza la percepción de la “amenaza” comunista que presidió la guerra fría, apareciendo nuevos “enemigos”; se redefine la noción de seguridad nacional, atribuyéndosele una multiplicidad de dimensiones que circunstancialmente deja atrás la visión estratégico-militar esencial que la connotaba; y se reorienta la política exterior ante diversos temas y escenarios. En el segundo, los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 conducen a otra redefinición de la seguridad nacional, al colocar de nuevo en un plano central la obsesión por el empleo de la fuerza (ante todo, la militar).

En realidad, el contexto mundial que se conforma al concluir el siglo XX y comenzar el XXI, condicionado por las tendencias de la globalización neoliberal, los regionalismos, la profundización de las interdependencias y la cada vez más marcada polarización de la riqueza y la desigualdad impuesta por las prácticas imperialistas, no hace sino enmarcar la nueva correlación de fuerzas en el escenario internacional, en la que el predominio de los Estados Unidos se impone en el juego estratégico del tablero mundial mediante su sistema de dominación. Los empeños gubernamentales en que esta dominación adquiera, de nuevo, atributos hegemónicos, se expresan durante toda la primera década del siglo XXI más allá de la constante apelación a la política exterior belicista e intervencionista, afincada en las nuevas concepciones de la estrategia de seguridad nacional, al acudir a la ideología dominante que ha forjado la identidad norteamericana y los valores que la sustentan, a fin de preservar su legitimidad y el consenso. Una vez más, los Estados Unidos se basan en la convicción de que el uso combinado del poder duro, junto al suave e inteligente, garantiza el logro de las metas políticas y estratégicas en la arena global: proteger y promover el interés nacional, la seguridad, la prosperidad económica y los fundamentos ideológicos que son, entre otros, base de la hegemonía norteamericana.

El contexto internacional contemporáneo puede definirse aún por una prolongada transición histórica en la que confluyen la resaca del orden mundial que comenzó a establecerse al “terminar” la guerra fría, a partir de 1991, y las repercusiones globales del 11 de septiembre de 2001. Las preguntas formuladas ante el cambio geopolítico que generan ambos hitos siguen siendo vigente: por un lado, si el mundo estaba al terminar el siglo XX frente a una configuración internacional que pasaría de la bipolaridad a la unipolaridad, al

desaparecer el comunismo, en una hegemonía de los Estados Unidos, o si bien avanzaba hacia una correlación multipolar, regida por el derecho y la participación de la comunidad internacional; por otro, si la guerra global contra el terrorismo significaba que los Estados Unidos se afirmaban como el líder hegemónico, sin mayores contrapesos que limiten sus tentativas de intervención.

En el plano interno, también se operan importantes mutaciones que evidencian un cambio sustancial en la fisonomía económica, social, política y cultural de ese país. Como lo que acontece en su proyección exterior, el conjunto de tales transformaciones puede considerarse como un extendido proceso de transición, cuyas bases se perciben desde finales de la década de 1970 y de manera especial, desde el decenio de 1980, en el contexto de la denominada revolución conservadora, fundamentalmente a lo largo del doble período presidencial de Ronald Reagan.

Desde luego que un importante punto de inflexión en la historia reciente de la sociedad norteamericana --cuyos efectos aún se manifiestan casi quince años después, pudiendo aseverarse incluso que algunos de ellos continuarán desplegándose en el futuro cercano—radica en los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. Como lo describiera oportunamente José Luis Valdés Ugalde, “la vida toda en los Estados Unidos cambió radicalmente a raíz de los atentados. La sociedad perfecta en la nación perfecta fue penetrada por la amenaza externa: ‘hemos perdido la inocencia, es quizás la expresión más representativa de entre las muchas que surgieron el mismo día del atentado y que dan cuenta de la pérdida que significó para los estadounidenses este desenlace. Si se revisa la muy copiosa literatura surgida a partir de los atentados, colmada de testimonios de cronistas y de ciudadanos comunes y corrientes, se dará cuenta de que después del 11 de septiembre los estadounidenses tienen más pavor a la pérdida de control que a la muerte. Su pasmo se desprende fundamentalmente de la idea de que se habían sumido en un futuro apocalíptico que si bien había sido plasmado magistralmente por los medios masivos y el mundo de la ficción literaria y cinematográfica al interior de la cultura iconográfica, la sociedad en ese país no estaba preparada para afrontar un mundo *tan real* como el que se le presentó en forma contundente en esa fecha”<sup>3</sup>.

Los atentados terroristas de septiembre de 2001 muestran un mundo donde ya no sólo se registraban conflictos entre Estados. En la primera fase de la época que viene tras lo que muchos califican como el “fin” de la guerra fría ( o sea, durante el decenio de 1990), se apreciaba que, en contra del precipitado e

---

<sup>3</sup> José Luis Valdés Ugalde, “Comarca herida”, en José Luis Valdés Ugalde y Diego Valadés (Coordinadores), **Globalidad y conflicto: Estados Unidos y la crisis de septiembre**, IIJ/CISAN, UNAM, México, 2002, p. 12.

ilusorio pronóstico de Francis Fukuyama, de que la historia terminaba, los conflictos no sólo no desaparecían sino que se multiplicaban. Además, se evidenciaba la multiplicación de dos tipos de conflictos específicos: enfrentamientos derivados de la emergencia de un nuevo nacionalismo, que trataba de fragmentar Estados multinacionales y provocar procesos de secesión e independencia. Junto con ello, conflictos ligados a la expansión de visiones religiosas que impulsaban grupos fundamentalistas y que también iban desordenando la anterior comprensión del sistema internacional, a lo cual autores como Samuel Huntington atribuyeron la significación de que se trataba de un conflicto de civilizaciones, en tanto que el postmodernismo concluía con una visión pesimista según la cual prevalecería la fragmentación universal. Pero lo que no había ocurrido era un conflicto entre organizaciones no estatales de tipo multinacional y Estados, y menos entre este tipo de grupos y el Estado más poderoso del mundo. Lo que se hizo patente en el ataque a las torres gemelas del World Trade Center y al Pentágono es que aquellas entidades (de la sociedad civil internacional) tenían una capacidad de golpear y dañar sustancialmente a los Estados Unidos, a pesar de no ser ejércitos ni fuerzas armadas convencionales, y esto cambiaba la naturaleza de la concepción estadounidense acerca de su propia seguridad. Sobre esa base es que se pretende justificar por los ulteriores gobiernos de los Estados Unidos, la escalada militarista, intervencionista, genocida, con su especial expresión en Asia Central y el Medio Oriente. Aunque estos temas no son objeto del presente texto, forman parte del contexto en el que se redefine la estrategia global de los Estados Unidos ante la actual escena geopolítica internacional.

El presente libro es fruto del esfuerzo colectivo y multidisciplinario de profesores, investigadores y colaboradores del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), de la Universidad de La Habana, que durante los dos últimos años han profundizado en el estudio de los procesos y tendencias que se despliegan tanto al interior de la sociedad norteamericana como en el despliegue de la política exterior global de ese país, con la intención de arrojar luz sobre las dinámicas e interrelaciones que se manifiestan como parte de una transición histórica que lleva consigo cambios en la escena doméstica de los Estados Unidos y en el entorno geopolítico mundial que enfrentan.

Los trabajos que lo conforman coinciden en el empeño de comprender y explicar el fenómeno imperialista norteamericano contemporáneo, focalizándose en el primer decenio del siglo en curso y en los años que han transcurrido de su segunda década, con énfasis en el contexto de transiciones que se ponen de relieve dentro de un entramado de expectativas, cambios y permanencias, luego de la resonancia de las elecciones presidenciales de 2012 y de la reelección de Barack Obama como presidente de los Estados Unidos.

Emir Sader ha señalado con razón, al prologar en 2010 libro que recogía resultados del Grupo de Trabajo sobre Estados Unidos del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), publicado por esta institución y la Editorial Siglo XXI, que “los Estados Unidos de América siempre se han dedicado mucho más a estudiarnos a nosotros que nosotros a ellos. Los significados de las dos actitudes son distintos. Ellos se preocupan por nosotros como territorios de inversiones, como mercados. No hay preocupación por entendernos, menos todavía por comprender las eventuales influencias que pudiéramos tener sobre ellos. Nosotros los estudiamos para entender la lógica del imperio (económica, política, militar, ideológica), factor todavía determinante en la lógica del poder mundial.”

Con una intención como la indicada, justamente, es que se concibió el texto que ahora el lector tiene en sus manos, procurando trascender el nivel de reflexiones contenido en dos libros anteriores publicados por la Editorial de Ciencias Sociales: **Los Estados Unidos a la luz del siglo XXI**, en 2008, y **Los Estados Unidos y la lógica del Imperialismo**, en 2012, en los que también se presentaban resultados investigativos del CEHSEU, con el propósito de pasar revista a los principales momentos y etapas de la historia de ese país, así como al contexto de los años de 1990, con el que finalizaba el siglo XX y a la situación que, luego del irregular y fraudulento proceso electoral de 2000, junto a las consecuencias que introdujeron los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, definía el entorno norteamericano, tanto a escala interna como internacional, incluyendo las implicaciones de los comicios presidenciales de 2004 y 2008. En ese recorrido, se prestó atención a los cambios estructurales en el sistema político, a los fenómenos económicos, políticos, militares, ideológicos y culturales que han tenido lugar en la sociedad norteamericana, así como a las transformaciones que ha experimentado el entramado imperialista, cuya fisonomía refleja mutaciones significativas.

Según se pone de manifiesto a través de los primeros trabajos que componen el libro cuya lectura enfrentará el lector, el escenario interno que se configura en los Estados Unidos luego de los comicios presidenciales de 2012 y de haber transcurrido casi dos años del segundo período de Obama en la Casa Blanca pareciera confirmar que en ese país las elecciones no están concebidas ni diseñadas para cambiar el sistema, sino para mantenerlo y reproducirlo, dando continuidad a un contradictorio camino, plagado de tensiones económicas, políticas y sociales, en el que ni los partidos (demócrata y republicano) ni las corrientes ideológicas (liberal y conservadora) estarán en condiciones de ofrecer opciones viables que consigan solucionar las crisis. No se advierte un consenso nacional acerca de la manera de enfrentar los cambios necesarios en la economía, la política y la sociedad.

Al mismo tiempo, las perspectivas que se dibujan a través de las tendencias internacionales parecen proyectarse hacia finales de la década en curso, y tal vez hasta más allá. Como lo reflejan diversos documentos especializados emitidos por instancias gubernamentales relacionadas con la política exterior y de defensa, con proyecciones hacia 2030, el papel mundial de los Estados Unidos se modifica sensiblemente, reconociéndose que si bien ese país seguirá siendo una de las principales potencias planetarias, perderá su hegemonía económica a favor de China y que deberá enfrentar un mundo postoccidental. No será la potencia dominante, sino la primera entre iguales, es la afirmación que se hace en dichos informes, caracterizándose su estrategia global por una especie de rebalanceo o reequilibrio internacional, en medio de la relación con diversas alianzas mega-regionales. Estas cuestiones, como apreciará el lector, son objeto de escrutinio en uno de los trabajos.

Teniendo en cuenta la significación del ámbito latinoamericano para quienes estudiamos desde ahí a los Estados Unidos y la relevancia del debate acerca de los procesos en curso que obligan al imperialismo a reajustar sus proyecciones, el libro concluye con varios trabajos referidos a esta temática.

La Habana, Julio de 2014.

# ESTADOS UNIDOS EN EL SIGLO XXI: UNA SOCIEDAD EN TRANSICIÓN

Jorge Hernández Martínez

En sus esfuerzos dirigidos a la comprensión de la sociedad norteamericana, Charles Wright Mills dirigió su mirada hacia la complejidad estructural y funcional de la vida política y las interpretaciones que desde el conocimiento sociológico pretendían arrojar luz sobre la misma, advirtiendo contra las tentaciones intelectuales del “empirismo abstracto”, por un lado, y de la “gran teoría”, por el otro. En sus antológicas obras sometió a escrutinio tanto el proceso político como el contexto social en que el mismo se desarrollaba y las corrientes de pensamiento que prevalecían en los estudios al respecto en los Estados Unidos<sup>4</sup>. Exponente de una ciencia social crítica y comprometida con los imperativos éticos del investigador honesto, más allá de limitaciones conceptuales o metodológicas, Mills contribuyó a estimular una tradición de búsqueda acuciosa de evidencias empíricas que desmitificaran las visiones apologéticas y complacientes de una nación polarizada, excluyente y opresiva, con el mérito de destacar el estado --bastante generalizado-- de falsa conciencia existente en la sociedad norteamericana. Su obra no dejaba dudas acerca del criterio de que en una sociedad de clases, las ciencias sociales poseen un elevado coeficiente ideológico, que descartaba el afán objetivista del positivismo, y la pretensión de neutralidad que proponía el comprensivismo, como vertientes que lidereaban el universo sociológico a mediados del siglo XX.

Como lo sugería Mills --cuya manera de asumir el rol como sociólogo y su activismo militante lo denotan cual intelectual orgánico, según la precisión gramsciana--, la “promesa” que tenía ante sí el pensamiento crítico comprometía a las ciencias sociales con el empeño de ampliar la conciencia colectiva, mostrando esa conexión entre lo que calificó como “la biografía y la historia”.<sup>5</sup> A partir de ese reconocimiento, se trataba de ampliar la conciencia

---

<sup>4</sup> Se trata de sus conocidas obras, **La élite del poder**, publicada por el Fondo de Cultura Económico, en México, en numerosas ocasiones, y de **La imaginación sociológica**, publicada en Cuba por Edición Revolucionaria, y reeditada luego por esa misma casa editorial.

<sup>5</sup> Esas ideas las expresa en el primer capítulo de **La imaginación sociológica**, titulado justamente

colectiva sobre la forma en que la vida cotidiana (aún en la esfera de las relaciones más personales) era afectada por los grandes movimientos sociales de nuestra época. Con razón se ha expresado que dicho autor “esperaba que con esa mayor conciencia pudiéramos resistir con mayor efectividad las presiones organizadas que pesan sobre nosotros y también ejercer con mayor efectividad una influencia humana y no someterse al impulso aparentemente incontrolado de los acontecimientos”<sup>6</sup>.

Está claro que entre los factores que han tenido mayor impacto y trascendencia en la situación mundial y en la vida común a lo largo y ancho de la sociedad contemporánea, el dinamismo de los Estados Unidos, tanto interno como externo, se ubica como uno de primerísimo orden, dada su condición de país líder del sistema capitalista de relaciones internacionales, y sobre todo, a partir de la connotación que el imperialismo asume allí, con todos los rasgos y tendencias que lo denotan como fenómeno integral. El siglo XX finaliza en buena medida, como se sabe, bajo el condicionamiento de los procesos económicos, políticos, militares y culturales que la proyección exterior norteamericana irradia e impone en el acontecer mundial. Tanto por su efecto directo y explícito, como por su consecuencia indirecta e implícita, lo que pareciera ser el “impulso incontrolado de los acontecimientos” que acompaña la conducta imperialista de los Estados Unidos requiere de la profundización de esa conciencia necesaria de la que hablaba Mills. Bajo esa premisa cobra sentido el presente análisis.

Con la culminación de la pasada centuria, puede afirmarse que los Estados Unidos lograron, en sentido general (dentro del panorama mundial, y comparado con el decurso del país en el decenio precedente), avanzar en el proceso de restauración hegemónica en que se encontraba empeñado desde los años de 1980, que se extendió algo más de un decenio. Los acontecimientos que marcaron los inicios de la década de 1990 --la última del siglo XX-- marcaron simbólicamente, de modo favorable, un nuevo momento para el imperialismo norteamericano, a pesar de los tropiezos e inconsecuencias de Clinton, al finalizar el período. Al desplome del socialismo como sistema, anticipado en los países de Europa del Este y representado para muchos en el derribo del muro de Berlín, unido a la ulterior desintegración de la Unión Soviética, siguió la Guerra del Golfo Árabe-Pérsico, en la que los Estados Unidos hicieron gala de su tecnología bélica y de su maquinaria propagandística. En los años siguientes, la consolidación del poderío militar y mediático norteamericano, junto a una relativa recuperación económica, vigorización del consenso político interno y redefinición de las relaciones de concertación y alianza con los aliados imperialistas, condujo a una superación

---

“La promesa”.

<sup>6</sup> Peter Worsley, **El tercer mundo, una nueva fuerza vital en los asuntos internacionales**, Editorial Siglo XXI, México, 1978, p. 11.

de la crisis hegemónica que enfrentaban los Estados Unidos desde fines de la década de 1970.

Así, aun y cuando ese proceso no pueda asumirse con una connotación absoluta, sino caracterizada por contradicciones y reacomodos, ese país arribó al siglo XXI con una posición de hegemonía internacional renovada, en medio de un mundo unipolar desde el punto de vista político, y con rasgos multipolares en el orden económico, definido por la globalización neoliberal y un paulatino renacer de conflictos en diferentes latitudes, alentados precisamente por el mayor grado de explotación y despojo que lograba el capital transnacional. Ese es el marco general dentro del cual tiene lugar el escandaloso proceso electoral del 2000 en la sociedad norteamericana, en que se establece la administración de George W. Bush, en que tienen lugar los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, en que se despliega la beligerante ofensiva internacional de los Estados Unidos --a través de su presunta lucha contra el terrorismo, del nuevo enfoque de la política exterior militarista, denominada como “guerra preventiva”, que lleva primero a la invasión en Afganistán, y después a la prolongada guerra en Irak. Con ese telón de fondo es que, además, se llevan a cabo en 2004 las elecciones presidenciales, como resultado de las cuales se mantiene a Bush en la Casa Blanca por un segundo período, lo que profundiza las perspectivas de turbulencia y conflicto en las relaciones internacionales.

Teniendo en cuenta la complejidad de la situación actual, así como la necesidad de comprenderla como parte de una secuencia histórica única, las notas que siguen pretenden alcanzar un doble objetivo: mirar la historia de los Estados Unidos a la luz del presente, al mismo tiempo que utilizar el conocimiento del pasado para iluminar la comprensión de la actualidad. De ahí que se proponga retener ciertas claves metodológicas e históricas que permitan penetrar en el estudio de la política, la sociedad y la cultura norteamericanas, mediante una incursión por momentos y procesos cuya significación es tal que si no se les toma en consideración, la visión sobre la realidad estadounidense puede resultar parcial, limitada y hasta errónea.

Con esa intención, se presentará primero el conjunto de premisas desde las cuales se asume el contexto actual. Después, se realiza una caracterización abreviada y selectiva del proceso histórico global estadounidense, con la intención de puntualizar determinados presupuestos de utilidad analítica para el abordaje de las etapas más recientes. Luego se examinan aquellos factores que sobresalen en el desarrollo sociopolítico del país durante las últimas décadas del siglo XX, que poseen una connotación metodológica desde el punto de vista sociológico y politológico, a la hora de analizar el presente. Se expone también un resumido análisis del contexto que conduce a la actual centuria, incluyendo algunas de las repercusiones posteriores al 11 de septiembre. Por último, se insiste en que este repaso adquiere mayor



importancia dado el predominio republicano y conservador que matiza la sociedad norteamericana durante el primer decenio del siglo XXI --aún en despliegue--, cuyas implicaciones parecen inclinar el escenario futuro hacia una continuidad de las políticas conservadoras en curso, más allá de la alternancia partidista que pueda resultar de una u otra contienda electoral.

Las reflexiones contenidas en los epígrafes o apartados que tratan tales cuestiones regresan, con frecuencia, a las ideas que sirven de hilo conductor en el análisis, procurando hacer bueno el propósito que intenta fijar el título del presente trabajo: mirar a los Estados Unidos **a la luz** del siglo XXI, o sea, **desde** la posición epistemológica que provee la actualidad. La hipótesis que guía este trabajo se adscribe al criterio de que las tendencias que mueven, cual telón de fondo, a esa sociedad, responden a necesidades objetivas de la reproducción del sistema, cuyos márgenes de maniobra política y reservas ideológicas se estrechan dentro de un espectro que se aparta de las opciones de la tradición demoliberal, y cuya visibilidad se hace patente desde las dos últimas décadas de la anterior centuria.

## I

**D**esde que el siglo XX se acercaba a su fin, las ciencias sociales, y en particular, la historia, dedicaban atención a los procesos que --con el simbolismo que se le atribuye a esas circunstancias, como expresión de un cambio de época, de una transición en el sistema internacional, de transformaciones cualitativas en la economía mundial, la ciencia y la cultura de la sociedad contemporánea-- parecían afirmarse durante su último decenio. Intelectuales como Eric Hobsbawn, Paul Kennedy, Giovanni Arrighi, por ejemplo, reflexionaron a través de obras antológicas, que de inmediato se convirtieron en puntos de referencia casi inevitables en el debate historiográfico y las perspectivas que afloraron en la sociología, la ciencia política, la teoría de las relaciones internacionales y otras disciplinas afines.<sup>7</sup> La discusión acerca de si había sido un siglo corto o largo, de los hitos que marcaban su culminación e iniciaban el comienzo de la nueva centuria (coincidente con la apertura de otro milenio) adquieren carta de ciudadanía en la agenda de las ciencias sociales al terminar la década de 1980 y a lo largo de los años de 1990, bajo una fuerte polémica político-ideológico, que desborda las cuestiones teórico-filosóficas, la epistemología y la inquietud cosmovisiva. La apelación a esfuerzos historio-

<sup>7</sup> Es el caso de Eric Hobsbawn, **El siglo XX**, y de Paul Kennedy, **Auge y caída de las grandes potencias**, ambos publicados por diversas casa editoriales, en diferentes ediciones. Otros autores, como Giovanni Arrighi, en **El largo siglo XX**, se sumaban a la polémica, acogándose a la interpretación de Braudel, de que la característica esencial del capitalismo histórico en su larga duración estaba dada más por su flexibilidad y eclecticismo que en sus formas e expresión concreta.

gráficos como los de Arthur M. Schlesinger (hijo) no resultaron fecundos, toda vez que la realidad se resistía a su encuadramiento dentro de los ciclos de la historia norteamericana que se proponían como categorías interpretativas<sup>8</sup> Así, el análisis sobre el supuesto “fin” de la historia (que se entrelazaba con la reanimación de las propuestas acerca del (fin” de las ideologías, del progreso, de la modernidad), llevaba consigo la certeza del “fin” de la guerra fría y el surgimiento o renovación de percepciones basadas en el irracionalismo filosófico, subjetivismo gnoseológico, relativismo histórico, liberalismo económico, conservadurismo político. La denominada crisis de paradigmas implicada equivalía a reconocer el agotamiento e incapacidad de aquellas maneras más humanas, arraigadas desde las revoluciones burguesas, como modelos explicativos del progreso.

Sobre la base de argumentos como los esgrimidos por el “pensamiento único”, autores como Francis Fukuyama, pretendían dar cuenta de la crisis del socialismo real y afirmaban el triunfo histórico del capitalismo, en tanto que aparecían construcciones como las de Samuel Huntington, que a partir de la convicción en el “choque de civilizaciones”, subestimaban el significado de las contradicciones económicas y luchas políticas, colocando en el primer plano los conflictos religiosos, las pugnas raciales y étnicas, junto a los extremismos nacionales. Un autor como Jorge Castañeda se apresuraba, en ese contexto, a certificar la defunción de las utopías, los movimientos de izquierda de las revoluciones en América Latina.<sup>9</sup> Entretanto, la propia marcha de la historia real, ese viejo topo, ponía sobre la mesa de los científicos sociales un expediente de acontecimientos que crecía casi a diario, ante hechos como la guerra en el golfo arábigo-pérsico, la recuperación (más o menos relativa) de la crisis de hegemonía norteamericana que había trastocado la conducta habitual de los Estados Unidos como potencia líder del sistema mundial de relaciones capitalistas y conllevado el protagonismo europeo y japonés en diferentes ámbitos, la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en México, la profundización de la agresividad contra la Revolución Cubana, el conflicto bélico en Kosovo.

Como es lógico, las formas de aprehensión de esa compleja, cambiante y contradictoria realidad internacional se diferencian entre sí en consonancia con la matriz teórica y el compromiso clasista que se asuma, con conciencia plena o sin ella. Aunque las transformaciones que en el período citado propiciaban en el terreno intelectual la discusión sobre la crisis del marxismo, en tanto correlato intelectual que expresaba la crisis del socialismo real en los países de Europa del Este y la Unión Soviética, y el postmodernismo se presentaba con mejores credenciales al sostener argumentaciones como las que afirmaban la

<sup>8</sup> Las ideas de Schlesinger las expone en su libro titulado **Los ciclos de la historia americana**.

<sup>9</sup> Las principales obras en ese contexto fueron **El fin de la historia**, de Francis Fukuyama, **El choque de civilizaciones**, de Samuel Huntington y **La utopía desarmada**, de Jorge Castañeda.

fragmentación, con el transcurso de pocos años, o los enfoques neoliberales que situaban como foco la interdependencia, al estilo de Joseph Nye y Robert Keohane, concepciones de inspiración marxista, como las de Immanuel Wallerstein, referido al sistema-mundo, adquirirían similar relieve<sup>10</sup>. Así, tenía lugar un florecimiento del análisis acerca del fenómeno imperialista, condicionado en lo fundamental por los cambios internacionales aludidos. El énfasis de la producción científica que se va reavivando, si bien atendía al imperialismo en su conjunto, no podía sino detenerse, de modo especial, en la expresión histórico-concreta que adopta el fenómeno en los Estados Unidos, como líder del sistema mundial de relaciones capitalistas, y que constituye la máxima expresión del imperialismo contemporáneo: los Estados Unidos. Quizás lo más gráfico de tales esfuerzos se puede sintetizar con la mención al voluminoso libro de Antonio Negri y Michael Hardt, y a la polémica que, sobre todo a partir de la aguda disección de que es objeto por Atilio Borón, se extiende en las ciencias sociales, cobrando cuerpo teórico y empírico el estudio sobre el imperialismo norteamericano y su sistema de dominación mundial.

En el referido marco, el siglo XX finaliza, como se sabe, luego de un contradictorio y convulso proceso que transcurre durante sus últimos años, con un saldo paradójico para la situación interna y la proyección internacional norteamericana. Por una parte, junto al desplome del socialismo en Europa del Este y la desintegración de la Unión Soviética, la hegemonía de los Estados Unidos, como ya se mencionaba, mostraba indicios de recuperación de la crisis que la removi6 en el anterior decenio. El poderío militar e ideol6gico del imperialismo norteamericano exhibía su tremenda capacidad con la guerra del Golfo, en tanto que se fortalecía también su competitividad económica ante el empuje de Japón y los países europeos más desarrollados. A partir de 1991, se estableció, como lugar común en las ciencias sociales, el pensamiento político y los medios de prensa, el comienzo de la nueva etapa en las relaciones internacionales --la llamada postguerra fría-- y se asumía, prácticamente por consenso, la victoria de los Estados Unidos en la contienda que, luego de la segunda guerra mundial, marcara la geopolítica internacional durante cuarenta años.

A la par, el proceso descrito estaba matizado por una serie de sucesos que, con expresiones muy localizadas en escenarios específicos, poseen también gran importancia. No debe perderse de vista que la entrada de los Estados Unidos al siglo XXI tuvo lugar, al concluir el año 2000, bajo circunstancias que definen situaciones excepcionales en su historia, reflejaban crisis y llevaban a definiciones que conmovían tanto el sistema político como la sociedad; modificaban los estados de opinión pública y las pautas de actuación exterior de

---

<sup>10</sup> Ello tenía lugar a través de un contrapunto teórico e ideológico, donde, por ejemplo, Nye y Keohane expresaban la orientación neoliberal en los estudios internacionales, y Wallerstein la marxista.

ese país. Entre otros hechos que no podrían omitirse en este repaso, habría que mencionar un suceso trascendente, que se despliega desde 1999: el secuestro del niño cubano Elián González, en medio de contubernios entre el gobierno estadounidense y la extrema derecha de la emigración cubana, que culmina con su devolución a la familia y la patria, luego de una colosal batalla que sacudió los valores de la sociedad norteamericana, atravesó la vida cotidiana, los movimientos sociales y los medios de difusión masiva en aquel país. Aunque circunscrito en su expresión inmediata en un marco reducido, cuya significación se apreciaba al nivel del conflicto bilateral con Cuba, el hecho contenía señales de cambio en la sociedad norteamericana, cuyas potencialidades reflejaban tendencias que, del plano subyacente podían pasar a la superficie con extraordinaria facilidad.

Asimismo, recuérdese el irregular proceso electoral de noviembre del año 2000, que se prolongó por varios meses, evidenciando una turbia atmósfera moral, cargada de fraudulencia y de conmoción ideológica, que recibió un seguimiento constante de la prensa y la atención de la ciudadanía estadounidense, y que terminó, como se sabe, con un suceso escandaloso en la vida política de los Estados Unidos: la toma de posesión de Bush como presidente.

Las elecciones del 2000 tuvieron lugar dentro de un marco que, cual símbolo que anunciaba el cambio de siglo --y de cierta forma, reproduciendo el dinamismo con que finalizó la centuria del XIX, anticipando desde sus últimos años el paso al siglo XX--, se caracterizaba por un gran dinamismo en la arquitectura económica y política de la sociedad norteamericana. Antes, se articulaba la transición hacia la etapa imperialista, con sus manifestaciones en la monopolización, la expansión territorial, el posicionamiento económico internacional, la transformación del tejido social y demográfico, el auge de la inmigración, la urbanización, el enriquecimiento de la vida cultural, los cambios tecnológicos, el auge de la industrialización. Ahora, el fin del ya viejo siglo y el arribo al XXI iba acompañado de mutaciones vertiginosas y acumuladas en la economía, la tecnología, la política y la vida espiritual. Como parte del proceso de globalización y de su posición dentro del sistema capitalista de relaciones internacionales, los Estados Unidos experimentaban, de nuevo, profundos reajustes en la dinámica de su economía, en sus estructuras sociales y en la cultura política. La centralidad de las innovaciones tecnológicas, la denominada revolución en la esfera de las telecomunicaciones y la informática, unido a cambios en las políticas tradicionales y en las bases electorales de los partidos, a reorientaciones ideológicas y acentuación de los rasgos multiculturales y la diversidad étnica, le imprimían al cambio de centuria un colorido semejante al que la definió la terminación del período decimonónico. Ello ocurría, por si fuera poco, en un contexto mundial en el que los Estados Unidos buscaban "nuevos" enemigos. La percepción de la amenaza que durante la guerra fría estructuró la

política exterior norteamericana y el consenso interno que la respaldaba en torno a la lucha contra el comunismo aún no había cristalizado en una codificación alternativa. Y, como se sabe, para una potencia imperialista de la envergadura de los Estados Unidos, la articulación de su proyección mundial en torno a un adversario principal, lejos de constituir un problema, representaba una necesidad.

Por último, no pueden obviarse en este repaso los acontecimientos que, apenas unos meses de iniciado el siglo XXI, simbolizan el mayor de los traumatismos con el que comienza una centuria, con efectos presumibles de larga duración. Nos referimos, desde luego, a los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. Más allá de sus expresiones inmediatas en la psicología nacional de pánico, inseguridad, incertidumbre, generaron reacciones que también en el nivel ideológico suponían la persistencia del desconcierto y el miedo, e implicaban a nivel político y jurídico reajustes estructurales que transformaban la institucionalidad del país y se reflejaban en la cultura política.

Esas situaciones indican contradicciones profundas, en medio de un clima en el que se reavivan de modo creciente, desde las dos últimas décadas del siglo XX, tendencias reaccionarias, que combinan el racismo, la violencia, el sentimiento antiinmigrante y nuevos aires de guerra fría. El complejo entramado interno y la política exterior de los Estados Unidos conforman un proceso complejo, que en ocasiones se desdibuja ante lo que la no pocos estudios académicos y acercamientos de la prensa internacional presentaban, con trazos superficiales y con desconocimiento de la historia, como un fenómeno sorprendente, o como una coyuntura novedosa. Nos referimos a las interpretaciones que veían en la articulación, funcionalidad y resonancia de la “revolución conservadora” --que durante la doble Administración Reagan y el gobierno de George Bush, padre, a lo largo de doce años de permanencia republicana en el poder, dominaron ideológica y políticamente la escena norteamericana--, un excepcional apartamiento del *main stream* en ese país, al que le atribuían una esencia demoliberal.<sup>11</sup>

En rigor, la sociedad estadounidense nunca ha sido la expresión unilateral y arquetípica del liberalismo y la democracia, a pesar de la reiteración con que, desde una perspectiva mitológica, se le suele presentar, hasta el punto de que acepta esa visión sin mayores cuestionamientos, bajo las codificaciones del conocido “sueño americano”, extendiéndose por todo el mundo ese punto de vista, convirtiéndose en verdad lo que no ha sido más que un estereotipo impregnado de esquematismo, sin suficiente contrastación histórica, que desconoce las particularidades que marcan el proceso fundacional del modo de

<sup>11</sup> El análisis de esa situación aparece en diferentes artículos publicados en la **revista Cuadernos semestrales. Perspectiva latinoamericana**, publicados por el Instituto de Estudios de Estados Unidos, del CIDE, en México. En el No. 9, correspondiente al primer semestre de 1981, contiene interesantes reflexiones de Atilio Borón, Luis Maira, Roberto Bouzas, entre otros.

producción capitalista y de la formación de la nación. Desde la revolución de independencia hasta el escándalo Watergate, la presencia del conservadurismo en los Estados Unidos estuvo, en todo caso, en un nivel mucho más latente que manifiesto (expresándose en determinadas condiciones históricas, sin embargo, de modo diáfano y significativo, visible incluso en definiciones de extrema derecha). La coyuntura de la segunda mitad de los años de 1970 lo que propicia, a partir de su ligazón con el legado existente y en medio del fértil terreno que aporta la secuencia de condicionantes económicas, políticas y socioculturales, internas y externas, durante ese período, es la catalización de un proceso que adquiere entonces una manifestación creciente, sumamente visible, y a una escala por primera vez nacional.

Los efectos de la “revolución conservadora” han seguido presentes en el acontecer político, ideológico y cultural en la sociedad norteamericana, aún y cuando durante el paréntesis que se establece bajo Clinton durante las dos Administraciones demócratas que preside en el decenio de 1990, opaca hasta cierto punto la beligerancia del conservadurismo al finalizar el siglo XX. No obstante, cual mensaje revelador, el desenlace del proceso electoral con que se cierra esa centuria en el 2000, al conducir a la presidencia de George Bush, hijo, pareciera advertir sobre la presencia, necesidad, viabilidad, de la ideología y las prácticas conservadoras. La permanencia del mismo en la Casa Blanca luego de las elecciones de 2004, la orientación que asumen las políticas que promueve dentro y fuera del país, recuperando un clima de guerra fría, troqueladas en torno a la supuesta lucha contra el terrorismo --palpable en la interminable guerra con Irak--, unido al contradictorio panorama político en el que tiene lugar la campaña electoral de 2008, polarizada en torno a las figuras de Obama, Clinton y McCain, no permite augurar la pérdida de vitalidad del conservadurismo como ideología y como política<sup>12</sup>.

## II

Los Estados Unidos arriban al siglo XXI a través de un camino sinuoso, definido por contradicciones de diversa índole. Se trata de un proceso de reacomodo o transición hegemónica que experimenta como país líder del sistema capitalista mundial, con lo cual el imperialismo norteamericano asume características que lo tornan más agresivo --como reacción y consecuencia--, tanto a nivel interno como internacional<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> Al terminar este trabajo, a mediados de 2008, aún estaba en despliegue la campaña electoral presidencial.

<sup>13</sup> Véase Jorge Hernández Martínez, “Estados Unidos: Hegemonía y cultura política”, en: Marco A. Gandasegui, hijo, **Crisis de hegemonía de Estados Unidos**, Editorial Siglo XXI/Libros CLACSO, México, 2007

De alguna manera, ese proceso se ha venido prolongando a lo largo de los últimos veinticinco años, a través de rearticulaciones de la capacidad o condición hegemónica que le caracterizaron con posterioridad a la segunda guerra mundial y durante las cuatro décadas del período de guerra fría<sup>14</sup>. En ese trayecto, constituye un hito o punto de inflexión la crisis que los Estados Unidos comienzan a enfrentar alrededor de 1980, como colofón de la sumatoria de factores y circunstancias acumulados --dentro y fuera de la sociedad norteamericana--, que se entrelazan entonces con un impacto más definitivo, en la coyuntura electoral de dicho año y en el establecimiento de la administración republicana encabezada por Ronald Reagan. Dada la significación de ese período para la comprensión del acontecer actual en dicha sociedad, más adelante se regresará, mediante aproximaciones sucesivas, a su análisis.

Como resultado de tal acumulación, en la que sobresalían los efectos anudados de la década precedente (el escándalo Watergate, la recesión económica de mediados del decenio, la derrota en Vietnam, junto a procesos de liberación nacional y conflictos que erosionaban la imagen y el poderío de los Estados Unidos en el mundo), la política norteamericana enfrenta una etapa de crisis en la que procura (a nivel declarativo y factual) la recuperación de la hegemonía perdida, lo cual se expresa en el afianzamiento de lo que se denominó como “revolución conservadora”. O, dicho con otras palabras, la expansión de un movimiento ideológico y político (con antecedentes en la historia y la cultura política nacional), que mezclaba diferentes corrientes derechistas, que con carácter de cruzada se proyectó contra el comunismo y todas las tendencias que se consideraban radicales, revolucionarias, contrapuestas o inquietantes para el poderío estadounidense, generalmente presentadas como “peligrosas” para la “seguridad nacional”.

Dentro de ese contexto se consolida y establece, bajo una nueva institucionalidad, la cultura política que de manera renovada se expresa en la actualidad, apelando a antecedentes y componentes ensamblados en la historia norteamericana, que propician la profundización de valores, enfoques y decisiones que cristalizan en una dimensión ideológica que resulta muy funcional y complementaria a los requerimientos de la restauración hegemónica. Salvando distancias lógicas, podría afirmarse que en el esfuerzo

---

<sup>14</sup> Desde el punto de vista del análisis histórico y estructural, se comparte aquí el criterio de Luis Fernando Ayerbe en su libro **Los Estados Unidos y la América Latina. La Construcción de la Hegemonía** (Premio Casa de las Américas, Ensayo Histórico-Social), Editado por Casa de las Américas-Cuba y el Ministerio de Cultura-Colombia, 2001. Nuestros propios puntos de vista los expresamos en un trabajo anterior. Ver Jorge Hernández Martínez, “Estados Unidos-América latina: el Contrapunteo Histórico entre la Hegemonía y la Seguridad Nacional”, en **Cuadernos de Nuestra América**, CEA, La Habana, No. 32, agosto-diciembre 2003. Darío Salinas examina la situación de América latina ante la “nueva” hegemonía en “Terrorismo y seguridad. Reflexiones desde América latina”, en **Cuadernos de Nuestra América**, CEA, La Habana, No. 33, enero-junio 2004, en el que caracteriza las señales que exhibe la política norteamericana en el proceso de consolidación de su hegemonía.

que llevan a cabo los Estados Unidos en el siglo XXI al enfrentar los reacomodos de la transición, la cultura política aludida resulta tan funcional como hace más de dos décadas, desde el punto de vista de la legitimidad que le confiere a su agresividad doméstica y exterior. El corolario de la hipótesis implicada es que, en gran medida, esa cultura reproduce una permanencia de los contenidos e instrumentos de la cultura de la guerra fría, más allá de los ajustes en los propósitos y direcciones de la política norteamericana<sup>15</sup>.

La historia norteamericana contemporánea demuestra que en aquél país, las estructuras y contextos que han acompañado allí al desarrollo capitalista e imperialista han tenido gran capacidad adaptativa, de realizar ajustes y reajustes, con vistas a absorber y superar los efectos recurrentes de sus propias crisis, y en ese proceso han desempeñado un importante papel los componentes ideológicos que integran la cultura política predominante. En la actualidad, pareciera que dicha pauta se confirma, toda vez que esa funcionalidad legitimadora continúa expresándose, en la medida que se prolonga el cuestionamiento de la hegemonía norteamericana, bajo las complejas, cambiantes y contradictorias condiciones internacionales del siglo XXI.

Resulta conveniente dirigir la mirada, desde este siglo, a algunos de los momentos sobresalientes en la historia estadounidense. A partir de la situación presente es posible evaluar con mayores elementos de juicio la trayectoria anterior. En ese ejercicio, a la vez, el análisis del presente se beneficia de la luz que determinados procesos de ayer proyectan sobre la contemporaneidad. Se trata de que al valorar la historia desde el siglo XXI, con una mirada afincada en la contemporaneidad, también se opera en sentido inverso, en la medida en que esta última requiere ser asumida con una visión que provenga de la historia. Con razón “se ha dicho que el pasado debe ser visto a través del presente. Y ese razonamiento implica también que el presente debe ser visto a través de su propio pasado. Esa dialéctica del conocimiento es quizás la clave de la importancia del análisis y de los estudios históricos”<sup>16</sup>.

A partir de esta premisa, es imprescindible retener, entonces, que Los Estados Unidos fueron la primera nación moderna, anticipada en su gestación incluso a la sociedad burguesa que nace de la revolución francesa, un decenio

---

<sup>15</sup> La argumentación se desarrolla en el trabajo titulado “La cultura política norteamericana de la guerra fría: lo que el viento no se llevó”, en proceso de publicación por la revista **Cuadernos de Nuestra América**, que edita el CEA en La Habana. Coincidimos con muchas ideas de Ana María Escurra, **Estados Unidos: una óptica estratégica naciente en proceso de consolidación**, Instituto de Estudios y Acción Social (IDEAS), Buenos Aires, noviembre 2004, así como con las expuestas por Luis Suárez Salazar en sus trabajos **La estrategia de seguridad imperial de los Estados Unidos. Implicaciones para el Gran Caribe y La doctrina Bush: Algunas implicaciones para el sistema internacional de la postguerra fría** y por Ana Esther Ceceña en varios de sus trabajos.

<sup>16</sup> Pedro Pablo Rodríguez, “La dialéctica del conocimiento”, en: **La Gaceta de Cuba**, No. 4, La Habana, 1991, p. 16.



después. La formación de la nación norteamericana que sigue a la revolución de independencia se funda en la segunda mitad del siglo XVIII a partir del conocimiento maduro de la teoría política más avanzada en el momento en que se da el proceso de constitución de su Estado nacional, que coincide con su independencia de Gran Bretaña.

Además de ser un país que nació con un régimen político liberal y que no ha tenido ningún otro, los Estados Unidos son, al mismo tiempo, una nación que ha conocido un sólo modo de producción, el capitalista, que desde sus inicios tiende a reproducir (a partir de las experiencias, de la influencia de las relaciones sociales de producción de que eran portadores, aún sin conciencia de serlo, y del imaginario colectivo que poseían los colonos ingleses), en otro territorio, las estructuras de la sociedad británica de procedencia. De ahí que el mercantilismo y el capitalismo inglés trasladara al ámbito norteamericano un conjunto de prácticas, de visiones y concepciones, es decir, una cultura. En cierto modo, la sociedad norteamericana responde a un tipo peculiar de colonización, diferenciada de la que se afianza en América Latina, que el historiador Louis Hartz denomina la sociedad fragmento, es decir, países nuevos, que surgen lejos de la metrópoli, pero fundados a imagen y semejanza de ésta; sociedades que no conocen el proceso de mestizaje, que no tienen relación con los pueblos nativos, como sí sucedió en distintos lugares de América Latina como resultado de la conquista y colonización española o portuguesa, que produjo sociedades claramente diferenciadas<sup>17</sup>. Lo que ocurre en los Estados Unidos es aniquilamiento, exterminio o expulsión y confinación segregada de los pueblos nativos. Los colonos anglosajones no buscaron integrar a estos pueblos, no los hicieron parte de su proyecto social, el cual es un proyecto de blancos y para blancos. Son esos “wasps” (blancos, anglosajones, protestantes) los que están en la raíz de la primera élite política estadounidense, de sus clases dominantes, la cual se ha mantenido arraigada a pesar de las posteriores oleadas migratorias. Esa élite originaria ha seguido siendo, en esencia, el núcleo dirigente, la clase gobernante de los Estados Unidos, a lo largo del siglo XX, hasta el presente.

Los Estados Unidos vivieron su etapa de gestación y crecimiento como nación lejos de los centros de poder fundamentales en esas etapas. Al inicio, el mundo era euro-céntrico, mediterráneo-céntrico. Eso le permitió regular su grado de participación en conflictos internacionales. Cuando se hizo independiente, en la última parte del siglo XVIII, fue un país que no quedó inmerso en la dinámica de las disputas internacionales. Se sustrajo a los conflictos en Europa y se consagró al desarrollo de las fuerzas productivas, al desarrollo productivo, tecnológico, científico, interno, sacando obvia ventaja a las potencias europeas y en particular, a Gran Bretaña, la nación hegemónica

---

<sup>17</sup> Louis Hartz, **La tradición liberal en los Estados Unidos**, Fondo de Cultura Económico, México, 1991.

en el siglo XIX. A la par, los Estados Unidos siempre han librado todas sus guerra en territorios ajenos, y la destrucción bélica la han cargado otros países. Por el contrario, han podido reforzar su economía en tiempos de guerra, tener grandes avances industriales y ningún daño en su territorio. Esa es la experiencia de las dos guerras mundiales. Corea, Vietnam, Yugoslavia, el Golfo Árabe-Pérsico, Afganistán, Irak, tenían lugar muy lejos del territorio norteamericano. De ahí que hasta el 11 de septiembre de 2001 los Estados Unidos gozaran de un alto grado de seguridad interna.

Como precisión contextual, no se pierda de vista que los Estados Unidos no gozan en la actualidad de la posición privilegiada que le caracteriza durante la segunda postguerra a nivel económico, político, militar, del consenso interno y de las alianzas internacionales de entonces, a partir de lo cual la noción de la hegemonía norteamericana era indiscutible<sup>18</sup>. Tampoco se encuentran en una situación como la que alcanzan a comienzos de la última década del siglo XX, al remontar la crisis del decenio anterior y lograr la recomposición relativa de la hegemonía perdida, mediante el enorme poderío militar y mediático que exhibe en la guerra del Golfo, en un mundo en pleno proceso de reestructuración, al concluir el período de guerra fría, en el que pujaba por un “nuevo” liderazgo en el “nuevo” orden mundial.

Entre las diversas interpretaciones teóricas que surgen, coexisten y se encuentran en boga acerca de la situación actual de los Estados Unidos --en términos del unipolarismo imperialista (político, militar y comunicacional) que encarna, por más que en la esfera económica y financiera pueda hablarse de multipolarismo--, sobre la crisis o consolidación de la hegemonía norteamericana, este trabajo se adscribe a la tesis de que el mundo actual aún se halla (desde el desplome del socialismo europeo y la desintegración de la Unión Soviética, entre 1989 y 1991, pero muy especialmente luego de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001) en un contexto de transición, marcado por mucha turbulencia, conflictos y contradicciones, que se expresan para el caso norteamericano tanto en el reacomodo que se lleva a cabo dentro de ese país como en su posición y comportamiento exterior<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> El concepto de hegemonía aún es objeto de análisis y debate, tanto en su relación con los de dominación y liderazgo, como en su manifestación específica, para el caso de Estados Unidos, en el contexto internacional del siglo XXI. En este sentido, adquieren renovado valor los trabajos de Antonio Gramsci. Atilio Borón ha levantado el tema con reiteración durante los últimos veinte años. En las ponencias y debates que tuvieron lugar en la XXI Asamblea General de CLACSO y la III Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales, efectuadas en La Habana en Octubre de 2003, se puso de manifiesto, así como la diversidad de criterios acerca de la situación hegemónica norteamericana. Un punto de vista interesante desde el análisis histórico lo expresa G. John Ikenberry en “Rethinking the Origins of American Hegemony”, en: **Political Science Quarterly**, Volume 104, No. 3, 1989. También los trabajos de: William Greider, “The End of Empire”, en **The Nation**, 23 de septiembre, 2003, y de Owen Harries, “The Perils of Hegemony. Washington learns that democracy is not made for export”, en: **The American Conservative**, junio 2004.

<sup>19</sup> Como sabemos, las posiciones son muy diversas y hasta contrapuestas. Emir Sader ha expresado, por

Los acontecimientos del 11 de septiembre propician el despliegue, ampliación y consolidación de una plataforma ideológica que si bien focaliza un “nuevo” enemigo --el terrorismo--, que viene a ocupar el lugar del eje articulador de la política exterior que durante la guerra fría lo constituía el comunismo internacional, retoma elementos de continuidad que están en la base de la cultura política norteamericana, y que al mismo tiempo brindan legitimidad a la política interna. Cuando el gobierno de Bush conjura su lucha aberrante contra el terrorismo, promovido por autores externos, pasa por alto o desconoce las raíces de violencia e intolerancia interna, que marcan la cultura política de la sociedad norteamericana. El decurso de la historia norteamericana confirma que dichas raíces no tienen que ver con inmigrantes, ni con grupos o Estados hostiles, del Tercer Mundo. En realidad, las mismas conforman una cierta tradición, la cual ha propiciado circunstancialmente expresiones de terrorismo interno, estimuladas por ideologías y prácticas de extrema derecha, insertadas orgánicamente en el espectro político estadounidense.

Las manifestaciones de intransigencia, sentimientos antiinmigrantes, racismo, represión, que afloran desde entonces como política estatal, articulando un ambiente conspiratorio, que presenta al país como una “fortaleza sitiada”, que debe protegerse del antinorteamericanismo, no son novedosas. Mucho más allá del contexto que se crea, por ejemplo, con la aprobación de la llamada Ley Patriótica, que otorga nuevos poderes a las agencias federales para combatir el terrorismo interno (o con la renovación de sus cláusulas, cinco años después), del discurso del presidente Bush en West Point, en 2002, donde se refiere a la denominada guerra preventiva contra los países que integran el presunto “Eje del Mal”, o de las ulteriores proyecciones externas intervencionistas patentes en el documento titulado Estrategia de Seguridad Nacional, o en sus adecuaciones ulteriores, la historia de los Estados Unidos contiene las claves que explican el lugar y papel de la intolerancia en las definiciones de la cultura política nacional, en la que el uso y abuso de la violencia sobresale

---

ejemplo, que “la entrada en el siglo XXI nos proyecta hacia una continuidad de la hegemonía norteamericana en el mundo, asentada en la fuerza de su economía, en el hecho de que es la única potencia con intereses en todas las regiones del mundo y con capacidad de organizar y mantener el apoyo de un bloque de las otras potencias, capacidad para velar militarmente por esos intereses, y que dispone de un monopolio de los grandes medios de comunicación como instrumento de consolidación de esa hegemonía”. **Porto Alegre 2002: El programa y las Formas de Acción para Otro Mundo**. Por su parte, Immanuel Wallerstein afirma que la decadencia del poder estadounidense, más allá de su indudable superioridad militar, comenzó desde hace tres décadas y que es una potencia hegemónica en un claro proceso de decadencia económica, social, política, cultural y geopolítica. Ver “La Decadencia de EEUU: El Águila se estrelló al Aterrizar”, en **Jornadas de Resistencia**, 11 de Septiembre de 2005. Coincidimos con la opinión de Luis Maira, de que “estamos ante un mundo que acelera sus transformaciones, en donde es preciso tomar en cuenta las situaciones y los contextos de transición, pues hay que tener presente que, cuando se agota un sistema internacional y se desvanece un orden mundial, no lo reemplaza de inmediato un nuevo orden y completo. Hay antes un período de ajustes, exploraciones, que puede o no ser muy corto, y en el que los dos órdenes, en antiguo y el nuevo, se traslapa”. Luis Maira, “Estados Unidos ante el Cambio del Escenario Internacional”, en: **Revista Mexicana de Política Exterior**, Instituto Matías Romero-SRE, México, No. 65, Febrero 2002.

como instrumento recurrente, supuestamente legítimo, bajo las condiciones singulares que caracterizan la evolución del colonialismo, el capitalismo y muy especialmente, del imperialismo norteamericano.

En la sociedad norteamericana prevalece un conjunto de percepciones, ideas y doctrinas políticas, constitutivas de una suerte de tronco común, que pueden considerarse como manifestaciones y nutrientes que forman un tejido ideológico, psicológico, cultural. Desde una perspectiva histórica y sociológica, en la cultura política estadounidense contemporánea se siguen reproduciendo muchos de los códigos de la *guerra fría*.

Bajo este punto de vista, en los Estados Unidos la cultura política de la guerra fría puede ser definida por el conjunto de valores y convicciones que se expresan desde finales de los años de 1940, a través de la ideología y la psicología social que de modo dominante se difunde e interioriza en la sociedad norteamericana, marcando a nivel interno y externo una cosmovisión simplificadora de intolerancia, chauvinismo, puritanismo, expansionismo y agresividad, que incluso antecede a la segunda guerra mundial. Por supuesto, este proceso no tendría lugar de manera lineal, masiva, homogénea, sino que se conforma a través de un proceso contradictorio de socialización, en el que se mezclan la inculcación de valores, el quehacer de las instituciones educacionales, los medios de comunicación, los círculos políticos.

En la medida que esa cultura antecede y sucede a la guerra fría como tal, alimenta en la actualidad el proceso de afianzamiento ideológico de la hegemonía norteamericana (¿nueva hegemonía?) después del 11 de septiembre, que pareciera tener como objetivo transformar el mundo en función de los valores de los Estados Unidos, mediante una nueva apelación al consenso interno y a la defensa exterior de la seguridad de la nación<sup>20</sup>. Sin embargo, la definición quizás más acusada de afirmación, socialización e interiorización de ese conjunto de valores --que se ensamblan en esa suerte de cosmovisión simplificadora, con ramificaciones que se extienden, en la práctica, por todo el tejido político-ideológico de la sociedad norteamericana, expresándose con nitidez en la cultura política nacional, en la orientación de la política exterior y en las construcciones académicas que los llamados tanques pensantes, como canalizadores de la labor de una intelectualidad orgánica comprometida con las citadas codificaciones de la guerra fría, promotoras de un anticomunismo militante y de reacciones de extrema derecha que se

---

<sup>20</sup> El politólogo chino Xu Shicheng analiza este proceso, afirmando que la actual teoría "neoimperial" de EE UU constituye una gran estrategia, cuyo impulso inicial es la reacción frente al terrorismo, pero que justifica la pretensión estadounidense de desligarse de las demandas de sus socios y de las reglas e instituciones globales, desempeñando un papel más unilateral y previsor para enfrentar lo que la Casa Blanca considera como amenazas terroristas. Ver: Xu Shicheng, "El nuevo imperialismo y la nueva hegemonía norteamericana", en: Atilio Borón y Gladis Lechini (Editores), **Políticas y movimientos sociales en un mundo hegemónico. Lecciones para África, Asia y América Latina**, Ediciones CLACSO, Buenos Aires, 2005.

manifiestan también en el terreno moral y religioso--, se ubica, según se ha venido planteando, una veintena de años antes de que terminase el siglo XX.

Es en el caldo de cultivo que va cuajando entre finales de la década de 1970 y comienzos de la siguiente donde se desarrolla un proceso que (como rechazo de lo que se consideraba como excesos de las concepciones y políticas liberales, y portador de propuestas que restablecerían el orden tradicional y superarían las debilidades de los gobiernos demócratas que las habían auspiciado), reactiva las tendencias y organizaciones conservadoras. Como se ha señalado antes, el movimiento resultante es el que apoya la nominación de Ronald Reagan en las elecciones de 1980 e impulsa la "revolución conservadora", en un esfuerzo por devolverle a la nación la autoestima, por recuperar la imagen de los Estados Unidos ante el mundo y reparar las grietas en su sistema de dominación.

Con base en estas precisiones, es que cobra sentido la ponderación de los problemas que enfrenta la sociedad norteamericana durante la primera década del siglo XXI. No basta con reconocer que los Estados Unidos se encuentran hoy profundamente divididos, en los sentidos más diversos. Ni con constatar la crisis de credibilidad y confianza que con respecto a sus líderes define a gran parte de la población. O con afirmar que existe una crisis de legitimidad que abarca a los partidos políticos y a las corrientes ideológicas, cuyas diferencias tienden a amortiguarse, en medio de una propensión preocupante hacia el conservadurismo. Es necesario ubicar estas situaciones dentro de un cuadro más amplio, que tome note de los antecedentes, de las permanencias y de los cambios, procurando no perder de vista aquellas pautas que, por encima de un período o de otro, mantienen su presencia y su dinamismo en la escena norteamericana de hoy y que, presumiblemente, seguirán marcando el devenir de la misma.



Cuando se examina la problemática ideológica y sociopolítica que caracteriza a los Estados Unidos al comenzar el siglo XXI y se constata que no existen dudas acerca del predominio del neoconservadurismo en todas aquellas esferas, niveles o estructuras en las que se define el curso de la vida nacional, dentro y fuera del país --a través del discurso de los funcionarios y líderes gubernamentales, de los debates congresionales, de los trabajos académicos escritos por especialistas e instituciones de las ciencias sociales y de los medios de difusión masiva--, y se compara con la situación que existía en el período antes examinado, se advierte una pauta de continuidad, si bien expresada dentro de nuevas coordenadas históricas.

Tal vez deba precisarse, ante todo, el hecho de que aunque entonces ya sobresalía la pujanza de los neoconservadores, el movimiento que respalda durante la campaña presidencial de 1980 la candidatura de Reagan y su ulterior establecimiento en el poder no era monocromático desde el punto de vista ideológico. Se trataba de una suerte de coalición de fuerzas conservadoras, con diferente signo. En ella se podían identificar distintos grupos, lo que ha sido profundamente estudiado en una serie de investigaciones, y resulta relativamente bien conocido<sup>21</sup>.

El primer grupo, de composición diversa, alcanzaba su identidad, sin embargo, a partir de la definición de propuestas ampliamente argumentadas de políticas económicas, caracterizándose por su afán en presentar enfoques alternativos capaces de nutrir el proceso de formulación de opciones gubernamentales, o sea, de ofrecer recomendaciones viables. En este grupo se distinguían prominentes economistas, entre los que se encontraban Arthur Laffer y Jude Wanniski, que promovían un enfoque denominado *supply side economics* o economía orientada hacia la oferta. Además, entre otras cosas propuestas, sostenían que en la medida en que el gobierno norteamericano redujera impuestos, habría un mayor incentivo a la inversión, considerando las repercusiones positivas que experimentaría la economía de los Estados Unidos al aplicar tales medidas.

Otra orientación significativa, que aunque acaparó buena parte de la atención de las publicaciones periódicas y especializadas de la época, tuvo un protagonismo más bien efímero, sobre todo en comparación con otras corrientes, fue la encarnada por el segundo grupo. Este último estaba constituido por el segmento conservador tradicional dentro del partido Republicano, que se había transformado a partir de 1964, cuando su candidato a la presidencia, Barry Goldwater (en aquél momento senador por el estado de Arizona), pierde la elección. Se trataba de una orientación ideológica de derecha radical, de naturaleza sectaria, proclive al populismo, cuyos vasos comunicantes con expresiones de extremismo político, al estilo del Ku-Klux-Klan y del movimiento nativista, eran visibles, claramente comprometidos con posiciones racistas, de intolerancia étnica, religiosa y de marcada xenofobia. A raíz del revés de Goldwater, se despliega una tendencia encaminada a la recomposición del partido Republicano, que lo va tornando en un foro

---

<sup>21</sup> Para ampliar, pueden revisarse diversos artículos e incluso, libros. Entre los últimos, resultan ilustrativos, aunque no se compartan sus criterios interpretativos, los de Alan Crawford y Meter Steinfels. Entre los primeros, los de Jesús Velasco Grajales, Atilio Borón, Luis Maira, Maria Isabel Sen, Mery Gentile Martínez, Jorge Hernández Martínez, entre otros. Véase además: Meter W. Schultze, "El ascenso incontenible del neoconservatismo en EE.UU", en : **Nueva Sociedad** No. 69 , Caracas, | Noviembre / Diciembre 1983, y Jürgen Habermas, "La ruptura entre cultura y sociedad. Sobre Crítica la de la Cultura de los Neoconservadores", en: **Nueva Sociedad** No. 69 , Caracas, | Noviembre / Diciembre 1983.

crecientemente conservador, afincado en las posturas del conservadurismo tradicional.

Quizás la vertiente más destacada a través de la prensa, presentada con una mezcla de júbilo, sorpresa, admiración, por publicistas del mundo político, periodístico y académico, valorada por muchos como la orientación ideológica más importante, era la que configuraba al tercer grupo. Haciendo suya una vocación y una agenda pretendidamente novedosa, enfocada hacia un rescate de la identidad norteamericana y a la defensa de los intereses de la nación, este grupo se caracterizaba, sobre todo, por su capacidad de movilización política en el terreno electoral, en la medida en que conseguía convocar la participación ciudadana ante las urnas. Ese movimiento fue bautizado entonces como la “nueva” derecha, y en ella convergían posiciones que, si bien no eran homogéneas, compartían la convicción sobre la legitimidad del conservadurismo, siempre y cuando se le remozara, a la luz de las circunstancias de la época, y en ese sentido se apartaban un tanto de la prédica y de las prácticas políticas de la derecha tradicional, atrincherada en las viejas filas republicanas. Se trataba de un mosaico de perspectivas más que de un enfoque monolítico. Esa tendencia estaba constituida por varias orientaciones o agrupaciones. Por un lado, se advertía un sector que podría catalogarse como “laico” de la “nueva” derecha, entre los que se hallaban políticos conocidos, como Jesse Helms, y organizaciones como *The Heritage Foundation*, que se había formado en 1973, con respaldo financiero del empresario Joseph Coors, y algunas otras entidades, como el *National Conservative Political Action Committee*, que dirigía Terry Dolan. Por otro lado, se identificaba a otro grupo, que en corto tiempo alcanzó un gran impacto en la vida nacional, con capacidad de comunicación y movilización masiva, cuyo lenguaje tenía gran aceptación en la tradición religiosa de la sociedad estadounidense. Esta orientación podría considerarse como la derecha “fundamentalista”, en virtud de la fidelidad que proclamaban, con respecto a la manera de asumir los textos bíblicos. Se trataba de un sector dentro de los evangélicos que desde los años veinte se había radicalizado y era muy conservador, propugnando enfoques que rozaban con el fanatismo, definidos por posturas reaccionarias desde el punto de vista moral, político y cultural. En esta orientación se ubicaban figuras como quien fuera el popular reverendo Jerry Falwell y la agrupación llamada *Moral Majority*, a la que se unían otras organizaciones, como *The Christian Boys*.

Por último, se distinguía otra orientación, que expresaba propuestas teóricas, elaboradas sobre la base del lenguaje académico, focalizada en el análisis sobre el lugar y papel mundial de los Estados Unidos, preocupada por la pérdida del prestigio universal de ese país, por el deterioro de su imagen, inquieta ante la crisis de hegemonía internacional que sufría la nación. Este cuarto grupo constituía la fuerza que entonces se llamó como la de los neoconservadores, o el movimiento neoconservador. Desde la actualidad, en

rigor, podría denominarse como el movimiento neoconservador de primera generación, toda vez que en el siglo XXI nos encontramos ante otro grupo de neoconservadores, sobre el cual es constante la referencia en la literatura especializada de hoy, pero que vendría a ser un movimiento neoconservador de segunda generación. Aquél grupo estaba conformado por importantes intelectuales y políticos, entre los cuales se encontraban conocidos profesores universitarios de ciencias políticas, analistas internacionales, editorialistas destacados. A la par, se trataba, en muchos de los casos, de figuras que habían tenido una definida filiación demócrata, que compartían el desencanto ante las debilidades del partido al que pertenecían, y habían convertido su desilusión en una fuerte posición de crítica hacia el liberalismo político, los gobiernos demócratas y en especial, contra las bases sociales y el discurso que definían la llamada coalición del New Deal. Entre esos personajes, disgustados sobre todo con la actuación del gobierno de James Carter, estaban intelectuales como Jeane Kirkpatrick, que mantuvo su adscripción demócrata hasta 1984, y se declara por primera vez republicana en el marco de la reelección de Reagan. Otros prominentes partidarios del neoconservadurismo fueron figuras como Irving Kristol, Norman Podhoretz, Robert Tucker, Edward Luttwak, quienes contribuyeron decisivamente a argumentar la agenda anticomunista de la Administración Reagan y sentaron las bases para la recuperación del pensamiento geopolítico, estimulando el clima de nueva guerra fría en la década de 1980. Instituciones académicas como el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales, ubicado inicialmente en la Universidad de Georgetown, el American Enterprise Institute, y publicaciones como Commentary y National Interest, sirvieron de portavoz en la difusión del mensaje de dicho grupo.

En resumen, éstos eran los cuatro grupos fundamentales que conformaron la coalición conservadora durante el referido decenio, y que nutrieron con propuestas y asesoramiento al presidente Reagan. De ellos, los dos que han dejado mayor huella hasta nuestros días, han sido la “nueva” derecha, que se transforma, incrementando su definición y compromiso religioso, y que en la actualidad se conoce como la derecha cristiana; y el movimiento neoconservador, que se desarrolla y transforma, y que a la luz del siglo XXI podría calificársele, en rigor, como el movimiento neoconservador de segunda generación, aunque hasta la fecha no se le suele llamar así<sup>22</sup>.

A los efectos de profundizar en la caracterización de ambas tendencias, podrían añadirse algunas precisiones. Por ejemplo, la nueva derecha tenía una agenda muy conservadora, la cual consistía fundamentalmente en un militante anticomunismo, un tradicionalismo social y un libertarianismo económico. Sobre esas bases, esa corriente se inclinaba por la idea de que al comunismo había

---

<sup>22</sup> Véase los puntos de vista de Jesús Velasco Grajales., en: Versión escrita del programa transmitido el 22 de junio de 2004, titulado: **El pensamiento neoconservador en Estados Unidos**



que derrotarlo aún con las armas. En el caso del conservadurismo tradicional, se apoyaba más bien a los valores más tradicionales, por ejemplo, que las mujeres no trabajasen, que no existiese la liberación femenina, que existiera el rezo protestante obligatorio en las escuelas públicas. Se rechazaba la relación entre homosexuales, así como el aborto, se proscribía la pronografía y la drogadicción, y estaban a favor de la tenencia de armas de fuego, argumentándose el derecho ciudadano de todo estadounidense a defenderse a sí mismo y a su familia. A ello se enlazaba la tradición libertaria, en el plano económico, que clamaba porque se dejara en total y absoluta libertad a las fuerzas del mercado.

El movimiento neoconservador estaba compuesto por intelectuales y políticos que tenían, fundamentalmente, dos influencias en ese momento. Una era todo el diseño de la política de derechos humanos de la administración Reagan, la cual por cierto se hace dentro de una organización del Partido Demócrata que se llama Coalición para una Mayoría Demócrata, y que tenía su impacto en la administración Reagan. Por otra parte, se distinguía todo el diseño del incremento en el presupuesto militar y, más ampliamente, un pensamiento que sustentaba la militarización de la política exterior.

Con un sentido panorámico --y con el riesgo de una esquematización--, esos son, básicamente, las orientaciones de los grupos que luego se transforman y que, inclusive, tienen un impacto en la actualidad. Como propuestas ideológicas, consisten en construcciones teóricas, diseñadas con sentido práctico, por exponentes de una intelectualidad orgánica (en el lenguaje gramsciano), comprometida desde el punto de vista ideológico con la reproducción del sistema. Pero requieren siempre de portadores materiales, de un (o varios) sujeto (s) histórico (s): sectores de clase, grupos de interés o presión, entidades gubernamentales, elementos dentro de una estructura de poder. El entramado de relaciones que todo ello conforma dista de ser estático y abstracto. Se materializa de modo dinámico en determinadas circunstancias concretas, más dentro de coordenadas históricas, y derivadas de ciertos antecedentes. De ahí la necesidad de volver la mirada, desde el presente --como ya se ha indicado--, a los procesos y tendencias que se afirmaban desde las últimas décadas del siglo pasado, como recurso orientador en el conocimiento científico de la actualidad.

## IV

La primera mitad del siglo XX estuvo signada por varios hitos que propician reajustes históricos de gran profundidad, con implicaciones de gran alcance para la economía, la política, la sociedad, la cultura y las relaciones internacionales de los Estados Unidos.

La culminación del proceso de arribo a la fase imperialista, durante las primeras décadas de esa centuria, conjuga acontecimientos y situaciones de la situación mundial que con gran fluidez impactan la vida norteamericana en su conjunto, tanto en su dimensión interna como externa. La primera guerra mundial, por un lado, y el triunfo de la revolución socialista en Rusia, por otro, eslabonan un período comprendido entre 1914 y 1918 en el que los Estados Unidos dejan, paulatinamente, de ser un país deudor y se convierten en acreedores de importancia. De potencia de segundo orden, pasan a ser otra, de primer orden, que rivaliza y va descartando de la escena a las antiguas metrópolis coloniales europeas. El surgimiento del primer Estado comunista llena de preocupación a los gobernantes norteamericanos, apareciendo las simientes de la ideología y la política del anticomunismo. Tan temprano como en 1919, se crea esa institución conservadora, aún muy activa casi un siglo después: la Hoover Institution On War, Revolution and Peace, cuyos esfuerzos académicos se dirigen al estudio de la naciente Unión Soviética, en medio de un clima doméstico en la sociedad estadounidense donde florece la intolerancia política, los sentimientos anti inmigrantes y el racismo.

De los “alegres años de 1920”, se transita con rapidez hacia los tiempos del New Deal, con la tenebrosa secuela intermedia de la gran depresión, entre 1929 y 1933. Así, con el saldo que la segunda guerra mundial deja en 1945 a los Estados Unidos permite que, con gran rapidez, se origine la llamada guerra fría, con base en el despliegue de la política de contención al comunismo y del enfoque bipolar en las relaciones internacionales, bajo un lente geopolítico. Es la etapa de la consolidación hegemónica del imperialismo norteamericano. Los Estados Unidos dejan de ser una potencia de primer orden, para constituirse en la potencia hegemónica a nivel mundial, y en líder del sistema capitalista mundial. Al quedar atrás las Administraciones de Truman, con Eisenhower, la articulación del complejo militar industrial, el creciente intervencionismo en los países subdesarrollados, junto a una atmósfera interna de naturaleza represiva e histórica, como la del macarthismo, a mediados del siglo XX, resume un trayecto de expansionismo, condicionado por los efectos de la revolución científico-técnica, de crecimiento del “Estado de bienestar”, que conlleva el dinamismo de las corrientes ideológicas del determinismo tecnológico, que insuflan concepciones optimistas hasta que los cambios internacionales y el activismo de los movimientos sociales dentro del país, en interacción con los

altibajos de la situación económica, conducen a los gobiernos de Kennedy y Johnson a redefiniciones en los modos de encarar la relación con los países socialistas y con los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo.

Con posterioridad, durante los años del presidente Nixon, las nuevas circunstancias históricas contribuyen a una contracción de los aires de guerra fría y al comienzo de la etapa de distensión internacional, que con una vida efímera, concluye bajo los gobiernos de Ford y Carter, al operarse un viraje en el contexto mundial, que reaviva de manera gradual los enfoques de antaño. Al proceso que a partir de entonces cristaliza, al resquebrajarse la hegemonía norteamericana --propiciando la activación del movimiento conservador y las reacciones que clamaban por un endurecimiento de las visiones y prácticas orientadas a superar las debilidades, frustraciones y fracasos que los Estados Unidos exhibían ante su propia población y ante el mundo, y a recuperar las glorificaciones del pasado imperial--, ya se ha hecho referencia.

Lo que interesa destacar aquí es que en la medida en que concluye la primera mitad del siglo XX, se irán afianzando procesos políticos que parecieran simbolizar el fin de una etapa de auge y pujanza, y el inicio de otra, que augura tiempos de decadencia y de crisis. Algunos de ellos se prolongan y permanecen, constituyéndose en pautas que se presentan incluso como líneas de continuidad durante las postrimerías de la citada centuria. Desde este punto de vista, ésta termina corroborando la vigencia de tales líneas. Entre las de mayor significado pueden mencionarse las siguientes:

### **Persistencia de los problemas surgidos a finales de los años de 1960**

Como se aprecia en la literatura especializada que aparece desde finales de la propia década de 1960 y a comienzos de los años de 1970<sup>23</sup> para evaluar los problemas más vitales que enfrentaba el gobierno norteamericano en esos años, se hizo un inventario de diversas situaciones nuevas (y críticas) que se debían resolver con apremio. Estas incluían, en el plano nacional, la necesidad de resolver los problemas planteados por el envejecimiento de las grandes ciudades; el manejo de las "expectativas crecientes" de los sectores de medianos y bajos ingresos; la integración de las minorías étnicas (especialmente los negros) a la estructura de poder y a programas que las colocaran por encima de un nivel de pobreza; la necesidad de impedir la polarización y el extremismo político, tanto hacia la izquierda como a la derecha, y la urgencia por abordar y resolver los problemas ecológicos que el

---

<sup>23</sup> Estos recuentos se hacían incluso en textos sobre el sistema político norteamericano destinados a servir como manuales escolares. Véase por ejemplo, Ion Anthony Yinger y George Zaharopoulos : **United States: Government and Politics**, Scranton, Penn, Chandler Publishing Co., 1969.

industrialismo planteaba a los declinantes recursos naturales y a la calidad de la vida en la sociedad norteamericana.

Estos diversos dilemas, más allá de las respuestas que los gobiernos organizaron frente a ellos, no se resolvieron en aquellas décadas, y pasarían, agravados como una carga, al inventario de los problemas que la Administración norteamericana debía enfrentar y resolver en el decenio de 1980, a la vez que encaraba nuevas demandas y dificultades. Está claro que lejos de atenuar las dimensiones críticas de las referidas situaciones, durante el doble mandato de Reagan y el período de George Bush, padre, profundizaron la polarización socioeconómica, estimularon la marginalización de las minorías, propiciaron de modo absoluto el extremismo de derecha y contribuyeron a empeorar la calidad de vida de esa sociedad. Los rasgos que muestran hoy los Estados Unidos en esos terrenos no expresan, precisamente, una solución de aquellos viejos dilemas.

### **Deterioro de la imagen y credibilidad de los dirigentes políticos**

Las particularidades de la historia de los Estados Unidos explican las razones por las cuales la "clase política" norteamericana (utilizando las palabras de Gaetano Mosca), en comparación con lo que ocurría en el escenario europeo, tropezó con menos cuestionamientos, y gozó de mayor legitimidad y prestigio. No obstante, esa tendencia no permaneció inmutable; cambió como resultado de los desajustes políticos y los estremecimientos que culminaron con la renuncia del presidente Nixon a su cargo, en medio de lo que se conoció como el escándalo Watergate.

Como fue bastante divulgado a partir de los análisis acerca de las principales encuestas de oposición que se realizan periódicamente en los Estados Unidos, las percepciones sobre la corrección y eficiencia de los miembros de los poderes Ejecutivo y Legislativo tuvieron cambios espectaculares y negativos a partir de finales de la década de 1960, replazando la imagen de alta perfección y eficacia del sistema político predominante entre los ciudadanos por una de general escepticismo y desconfianza.<sup>24</sup> Así, por ejemplo, según los datos recogidos por el Instituto Gallup, en los primeros años del decenio de 1970 (abarcando, justamente, el contexto de Watergate), en sólo dos años, entre 1971 y 1973, el porcentaje de los norteamericanos "disconformes con la forma en que la nación estaba siendo gobernada" subió de 54 a 66 %. Pero, lo más grave era que ese escepticismo se extendía a grupos e instituciones del sector privado, afectando, casi sin excepción, a todas las instituciones que servían de base al *establishment*.

<sup>24</sup> Véase Ira Katznelson y Mark Kesselman, **The politics of power: A critical introduction to American government**, Nueva York, Harcourt, Brace, Jovanovich Inc., 2a. ed., 1979.

Esta situación creaba para el gobierno demandas ambivalentes. Por una parte, la percepción de que el público no confiaba ya en el gobierno y en la élite dirigente del país aceleraba la necesidad de emprender transformaciones decisivas, mientras, por la otra, la misma magnitud de las tareas inhibía a los miembros del gobierno y del Congreso, especialmente porque éstos tenían en cuenta tanto el escaso apoyo organizado de que disponían inicialmente como los altos riesgos que podía implicar el fracaso de los nuevos programas.

Si bien las secuelas de Watergate fueron superadas con el transcurso de los años, en cierta forma, las intrigas que con frecuencia atraviesan el espectro político estadounidense, con resonancia a través de la prensa escrita y televisiva, y conmueven a la opinión pública, aunque sea con efectos de corto plazo y no constituyan huellas indelebiles en la memoria histórica de esa sociedad, lo cierto es que originan conmociones de importancia relativa. Recuérdense, por citar sólo un par de ejemplos, tomados de las últimas décadas del siglo XX, situaciones escandalosas como las protagonizadas por el caso Irán-contras, en la década de 1980; o el manipulado incidente entre el presidente Clinton y Mónica Lewinski. A pesar de las limitaciones de las encuestas o de las reservas con que se asuma su análisis, son una fuente de criterios que, de un decenio a otro, de una Administración a otra, de un siglo a otro, suministran un aval de cuestionamientos a la imagen y credibilidad de los dirigentes políticos, a lo que no escapa ni el presidente George W. Bush ni su equipo. La desconfianza surgió incluso antes de que ocupase la Casa Blanca, a raíz del carácter fraudulento y escandaloso que asumieron los comicios de 2000.

### **Participación decreciente de los ciudadanos en los procesos electorales**

**E**n buena medida, este rasgo resulta complementario del anterior, y también mostraba una inquietante acentuación durante los años de 1970. De 160.5 millones de electores que existen en Estados Unidos, en las últimas elecciones presidenciales sólo sufragaron 84 millones. Esto determinó que el presidente Reagan (que recibiera 43.09 millones de votos en su favor) haya llegado a la Casa Blanca con el respaldo activo de sólo un 26.9 % del total de los ciudadanos norteamericanos.<sup>25</sup> Esto significó un retroceso incluso con relación a los resultados registrados en favor de Carter en 1976, cuando éste ganara con una votación correspondiente al 29 % del total de los electores habilitados del país.<sup>26</sup> El propio ex presidente Carter comprendió que esta situación comprometía seriamente los fundamentos de la organización política de los

<sup>25</sup> Véase **Estados Unidos: perspectiva latinoamericana**, vol. 5, núm. 12, México, CIDE, diciembre de 1982, México.

<sup>26</sup> **Estados Unidos: perspectiva latinoamericana**, vol. 1, núm. 12, México, CIDE, diciembre de 1976.

Estados Unidos por lo que planteó, al iniciar su mandato en 1977, un proyecto de ley que junto con eliminar el sistema de elección indirecta del presidente de la República en un Colegio Electoral establecía nuevas normas más flexibles para el registro de los electores, haciendo posible que éste se hiciera incluso en el local de votación el mismo día de la elección.<sup>27</sup> Esta iniciativa, sin embargo, no logró prosperar, y en su ausencia se acentuaron los índices de abstención que han llegado a ser inquietantemente altos en las últimas elecciones en los Estados Unidos. Esta suerte de desinterés, crisis de motivación, indiferencia, expresa un comportamiento que podría asumirse en términos de pérdida de legitimidad del sistema político. Cuando las reglas vigentes en un marco como ese no garantizan la participación ciudadana en el proceso político, es indicativo de que algo está fallando, y justamente, el abstencionismo es un rasgo que viene definiendo a la sociedad norteamericana desde las postrimerías de la pasada centuria.

### **Pérdida de compromiso partidista el empobrecimiento de la vida política**

**E**ste factor que tan claro resulta en los años recientes, resulta casi paradójico en contraste con la historia inicial de los Estados Unidos, considerando que allí hubo partidos políticos bien organizados con mucha anterioridad a los países europeos, en los cuales vendrían más bien a constituirse en la segunda mitad del siglo XIX.<sup>28</sup> En cambio, desde que George Washington asumiera la presidencia en 1789, en la sociedad norteamericana hubo un debate político rico y bien estructurado, al punto que puede sostenerse que las corrientes "federalista" y "antifederalista" fueron los primeros partidos políticos modernos del mundo.<sup>29</sup>

Durante el desarrollo de la polémica que a partir de 1790 mantuvieron Alexander Hamilton y Thomas Jefferson estaban presentes todos los temas sustantivos para el quehacer del Estado: tamaño del gobierno; programas de la autoridad pública frente a los sectores más desamparados de la sociedad; proteccionismo o libre cambio en materia de comercio internacional; aislacionismo o activismo como variables frente a las definiciones de política exterior. Con el correr del tiempo, el pragmatismo desplazó a las concepciones articuladas y se verificó el fenómeno que tan bien ha destacado Maurice Duverger: la organización de los partidos políticos norteamericanos iría, en cierta manera, perdiendo significación nacional, y se desplazaría hacia los

<sup>27</sup> **Estados Unidos: perspectiva latinoamericana**, vol. 2, núm. 5, México, CIDE, mayo de 1977.

<sup>28</sup> Richard Hofstadter, "Los partidos políticos en Estados Unidos", en R. Van Woodward, **Historia comparada de Estados Unidos**, México, Letras, 1972.

<sup>29</sup> Un buen estudio de estas primeras corrientes ideológicas de la política norteamericana puede verse en André Tunc, **Les Fiats-Unis**, París, Librairie Générale de Droit es jurisprudence, 3a. ed., 1973.

estados. De ahí la conclusión de que, así, "en los Estados Unidos más que dos grandes partidos nacionales hay 50 partidos demócratas y 50 partidos republicanos".<sup>30</sup>

Esta descentralización ha tenido que ver, ciertamente, con el empobrecimiento gradual de la discusión y la vida política norteamericana. Como actividad que refleja las relaciones de poder bajo las condiciones existentes en un Estado-Nación, la política conlleva, por definición, la capacidad de reunir y centralizar demandas sociales dispersas, de tal modo que si los partidos políticos --que actúan como eslabones entre la sociedad civil y el Estado-- no cumplen esta tarea, el sistema político no puede disponer apropiadamente de proyectos nacionales. Por ello, en los últimos decenios se ha registrado en los Estados Unidos el fenómeno del surgimiento de los llamados *single issue groups*. Estos grupos monotemáticos declinan la responsabilidad de proponer un programa nacional de transformaciones y en lugar de ello privilegian una sola causa en la que se concentran. Tal es el caso de los pacifistas, ecologistas, feministas, antinucleares, consumidores, entre otros, que han ido obrando creciente importancia. Y aunque no pueda negarse que cada una de estas causas tiene plena justificación en una sociedad como la norteamericana, se advierte también que el ascenso de las mismas comporta una fragmentación que en último término es dañina para la coherencia del comportamiento de los poderes públicos.

Durante largas décadas, la sociedad estadounidense ha padecido el fenómeno negativo del control de los partidos por las maquinarias y los llamados *bosses*. Pero, aunque se ha logrado superar tales tendencias, no se ha conseguido, con las escasas excepciones del caso, remplazar a éstos por una dirección política de estadistas y dirigentes a la altura de los problemas que debe afrontar y resolver la primera potencia del mundo actual.

### **El aumento de la influencia política de las burocracias profesionales**

**A**unque ésta es una tendencia general en la evolución del Estado capitalista contemporáneo, no cabe duda que se encuentra más acentuada en los Estados Unidos que en otros lugares.<sup>31</sup>

En parte, esto se explica por el tamaño y los recursos que maneja la Administración Central. Se trata de una masa de más de 5 millones de servidores públicos (si se considera el personal civil y militar) que en 1982-1983

<sup>30</sup> Maurice Duverger, **Instituciones Políticas y derecho constitucional**, Madrid, Ariel, 1972.

<sup>31</sup> Para un agudo análisis de las claves del proceso de toma de decisiones en Estados Unidos hecho desde la perspectiva y los intereses de América Latina se puede consultar el trabajo de Carlos Rico, "Impacto de la 'crisis de consenso' sobre la toma de decisiones de política exterior en Estados Unidos", **Cuadernos Semestrales**, núm. 10, México, CIDE, 1981.

manejó un presupuesto, de más 800 mil millones de dólares.<sup>32</sup> En contraste, antes de la gran crisis capitalista de 1929, el total de funcionarios llegaba a 784 mil (1926). A esto se le podría sumar, para tener una dimensión más completa del impacto de los medios burocráticos en los Estados Unidos, a los 8.5 millones de funcionarios que se calculaba trabajaban al servicio de los gobiernos estatales y municipales en las últimas décadas del siglo XX.

Al peso del número, habría que agregar la importancia política de su creciente estabilidad. En la actualidad, están distantes hoy los días en que el presidente Andrew Jackson proclamara la validez del *spoilsystem*, que habilitaba al partido político que llegaba al poder para reclamar todas las posiciones existentes en la Administración para sus miembros. Según iba quedando claramente expresado desde la segunda mitad del siglo XX, la misma especialización que impone el manejo de las políticas públicas ha ido haciendo imposible que se prescindiera de los equipos técnicos y esto ha dado una gran fuerza política a tales grupos. De nuevo, el período que se desarrolla desde finales de 1970 y durante los decenios siguientes, ilustran con claridad ese proceso, que se sigue manifestando en el siglo XXI.

El fenómeno del denominado "gobierno permanente", que ya preocupara a F.D. Roosevelt en los años de 1930, iría determinando la constitución de variadas burocracias profesionales especializadas.<sup>33</sup> Cada una de ellas ha reclamado para sí el mejor conocimiento de los temas y problemas a su cargo y se arroga el derecho de definir los intereses permanentes de los Estados Unidos respecto de dichos temas. En su apoyo, han contado con las ventajas de un largo conocimiento de las políticas anteriores, un acceso privilegiado a la información disponible y la capacidad para emprender nuevos estudios cada vez que sea necesario.

De esta manera, prácticamente en cada ámbito de la actividad estatal norteamericana ha llegado a existir un núcleo burocrático con un alto grado de poder político y con una activa participación en el proceso de definición de las políticas especializadas. Es cierto que estas burocracias profesionales tienen relaciones competitivas entre sí cuando se presentan temas en los que su competencia aparece compartida con otros grupos, pero también loes que

---

<sup>32</sup> De acuerdo con los datos contenidos en **The Economic Report of the President**, 1983, cuadro B-73, Washington, GPO, 1983, el total de ingresos autorizados en el presupuesto 1982-1983 es de 805.2 miles de millones de dólares; los ingresos públicos asegurados, 597.5 miles de millones y el déficit fiscal estimado para el ejercicio, 207.7 miles de millones.

<sup>33</sup> El estudio del proceso de toma de decisiones tiene una larga tradición en el área de la política exterior diplomática. Una revisión crítica de este proceso se puede hallar en varios de los estudios contenidos en los siete volúmenes del **Murphy Report** de 1975. Es interesante anotar que en los últimos años el estudio se ha extendido al campo de la política económica internacional. Al respecto puede verse Stephen Cohen, **The Making of United States International Economic Policy**, Nueva York, Praeger Publishers, 2a. ed., 1981 y Stephen Cohen, **US International Economics Policy in Action**, Nueva York, Praeger Publishers, 1982.



todas comparten en su conjunto una actitud de distanciamiento (y no pocas veces de antagonismo), con las autoridades políticas colocadas por el Presidente y el partido en el poder.

La influencia de las doctrinas y concepciones de los núcleos burocráticos que conforman el “gobierno permanente” sobre las decisiones del Ejecutivo es muy grande, a pesar de los esfuerzos que la dirección política realiza de tiempo en tiempo para expropiarle algunas cuotas de su poder. Con este propósito, por ejemplo, el presidente Nixon, en su primer mandato, amplió las atribuciones de la antigua Oficina de Presupuestos, convirtiéndola en la actual Office of Management and Budget (OMB), una de cuyas funciones nuevas fue precisamente la reorganización administrativa de aquellas unidades del sector público de escasa utilidad o productividad. En la misma línea, el presidente Carter intentó, también sin éxito, una reforma administrativa en 1977.<sup>34</sup> Pero más allá de los esfuerzos de la élite política, un estudio detallado de la evolución de cualesquiera de las políticas especializadas del Estado norteamericano mostrará, hasta la actualidad, que la influencia de los administradores de carrera sigue siendo fundamental. Pero como en los casos anteriores, lo que interesaba subrayar aquí era solamente la medida en que, desde las primeras décadas que siguen a la primera mitad del siglo XX en los Estados Unidos comienzan a delinearse o definirse un conjunto de pautas que, lejos de amortiguarse, tiende a mantenerse e incluso, reforzarse dentro de determinados marcos, a través de un proceso que no se detiene con el fin del siglo XX.

## V

Ya se ha precisado que los resultados de las elecciones presidenciales de 1980 en los Estados Unidos fue valorada por muchos estudiosos como una suerte de giro crucial en la historia política de ese país. Lo que se argumentaba, en esencia, era que ello constituía un punto de inflexión, atendiendo básicamente a la viabilidad que había encontrado, en el tablero político nacional, una opción de extrema derecha.

Con la llegada al poder no sólo del Partido Republicano --lo cual había ocurrido en varias ocasiones luego de la segunda guerra mundial--, sino de un sector que, dentro de él, era visto como minoritario; que, según ya se ha recordado, había tenido su oportunidad con Goldwater en 1964 y había sido estruendosamente derrotado; y que, apenas cuatro años antes, con el mismo Ronald Reagan, había fracasado en las primarias republicanas.

---

<sup>34</sup> **Estados Unidos: perspectiva latinoamericana**, vol. 2, núm. 6, México, CIDE, junio de 1977.

La presencia activa en la campaña de Reagan de los sectores de extrema derecha, ultraconservadores o fundamentalistas, hizo que el análisis se centrara excesivamente en estos grupos, perdiendo de vista una cuestión mucho más de fondo: la elección representaba el ocaso definitivo del proyecto liberal que había servido de patrón al quehacer estatal norteamericano por cuatro décadas, pero que arrastraba su decadencia desde la segunda mitad de los años sesenta. La crisis del proyecto nacional "rooseveltiano" no era sólo producto de su incapacidad para lidiar con los agudos problemas de la crisis política y económica o para adaptarse a las realidades de un mundo cambiante. En medida importante, ésto se debía a que las condiciones objetivas en que la coalición había surgido habían variado: organización productiva, distribución regional, sistema urbano, papel de las minorías raciales, poder sindical, etc., eran todos factores originales del proyecto liberal que hoy no se hacían presentes del mismo modo que en 1929. Por otra parte, en cambio, una nueva coalición de empresarios pequeños y medianos, clase media afluyente, agricultores, grupos religiosos, confluía hacia un nuevo modelo, fundado en la ideología conservadora, pero aún incompleto y difuso.

En efecto, si a los pocos años de gobierno de Roosevelt habría sido ya posible hablar de un "bloque histórico" portador no sólo de fuerzas sociales mayoritarias, sino también de un proyecto nacional definido, ese rótulo sería claramente excesivo para caracterizar las fuerzas que confluyeron a la elección de Reagan en 1980 y a su reelección en 1984. Las fuerzas reaganianas formaron propiamente una coalición, ligada por la coincidencia en algunos grandes temas, pero sin un proyecto acabado. Esa coalición fue capaz de transformar los términos del debate político norteamericano. Y aunque no llegó a adquirir en términos de corto plazo la consistencia suficiente para perdurar como bloque (pareciendo incluso que con los años había perdido presencia y pujanza), lo cierto es que lo que semejava un fenómeno de difusión ideológica o volatilidad política a la luz de la mayor parte de la última década del siglo XX, cuando la doble Administración Clinton se extendía durante los años de 1990, pareciera que, desde el siglo XXI expresa la capacidad de proyectar una visión de la nación norteamericana, con presencia en el presente y con una proyección al futuro. Si el período conservador de 1980 hubiese sido efímero, hubiese durado sólo lo que durase la popularidad de Reagan. Y, como se aprecia hoy, se trata de un fenómeno que dejó su huella en la sociedad, y luego de una etapa como proceso latente, asciende de nuevo a la superficie, haciéndose manifiesto.

Para no pocos estudiosos, el proyecto que proponía el conservadurismo en los Estados Unidos se concebía como un fenómeno fragmentado e inconcluso, que tropezaba con grandes resistencias en importantes sectores de la sociedad, a nivel subjetivo, y que encontraba obstáculos objetivos de significación. Se desconocía, así, que desde hace una veintena de años ya se

advertía una suerte de cosecha cultural, que iluminaba el ulterior sendero ideológico en ese país. La tónica que define al proceso político en los Estados Unidos al comienzo del presente siglo revela la viabilidad de las definiciones políticas de los principales exponentes del conservadurismo, y su interrelación con las ya importantes transformaciones ocurridas en el medio político nacional. Todo esto, unido a las transformaciones objetivas en las formas de producción y distribución, y en el tejido social norteamericano, configura un cuadro de la sociedad y la política de los Estados Unidos muy distinto del existente durante la década de 1990. Elementos cruciales como la política económica, la organización de las fuerzas políticas, el papel de los Estados Unidos en el sistema internacional, han sido objeto de cambios importantes en lo que va del presente siglo. A pesar de que no tuvo la profundidad deseada por los conservadores o el sentido esperado por los liberales, puede definirse a la Administración Reagan como un proceso de transición, de transformación económica, política y social, aún y cuando representase un retroceso histórico, desde el punto de vista de los valores y acciones de carácter reaccionario que auspició. Sobre esa base, algunos autores concluían incluso que la sociedad norteamericana se hallaba en un cierto proceso de fascistización, aunque se tratase de un “fascismo amistoso”, como lo calificó Bertram Gross, que se alejaba cada vez más de sus tradiciones democráticas y hacía suyas prácticas autoritarias, que desmontaban estructuras institucionales e ideológicas.<sup>35</sup>

Una parte importante de esa transformación --asumiese las dimensiones que fueran-- ha ocurrido en el plano subjetivo. Los términos del debate político se han ido alterando a lo largo de los años, para descartar, pareciera que de modo permanente, algunos de los principales consensos del período liberal anterior, como los concernientes al papel del Estado en la economía. En este sentido, en la medida en que la historia ha demostrado que la experiencia conservadora de entonces tiene continuidad hoy, la afirmación de William Schneider en el sentido de que la verdadera magnitud de la revolución reaganiana sólo será visible a largo plazo, se ha visto en buena medida confirmada<sup>36</sup>. Si se mirara esta pauta con el criterio leninista, sería válida la afirmación de que, bajo las condiciones del imperialismo, tiene lugar un viraje creciente de la democracia hacia la reacción, en toda línea.

A partir de lo hasta aquí expuesto, se hace claro que la referencia al significado de los procesos que tienen lugar en la sociedad norteamericana a

<sup>35</sup> Desde el estudio que llevó a cabo Theodor Adorno, poco tiempo después de terminada la segunda guerra mundial, que se publicó bajo el título de “La personalidad autoritaria”, donde demostró que en la sociedad norteamericana existían valores proclives a la ideología fascista, varios autores han sostenido criterios que argumentan enfoques de raíz similar. Entre los principales, puede mencionarse a Bertram Gross y Cedric Belfrage. En fecha más reciente, Howard Zinn y Gore Vidal han suscrito puntos de vista semejantes.

<sup>36</sup> Véase: William Schneider, “El electorado norteamericano un año antes de las elecciones de 1984, en: **Nueva Sociedad** No. 69, Caracas, | Noviembre / Diciembre 1983

partir de la década de 1980 aporta una clave analítica de gran importancia para comprender el dinamismo ulterior que conmueve a la sociedad norteamericana, prácticamente en cualesquiera de sus dimensiones. En este sentido, siguiendo a Schneider, convendría subrayar que el proceso político-ideológico iniciado con la Administración Reagan (que de ningún modo debiera concebirse como un fenómeno subjetivo coyuntural, expresión voluntarista de un sector de poder, temporalmente establecido en la presidencia, sino como el resultado de una acumulación de tensiones y contradicciones objetivas, que se canalizan cuando maduran las condiciones), denominado como "revolución conservadora", posee una trascendencia que más allá de estremecer la sociedad, la economía y la política de entonces en los Estados Unidos, permanece en la vida nacional y deja huellas relevantes a nivel espiritual. Es decir, se trata de un proceso que influye en el contexto político-ideológico y cultural de la sociedad norteamericana, reestructurando concepciones y prácticas tradicionales e imponiendo nuevos marcos de referencia. Según lo constataba Gore Vidal, en dicho decenio cristaliza un cambio cualitativo que, en su opinión, trastoca el sentido de la democracia en ese país, tal como se le concebía y presentaba dentro y fuera del mismo, como una verdad que como regla ni se cuestionaba, y que constituye lo que califica como el paso de "la vieja república al Estado de seguridad nacional." Según este punto de vista, se opera una suerte de transición ideológica e institucional, que conlleva una forma de estructuración estatal, que posibilita una nueva etapa en el desarrollo del imperialismo, cuyo propósito ahora es desenvolverse en medio de una guerra permanente. Esta idea la expone en su libro titulado justamente *Guerras perpetuas para una paz perpetua*, inspirado en las tesis del historiador Charles A. Beard<sup>37</sup>

Atilio Borón le concede gran importancia a esta perspectiva. Resulta muy ilustrativo el análisis pormenorizado que realiza en este sentido. "El itinerario de este tránsito reconoce tres etapas principales --precisa este autor--. La primera tiene una fecha muy precisa: el 27 de febrero de 1947, cuando Harry Truman da por concluida la alianza con la Unión Soviética, declara el comienzo de la guerra fría y se propone militarizar a la economía para hacer frente a la así llamada "amenaza soviética." Años más tarde las consecuencias de esta decisión serían lamentadas por Dwight Eisenhower en su discurso de despedida presidencial, de enero de 1961, al denunciar el nefasto papel desempeñado por el "complejo militarindustrial." Según Vidal, el senador republicano Arthur Vandenberg le advirtió a Truman que para lograr este objetivo tendría que aterrorizar a la población con la amenaza de que "los rusos están viniendo." Y Truman lo hizo. Conviene recordar que los principales análisis actuales de la política norteamericana, entre ellos los realizados por el profesor Noam Chomsky, insisten en señalar el carácter crucial del miedo y la

---

<sup>37</sup> Gore Vidal, *Perpetual War for Perpetual Peace, Thunder's Mouth Press-Nation Books*, New York, 2002.

intimidación públicas como mecanismos de dominación política. De ahí la incesante búsqueda de nuevos enemigos susceptibles de ser agitados para aterrorizar a la población.

“La segunda etapa --prosigue Borón en su escrutinio-- la inaugura Bill Clinton, un año después del atentado contra el edificio federal de la ciudad de Oklahoma. En abril de 1996 promulga una legislación, fuertemente promovida y respaldada por la derecha republicana, la "Ley antiterrorista y de pena de muerte efectiva." Esta nueva pieza legal permite la intervención de las fuerzas armadas estadounidenses en funciones represivas en contra de la propia población civil, lo que significó el acta de defunción para una ley progresista vigente desde 1878 (la Posse Comitatus Act). La ley promulgada por Clinton también suspende selectivamente el habeas corpus a los sospechosos de actividades terroristas y legaliza el accionar de los grupos SWAT del FBI para actuar dentro de los Estados Unidos, como lo hicieron en 1993 en Waco, Texas, contra una secta milenarista y pacifista, los Branch Davidians, y que ocasionara la masacre de 128 ciudadanos norteamericanos. Es interesante destacar además que en la prolija estipulación de la ley promulgada por el presidente norteamericano queda sin definición legal alguna el significado de la palabra "terrorista." Obviamente, bajo estas condiciones cualquiera puede ser acusado de ello.

“La tercera etapa --añade Borón en el citado repaso-- , la más reciente y conocida, es la que inaugura George Bush Jr., luego del 11 de septiembre de 2001: guerra preventiva, guerra infinita, monitoreo y control de la población, escalada desorbitada en el presupuesto militar, agresión a Afganistán e Irak, "eje del mal", "estados canallas", etcétera. No me detendré en este tema porque la nueva doctrina de seguridad norteamericana, anunciada un año después de los atentados arriba mencionados, ha sido ampliamente discutida y cuestionada por un enorme abanico de organizaciones y fuerzas sociales ant imperialistas del mundo entero.

“Según Vidal --concluyen las reflexiones del autor--, al final de esta trayectoria la mera idea de "gobierno representativo" se desvanece en la memoria del pueblo norteamericano. Tal como lo señala este autor, solo la plutocracia corporativa está representada en el Congreso y en la Presidencia. La razón es muy clara: "hacer política" en los Estados Unidos es una actividad sumamente onerosa. La construcción del espectáculo mediático gracias al cual se confunde y desorienta a la población requiere mucho dinero, y son las grandes empresas quienes financian las actividades tanto de los miembros del Congreso como la de los ocupantes de la Casa Blanca. Sus carreras políticas están totalmente sometidas a la calculada benevolencia de los capitalistas. Y este verdadero secuestro de la clase política norteamericana a manos de la burguesía es posible por la creciente indiferencia, cuando no desprecio, de la

población por la suerte pública (una actitud cuidadosamente cultivada en la masa de la población por los agentes ideológicos del neoliberalismo) y por la sistemática desinformación con que se alimenta al público norteamericano, como lo ha demostrado de manera irrefutable Noam Chomsky en *Manufacturando el Consenso* y *Cartas de Lexington*, entre otros tantos brillantes análisis. Ocurre además que la misma América corporativa que compra al gobierno es casualmente la dueña de los principales medios de comunicación. Desde hace más de medio siglo los ocupantes de la Casa Blanca se las han ingeniado para que esa "prensa libre" nunca diga la verdad de lo que los sucesivos gobiernos norteamericanos han hecho a otros pueblos, ni que decir al propio pueblo estadounidense. Aunque se pregona que el pueblo de los Estados Unidos es la única fuente de legitimidad política del gobierno, ese pueblo ya no está más representado en el Congreso. Este fue secuestrado por la América corporativa y su instrumento armado, la maquinaria militar imperial."<sup>38</sup>

Las apreciaciones de Borón no sólo son esclarecedoras sino complementarias de la argumentación que presenta el propio Vidal, en la medida en que profundiza en su contextualización política y, sobre todo, teórica. Y aunque quizás en la expresión gráfica final con la que termina las reflexiones que se acaban de reproducirse en extenso, se desdibujen un tanto las complejidades estructurales y funcionales implicadas en el proceso aludido, no hay dudas acerca de que, en efecto, la legitimidad política en los Estados Unidos ha sido removida en su cimiento, en consonancia con el agitación que ha tenido lugar en el sistema de dominación internacional, en que se resquebrajó la hegemonía y se desarrolló una crisis de confianza. Las pautas que fueron expuestas en el epígrafe precedente dan cuenta, justamente, de esa situación. Ello se manifiesta tanto en el deterioro de la imagen pública de los líderes políticos, en la creciente desmotivación ciudadana ante su participación en los procesos electorarios, en el empobrecimiento general de la vida política de la nación, como en la pérdida de adhesión partidista.

## VI

A pesar de lo sobradamente conocido que resulta, no puede omitirse la referencia a un hecho que viene como anillo al dedo para constatar la validez de lo señalado. Es decir, la mencionada crisis de legitimidad se revela con muchísima fuerza con la llegada a la Casa Blanca de George W. Bush, luego del dilatado proceso electoral del 2000. Portador de un liderazgo

<sup>38</sup> Atilio Borón, "El ALCA más allá de la economía", en: **Cuadernos de Nuestra América**, No. 33, CEA, La Habana, 2004., pp. 26-27.

atrofiado, carente de legitimidad, se daba inicio a una nueva etapa, cuyos antecedentes de alguna manera ya estaban prefigurados o anticipados desde los últimos tiempos de Clinton. La política norteamericana, desde entonces, se endurecía y se avizoraba una recesión económica. Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 fueron el nuevo punto de inflexión para un viraje conservador, que colocaba la intolerancia y sus expresiones múltiples en la orden del día de la política interna. Los aires del macarthismo se renovaban. El pretexto ya no sería, claro está, el anticomunismo, sino la lucha, aún más difusa, contra el terrorismo.

Salvando las necesarias y reales distancias históricas y circunstanciales, hechos de estos últimos años, como el encarcelamiento en 1998 de los cinco patriotas cubanos que sufren injusta condena en prisiones federales de los Estados Unidos, bajo falsos cargos de “conspiración por espionaje”, repiten situaciones definidas por codificaciones ideológicas y manipulaciones políticas similares a la de tiempos como el del macarthismo. Se reedita así un marco como el que llevó a los Rosenberg a prisión y la muerte, y de rejuegos judiciales semejantes a los sufridos, por ejemplo, por el activista del Movimiento Indio Americano, encarcelado durante más de veinte años, Leonard Peltier, durante el decenio de 1970. Esos hechos ratifican la naturaleza reaccionaria de fuerzas políticas norteamericanas de extrema derecha, y el carácter antidemocrático de muchas estructuras del sistema político de los Estados Unidos, emparentadas ambas con sectores ultraderechistas de la emigración cubana, en lo que también se manifiestan las dimensiones de ilegitimidad que ha ido cobrando el sistema vigente.

El círculo vicioso implicado en esas reiteraciones o zig-zags, no obstante, no debe asumirse como una inevitable tendencia cíclica, o con un sentido de linealidad histórica. Se trata de un complejo proceso que comienza con la colonización de las originales trece colonias de Norteamérica, prosigue con la revolución de independencia, la formación de la nación, que se prolonga luego en la guerra de secesión, en la reconstrucción, la revolución industrial, el tránsito al imperialismo. Esa secuencia continúa con el desarrollo del movimiento obrero, incluye la recepción de sucesivas oleadas de inmigrantes de casi todas las partes del mundo, la gran depresión de los años de 1930, el llamado “nuevo trato”, las secuelas de las dos guerras mundiales, la formación del conocido complejo militar-industrial y el despliegue de la carrera armamentista, el intervencionismo de política exterior, el impulso a la guerra fría, la estrategia de contención al comunismo. Se extiende hasta el comienzo del siglo XXI, en el que el gobierno de los Estados Unidos redefine, como ya se ha dicho, los supuestos peligros a su seguridad nacional (ya no en términos de la “amenaza comunista”, sino de la supuesta lucha contra el terrorismo internacional, a través de la operación “*Justicia Infinita*”, trasfigurada con rapidez en “*Libertad perdurable*”).

Ese largo proceso histórico no ha sido lineal. En él se conjugan, de manera zigzagueante, valores progresivos y regresivos, avances y retrocesos, momentos de luz y de sombras. La historiografía ha establecido que en la trayectoria política y cultural de los Estados Unidos, algunos de ellos, como los relacionados con el sentido de la democracia, la libertad, los derechos humanos y la justicia, tal y como son formulados por las tradiciones y la retórica de los padres fundadores, se relativizan y se niegan, a menudo, a partir de su contrapunteo con las acciones y declaraciones de gobiernos posteriores.

Este ha sido el caso, si se quiere, del lugar y papel de las tendencias conservadoras en general, y de extrema derecha en particular, dentro de la vida política y la sociedad norteamericanas, con frecuencia manifiestas y visibles en reacciones de intolerancia, como las tratadas con anterioridad, y en otras ocasiones latentes y sumergidas, aunque lamentablemente, no desaparecidas del mapa político-ideológico en los Estados Unidos. Sobre ello ya se han aportado elementos en epígrafes precedentes. Esa suerte de cultura de la violencia se superpone o solapa con concepciones de seguridad nacional como las manipuladas al calor del 11 de septiembre de 2001<sup>39</sup>.

Dichas concepciones están fuertemente enraizadas en la historia norteamericana, anticipadas y entrelazadas en tradiciones inherentes al desarrollo peculiar de la nación, y en particular, a la evolución de las estructuras y relaciones de la sociedad capitalista que comienza a forjarse, prácticamente, en la época colonial y se consolida con fuerza a partir de la guerra de independencia. En la medida que la sociedad estadounidense, como ya se ha dicho, sólo ha conocido, desde entonces, el modo de producción capitalista, ello explica la definida presencia de dichas ideas en la contemporaneidad, el relativo consenso que impera en la conciencia de masas --y no sólo en la clase dominante-- acerca de su legitimidad y vigencia.

Como función de la hegemonía, la seguridad nacional de los Estados Unidos, al operar ideológicamente en un plano de legitimación interno, y en otro, de apuntalamiento doctrinal de la política exterior, sirve de manto a conceptos interrelacionados, como los de nación, Estado nacional, interés nacional, unidad nacional, que encuentran aplicación, vigencia y condiciones de implantación incluso en otros países y alejadas regiones, sobre los cuales proyecta su silueta, supuestamente la seguridad nacional de Estados Unidos. Esto se deriva de la funcionalidad que como “sombrija”, poseen las referidas concepciones. En realidad, se trata de una noción resbaladiza, de una etiqueta de usos múltiples y universales, para connotar cualquier situación, interna o externa, que requiera la acción inmediata, priorizada, militar, costosa en términos humanos, económicos o políticos, por parte del gobierno

---

<sup>39</sup> Véase Jorge Hernández Martínez, “Intolerancia y cultura política de la violencia en los Estados Unidos”, en: **Cuadernos de Nuestra América**, No. 32, CEA, La Habana, 2005.



norteamericano. Desde el punto de vista externo, el concepto en realidad posee una connotación transnacional, en el sentido de que se insertan en ella escenarios del llamado Tercer Mundo, en los que Estados Unidos lo que defiende, en rigor, no es su seguridad nacional, sino su hegemonía. Desde el ángulo interno, el concepto también se utiliza con gran diversidad y movilidad, para justificar cualquier atmósfera represiva y paranoica.

Quizás lo más complejo y peligroso de tales concepciones sea el hecho de que ellas desbordan el marco estrecho de la ideología política imperialista (entendida como representación teórica clasista de intereses de la oligarquía financiera y grupos de poder hegemónicos) y su expresión consciente al nivel de la conciencia de clase. Ellas se extienden o ramifican como parte de la cultura política en ese país, como resultado de un mecanismo psico-sociológico, expresándose con frecuencia, de manera inconsciente, en amplios sectores de la sociedad norteamericana de la mayor diversidad clasista. Esto es lógico, toda vez que la burguesía monopolista ejerce su poder más allá de las relaciones económicas, estableciendo su hegemonía a través de la efectiva maquinaria de los medios de difusión masiva, expandiendo el núcleo de su ideología política hasta los más diversos e intrincados rincones de la cultura.

La paradoja es que lo que se presenta habitualmente como seguridad nacional no lo es tanto, sino más bien de lo que se trata es de la seguridad de la clase dominante --o de sectores de ella--, manipulada como interés común de toda la nación. La racionalidad con la cual se ha pretendido justificar la intervención en Afganistán o se intenta legitimar la agresión a Irak refleja, justamente, ese presupuesto. Esa lógica de intolerancia y violencia, por supuesto, puede ser extendida y aplicada a los países que integran el supuesto "eje del mal", y que son considerados como terroristas.

Sobre una racionalidad análoga tienen lugar los reajustes internos posteriores al 11 de septiembre de 2001, que refuerzan la centralidad del Presidente Bush y de la rama ejecutiva, con pleno respaldo legislativo. En ese marco, se amplían, por ejemplo, las prerrogativas federales para combatir el terrorismo, incluyendo el control de las comunicaciones individuales, con la consiguiente violación de derechos civiles y judiciales de los ciudadanos. Se rescatan viejas prácticas, paradójicamente, como las de autorizar el asesinato de líderes extranjeros, contratar asesinos e incluso a terroristas para la supuesta "lucha antiterrorista"<sup>40</sup>.

La "nueva" dimensión atribuida a la seguridad reviste gran importancia a la luz del legado de septiembre 11, toda vez que la situación creada desde entonces posibilita fortalecer el consenso interno en la sociedad norteamericana

---

<sup>40</sup> Un análisis detallado aparece en: Soraya Castro Mariño, **Las Elecciones de Medio Término del 2002 en Estados Unidos: Análisis pre-electoral** (Informe Parcial), CESEU, La Habana, Agosto de 2002, pp. 9-10.

para justificar las medidas que el gobierno de Bush aplica tanto a escala doméstica como internacional, reforzando un ambiente sórdido, marcado por la represión y el belicismo. De este modo, se confirma la tesis expresada al comienzo de este artículo, concerniente a la implantación de esa racionalidad en la base de la cultura política nacional estadounidense, fijando y reproduciendo en torno a su núcleo ideológico clasista determinados componentes que se refuerzan mutuamente también a nivel psicosocial, como ocurre, precisamente, con la intolerancia y la violencia.

Tomando como referencia el peso que las fórmulas aplicadas al diseño de las políticas que han pretendido imponerse tanto a nivel interno de la sociedad norteamericana como en el plano del ejercicio de la política exterior atienden en lo fundamental a una definición en torno a cuestiones de seguridad nacional, enfocadas bajo un prisma estratégico de naturaleza geopolítica, se aprecia una tendencia marcada a encuadrar cualquier situación que suponga una amenaza o reto (real o artificial) para los Estados Unidos, dentro de una óptica militarista. En este sentido, según la valoración de no pocos estudiosos, la otra cara de la moneda de la decadencia de las instituciones democráticas norteamericanas es el creciente predominio de una ideología militarista, expresada no solamente a través del Departamento de Defensa y la Comunidad de Inteligencia, sino de todo el entramado de relaciones de poder, que actúan dentro y fuera de las estructuras formales estatales y gubernamentales. De ahí que algunos críticos sostengan que la principal tarea de un futuro presidente de los Estados Unidos debería ser controlar --utilizando los conceptos de Wright Mills-- el papel de los "señores de la guerra" del Pentágono, los funcionarios vinculados al mundo corporativo que se beneficia de la producción para la defensa, junto a un grupo más amplio, de congresistas, senadores, académicos, que comparten intereses y percepciones. "El resultado de este ascenso en la gravitación de las fuerzas armadas ha sido la búsqueda incesante y afanosa de nuevos enemigos útiles en la permanente empresa de aterrorizar a la población y para sostener la creciente demanda del gasto militar, fuente inagotable de ganancias del complejo industrial vinculado a la "defensa" y la seguridad nacional. Luego de la desaparición del mortal enemigo de la guerra fría, la Unión Soviética, se inventaron muchos otros: la guerra contra las drogas y el narcotráfico, contra los "Estados canallas," ahora contra "el terrorismo" refugiado, según estima la Casa Blanca, en más de sesenta países de todo el mundo, y sobre los países que forman el así llamado "eje del mal", al cual se puede sumar rápidamente cualquier otro que tenga la osadía de desobedecer los mandatos de Washington".<sup>41</sup>

El impacto de la militarización sobre la economía norteamericana ha sido notable, y según varios analistas, dramático. "Por ejemplo, el gasto militar,

---

<sup>41</sup> Atilio Borón, "El ALCA más allá de la economía", Ed. Cit., p. 39.

eufemísticamente denominado "gasto en defensa", de los Estados Unidos en el período 1949-1999, ascendió según cifras oficiales a 7,1 billones de dólares, es decir, 7,1 millones de millones de dólares (o *trillions*, en inglés). Esto se ha traducido en una deuda nacional que a finales del siglo pasado ascendía a los 5,6 billones de dólares, de los cuales 3,6 billones se les debe al público y 2 billones a los fondos fiduciarios de la Seguridad Social y *Medicare*. Esta deuda es consecuencia del gasto militar y los intereses contraídos a causa de él".<sup>42</sup>

Las estimaciones más conservadoras ubican al gasto militar norteamericano, en la actualidad, por encima de la mitad de la totalidad de los gastos militares de todos los países. Sin reales enemigos a la vista, las fuerzas armadas de los Estados Unidos gastan aproximadamente veintidós veces más en armas que la suma de los siete potenciales enemigos denunciados por los "señores de la guerra": Corea del Norte, Cuba, Irak, Irán, Libia, Sudán y Siria.

## VII

Según ya se ha señalado, desde los años de 1980, cuando se despliega la reacción neoconservadora, el predominio indiscutido de las ideas que promovían el libre mercado y la aspiración de crear un solo mercado capitalista mundial fueron reforzadas primero por el debilitamiento económico y político de la Unión Soviética y, pocos años después, por la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética.

El derrumbe del "socialismo real" en Europa del Este puso fin al pesimismo imperial y las tesis "declinistas" que se habían popularizado en los años de 1970, tras la derrota norteamericana en Vietnam. Dichas tesis planteaban que el poder y la prosperidad de los Estados Unidos estaban desvaneciéndose irremisiblemente y que ese país debía prepararse para un nuevo y más modesto papel en la escena internacional. En el nuevo contexto mundial, lo que prima, en cambio, es una visión que se sitúa exactamente en las antípodas de las concepciones declinistas, que plantea la necesidad que siente la nación norteamericana, de ser asumida como una gran potencia imperial.

Un analista de la conservadora *Hoover Institution*, Robert Kagan, sostenía que los Estados Unidos, a diferencia de Europa, estaban obligados a ejercer su poder "en un mundo anárquico y hobbesiano" en el cual las leyes y normativas internacionales son inseguras e inciertas, y la verdadera seguridad, defensa y promoción de un orden liberal todavía dependen de la posesión y uso de la fuerza militar. Con ese criterio, queda claro que el proyecto político conservador no supone regresar a un pasado económico liberal, que en rigor nunca existió,

---

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 40.

habida cuenta del persistente intervencionismo estatal en la vida económica y social norteamericana desde la llamada Conquista del Oeste, la prohibición del consumo de alcohol y la larga tradición de subsidios y proteccionismo que caracterizaba a las políticas económicas de los gobiernos precedentes en ese país.

Más bien se trata, por el contrario, de un proyecto fundacional y reaccionario que, según el criterio de John Gray, supone lo siguiente:

- usar los poderes del gobierno federal y las corporaciones para imponer niveles de desigualdad desconocidos desde la década de 1920, muy superior a la desigualdad que existe en otros países capitalistas hoy.
- llevar adelante un proyecto de encarcelamiento masivo de la población como estrategia fundamental de control social.
- preservar a la elite en comunidades valladas y vigiladas, dividiendo a la sociedad más profundamente de lo que se observa en países subdesarrollados e instituyendo un verdadero "*apartheid*" social.
- coagular la existencia de una "subclase" condenada definitivamente a la exclusión y la opresión, y a vivir en la indigencia.<sup>43</sup>
- Se trata, en suma, de un plan de acción para librar lo que algunos autores han calificado como una "verdadera guerra civil cultural", exaltando la tecnología (sus productos: como la internet, y sus agentes e íconos corporativos, como Bill Gates); satanizando al Estado, sostén imprescindible del orden democrático; y reafirmando, con el fanatismo de los conversos, que todos los males sociales los solucionarán las fuerzas del mercado.
- Con razón, se ha afirmado que, en resumen, no habría nada de nuevo en este supuesto "neoliberalismo". Se trata de la grotesca resurrección de una filosofía difunta desde comienzos del siglo XIX, que vuelve a la vida al concluir el siglo XX.
- Coincidiendo con el criterio de algunos autores, lo que se podría laxamente denominar como la "era liberal" de los gobiernos norteamericanos llegó a su fin en agosto de 1996, cuando el presidente Clinton promulgó la *Welfare Reform Act*, mediante la cual el gobierno federal abdicaba de gran parte de sus responsabilidades en la provisión de beneficios sociales, revirtiendo un logro consagrado desde mediados de la década de los años de 1930 por la administración de Franklin D. Roosevelt. El supuesto de esta reforma legal era que el reforzamiento de

---

<sup>43</sup> John Gray, **False Dawn: The Delusions of the Global Capitalism**, The New Press, New York, 1998, pp. 103 y siguientes.

la "ley y el orden" sería un buen sucedáneo de las instituciones sociales que el mercado libre había liquidado.

- Si se le mira desde un punto de vista sociológico, esta tendencia de regresión social conforma una especie de "desciudadanización" de la mayoría de la población norteamericana. Ella tiene lugar en un tipo de sociedad que, como bien indica Gray, está dominada por profundos sentimientos de ansiedad e inseguridad. Desde mediados del decenio de 1980, la economía ha crecido, igual que la productividad y la riqueza. Sin embargo, los ingresos de la mayoría de los norteamericanos se han estancado. Aún para los que prosperaron, los riesgos futuros se acentuaron considerablemente. Muchos temen un repentino despido a la mitad de sus vidas. Otros no descartan que un desfalco al estilo del caso *Enron* les sustraiga, de la noche a la mañana, los ahorros de toda su vida, algo que puede ocurrir en virtud del vínculo perverso que existe entre la estructura de poder político y la oligarquía financiera.
- En ese contexto, se explica la razón por la cual los Estados Unidos son hoy una sociedad dividida, en la cual una mayoría ansiosa y temerosa está flanqueada por una suerte de clase marginal atrofiada, sin esperanzas, y una clase dominante hipertrofiada, que se enriquece sin medida. De este modo, las capas medias de los Estados Unidos están redescubriendo la condición de inseguridad económica propia de los desposeídos que afligió a los proletarios europeos del siglo xix. Pese a sus mayores ingresos y a su mejor posición social, su inseguridad económica es muy grande producto de su dependencia ocupacional y de sus trabajos crecientemente inciertos e inestables.<sup>44</sup> Esta incertidumbre se acrecienta cuando se toma en cuenta que en los Estados Unidos hay una crisis profunda en diversos ámbitos que se hallan fuera de la dinámica estatal y gubernamental, ubicadas en el terreno de la sociedad civil, y que afectan incluso, por ejemplo, a una institución tan central como la familia, que recibe el impacto y penetración de la lógica mercantil, al igual que en otras esferas de la vida de esa sociedad.
- Ya se ha dicho que los Estados Unidos hicieron su entrada al siglo XXI en medio de una gran división, en la que se advertían polarizaciones de todo tipo, cobijadas dentro de una estructura socioeconómica que favorecía en proporciones crecientes e inimaginables las concentraciones de la riqueza en cada vez más pocas manos, y la pobreza en manos de sectores cada vez más numerosos. En términos de economía política, los niveles alcanzados por la envergadura de la explotación, la marginalidad, se mezclaban con otras diferenciaciones, asociadas a procesos demográficos y étnico-raciales, que acrecentaban

---

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 111.

el carácter multicultural de los Estados Unidos, en virtud sobre todo de cuestiones como el incremento de la inmigración, acompañado de la dinamización del racismo, la xenofobia y otras expresiones retrógradas de intolerancia nativista. Desde el punto de vista político, la acentuación de un pensamiento que es proclive a una visión de consenso con respecto a determinados temas entre los sectores dominantes, palpable muchas veces en la escasa discrepancia entre enfoques ideológicos (conservadores y liberales) o partidistas (demócratas o republicanos), no niega que, sin embargo, en relación con otros asuntos la divergencia se profundice.

- Esa tendencia a la creciente división interna de la sociedad norteamericana en el ámbito, social, cultural y electoral, podría decirse --siguiendo la hipótesis que se ha venido argumentando—dibuja una suerte de patrón, que se inició antes de Ronald Reagan y que se ha agudizado en los años transcurridos en el siglo XXI. El resultado, es lo que algunos especialistas llaman “las dos Américas” o “los dos Estados Unidos”. Esto quiere decir que ese país está como que casi partido a la mitad, con dos sociedades totalmente distintas; una mucho más liberal, cosmopolita y favorecedora de posiciones no intervencionistas, etc.; y otra sociedad conservadora en lo social, en lo político, y que desea tener una importante presencia militar a nivel internacional. Estas dos Américas, se polarizan en un espectro que por una parte comprende una visión puritana, moralista, afincada en la tradición, apegada a los valores fundacionales de la nación, que idealiza la familia, glorifica el pasado y cuestiona la modernidad; y por otra, contiene también una postura laica, con un sentido innovador, favorecedor de cambio, abierto a las transformaciones de una nueva época, que acepta con hipocresía y cinismo la realidad de que la identidad nacional se construye sobre valores que son negados a diario por la práctica política, que no rechaza los riesgos que para la familia y la moral conllevan fenómenos como el de la droga, la pornografía y la promiscuidad sexual, y que promueve una propuesta de futuro.
- Es decir, se trata de dos visiones totalmente encontradas que se dan en la cultura norteamericana. A nivel electoral sucede lo mismo, ya que no es extraño que, por ejemplo, el presidente Bush haya llegado a la Casa Blanca perdiendo una elección popular y siendo designado por la Suprema Corte de Justicia. Es la cuarta ocasión que sucede algo así en toda la historia norteamericana, el que un presidente pierde en el voto popular pero gana en el Colegio Electoral.

- De ahí que, como ya se señalaba, deba comprenderse adecuadamente el hecho de que la sociedad norteamericana está ampliamente dividida, admítase o no la denominación de “las dos Américas”.
- Otra consideración de relieve que debe estar presente en toda reflexión acerca de la situación que encuentran los Estados Unidos al llegar al siglo XXI, que también volver la vista hacia etapas anteriores, es que hay un cambio que se inicia aún antes de la administración Reagan, pero que fue más evidente durante esos años, que tiene que ver con el proceso de redespliegue industrial, o sea, con el cambio de la localización regional de las áreas productivas de punta en el territorio de los Estados Unidos. Esto tiene que ver con lo que muchos llamaron el conflicto *Frostbelt-Sunbelt* o el conflicto *Yankees-Cowboys*. Se trata de que el desarrollo de los Estados Unidos en la época colonial se dio fundamentalmente en el norte, a través de la gran industria pesada, como la de los astilleros. Lo anterior cede el paso –como una tendencia, desde mediados de los años de 1950 y, para los de 1980, ya está consolidada-- a toda una área productiva que tiene que ver con las nuevas tecnologías, como la aeronáutica, el petróleo, la computación, que están asentadas en el *Sunbelt*.

Si se quisiera analizar, por ejemplo, cómo votaron las compañías en los Estados con respecto al Tratado de Libre Comercio de América del Norte, lo cual se puede hacer de una manera muy fácil, el resultado revelaría que las que apoyaron el TLC eran los del *Sunbelt*, y los que se opusieron eran los del *Frostbelt*, dado que las compañías tendían hacia la exportación, lo cual prevalece hasta la actualidad.

Otra tendencia tiene que ver con el afianzamiento de una nueva generación de neoconservadores, quienes son mucho más conservadores que sus padres. Es decir, que los que trabajaron en la administración Reagan, y han logrado capturar e influir de manera importante en el ámbito de la política exterior norteamericana. Este hecho consolida desde el punto de vista ideológico una visión del mundo y un patrón de conducta política, que pareciera proyectarse hacia el futuro, más allá de la coyuntura del corto y el mediano plazo.

Por último, se advierte una dinamización de todo lo que tiene que ver en el ámbito de la derecha cristiana, que es aún más influyente que en la época de Ronald Reagan, aunque tiene sus antecedentes vienen de esa etapa. En la actualidad se aprecia que posee una gran capacidad de movilización política, lo cual resulta muy funcional para movilizar la opinión pública e influenciar en el comportamiento electoral de la población, estimulando su asistencia a las urnas.

La sociedad norteamericana aún sufre la resonancia de la crisis de septiembre de 2001, que estremeció el sistema político y la sociedad civil, conmovió a la cultura política nacional y marcó la política exterior con un acontecimiento, en su escala, sin precedentes.

No estaría de más insistir en que, entre las diversas significaciones que posee el 11 de septiembre, su simbolismo sobresaliente es una de las que desde el punto de vista subjetivo convierte a los acontecimientos terroristas de ese día en un hito trascendente, toda vez que ello genera reacciones que se dejan ver en el ámbito doméstico norteamericano y en la proyección internacional del país. Fueron ataques a símbolos del poderío mundial --económico y militar-- de los Estados Unidos y, hasta cierto punto, de la cultura norteamericana. Se cometieron “contra centros simbólicos y reales de uno de los imperios más poderosos que ha conocido la historia, ante la mirada atónita y espantada de millones de otros seres humanos y en un momento en que los Estados Unidos, país de origen y residencia de la mayoría de las víctimas, parecía constituir una fortaleza inexpugnable y su gobierno --de dudosa legitimidad-- proyectaba su política internacional con singular arrogancia y unilateralismo”.<sup>45</sup> En esa medida han tenido un profundo y perdurable impacto para la sociedad civil, la psicología nacional y la ideología en la sociedad estadounidense. A tales acontecimientos se enlazaron, de forma inseparable, las ulteriores diseminaciones y ataques de ántrax, dirigidos principalmente a los círculos gubernamentales y a ciertos miembros del Congreso, que de modo muy efímero y localizado, afortunadamente, estimularon en los primeros momentos las sensaciones de impotencia ciudadana.

Todo ello ha contribuido a mantener viva la sensación de ansiedad, temor, desconfianza, a nivel de la población y de las estructuras políticas, y a alimentar los imperativos de la supuesta “defensa” de la seguridad nacional, sobre la base del argumento de la llamada guerra contra el terrorismo, con expresiones dentro y fuera del territorio norteamericano. Ello supone crecientes apelaciones a un expediente de violencia ilimitada, que lejos de ser ajeno a la cultura nacional, se encuentra incrustado en el mismo tejido socioclasista e ideológico de los Estados Unidos. Y es que, regresando a la hipótesis formulada al inicio de este trabajo, las tendencias que mueven a la sociedad norteamericana, responden a requerimientos objetivos, vinculados a la reproducción misma del sistema, condicionando una suerte de zona común en las concepciones ideológicas y propuestas partidistas, cuya diferenciación es cada vez menor, dentro de un espectro que, por encima de las diferenciaciones y contraposiciones, consigue armonizar un consenso --que desde luego, no es absoluto--, ante situaciones de tanta actualidad y sensibilidad para la cultura de los Estados Unidos, como lo es la argumentación de las supuestas acciones que definen al

---

<sup>45</sup> Carlos Alzugaray , “El 11 de septiembre y la incertidumbre”, en **Revista Electrónica Semanal de Radio Progreso**, diciembre de 2001.



“antinorteamericanismo”, lo que de manera muy funcional sigue teniendo gran potencialidad, a la hora de despertar, movilizar o consolidar posiciones conservadoras, y hasta reaccionarias, tanto en el presente como en un futuro cercano.<sup>46</sup>

---

<sup>46</sup> Análisis muy interesantes acerca de los procesos y tendencias actuales que vive la sociedad norteamericana, con una visión global, aparecen en los siguientes libros: Loic Wacquant (Coordinador), **Repensar los Estados Unidos: para una sociología del hiperpoder**, Editorial Anthropos, Barcelona, 2005., y John Saxe-Fernández, **Terror e Imperio**, Ediciones Arena, México, 2006.

# ESTADOS UNIDOS: EL MARCO POLÍTICO, LAS ELECCIONES DE 2012 Y PERSPECTIVAS FUTURAS

Dr. C. Ernesto Domínguez López y MSc. Carlos Akira de la Puente Abreu

Como toda elección general en Estados Unidos, la de 2012 reviste gran importancia. Pero esta en particular, desarrollada en un momento crítico y tras ver la llegada de una administración que se inició bajo el lema del cambio, favorablemente acogido y definitivamente necesario, la apuesta parece ser más elevada. Se trata de si en realidad se producirá o no un cambio de importancia en una sociedad y un sistema político urgidos de él, y que han visto como las transformaciones se retrasan, al borde de una nueva recesión y con incertidumbres en su horizonte internacional.

En estas páginas hacemos un breve análisis de los resultados de las elecciones federales y un recorrido por los principales factores que las condicionaron. Estas reflexiones permiten detectar tendencias de diferentes magnitudes y alcances, que subyacen en el proceso más contemporáneo. Sobre esta base es que presentamos algunas ideas sobre cuáles pueden ser los derroteros de la nación nortea en los próximos años.

## I. Los resultados

Como se conoce, el resultado final de la elección presidencial fue la victoria del presidente en ejercicio, Barack Obama, con lo cual obtuvo un segundo mandato que no pocos especialistas consideraban muy difícil de lograr. De hecho, los sondeos que precedieron al *election day*, arrojaron una muy reducida diferencia entre los dos candidatos principales (el resto en realidad ni siquiera se tenía en cuenta), con variaciones en el liderazgo. Por ejemplo, sondeos desarrollados por nueve diferentes instituciones entre el 31 de octubre y el 5 de noviembre reportaban, en cuatro casos, pequeñas

ventajas para Obama en el voto popular, otros dos daban una diferencia de un punto favorable a Romney, mientras que los tres restantes anunciaban empates. Todos ellos se encontraban de hecho en la franja que puede considerarse como empate técnico, por estar dentro de los márgenes de error reconocidos por las metodologías. La promedia de estos datos arrojaba apenas un 0,7% de ventaja para el presidente incumbente.<sup>47</sup>

El resultado final en este apartado difirió, aunque no excesivamente, de estos pronósticos, pues la brecha final entre el ganador y el derrotado fue de 2,6 puntos porcentuales (50,5% por 47,9%). Esto equivale a un margen de 3 206 106 votos populares (61 701 131 por 58 504 025). El resto de los candidatos de las más diversas formaciones (algunas de ellas microscópicas y todas con escaso o nulo peso real en el proceso) apenas contaron con un 1,4% de los votos a repartirse.<sup>48</sup>

Quizás lo más significativo de la comparación entre el resultado final y los sondeos que le precedieron de manera inmediata, es que dos encuestadoras poderosas, Gallup y Rasmussen, fueron las más distanciadas del cómputo definitivo, pues las dos anunciaron ventaja para Romney en este ámbito. Por cierto, esa fue una tendencia sostenida de ambas durante los meses que duró la campaña, lo cual de hecho pone entredicho la eficacia de sus métodos, o la intencionalidad subyacente en su trabajo.

Por supuesto, en votos electorales el cuadro es diferente. El resultado oficial fue de 332 votos electorales para Obama, tras vencer en 26 estados y en el Distrito de Columbia, por 206, ganados en 24 estados, para Romney. En esta ocasión no hubo división de votos en Nebraska. Como se puede apreciar, la ventaja del presidente reelecto fue mucho mayor en este ámbito que en la votación popular, si observamos los porcentajes (61,7% por 38,3%). Esto es algo característico del sistema electoral estadounidense, dada la existencia del colegio electoral como factor de distorsión del voto, al cruzar los dos tipos de soberanía que existen en Estados Unidos.

Hasta cierto punto, las cifras definitivas se asemejan a los pronósticos en lo que se refiere al ganador final, pero no así en lo concerniente a los totales de votos electorales. La sumatoria de los estados con ventaja para uno u otro de los contendientes favoreció casi todo el tiempo a Obama durante la campaña. Esto *grosso modo*, sin considerar los márgenes de error de los estudios de opinión, pues al clasificar cada uno de los escenarios de acuerdo con la intención de voto registrada en cada momento las variaciones eran mucho más

---

<sup>47</sup> *Real Clear Politics* en [http://www.realclearpolitics.com/epolls/2012/president/2012\\_elections\\_electoral\\_college\\_map.html](http://www.realclearpolitics.com/epolls/2012/president/2012_elections_electoral_college_map.html). (5 de noviembre 2012)

<sup>48</sup> Los datos sobre los resultados finales son tomados de *The Presidency Project*. En [www.presidency.ucsb.edu](http://www.presidency.ucsb.edu) (16 de noviembre 2012)

significativas, al punto que en fecha tan tardía como el 24 de octubre se estimaba que Romney podía contar con 206 compromisarios por 201 de Obama, con una amplia franja de 131 votos electorales considerados indecisos dados los márgenes relativamente estrechos reportados, esto de acuerdo con los promedio publicados por Real Clear Politics.<sup>49</sup> Si seleccionamos alguna de las instituciones, los datos obtenidos y las proyecciones realizadas varían considerablemente, por eso preferimos utilizar los valores medios, conscientes de las limitaciones y los errores combinados que ello introduce, pero al mismo tiempo anulando algunas de las deficiencias de los estudios individuales.

En el entorno de la elección, un blog en particular generó numerosos comentarios por lo preciso de sus predicciones. Los pronósticos de Nate Silver en el blog 538 del sitio web del *New York Times* arrojaban, en la mañana del 6 de noviembre, un 90,9% de probabilidades de victoria para Obama. Ello con 50,8% del voto popular y 313 votos electorales.<sup>50</sup> Las proyecciones, realizadas con modelos matemáticos, resultaron, como es evidente, muy cercanas a los resultados reales. En sí mismo esto pudiera no significar nada, pero existe una probabilidad considerable de que estemos ante un nuevo “oráculo” electoral, que gane en influencia sobre los procesos futuros.

Por supuesto, al abordar esta parte de la temática nos lleva inmediatamente a hablar de los estados pendulares (*swing states*). A la altura de octubre su número se situaba 10: Florida, Ohio, New Hampshire, Iowa, Pennsylvania, Virginia, Colorado, Nevada, Wisconsin y Michigan. En realidad en el momento de la elección propiamente dicha hubo algunas variaciones en este listado. El total de estados donde la diferencia fue inferior a 8 puntos (cifra que hemos tomado de manera convencional para cubrir la franja más cercana dentro del espectro de votaciones) fue de 11, con la salida de Michigan y la incorporación de North Carolina y Minnesota. Con la excepción de North Carolina, todos ellos fueron ganados por Obama. En una franja cercana, entre 8 y 10 puntos de diferencia, se situaron Michigan, Georgia, New Mexico y Missouri, repartidos a partes iguales entre los principales candidatos.

En otras palabras, en el 70% de los estados las diferencias fueron muy amplias, lo cual era además un comportamiento esperado. A la masa de territorios decididos de antemano se puede agregar el DC, que es decantadamente demócrata, al punto de ser el colegio electoral donde se registró la mayor diferencia entre los candidatos: 91,4% para Obama por apenas un 7,1% para Romney. Del 30% restante, varios son territorios en los cuales no había duda real sobre el resultado final, como Georgia, por ejemplo.

---

<sup>49</sup> *Real Clear Politics* en [http://www.realclearpolitics.com/epolls/2012/president/2012\\_elections\\_electoral\\_college\\_map.html](http://www.realclearpolitics.com/epolls/2012/president/2012_elections_electoral_college_map.html). (5 de noviembre 2012)

<sup>50</sup> “Five Thirty Eight. Nate Silver’s Political Calculus” en *The New York Times*. En [www.nytimes.com](http://www.nytimes.com) (6 de noviembre de 2012)

De tal manera, el verdadero campo de batalla lo conformaron el 20-25% de los estados de la Unión.

De todo ese grupo, la menores diferencias en los resultados finales se registraron en Florida (0,9 puntos), Ohio (1,9), North Carolina (2,2) y Virginia (3,0). Estas cifras estuvieron a tono con lo esperado, tras estrechos márgenes en la inmensa mayoría de los sondeos efectuados. Además, estos fueron estados claves, pues la suma de sus colegios electorales equivale a 75 votos compromisarios. Los que se ubican a continuación (New Hampshire, Pennsylvania, Colorado, Nevada, Wisconsin, Iowa y Minnesota) suman 65 electores. La lucha fundamental se desarrolló en esos escenarios, a los cuales habría que agregar Michigan, con otros 16 votos electorales. Decimos esto pues en realidad resultaba muy difícil dudar que el candidato republicano se impusiera en Georgia o Missouri.

Por tanto la competencia se centró en 12 estados, equivalentes a 156 electores, fuera de los cuales Obama podía contar (y de hecho su equipo contaba) con 171 votos, por 191 de su rival. Al final, 11 de esos “teatros de operaciones” fueron ganados por los demócratas, mientras solo uno, North Carolina, quedó para los republicanos, este por un margen estrecho. Se trata además de un estado que desde 1968 había sido ganado por el candidato republicano, con la excepción de 1976 (la elección de Jimmy Carter, un demócrata sureño considerado conservador por una parte del electorado), hasta que fuera conquistado por Obama en 2008.

En una primera aproximación, parece una victoria categórica de Obama, y en cierta medida lo es, pues se llevó casi la totalidad de los *swing states*, más de la mitad de los estados en general, superó con creces los 270 votos electorales necesarios para mantenerse en la Casa Blanca y obtuvo más del 50% del voto popular. Esto indicaría que el presidente tiene un mandato claro para llevar adelante sus proyectos. Sin embargo, otros factores matizan este cuadro con algunas sombras.

En primer lugar, lo más evidente, los republicanos recuperaron dos estados, North Carolina e Indiana, que se habían inclinado por el candidato demócrata en 2008. Además, se produjo una reducción muy notable de la participación electoral, que cayó de 131 278 107 en 2008 a 120 214 156, unos 11 millones menos, a pesar del crecimiento de la población en ese intervalo (los estimados indican aproximadamente un 1% anual). Más aún, el número total de personas que acudieron a las urnas (es una metáfora, pues la votación está totalmente mecanizada) es inferior al de 2004 en alrededor de 2 millones. Si bien la abstención afectó a los dos bandos, fue más marcada para los demócratas, pues Obama tuvo casi 8 millones menos de votos que en 2008 (61 710 131 por 69 456 897), en tanto que Romney quedó cerca de 1,5 millones de sufragios por detrás de McCain (58 504 025 por 59 934 814).

En términos porcentuales, la participación se sitúa obviamente en el mínimo en una década, algo en lo cual coinciden todas las fuentes,<sup>51</sup> por debajo del 57,1% de 2008 y el 55,7% de 2004, estos últimos según datos de la Oficina del Censo.<sup>52</sup> Los datos oficiales de este proceso todavía deberán esperar por nuevos cálculos, en especial por la determinación del número real de votantes inscritos y por la actualización de las cifras de la ciudadanía en edad de votar. Pero incluso si no hubiese cambiado esta figura en cuatro años, algo absolutamente impensable, la participación sería de 52,3%. Algunos de los sitios consultados reportan cifras algo más elevadas, pero lo común en todos es esa tendencia a la baja.

Estas cifras dejan ver una reducción del interés, o pudiéramos decir del entusiasmo que despertó en 2008 la aparición de la candidatura de Obama, quien se proyectaba como el portador de una propuesta de cambio, considerado necesario en el contexto del momento, y que llevó a los centros de votación a una masa considerable de personas normalmente apáticas y a nuevos votantes. La combinación de factores la continuidad de la inestabilidad económica o el incumplimiento de algunas de las principales promesas de la campaña anterior, en particular la reforma migratoria, restaron atractivo a la elección. Además, una de las características de la competencia era la reducida diferenciación real entre las dos propuestas, más allá de las distinciones discursivas y los ataques personales entre los candidatos.

Sin embargo, si observamos el comportamiento histórico de este indicador podemos percatarnos de algunos detalles interesantes. Primero, y de manera general, después de un máximo local en la década del sesenta, la participación electoral ha tendido a moverse algo por encima del 50% con algunos momentos por debajo de esa cifra. En segundo lugar, no es raro que los presidentes en ejercicio sean reelectos con una menor concurrencia a los centros de votación. Tales fueron los casos de Eisenhower, Nixon y Clinton, en este último caso con el menor porcentaje de participación desde 1924, apenas un 49%.<sup>53</sup>

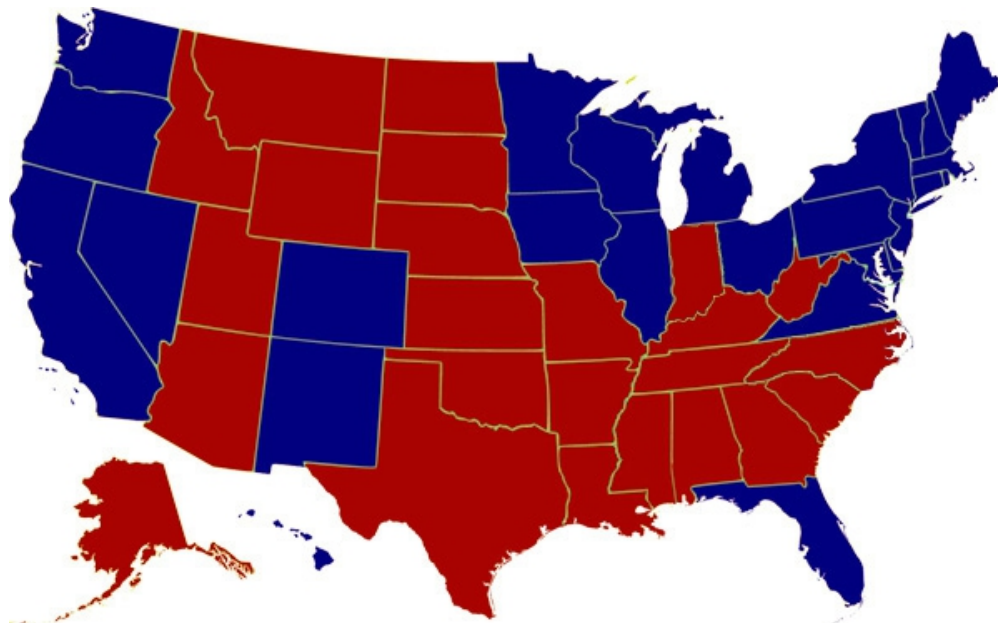
---

<sup>51</sup> Porejemplo *US Presidential election lowest voter turnout since 2000*. En <http://www.newswire.co.nz/2012/11/us-presidential-election-lowest-voter-turnout-since-2000/> (24 de noviembre 2012); *Curtain closes on U.S. Presidential Election...but not many are in the Theater*. En <http://www.social-europe.eu/2012/11/curtain-closes-on-u-s-presidential-election-but-not-many-are-in-the-theater/> (20 de noviembre 2012); *Election results 2012: Report reveals 2012 voter turnout was lower than 2008 and 2004*. En <http://www.wptv.com/dpp/news/national/election-results-2012-report-reveals-2012-voter-turnout-was-lower-than-2008-and-2004> (15 de noviembre 2012); "2012 Voter Turnout" *Bipartisan Research Center*. En <http://bipartisanpolicy.org/library/report/2012-voter-turnout> (8 de noviembre 2012)

<sup>52</sup> *U.S. Census Bureau, Statistical Abstract of the United States: 2012*. En [www.census.gov](http://www.census.gov)

<sup>53</sup> *Idem*

De manera que se trata de un comportamiento relativamente frecuente, que debe ser tenido en cuenta, pero no magnificado. Otros corolarios pueden ser extraídos de la observación del mapa electoral final de 2012.



Una simple mirada permite percatarse de la existencia de una muy clara distribución territorial de las preferencias por uno u otro de los partidos. El noreste, plaza fuerte tradicional de lo que en Estados Unidos se conoce como liberalismo; los estados del Medio Oeste en torno a los Grandes Lagos, con la excepción de Indiana, y el extremo Oeste, hacia las costas del Pacífico, volvieron a ser favorables a los demócratas, conjuntamente con cuatro estados esencialmente rodeados del color rojo de los republicanos, o conectados apenas algún vecino (Virginia, Florida, Colorado y New Mexico). Mientras tanto, la mayor parte del Sur tradicional, más los territorios de las praderas y parte de las montañas, así como del curso bajo del Mississippi y el gran bastión texano, forman un área continua de predominio republicano.

Esa distribución hace pensar en una polarización territorial del voto, que pudiera resumirse en una fractura geográfica importante. Pero esa distribución por estados todavía es insuficiente. Algunas observaciones más detalladas nos permiten apreciar otras aristas de este comportamiento aparentemente tan marcado. Por ejemplo, varios de los estados pendulares más importantes de los últimos procesos electorales se encuentran dentro de la zona demócrata, con el caso típico de Ohio. Además, yendo al interior de los estados, buscando a nivel de condados, encontraríamos amplias extensiones rojas en las áreas donde la victoria final se le llevó Obama. Viceversa, encontramos manchas azules en estados rojos, como Atlanta en Georgia, por ejemplo. Esto es muy evidente en

Ohio, para seguir tomándolo como ejemplo. Ello está dado en una medida significativa por la tendencia opuesta entre zonas rurales y zonas urbanas.

O sea, que utilizando otra escala, la distribución territorial es mucho más complicada, siguiendo en general los gradientes de concentración de la población. Como norma, los demócratas son más fuertes en las áreas metropolitanas, mientras que los republicanos encuentran mayor apoyo en las zonas rurales, aunque en determinadas áreas suburbanas encontramos una fuerte presencia del GOP, en gran parte debido a los flujos de personas de provenientes precisamente de las áreas rurales. Y se trata de diferencias muy notorias, palpables fácilmente en un simple recorrido, en el que se percibe que fuera de las ciudades, especialmente en el sur, muchas veces no se encuentran siquiera carteles de campaña de los demócratas.

La fractura aparente adquiere algunos otros matices cuando combinamos los resultados de la elección presidencial con las legislativas y las estatales y los desagregamos algo más observando las regiones en las cuales se divide el país y los principales estados de entre ellas. El resultado global de las elecciones legislativas reflejó un avance importante del Partido Demócrata en comparación con la composición del Congreso establecida por los comicios de medio término de 2010. En el Senado les arrebataron dos puestos a los republicanos en el total, lo cual consolidó su mayoría en la cámara alta, ahora con 53 curules, por 45 del GOP. Además, pueden casi con toda certeza contar con el apoyo de los senadores “independientes” de Vermont y Maine, además de un último recurso para casos extremos, que es el voto de desempate del vicepresidente. La principal debilidad es que no cuentan con mayoría suficiente para evitar un posible recurso al obstruccionismo (*filibuster*) en temas esenciales. Por supuesto, la fragilidad de la disciplina partidista incluso entre los congresistas hace que las combinaciones y rejugos diversos sean mucho más complicados que un simple conteo de los escaños de cada formación.

En la Cámara de Representantes, los demócratas lograron un crecimiento no muy grande pero sí significativo. De 193 escaños pasaron a 201, mientras que los republicanos descendieron de 242 a 233 puestos.<sup>54</sup> Ciertamente el GOP mantuvo el control de la cámara, lo cual le permite ejercer presión sobre los demócratas en temas claves, negando su aprobación en bloque. Pero lo más interesante es que no pocos de los derrotados fueron representantes del Tea Party, la agrupación que en 2010 había impulsado el éxito de los republicanos en las elecciones de medio término.

Estos números tienen importancia, pues como es conocido el sistema político de Estados Unidos se basa en un juego de contrapesos y balances entre sus ramas de gobierno, lo cual indica que si bien la elección presidencial

---

<sup>54</sup> *Directory of Representatives*. En [www.house.gov](http://www.house.gov) (14 de enero de 2013). El distrito número 2 de Illinois se encontraba vacante en el momento de redactar este trabajo.



puede ser la más importante en términos publicitarios, la victoria en las mismas no garantiza que el presidente tenga el control pleno de los procesos de toma de decisiones, ni tampoco que pueda implementar con eficiencia el programa de gobierno esbozado durante el periodo de campaña electoral.<sup>55</sup> El ejemplo lo podemos encontrar en los últimos dos años de la primera administración de Barack Obama cuando el Congreso, fundamentalmente desde la Cámara de Representantes dominada por los republicanos, obstaculizó toda iniciativa del ejecutivo, de modo especial la reforma sanitaria, los planes de presupuesto federal y la ejecución de acciones de política exterior como lo fue la participación militar en Libia. Por tanto, si bien Obama logró la reelección, ello no significa que tendrá un segundo período tranquilo en la relación ejecutivo-legislativo, aunque la victoria de los demócratas en el Senado y las contradicciones internas de los republicanos evidenciadas durante la campaña podría darle algún margen favorable al presidente y al partido demócrata.

El panorama de las elecciones legislativas en los distintos estados y distritos resultó heterogéneo, pero en gran medida se mantuvo dentro de las tendencias registradas en los ejercicios más recientes, en lo concerniente a la distribución territorial y partidista de los escaños en el Congreso, con las variaciones normales. Observemos el comportamiento por regiones y en algunos de los estados que las componen.<sup>56</sup>

## Noreste

En sentido general los estados de la región noreste (Pennsylvania, New Jersey, New York, Rhode Island, Connecticut, Massachusetts, New Hampshire, Vermont y Maine) se comportaron acorde con la distribución típica de las últimas décadas, es decir, en ellos se eligió una mayoría de congresistas demócratas. En estos estados se encuentra la mayor concentración de grandes núcleos urbanos del país, especialmente aquellos más estrechamente asociados con las tendencias liberales (en su concepción estadounidense). En ellos se encuentran poderosas comunidades étnicas que han estrechado lazos

<sup>55</sup> En realidad los programas publicitados durante las campañas y las plataformas de los partidos aprobadas en las respectivas convenciones nacionales, como norma, tienen débiles conexiones con el ejercicio real posterior. Las combinaciones y concesiones necesarias para gobernar hacen que actúen más como parte de la promoción electoral, argumentos para la negociación y acaso como declaración de intenciones muy generales que como referentes sólidos para la gestión del ejecutivo.

<sup>56</sup> Los datos referidos a los estados son tomados de varios sitios: *The Presidency Project*. En [www.presidency.ucsb.edu](http://www.presidency.ucsb.edu) (16 de noviembre 2012); *Congressional Apportionment*. En [www.census.gov](http://www.census.gov) (14 de agosto 2012); *Census 2010*. En [www.census.gov](http://www.census.gov) (14 de agosto 2012); *Directory of Representatives*. En [www.house.gov](http://www.house.gov) (14 de enero de 2013); *Real Clear Politics* En [www.realclearpolitics.com](http://www.realclearpolitics.com) (8 de noviembre de 2012); *Latino voters in the 2012 election*. En [www.pewhispanic.org](http://www.pewhispanic.org) (7 de noviembre de 2012); *Open Secrets*. En [www.opensecrets.org](http://www.opensecrets.org)

con los demócratas, números significativos de intelectuales, profesionales de distintas ocupaciones, el grueso de las más importantes universidades del país, antiguas y hoy parcial o totalmente desindustrializadas zonas fabriles, y toda una amplia gama de sectores sociales comúnmente partidarios de las posiciones del antiguo liberalismo y de las actuales tendencias moderadas. Esta es una de las dos bases de apoyo fundamentales de las aspiraciones a nivel federal del Partido Demócrata.

Dentro esos marcos, solo en Pennsylvania los republicanos lograron aventajar a sus principales rivales, tanto en las elecciones para la Cámara de Representantes (conquistaron 13 de los 18 escaños), como para el Senado. Este ha sido uno de los *battleground states* de las últimas elecciones presidenciales, y en 2012 en varios momentos se reportó ventaja para Romney. Mientras tanto, en Massachusetts y Rhode Island (por sólo citar dos ejemplos) los demócratas fortalecieron sus posiciones respecto a lo logrado en las elecciones de medio término de 2010. En total, los demócratas lograron elegir 53 representantes, por 25 los republicanos.

Es importante destacar un tema que se está manejando con interés creciente: esos territorios, sin perder población en términos absolutos, están teniendo tasas de crecimiento lento, de apenas un 3,2% en el decenio 2001-2010, por debajo de la media nacional (9,7%) y en especial inferior al que se registraron en las regiones sureñas en la misma etapa. Esto significa que en términos relativos su proporción disminuye, lo cual se traduce en que de censo a censo el número de representantes y por tanto de votos electorales han estado disminuyendo, sin que se prevea un cambio en esa tendencia en un futuro más o menos cercano. Como resultado del censo 2010, la región perdió cuatro escaños en la Cámara, distribuidos entre New York (2), Pennsylvania (1) y Massachusetts (1). En 2000 habían perdido cinco entre New York (2), Pennsylvania (2) y Connecticut (1).

### Connecticut

**E**n ese estado los demócratas se impusieron en todos los procesos que se desarrollaron. En la elección presidencial Obama obtuvo 18 puntos de ventaja, 58,4% por 40,4%, llevándose así los siete votos del colegio electoral. En la elección para la Cámara los cinco puestos fueron conquistados por los demócratas, y también conquistaron el curul senatorial puesto en disputa.

La campaña más seguida fue la que disputaron el representante demócrata Christopher S. Murphy y la ejecutiva republicana Linda McMahon, por el puesto en el Senado dejado vacante tras el retiro del veterano conservador e independiente Joseph Lieberman. Los resultados finales favorecieron al

demócrata Murphy, el cual logró el 55% de los votos, mientras que McMahon alcanzó un 43,2%, pese a invertir fondos mucho mayores que los utilizados por el aspirante demócrata. Entre las carreras por la Cámara de Representantes, la contienda más reñida fue la que se desarrolló en el quinto distrito (casualmente en el que Christopher S. Murphy se desempeñaba como representante) entre la demócrata Elizabeth Esty y el republicano Andrew Roraback. En la votación el 52% de los electores apoyó a Esty, conservando el escaño para su partido.

Esta combinación de resultados demostró la existencia de un importante nivel de coherencia en el electorado entre los distintos subprocesos desarrollados en el territorio. Aunque es necesaria más indagación en este sentido, esto está en relación con una labor integral a nivel de base de los activistas demócratas y con una distribución territorial de la población relativamente homogénea en términos estructurales.

### Maine

**E**n este estado se competía por el puesto en el Senado dejado vacante por el retiro de la republicana de tendencia moderada Olympia J. Snowe, después de tres períodos. En una contienda electoral denominada como excitante por los medios, se impuso el antiguo gobernador Angus King. King logró el 53% de los votos y derrotó a dos pesos pesados dentro del ambiente político local: la senadora estatal por el partido demócrata Cyntia Dill y al Secretario de Estado de Maine, el republicano Charlie Summers. Lo más interesante es que King se define como independiente lo cual significó un duro golpe para los republicanos, quienes necesitaban a mantener ese escaño para aspirar a cerrar la pequeña brecha que los separaba de los demócratas en la cámara alta.

Maine es uno de los estados donde tradicionalmente han encontrado apoyo los programas de corte liberal, en el ámbito de los derechos civiles y en las diferentes formas de políticas públicas. Esto ayuda a explicar el éxito de un candidato independiente que apoya la unión matrimonial entre personas del mismo sexo, uno de los temas debatidos en distintos niveles de la sociedad estadounidense. En realidad se trata de una problemática de alcance global en todo el mundo occidental que importantes genera contradicciones entre sectores conservadores y modernizadores.

En lo relativo a la Cámara de Representantes, los candidatos demócratas ganaron los dos escaños correspondientes al estado. Chellie Pingree logró su tercer periodo en el legislativo federal derrotando al republicano Jon Courtney, y Mike Michaud alcanzó el puesto en el segundo distrito, dejando sin opciones al

influyente republicano Kevin Raye, quien se desempeña como Presidente del Senado estadual.

En este estado Obama obtuvo una cómoda victoria con el 56% de los votos, por un 40,9% de Romney. De manera que aquí también encontramos un importante nivel de coherencia en la respuesta del electorado a las distintas convocatorias de alcance federal, pues la selección de King obviamente respondió a una matriz liberal dominante en las preferencias políticas de los ciudadanos. Esto probablemente se traducirá en el apoyo del nuevo senador al núcleo de la bancada demócrata.

### **New Jersey**

**E**n New Jersey el huracán Sandy creó incertidumbre respecto a la asistencia a los centros de votaciones el 6 de noviembre. Algunos periodistas y expertos consideraron que la potencial reducción del número de votantes efectivos podría afectar a los demócratas, quienes contaban con su ya tradicional superioridad en las intenciones de voto de los ciudadanos registrados. Para otros, representaba para Obama una oportunidad de mostrar su capacidad como líder en una situación de emergencia y lucir “*more presidential*” y un comandante en jefe competente. Finalmente se evidenció que los acontecimientos favorecieron a Obama, quien convirtió la catástrofe en votos para su campaña, cortó el “*momentum*” de Romney e incluso obtuvo el apoyo de un aliado imprevisto en el gobernador republicano Chris Christie (uno de los posibles candidatos a la vicepresidencia barajados por Mitt Romney y su equipo). En conclusión Obama logró el 58,0%, mientras Romney alcanzaba el 40,9%.

Por diversas vías, incluyendo efectos cascada, imagen de partido y otros quizás más complicados y menos evidentes, este complejo de circunstancias repercutió en el resto de los subprocesos dentro del estado. Aquí los resultados mostraron un mayor reparto de los votos, en un estado con mucho mayor impacto en las estructuras federales que los anteriores.

El senador demócrata cubanoamericano Bob Menéndez alcanzó la reelección un segundo periodo en el cargo. Es interesante destacar que los demócratas no han perdido ninguna elección para el Senado Federal en este estado desde hace 40 años, lo cual demuestra un sólido control en este ámbito. Asimismo el triunfo de Menéndez permite la continuidad en los próximos años de las contradicciones entre este y el gobernador Christie en temas cruciales como el presupuesto y las políticas sociales de corte local. Además representa la comprobación del papel de la comunidad cubanoamericana radicada en el

estado, la segunda después de la del sur de la Florida, donde los sectores asociados al llamado “exilio” histórico siguen siendo los más poderosos.

Respecto a los puestos en la Cámara de Representantes, la distribución fue diferente a otros estados de la región, pues los partidos se distribuyeron a partes iguales los doce distritos. Los demócratas vencieron en el 1, el 6, el 8, el 9, el 10 y el 12, mientras los republicanos se impusieron en los distritos número 2, 3, 4, 5, 5 y 11.

### New York

Este es el estado más importante de toda la región, por sus dimensiones. A pesar de las continuadas pérdidas (su número de representantes y por tanto de votos electorales se ha reducido en todos los censos posteriores a 1940, cuando era el mayor de todo el país) sigue ocupando el tercer puesto a nivel nacional, empatado con Florida. Ello además de su elevadísimo producto interno bruto, la concentración de grandes empresas financieras, el vasto número de grandes y poderosas universidades (solo los sistemas *State University of New York* y *City University of New York* suman cerca de un millón de estudiantes, además de la presencia de otras afamadas instituciones como *Cornell University*, *Columbia University* y *New York University*) y por supuesto, la ciudad de New York.

Aquí se generaron las mismas dudas que en New Jersey respecto a la participación electoral y sus efectos, pues el mayor núcleo urbano del país fue muy duramente golpeado por Sandy. Finalmente Obama se impuso claramente 62,6% por 36,0%, mientras que el aspirante demócrata a senador Kirsten Gillibrant logró un elevado 72% de los sufragios, frente a un 26% alcanzado por el republicano Long.

New York fue escenario además de cerradas contiendas por los puestos en la Cámara de Representantes. Sin embargo, el partido demócrata mantuvo bajo su control 21 de los 27 distritos; los republicanos solo lograron vencer en los distritos 2, 11, 19, 22, 23 y 27. Las competencias más reñidas llevaron a la derrota de tres aspirantes a la reelección, fueron los casos de los republicanos Nan Hayworth y Ann Marie Nuerkleante, quienes cayeron ante los demócratas Sean Patrick Maloney y Dan Maffei en los distritos 18 y 24 respectivamente, mientras que el republicano Chris Collins desbancó a la demócrata Kathy Hochul en el 27.

## Sur

Los territorios del Sur (Texas, Oklahoma, Arkansas, Louisiana, Mississippi, Alabama, Tennessee, Kentucky, West Virginia, Virginia, Maryland, Delaware, North Carolina, South Carolina, Georgia, Florida y el Distrito de Columbia) representan, en una medida importante, justamente lo opuesto al noreste en casi todos los aspectos. Ellos concentran el Sur tradicional, la antigua Confederación, incluyen el *Bible Belt* y en general son la plaza fuerte tradicional del conservadurismo estadounidense.

Las dinámicas demográficas de las últimas décadas han llevado a un importante crecimiento poblacional, el más rápido del país (14,3% en la década pasada) traducido en un aumento del número de distritos congresionales, y por consiguiente de su peso en las estructuras políticas federales. En esta región se encuentran varios de los estados donde más rápidamente ha aumentado la población, como son los casos de Texas, Florida y la franja costera del Atlántico. Esto responde a los flujos migratorios internacionales y nacionales más recientes y al comportamiento de los indicadores entre las distintas comunidades étnicas asentadas allí. De hecho, yendo a nivel de condado, salvo en un área de la cuenca del Mississippi y otra algo menor en el norte de Texas, donde hubo decrecimiento, en todos los condados aumentó la población, y en algunos de ellos con mucha rapidez. Como resultado del último censo, la región en su conjunto ganó siete puestos en la Cámara. Uno de los estados, Louisiana, perdió uno, pero otros cuatro tuvieron ganancias: Texas (4, el mayor ganador), Florida (2), Georgia (1) y South Carolina (1).

Como confirmación de la evidente oposición con el noreste a la que hacíamos referencia, en las últimas elecciones, la gran mayoría de los estados y de los votos compromisarios de la región fueron ganados por Romney, y el balance de los resultados del subproceso legislativo favoreció notablemente al partido republicano. Tanto en las contiendas para la Cámara de Representantes, como en las relacionadas con la lucha por los puestos en el Senado, el GOP logró mejores cifras en la mayoría de los estados. Las excepciones fueron Maryland y Delaware, en las que las elecciones para la cámara baja fueron dominadas por los demócratas. Estos dos estados son como norma cercanos a los del norte en sus preferencias políticas. En total los republicanos lograron 110 escaños de representantes por 50 de los demócratas.

## Florida

Florida, considerado actualmente como el más importante de los estados pendulares, como decíamos al principio, tiene en este momento 29 legisladores en el Congreso Federal. Por sí solo, este dato basta para mostrar el peso que tiene en la vida política estadounidense. Esa condición se hace más patente si consideramos el complicado escenario político estadual, donde la existencia de múltiples comunidades étnicas con una diversidad significativa en sus comportamientos electorales es uno de los factores clave en sus dinámicas internas. El número de representantes por el estado ha crecido continuamente desde el censo de 1930.

Se trata de uno de los territorios de acelerado crecimiento poblacional, 17,6% en 2001-2010, segundo más rápido entre los estados de más de 10 millones de habitantes, bajo el impulso de un importante flujo de inmigrantes internacionales, y una corriente muy grande de inmigrantes nacionales. Estos últimos constituían el 42,3% de los habitantes en 2010, la mayor proporción de ese grupo de estados.

La población hispana creció en un 57,4% en ese mismo período, para alcanzar el 22,5% del total, y llegar a representar el 17% del electorado. Una de las peculiaridades de esa población es que su principal componente es la comunidad cubanoamericana concentrada en el sur del estado (1 213 438 según el censo de 2010), 34% de los votantes hispanos en 2012, tradicionalmente cercana a los republicanos, con una elite estrechamente imbricada en las estructuras de formulación de política exterior.

Dos cambios de gran alcance se están produciendo en relación con esa población: el acelerado crecimiento de otras comunidades, especialmente los puertorriqueños en Florida central, que tienen una proyección política muy diferente, y una mayor presencia de nuevos inmigrantes y jóvenes nacidos en Estados Unidos que según los sondeos a boca de urna hicieron dividir el voto casi a partes iguales, incluyendo datos que indican una mayoría ligera para Obama. Todo esto apunta a un reordenamiento de las bases electorales que, al menos en los comicios presidenciales, favorece a los demócratas. Habría que esperar a próximas convocatorias para determinar si se trata de una tendencia sostenida.

Pese a que se había anunciado una cerrada elección entre Bill Nelson (senador demócrata) y Connie Mack (aspirante republicano), en realidad el veterano político demócrata no tuvo dificultades para lograr su tercer periodo consecutivo en el órgano legislativo. Nelson es un demócrata con tendencia al conservadurismo que ha logrado consolidar vínculos con los círculos republicanos en temas étnicos como lo es el caso de la elite conservadora cubanoamericana del sur del estado, lo cual le permite moverse entre un

electorado demócrata que lo sigue por su defensa de los intereses locales y otro grupo de electores que pese a considerarse republicanos lo perciben como representante de los grupos más derechistas de cubanoamericanos. Nelson logró la reelección con un claro 55,1%, en tanto Mack alcanzó un 42,3%.

Entre las competencias por puestos en la Cámara, los republicanos se llevaron 17 escaños por 10 de los demócratas, quienes lograron así mejorar notablemente su situación. La comparación de estos resultados con los de la elección presidencial, donde Obama ganó 50,0% a 49,1%, muestra que existen variaciones significativas en el voto de un subproceso a otro.

De especial interés resulta la que se desarrolló entre los cubanoamericanos Joe García (demócrata) y David Rivera (republicano) en el distrito 26. La media de los resultados de las encuestas realizadas en el mes de mayo indicaba un posible triunfo de David Rivera, quien aspira a la reelección, con una diferencia de 3,8 puntos respecto a Joe García, sin embargo, a la altura de agosto la diferencia se había reducido en 2 puntos y en las encuestas de septiembre García aparecía con apenas un punto de diferencia en la intención de voto, cifra que se confirmó en los centros de votaciones. Pero lo más interesante fue que García logró imponerse a uno de los representantes más publicitados dentro de Florida, especialmente por su activismo político y por el apoyo de los grupos de la extrema derecha cubanoamericana. Ciertamente Rivera no contaba con el aval político de sus colegas republicanos Ileana Ros-Lehtinen y Mario Díaz Balart, quienes lograron sin grandes percances la reelección, pero también había logrado un apoyo importante entre los donantes, particularmente de los situados en el ala derecha del espectro político. Sin embargo, todo parece indicar que este fue un factor que lo distanció de los electores de otras comunidades hispanas y también con otras minorías como la negra, que históricamente no consideran el tema cubano como una de sus prioridades.

### **Delaware**

**E**ste es uno de los estados atípicos de la región, como decíamos antes, con dinámicas políticas cercanas a las de los sujetos federados del noreste. Es uno de los territorios donde se dio las elecciones se desarrollaron en una mayor diversidad de niveles, pues también se puso en disputa el cargo de gobernador y uno de los puestos en el Senado.

La elección presidencial concluyó con un 58,6% para Obama por 40% para Romney. Es decir, la victoria del presidente demócrata fue muy clara. En la votación por el gobernador, el demócrata Jack Markell obtuvo la reelección sin muchas dificultades. Markell es además el portavoz de la Asociación Nacional de Gobernadores, de manera que además de su evidente popularidad entre sus



electores, cuenta con una posición de significativa influencia sobre la política nacional. Se trata sin dudas de una figura importante del *establishment* demócrata.

En los subprocesos electorales legislativos, el otra importante figura demócrata, Thomas Carter ganó la elección para el Senado. Para ello demostró contar con un elevado piso electoral, al obtener el 66,4% de los votos contra el 29% logrado por el republicano Kevin Wade. Este último es un exitoso hombre de negocios, pero con la desventaja de no contar con la suficiente experiencia política para desbancar a Carter. En su único distrito congresional, se impuso el demócrata John Carney. Es decir, los demócratas dominaron en todos los niveles sin dificultades, pues los electores mostraron una gran coherencia en sus decisiones.

### North Carolina

**N**orth Carolina ha sido uno de los principales escenarios de lucha en los últimos dos procesos electorales generales, por lo estrecho de las diferencias en las votaciones y por tener 15 puestos en su colegio electoral. Aunque dominado por los republicanos ininterrumpidamente entre 1980 y 2004, en su historia se registran varios resultados bien apretados. Este es uno de los estados en los cuales se registra un crecimiento rápido de la población, con un 18,5% en 2001-2010, aunque el número de distritos congresionales no muestra el mismo ritmo: si bien ha tendido a aumentar desde 1960, lo ha hecho con lentitud, de 11 a 13 en medio siglo.

Llama la atención que la población hispana o latina, sin ser todavía muy grande (un 8,7% en 2010), tuvo un aceleradísimo incremento del 111,1% en ese decenio. Se trata por tanto de un importante factor del dinamismo demográfico del estado, lo cual puede condicionar los futuros resultados electorales, sobre todo en la competencia por la Casa Blanca.

North Carolina es uno de los territorios en los cuales se votaba por el gobernador. En ese ámbito, fue importante la victoria de la aspirante republicana Pat McCrory con el 53,7% de los votos, lo cual se puso fin a dos décadas de gobiernos demócratas en el estado. En las elecciones para el congreso, los republicanos también lograron ventaja especialmente, en los distritos 11 y 13 donde Mark Meadows y George E Holding derrotaron a sus contrincantes demócratas. Por su parte, el triunfo más significativo y reñido para los demócratas fue el de Mike McIntyre, quien aventajo por unos escasos cientos de votos a su competidor republicano David Rouzer en el distrito 7. Los números finales les dieron 4 escaños a los demócratas en los distritos 1, 4, 7 y 12, y los nueve restantes a los republicanos.

## Texas

**T**exas significa para los republicanos lo mismo que California o New York para los demócratas. Es considerado un estado seguro para los sectores conservadores, y sin dudas es el más importante de todo el sur. Tiene una pujante economía, que se encuentra entre las primeras del mundo por sí sola, cuyo principal pilar es la industria petrolera, y es la sede de una poderosa elite muy influyente en el escenario político nacional, de la cual forma parte el clan Bush, uno de los dominantes dentro del *establishment* republicano. Este es uno de los atractivos del estado para la inmigración y por tanto uno de los estimulantes para el crecimiento demográfico. Con un 20,6%, tuvo el crecimiento más rápido entre los grandes estados y el quinto en total durante el decenio pasado. Esto se tradujo en el mayor aumento en el número de distritos congresionales, con cuatro nuevos, consolidándose como el segundo estado en población (25 145 561 en 2010) y en cantidad de representantes (36).

El número de hispanos y/o latinos tuvieron un ritmo de crecimiento que dobló el del estado (41,8%), si bien esta cifra es inferior a la de la mayoría de los demás territorios. Esto último se explica porque se trata de una masa muy grande, 9 460 921 en 2010, segundo lugar detrás de California, que representaba el 37,6% de su población total, y el 18,7% del total de hispanos en Estados Unidos. Sin embargo, el impacto electoral de esa comunidad, o más exactamente ese sistema de comunidades, es relativamente bajo en comparación con su número, en lo cual inciden múltiples factores, incluyendo el *status* legal, el nivel de registro como electores y la participación efectiva. La simple comparación de las cifras totales (de 2010) con la de electores que acudieron a los centros de votaciones (7 850 239, en 2012), permite ver que guardan una razón de 0,312. Esto es muy por debajo del homólogo nacional, 0,389. Texas es además una de las plazas fuertes del Tea Party, donde sus representantes políticos tienen mayores posibilidades de victoria cuando se presentan a cargos locales y federales.

La victoria de Romney en este bastión republicano fue por un cómodo margen de 15,8 puntos. En las elecciones para el Senado resultó significativa la victoria del cubanoamericano Ted Cruz. Proveniente de las filas del Tea Party, Cruz es un republicano conservador a quien los medios califican, junto con Marco Rubio, como una de las estrellas hispanas del partido republicano y del movimiento conservador. Con un 56,6% no tuvo dificultades para triunfar sobre el demócrata Paul Sadler, quien obtuvo un 40,5%. Más difícil fue su éxito en las primarias de su propio, cuando derrotó por estrecho margen a David Dewhurst. En los comicios para la Cámara, los republicanos se llevaron 24 escaños, por los 12 de los demócratas. De manera que el GOP dominó en toda la línea, aunque no se puede decir que los demócratas tuvieron un mal resultado al

llevarse un tercio de los distritos, teniendo en cuenta las condiciones del proceso en ese escenario, y si comparamos con los números en otros estados.

La ejecución de los procedimientos y la confrontación política, al conjugarse, generaron numerosas protestas por parte del partido demócrata y sus distintas figuras, por las demoras en el manejo de la tecnología electoral y también por el trabajo en los centros de votación, donde se puso en tela de juicio la imparcialidad de las autoridades electorales. Los reclamantes arguyeron dificultades en la apertura de las instalaciones y restricciones al acceso de los electores pertenecientes a minorías étnicas como la negra y la hispana. Ello pudo influir en los resultados, pero en cualquier caso en Texas existe una fuerte base electoral republicana, la cual incluye formas de voto cautivo, por lo cual el impacto de estos problemas no parece ser decisivo.

### Virginia

**E**ste ha sido otro de los campos de batalla de las más recientes elecciones presidenciales, con dos victorias de Obama en 2008 y 2012. Algo menor que North Carolina, sus 13 votos compromisarios siguen siendo importantes, sobre todo cuando la campaña lleva a diferencias estrechas entre los candidatos en los colegios. El de Virginia ha crecido muy lentamente desde 1950, con una ganancia total de dos plazas. El crecimiento de su población se produce a un ritmo relativamente rápido, 13% en 2001-2010 y siempre por encima del 10% decenal al menos desde 1980; esto hace pensar que su importancia será mayor en el futuro, en la medida en que la nueva población se regularice, lo cual le permitirá absorber algunos otros puestos cedidos por otros estados. Aquí la población hispana y/o latina es relativamente pequeña, un 7,9% en 2010, pero con un crecimiento en el decenio del 91,7%. Este ritmo tan elevado pudiera llegar a ser un factor de peso en el futuro, pero eso es todavía incierto.

¿Cuáles son los secretos de la victoria de Obama en Virginia? En primer lugar, el crecimiento del área metropolitana de Washington, la cual queda en su gran mayoría comprendida dentro de Virginia septentrional; y junto con ello el crecimiento de la clase media urbana, la población negra y los trabajadores sindicalizados. En las áreas rurales, en cambio, se mantienen los bastiones conservadores que naturalmente favorecen a los republicanos. Habrá que esperar para saber si los últimos dos resultados muestran una tendencia y por tanto tienen alcance estructural, o son causados por un “efecto Obama” y por tanto son coyunturales.

En las elecciones para el Senado, el triunfo fue para el demócrata Tim Kaine, quien derrotó a George Allen, exsenador republicano que había perdido

su puesto en 2006. Este fue un éxito importante, sin dudas. La conformación de la representación virginiana en la cámara baja federal favoreció a los republicanos, quienes se alzaron con 8 de los distritos, por solo tres de los demócratas (3,8 y 11). Hay una evidente desviación entre los distintos subprocesos en cuanto a resultados numéricos se refiere. Esto último puede explicarse en parte por la distribución geográfica de los distritos, pues los republicanos se llevaron sobre todo aquellos básicamente rurales con población más reducida y conservadora.

## Medio Oeste

La región denominada Medio Oeste (Ohio, Michigan, Indiana, Illinois, Wisconsin, Missouri, Iowa, Minnesota, North Dakota, South Dakota, Nebraska y Kansas) es muy diversa. Incluye las áreas que abarcó la expansión de la industria nortea al oeste de los Apalaches, particularmente el valle del Ohio y la cuenca de los Grandes Lagos; las grandes praderas, y zonas de la cuenca del Mississippi y la confluencia con el Missouri. No es solamente una cuestión de variedad geográfica. Se trata de distintas zonas económicas con viejos cinturones industriales (el *rust belt*), duramente golpeados por los procesos cambio estructural y las crisis de los últimos 40 años, y de franjas de importante actividad agrícola y ganadera. Asociado con estas características, una muy heterogénea distribución de la población, con centros urbanos muy importantes como Chicago, Cleveland, Cincinnati, Detroit o Minneapolis, y vastas zonas rurales poco pobladas.

Esto implica una importante diversidad en las dinámicas políticas y demográficas, y abundantes fluctuaciones en los comportamientos electorales. El Medio Oeste cuenta con el mayor número de estados pendulares entre todas las regiones del país. Entre ellos Ohio, que es quizás sea el más representativo de todos, al menos en lo que a resultados de comicios presidenciales se refiere. Simultáneamente, su peso relativo en el escenario político federal tiende a reducirse. De conjunto, la región tiene el segundo ritmo de crecimiento más lento del país, 3,9% en 2001-2010, además de incluir el único estado cuya población decreció en ese decenio (Michigan) y un gran número de condados con balances netos negativos, especialmente en la franja que forman las Dakotas, Nebraska y Kansas. Esto implicó una pérdida considerable de escaños en la Cámara, seis en total, la mayor de todas las regiones, una tendencia sostenida, pues en 2000 ya había perdido otros cinco.

Los datos acumulados a partir de las elecciones de 2012 son muy explícitos respecto a las peculiaridades políticas de la región: cada uno de los candidatos presidenciales ganó seis estados, pero Obama se llevó 80 votos

compromisarios, por 38 de Romney. En la disputa por los asientos en la Cámara de Representantes, los republicanos se alzaron con 59 por 35 de los demócratas. Es probablemente la parte de Estados Unidos donde más claramente se expresan las diferencias entre los distintos tipos de zonas (urbanas, suburbanas y rurales) y donde más claros son los efectos distorsionadores del sistema electoral en la selección del legislativo federal y de la distribución geográfica de los distritos congresionales.

## Ohio

Ohio se ha convertido desde hace más de 40 años en el estado medidor, o estado talismán en las elecciones para la presidencia del país. Desde el año 1964 ha sido ganado invariablemente por el vencedor final de la campaña, en casi todos los casos por diferencias bien reducidas, que demuestran el equilibrio relativo en que se encuentran los simpatizantes de uno u otro partido. Es casi un lugar común que según vaya Ohio así irá el país. Después de 1960 todas las redistribuciones de escaños sobre la base de los censos han arrojado una reducción del número de representantes al Congreso federal, y en la de 2010 colocó a este estado como uno de los dos mayores perdedores de todo el país, con dos puestos menos, al igual que New York. Aun así, los 18 votos electorales que conserva todavía resultan una cifra muy importante.

En 2012, si bien el cálculo estricto indica que Obama pudiera haberse impuesto sin ganar este estado, lo cierto es que la competencia terminó cuando fue declarado vencedor Ohio, lo cual representó todo un símbolo del valor de ese territorio, además de que facilitó un margen considerable en los votos compromisarios. Muy interesante, a la par que esperado, resulta que la distribución geográfica del voto popular por partido muestra que los demócratas obtuvieron su estrecha ventaja en los núcleos urbanos de Columbus, Cleveland y Cincinnati, mientras los republicanos controlaron las zonas rurales. Esto último revela importantes diferencias entre la composición social de las poblaciones de entre los dos tipos de áreas, así como de percepción de las candidaturas. Es un efecto que tuvo repercusiones en los comicios para el legislativo.

En la contienda por el puesto en el Senado, el demócrata Sherrow Brown superó por cinco puntos porcentuales a un peso pesado de las finanzas, el republicano Josh Mandel, con lo cual se reprodujo el patrón de las presidenciales. En la votación para la Cámara de Representantes las cosas fueron muy diferentes, pues los republicanos lograron dominar 12 escaños, dejando solo cuatro para sus rivales. Es decir, un 75% de la representación del estado en la cámara baja federal fue a parar a manos del GOP. Algo distante de la distribución del sufragio popular en los distintos subprocesos.

En este resultado incidieron notablemente los efectos de la reorganización de los distritos. Los dos que fueron eliminados o fusionados eran en general favorables a los demócratas. Uno de esos distritos fue el 18, donde el republicano Bob Gibbs no tenía opciones de triunfo por las características demográficas del electorado, sin embargo al reubicarse en el distrito 7 pudo imponerse. Asimismo, los cambios en los límites experimentados por el distrito 16 incrementaron las posibilidades de éxito para el republicano James Renacci, quien finalmente aventajó a la demócrata Betty Sutton.

### Minnesota

**M**innesota fue uno de los teatros de lucha por la presidencia, situado como decíamos al principio entre los estados donde se registró una diferencia relativamente reducida entre los dos candidatos. Aquí también se aprecian las diferencias entre las distintas áreas, que de hecho no son más que las múltiples expresiones de un comportamiento general a nivel nacional.

En la elección para el Senado, la senadora demócrata en ejercicio Amy Klobuchar logró la reelección para un segundo periodo legislativo, derrotando a un inexperto contrincante proveniente de medios académicos, Kurt Bills. La victoria de Klobuchar fue amplia, obtuvo el 65% de los votos mientras que Bills solo alcanzó un 30%. Las elecciones para la Cámara también favorecieron a los demócratas, aunque los escaños quedaron repartidos, como era de esperarse en un escenario con estas características. De los ocho puestos correspondientes al estado, cinco fueron a aquellos, en tanto que los otros tres (en los distritos 2, 3 y 6) fueron para los republicanos.

En las contiendas más interesantes, la representante republicana y ex precandidata presidencial Michalle Bachmann derroó sin contratiempos al demócrata Jim Graves, quien no tuvo opciones reales ante una de las estrellas del Tea Party, y por demás con una estela publicitaria que le garantizó un importante porcentaje de votos a favor. Y otro proceso a destacar fue la victoria del aspirante demócrata Rick Nolan sobre el republicano Chip Cravaack.

### Wisconsin

**W**isconsin es otro de los territorios donde se producen los comportamientos que hemos identificado como típicos de la región en la parte que tiene un pasado industrial. Además es de los que experimenta un lento declive de su peso en el sistema electoral, tras perder dos distritos en los últimos 50 años, lo cual debe continuar en el futuro. Fue uno de los estados donde la campaña presidencial se mostró difícil para los dos principales contendientes por la Casa

Blanca, aunque al final Obama obtuvo la victoria por un margen de 6,7 puntos porcentuales.

Otro aspecto destacable es que en este estado fue que se eligió al compañero de fórmula de Romney, el candidato a vicepresidente y representante Paul Ryan. Como comentábamos antes, se trató de una figura seleccionada por su cercanía con los círculos más radicales del Tea Party. Político joven y carismático, es una de las estrellas en ascenso dentro del Partido Republicano. Logró su reelección para la Cámara sin demasiadas dificultades, a pesar de la derrota de la boleta de su partido en las presidenciales. De hecho logró un alto nivel de publicidad y alcanzó una proyección nacional que posiblemente hubiera tardado varios años más en construir si las circunstancias hubieran sido otras. Este conjunto de factores lo colocaron en la lista de los posibles aspirantes a la nominación republicana para 2016 e incluso más allá.

En las elecciones al Senado se impuso la demócrata Tammy Baldwin, y así logró el puesto dejado vacante por el veterano senador demócrata Herb Kohl, uno de los curules conservados por el partido. Baldwin alcanzó el 51,5% de los votos, mientras su contrincante, el republicano Tommy Thompson, logró un 45,9%. Una vez más se reprodujo una dinámica similar a la de la elección presidencial en este ámbito. En la lucha por la Cámara de Representantes, los términos fueron diferentes. Los demócratas se alzaron con tres escaños, en los distritos 2, 3 y 4, mientras los cinco restantes fueron a parar a los republicanos.

### North Dakota

A diferencia de los anteriores estados, North Dakota es uno de los puntos de apoyo más sólidos del Partido Republicano, pero al mismo tiempo es uno de los de menor población, y por tanto de menor impacto, pues solo tiene el mínimo constitucional de legisladores: dos senadores y un representante. Con una tasa de crecimiento débil, de apenas 4,7% en 2001-2010, no parece que vaya a cambiar su *status*. Aquí Romney se impuso por casi 20 puntos porcentuales, 58,7% a 38,9%.

No obstante resultó sorpresiva la victoria de la demócrata Heidi Heitkamp, derrotando al republicano Rick Berg por un estrecho margen de apenas un punto en la elección senatorial. Berg había logrado un puesto en la Cámara de Representantes en las elecciones de medio término de 2010, sin embargo, la experiencia no fue suficiente para derrotar su contendiente y colocar al partido en una mejor posición en el Senado. .

El triunfo de Heitkamp fue muy importante para su partido el que estaba en disputa era el puesto dejado por otro demócrata, Kent Conrad, quien había

manifestado que no se presentaría a la reelección. Teniendo en cuenta el inestable equilibrio en el Congreso, la conservación de todos los asientos posibles y la conquista de otros nuevos resulta vital para los dos partidos. En la votación para la Cámara la situación fue muy diferente, pues el republicano Kevin Cramer ganó la competencia con facilidad.

## Oeste

**D**e conjunto con el Medio Oeste, el Oeste forma parte del área de mayor diversidad interna de Estados Unidos. Llena de grandes contrastes, puede subdividirse en dos subregiones muy diferentes, separadas por Montañas Rocosas. Una de ellas ocupa la franja costera del Pacífico y está dividida entre los estados de California, Oregon y Washington. Esta es una zona muy dinámica en muchos sentidos. Es una de las sedes principales de la “nueva economía”, relacionada con el desarrollo de la electrónica, las tecnologías de punta en el área de la informática y sus aplicaciones, con grandes centros de impacto mundial como Silicon Valley (valle de Santa Clara, en California) y la ciudad de Seattle (Washington). En ella se encuentra el mundialmente famoso Hollywood con toda la concentración de profesionales del cine y en general de la industria mediática. Cuenta además con una poderosa red de universidades, como los grandes sistemas de la Universidad de California y la California State University, la Universidad de Washington, e instituciones privadas como Stanford. Se trata por tanto del otro gran polo intelectual y económico del país, junto con el noreste, donde existen además importantes núcleos urbanos como Los Angeles, San Francisco, Portland o la misma Seattle.

La segunda subregión es la que conforman los estados de las montañas y el desierto (Arizona, Utah, Nevada, Idaho, Montana, Wyoming, Colorado y New Mexico). Se trata de territorios muy diferentes, en general de baja densidad poblacional, con pocos núcleos urbanos, entre los cuales Denver, por ejemplo, es una excepción. Sus economías son mucho menos potentes y sus sistemas educacionales mucho más débiles. Esta área es la sede principal de una curiosa denominación religiosa a la cual pertenece Mitt Romney, los mormones, que tienen su principal templo en Salt Lake City, Utah.

Fuera de las dos subregiones, pero incluidos formalmente en la región, se encuentran los dos estados más jóvenes de la Unión, Alaska y Hawaii. De condiciones muy diferentes, el primero es una fría península del círculo polar, de importantísima situación geoestratégica y rica en recursos minerales, especialmente petróleo; el segundo, un archipiélago volcánico distante en el Pacífico, considerado un paraíso para el turismo. En realidad están incluidos aquí por ser la región más cercana dentro de la división territorial de las



instituciones federales, y por ser los puertos de la costa oeste sus puntos de conexión tradicionales con el corazón del país.

Estas características tan dispares significan también una gran diversidad en sus estructuras sociales. De conjunto, la región es la segunda de más rápido crecimiento demográfico, 13,8% en 2001-2010, y la segunda más poblada, después del Sur en ambos casos, con 71 945 553 habitantes en 2010. Es el destino además de importantes flujos migratorios, particularmente de latinos (mexicanos en primer lugar) en toda su parte sur, y de asiáticos en la costa del Pacífico y Hawaii. Incluye el estado de más rápido crecimiento poblacional de ese período, Nevada, con un 35,1%, dado por el ingreso de población latina. Como resultado, de este dinamismo, el número de distritos creció en cuatro con el censo de 2010, distribuidos entre Arizona, Utah, Nevada y Washington, sin que ninguno de los estados sufriera pérdidas.

Teniendo en cuenta sus peculiaridades, no es extraño que los resultados electorales reflejen una división del voto. De los trece estados que integran la región, siete fueron ganados por Obama y seis por Romney. Aquí encontramos estados sólidos para los candidatos presidenciales demócratas, en primer lugar California, estados sólidos para los republicanos, como Alaska, Montana, Utah o Idaho, y varios *battlegrounds*. Las grandes diferencias en los volúmenes de población marcan el valor relativo de esas tendencias. Esta combinación de factores le dio a Obama 98 de los 128 votos electorales, y dejó en manos de los demócratas 63 escaños de la Cámara, por 39 los republicanos.

### Arizona

**A**rizona es uno de los estados más conservadores del país, por lo que el éxito de Romney y en general de los republicanos era esperado. No obstante, no fue tal, e incluso el balance general tuvo varios matices favorables para los demócratas. Es importante señalar que la migración está generando un rápido crecimiento de la población latina, lo cual amenaza con cambiar las correlaciones de fuerzas en el escenario político, en la medida en que esa comunidad se vaya insertando dentro de la ciudadanía y siempre que los demócratas logren mantener su atractivo sobre esa minoría. La tendencia ascendente de la proporción correspondiente al voto hispano, que pasó del 12% en 2004 al 18% en 2012 es una muestra de ese proceso y sus primeros efectos empiezan a percibirse. No es extraño que sea precisamente Arizona donde se promovió la más dura de las reformas migratorias restrictivas de los últimos años.

Como se vaticinaba, en las elecciones para el Senado se impuso el representante republicano Jeff Flake, quien ocupó el puesto dejado vacante por

el también republicano John Kyl. Lo interesante de este proceso electivo no fue la victoria de Flake, sino la estrecha ventaja que logro sobre el aspirante demócrata Richard H. Carmona, de solo 5 puntos porcentuales. Esto parece apuntar a un cambio en las bases electorales del territorio, idea que además se ve reforzada por ser Flake un moderado, que ha mantenido una posición independiente respecto a los sectores más radicalmente conservadores de su partido. Estos últimos no lo han apoyado, lo cual puede ser uno de los factores que propiciaron lo reducido del margen.

Para la Cámara de Representantes los números finales dejaron cinco distritos (1, 2, 3, 7 y 9) en manos de los demócratas y los cuatro restantes (4, 5, 6 y 8) fueron para los republicanos. De manera que aquí los efectos percibidos son los opuestos a los ocurridos en otros escenarios donde el colegio electoral fue conquistado por Obama, de manera que las aparentes transiciones que parecen estarse produciendo se hacen visibles en el espacio más reducido del distrito congresional.

### California

**E**ste es el más poblado y rico de los estados de la Unión. Con 37 253 956 habitantes según el censo de 2010, tiene más de la mitad de la población de la región, incluyendo la mayor población hispana del país en términos absolutos, y la segunda en tanto porcentaje del total del estado, igualado con Texas (37,6%). En el sistema político estadounidense actual, California es sinónimo de demócrata, y las elecciones de 2012 no fueron la excepción.

En la contienda presidencial Obama ganó cómodamente, por 20,7 puntos. En la elección para el Senado, Dianne Feinstein también logró un margen de más de 20 puntos porcentuales sobre su rival republicano. Con esta victoria Feinstein no solo conservó puesto en la cámara alta federal, sino que reforzó su proyección como una de las mujeres más influyentes dentro del contexto político estadounidense. Una de sus ventajas de Feinstein, que fue altamente valorada por los electores, fue su amplio dominio de temas tan importantes las políticas públicas, el presupuesto federal y su impacto en la economía californiana, y otros tan sensibles como los derechos civiles y la protección medioambiental. Este dominio demócrata se extendió a la Cámara de Representantes. En ella se apoderaron de 38 de los 53 escaños correspondientes al estado. Es decir, obtuvieron dos veces y medio el número que lograron los republicanos,

Hay un aspecto curioso en el conjunto de datos. Siguiendo las líneas que trabajamos cuando hablábamos de Texas, encontramos que la razón entre los votantes efectivos de 2012 y la población total reportada por el censo 2010 fue

0,26, muy inferior a la media nacional y a la cifra texana, que ya era baja. Esto tiene varias lecturas posibles: una baja participación electoral por motivos diversos, como la certeza del resultado por ejemplo; poco interés de los ciudadanos por registrarse como electores; subrepresentación de las comunidades hispanas en el electorado potencial. Lo más probable es una combinación de todas ellas, y ello hace evidente que el resultado aquí no dependió de la gran comunidad hispana (especialmente mexicana), sino de otros factores como la estructura social y de clase y la influencia de algunos grupos claves en la formación de opinión, si bien el elemento étnico desempeña un papel importante sin dudas.

### **New México**

**E**n New México la victoria de las fuerzas demócratas no fue tan pronunciada como en California, pero mantuvieron sin demasiados contratiempos el control del estado. Obama ganó por 9,9 puntos, y su triunfo ayudó a impulsar al candidato demócrata al Senado, Martin Heinrich, quien hasta el momento se había desempeñado como representante por el distrito número 1. Este finalmente obtuvo una diferencia de 6 puntos sobre el republicano Wilson, quien tenía la esperanza de alcanzar el puesto debido a su experiencia de trabajo en la administración republicana de G.W. Bush. Con esto asumió el puesto dejado vacante por el también demócrata Jeff Bingaman. En la misma contienda salió derrotado el aspirante independiente John Barrie, quien solo obtuvo un 3% de los votos.

En las elecciones para la Cámara de Representantes, la competencia más significativa fue la que tuvo como vencedora a la demócrata Michelle Lujan Grishan, quien se hizo con el puesto dejado por Heinrich. Los otros dos distritos fueron conservados por dos de los más influyentes políticos del estado, Ben R. Lujan (demócrata), y Steve Pearce (republicano).

Si observamos los resultados de manera integral, notamos que este estado, aunque inclinado hacia los demócratas, se movió dentro de una franja relativamente estrecha en lo que respecta a las diferencias en la votación. Este es el estado con mayor proporción de población hispana y/o latina, con un 46,3% en 2010, la cual, al aumentar en un 24,6% fue el principal componente del crecimiento demográfico. Esa comunidad aportó además el 37% de los votantes, por lo que es un factor decisivo en las actuales condiciones de los sistemas políticos estadual y federal.

## Nevada

**N**evada es un territorio conocido sobre todo por ser la sede de los más famosos centros del juego de azar, parte de la industria turística, en especial Las Vegas, y en parte también Reno. Si bien este tipo de negocios se ha extendido a otras zonas, con especial incidencia en las reservaciones indias aprovechando su posición especial que les exime del pago de impuestos, estas ciudades siguen siendo el gran imán para la clientela de los casinos.

Este estado también fue ganado por Obama, pero por un estrecho margen de 4,6 puntos. Es decir, se situó en la franja de los *swing states*. La victoria del presidente se complementó con el éxito de Shelley Berkley en la contienda por el escaño en el Senado federal. Berkley aventajó a su contrincante republicano Dean Heller por tan solo 1,2 puntos. En las elecciones para la Cámara, los cuatro escaños en disputa se repartieron a partes iguales.

Se debe destacar en estas victorias de los demócratas el impulso dado por la maquinaria electoral del partido a sus candidatos, fundamentalmente en el reclutamiento de electores de sectores estratégicos como los jóvenes, las mujeres y las minorías étnicas. La participación de los hispanos resultó decisiva en esas circunstancias. Este sector aportaba el 26,5% de la población y el 18% de los votantes reales. Estos dos valores han aumentado rápidamente. Entre 2001 y 2010 la población hispana creció en un 81,9%, lo cual representó el 45,9% del incremento total. Como parte del electorado efectivo, pasaron del 10% en 2004, al 15% en 2008 y al ya citado 18% de 2012. No caben muchas dudas de que este voto fue decisivo, en un estado claramente dividido.

No se puede dejar de lado tampoco los efectos de la inmigración nacional. Las personas nacidas en otros estados residentes en Nevada representaban en 2010 el 55,2% de la población, comparado con el exiguo 24,3% de los nativos del estado. Esta es la mayor desproporción en todo el país, lo cual significa en no poca medida la incorporación de una masa de electores formados en ambientes diferentes, no pocos de ellos provenientes de territorios más al norte, como Washington u Oregón.

## II. Razones y lecturas

**C**omo hemos visto hasta aquí, los resultados de las elecciones de nivel federal de 2012, si bien fueron favorables en general para el Partido Demócrata, no fueron una victoria arrolladora ni mucho menos, y dejan un panorama algo mejor que el que enfrentaban desde 2010, pero todavía complicado. Sobre esto volveremos más adelante. Antes nos parece importante adelantar algunas reflexiones sobre los factores que contribuyeron a la

consecución de un segundo mandato por Barack Obama y, simultáneamente, una continuidad de la presencia mayoritaria de los republicanos en la Cámara de Representantes.

Un primer punto se vincula con las campañas electorales y los niveles de percepción por parte de la ciudadanía de las capacidades e incluso de los atractivos de uno u otro candidato. Por supuesto esto es partiendo de la idea de que un tercer candidato, o más ampliamente, alternativas políticas fuera de los dos partidos mayores, tienen escasas oportunidades o ninguna de interponerse en el *dual meet* en que se han convertido esos procesos. El bipartidismo clásico norteamericano se ha consolidado en la medida en que los medios de comunicación masiva y sus variantes más contemporáneas se han alzado con el papel protagónico dentro de los procesos electorales, y en general con un puesto de vanguardia en el sistema político en su conjunto, con su capacidad para generar opinión.

Esto se ha traducido en la creación de una barrera monetaria que termina por ser un umbral insuperable para los que no cuenten con el apoyo de las elites económicas del país, e incluso de fuera de sus fronteras, dada la posibilidad de flujos de fondos desde el exterior, así como de maquinarias articuladas para la canalización de los recursos disponibles. Ello implica la concentración del proceso político real en sectores relativamente reducidos, con lo cual no estamos diciendo que los candidatos presidenciales y a otros altos cargos públicos deban ser siempre millonarios al estilo Mitt Romney, sino que necesitan acceso a esos círculos, además de un nivel de influencia suficiente que los coloque en el mapa durante el proceso de selección de las candidaturas. Y esas son parte de las funciones principales de los grandes partidos estadounidenses: servir de espacios de coordinación entre diversos grupos de interés, plataformas político-ideológicas y otros distintos sujetos políticos; buscar y asimilar los cuadros necesarios para abastecer las estructuras políticas formales, de acuerdo con los intereses que convergen en su interior; y reunir y administrar los recursos necesarios para competir con posibilidades en las distintas contiendas que se abren en el ciclo electoral. Sin esa clase de soporte, escasas son las posibilidades para cualquiera, y los ejemplos de dos candidatos tan diferentes como Ross Perot y Ralph Nader son muy evidentes en este sentido.

Partiendo de aquí, uno de los pilares sobre los cuales se erigen los resultados obtenidos es sin duda la orquestación de las campañas, su conducción por sus principales estrategias y la actuación de los candidatos, cuales actores en roles protagónicos sustentados por productores, directores artísticos y realizadores. Es en este sentido que cobran importancia los debates electorales, tan manejados por los medios, en los cuales lo fundamental no es tanto *qué* se dice como el *cómo* se dice. De los tres que se desarrollaron, los

observadores consideraron una victoria de Romney en el primero, debida a la un *performance* bien preparado, y una sorprendente pasividad del presidente en ejercicio. Las encuestas inmediatamente mostraron un repunte de sus opciones, lo cual preocupó al equipo de Obama.

Los siguientes dos encuentros tuvieron un cariz muy diferente, con un Obama mucho más agresivo y confrontacional, que debatió fuertemente cada argumento y cada frase manejada por su oponente, recurriendo además a la ventaja que le daba el poder mostrar resultados, particularmente en política exterior. Los que suscribimos este trabajo tuvimos la posibilidad de participar en debates sostenidos entre académicos, estudiantes y en general personas de alto nivel educacional en Estados Unidos, quienes se centraron todo el tiempo en definir cuál de los dos candidatos había parecido más *presidencial*, considerando esto un factor clave en la toma de decisiones. Incluso las críticas presentadas iban por ejemplo al tono empleado, al uso de la ironía, a la postura y la gestualidad. Poca discusión hubo, si es que alguna, sobre el *contenido* de los debates en sí mismos, sobre las posiciones políticas concretas, sobre la existencia o no de programas electorales reales, sobre la presentación de alternativas de solución a las principales problemáticas estadounidenses del momento.

Para ampliar este criterio, recordemos que la famosa “sorpresa de octubre” en este caso vino de la mano de un fenómeno natural, el ya mencionado huracán Sandy, que golpeó con fuerza la costa noreste de los Estados Unidos, afectando especialmente New York, New Jersey, Connecticut y la zona circundante. El manejo de la emergencia y las actitudes de los candidatos ante los daños materiales y humanos se convirtió en uno de los últimos impulsos de la confrontación. En primer lugar, cortó el *momentum* de Romney, es decir, en otras palabras, distrajo la atención del electorado de la figura del candidato, que había tomado fuerza después del primero de los debates. Además, colocó nuevamente al presidente en el centro de la escena, pues debió asumir su responsabilidad como Jefe de Estado y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas para organizar la protección y salvamento de los ciudadanos. Ya comentábamos el acercamiento que se produjo, prácticamente impensable en otras circunstancias en ese momento concreto de la campaña, entre Obama y el gobernador republicano de New Jersey, Chris Christie.

Todo esto permitió al presidente lucir más *presidencial* (y sí es un juego de palabras). Un sondeo a boca de urna presentado por la televisora CBS en la noche de las elecciones reportó que el 15% de los votantes consideraban que los efectos del huracán eran fundamentales para su decisión, y para otro 30% era muy importante. Y del primer grupo, el 70% había votado por Obama. Desde luego, no se pueden asumir estos como números definitivos, ni se puede pensar en una distribución homogénea de los electores influidos por el huracán

a favor del presidente, pero lo que sí demuestra esto es el impacto que pueden tener fenómenos estrictamente puntuales en la selección final del voto.

Para cerrar con esta breve consideración, recordemos la importancia atribuida a los errores cometidos por Romney en sus alocuciones públicas, aquellas en las que manifestó inexperiencia o desconocimiento (por supuesto, nada comparable con Sarah Palin en 2008). También fue muy publicitado el comentario despectivo con respecto a la parte del electorado que entonces apoyaba a Obama, lo cual fue recogido y manejado por el equipo del mandatario. Y por supuesto, las campañas electorales siguieron los mecanismos y estilos de la publicidad comercial, con mensajes pensados para atraer a los electores, promoviendo, una vez más, la imagen de los candidatos, como otros tantos productos a la venta.

Otro de los factores importantes en la contienda fue el trabajo de los equipos e incluso empresas dedicadas al uso de los sistemas informáticos para reunir información sobre los electores y al despliegue de campañas personalizadas, es decir, llevar al extremo la conquista de los votos prácticamente uno por uno. Por ejemplo, en una entrevista al personal del equipo de campaña de Obama, estos explicaban como habían descargado *cookies* en las computadoras de millones de ciudadanos, lo cual les había permitido monitorear su historial de internet, los tipos de sitios preferidos y otros detalles, que permitieron elaborar una promoción dirigida capaz de seguir al elector a todas partes. Recordemos que con el uso generalizado de los teléfonos celulares de las últimas generaciones, las personas se encuentran todo el tiempo *on-line*, accesibles para este tipo de trabajo. Dicho sea de paso, este es un método que se utiliza cada vez más por las distintas empresas de *advertising* y por otras empresas diversas para colocar sus productos en el mercado, para ampliar sus redes de clientes y para desarrollar ofertas más atractivas. Se trata de una alternativa a la televisión y otros medios digamos tradicionales que gana en fuerza.

El equipo de Romney empleó métodos y medios similares. Este trabajo no es posible todavía hacerlo con cada persona, pero sí permite acceder a información e influir sobre un enorme número de potenciales votantes. Y por supuesto, se concentró en aquellos estados donde los dos candidatos tenían opciones, es decir en los *swing states*. El costo de estas operaciones cada vez más sofisticadas que requieren tecnología de punta y personal altamente calificado es otra de las razones para la consolidación del bipartidismo, especialmente en las elecciones presidenciales. En escenarios más pequeños, aún existen algunos espacios, pues muchos de esos medios son de relativamente fácil acceso en una sociedad altamente informatizada, pero la escala de una campaña presidencial es demasiado grande.

Por otra parte, resulta difícil considerar que los mecanismos y fuentes tradicionales de generación de opinión en la ciudadanía dejen de funcionar producto de la expansión del uso de internet. Incluso ya existen evidencias de que esto no es exactamente así. Por ejemplo, en un estudio experimental conducido por el politólogo Sean Rechev, se determinó que en un grupo de estudio, el 60% de la información buscada mediante el uso de Google como motor de búsqueda provenía de los sitios web de periódicos de gran tirada y de cadenas de televisión.

El resto se distribuía entre sitios oficiales y sitios de grupos de interés, mayormente. Si consideramos que según estudios recientes, el 70% de los usuarios de internet en Estados Unidos utiliza Google como principal motor de búsqueda, y que el sistema de *rankings* que este sitio utiliza, a partir del número de impacto, coloca en primer plano los sitios más impactados, podemos pensar que se trata de un comportamiento que se retroalimenta y potencia a sí mismo de manera continua, y que tiene un grado de validez elevado. De manera que los medios masivos tradicionales se imbrican con internet para crear un sistema de formación de opinión todavía más amplio, que de hecho restringe el acceso a sus recursos a los que puedan financiar el espacio correspondiente.

Estas dos realidades, es decir, el uso de los sistemas informáticos a que nos referíamos antes y la labor de los *mass media*, constituyen un núcleo clave dentro de todo el proceso electoral. Es difícil comprender el desarrollo del mismo sin considerar la influencia que tienen sobre los resultados finales. Dicho esto, también es importante pensar en que no se puede establecer una correspondencia mecánica entre el dinero de que disponga un candidato y el resultado final, de la siguiente manera  $D_A > D_B \Rightarrow V_A > V_B$  donde A y B son los candidatos, D el dinero con que puede contar cada uno de los candidatos, y V el total de votos que obtienen en las elecciones. Y justamente estas últimas elecciones sirven para validar una posición diferente, pues Romney, quien contaba con el apoyo mayoritario de los poderosísimos sectores petroleros y financiero, logró recaudar fondos superiores a los que tuvo Obama. Por supuesto, hay que considerar la habilidad con la que estos fueron utilizados por los equipos, pero parece evidente que a partir de determinado punto, que pudiéramos llamar financiamiento umbral, y en condiciones de aceptable equilibrio, los candidatos en realidad disponen de recursos suficientes, por lo cual los valores absolutos en sí mismos ya no representan una diferencia perceptible. Y hay que añadir que el presidente en ejercicio cuenta con una ventaja adicional (o desventaja, llegado el caso), dada por su propia actuación en el cargo, la cual de hecho se integra naturalmente en su campaña electoral.

Otro de los factores que se considera que favoreció al presidente durante la campaña fue la complementación de estos medios y tácticas con otros más convencionales, pero efectivos. Particularmente, en Ohio, una vez más clave en



la elección, un gran número de activistas, esencialmente voluntarios, visitó decenas de miles de hogares para promover la participación de los ciudadanos identificados como favorables al candidato demócrata, labor que se repitió en otros estados, pero que fue considerada vital en este, verdadero talismán desde la décadas de los sesenta (desde entonces ha votado invariablemente por el ganador final). Según parece, la capacidad de movilización para esta clase de trabajo de Romney y su equipo no estuvieron a la misma altura.

También es altamente significativa la evidencia de un creciente nivel de polarización en el electorado estadounidense. Es importante mantener la perspectiva, pues Estados Unidos es la sede de una sociedad muy *mainstream*, con escaso espacio para extremos capaces de convertirse en hegemónicos absolutos. Pero ciertamente ese *mainstream* ha experimentado durante décadas un importante desplazamiento hacia la derecha, lo cual permite que sectores y grupos radicales de esa tendencia ganen peso en los procesos electorales. Uno de los factores del resultado final, fueron las propias “deficiencias” mostradas por Mitt Romney, el cual nunca logró el total apoyo de los sectores más conservadores del partido republicano, tanto por ser mormón como por su acentuado liberalismo en temas sociales cuando fue gobernador del estado de Massachusetts. Es decir, no pareció lo bastante conservador a una franja importante del electorado republicana, colocada en la extrema derecha del partido.

En esta franja se han encontrado movimientos y agrupaciones diversas, muchos de ellos conectados entre sí. La más recientemente de estas fuerzas es el mencionado *Tea Party*, surgido en la última década como una continuación lógica de la evolución de algunos de los movimientos radicales de décadas anteriores. Refleja en esencia los intereses de un sector muy conservador dentro de la población estadounidense, que ha logrado un nivel significativo de impacto sobre el sistema político, en la medida en que ha colocado a algunos de sus miembros en puestos públicos o que ha ganado influencia sobre otros políticos más moderados. El emerger de esta corriente en las elecciones de medio término de 2010 difícilmente pueda sobrestimarse, tras convertirse en uno de los principales motores de la conquista de la Cámara de Representantes por los republicanos. Recordemos durante la campaña la búsqueda de atraer a esa franja, ya sea mediante el endurecimiento del discurso de Romney mismo, o a través de la incorporación de una segunda figura cercana a ese movimiento, papel que se le encomendó a Paul Ryan, candidato a la vicepresidencia.

Al otro lado del espectro nos encontramos algunos grupos vinculados con el llamado liberalismo norteamericano, cercano a posiciones de corte keynesiano en lo que respecta a políticas económicas, con mucho menos presencia y menor nivel de organización que la extrema derecha. No se trata de sectores radicales, sino de grupos más bien moderados, que se apoyan en las

experiencias históricas estadounidenses y que pretenden restablecer formas de equilibrio social donde se reduzcan las asimetrías, como vía para mantener la estabilidad del sistema. Aquí encontramos sobre todo a algunas figuras del mundo intelectual, que pueden tener alguna influencia por su prestigio personal y el alcance público de sus discursos, como son los casos de Joseph Stiglitz o Paul Krugman, ambos ganadores del premio Nobel de Economía. También pueden encontrarse algunos legisladores y otros políticos relativamente aislados, especialmente conectados con temas específicos. Por lo general muchos de estos tienen vínculos con el Partido Demócrata, lo cual no significa que sean dominantes, o al menos que tengan un peso significativo dentro de este.

Existen grupos más radicales, pero como norma se hallan fuera del escenario político, o para decirlo mejor, fuera de los mecanismos del poder político establecido, formal o informalmente. En esta posición se encuentran por ejemplo los movimientos y redes que se movilizaron de forma más o menos espontánea como parte del *Occupy Wall Street* en New York y más tarde se extendieron a otras áreas. También pequeñas agrupaciones de intelectuales y estudiantes con base en las universidades, que intentan generar discursos alternativos, incluso utilizando categorías de la izquierda más tradicional. El impacto de estas fuerzas sobre las dinámicas fundamentales del sistema político es prácticamente nulo.

Por tanto, resulta evidente que la polarización de la que hablamos es relativa, pues si bien en uno de los polos encontramos fuerzas definidas con suficiente claridad y con una presencia notable en las estructuras formales y no formales de poder, en el otro lo que se aprecia es una masa difusa y de escasa influencia práctica. Esto consolida ese corrimiento a la derecha que se aprecia en el sistema en su conjunto. La alternativa de izquierda está fuera de los límites reales de este último, y en su interior lo que encontramos en esa posición es básicamente un liberalismo moderado, a la manera estadounidense.

Sin embargo, existe al menos otro sistema de polarización en el sistema político estadounidense, con fuentes distintas (aunque aclaramos que ninguna de estas polarizaciones es excluyente respecto al resto). Nos referimos a la distribución del voto por sectores sociales, traducidos en lo que se conoce como la demografía electoral. Aquí son especialmente importantes las franjas derivadas de la composición étnica de la población. No se pueden desdeñar tampoco las distinciones etarias o de género, por ejemplo, amén de otras categorías utilizadas al estudiar las dinámicas demográficas. Y se trata de comportamientos que tienden a ser, en lo fundamental, sostenidos durante todo el proceso como vemos en la intención de voto reportada por la agencia Gallup según sondeos efectuados en dos momentos muy diferentes de la campaña.<sup>57</sup>

---

<sup>57</sup> Fuente: Frank Newport. Structure of U.S. Presidential Race Shows Little Change So Far. En

Muy llamativo resulta el comportamiento por edades y géneros. Se produjo una notable inclinación hacia Obama entre la población femenina, la cual puede ser debida a varios factores, desde atractivo personal hasta la percepción de mayores garantías en temas de específico interés para las mujeres. Típicamente se puede pensar en seguridad para el cuidado y progreso de los hijos y mayor estabilidad doméstica, aunque esto responde a un arquetipo que no necesariamente se corresponde con ninguna realidad específica. Este fue un fenómeno registrado ya en 2008.

Más interesante aún es la preferencia más que evidente que se registró entre la franja más joven del electorado. Esto representa a personas recientemente incorporadas a la población electoral, pero sobre todo a los sectores que experimentan mayores niveles de inseguridad dentro de la población estadounidense, inmigrantes y grupos marginales aparte. También son los que han experimentado más claramente las tendencias la despolitización relativa que se han constatado en las sociedades occidentales contemporáneas. De manera que la atracción ejercida sobre esa franja del electorado es significativa, pues hizo a muchos pensar que *politics is cool again*, y si bien en 2012 no fue tan fuerte como en 2008, siguió siendo importante. Y a su vez representa un reto, pues para cualquier candidatura demócrata futura, como lo fue para Obama en su reelección, la clave pasa por no perder a los votantes ganados en 2008.

Tomando para esta parte del análisis las clasificaciones utilizadas habitualmente por las diferentes instituciones estadounidenses, es fácil apreciar que existe una diferenciación muy marcada entre el comportamiento de los llamados “blancos” (personas de tez blanca de origen anglosajón, o europeo en general) de los “no blancos” (miembros de los diversos grupos étnicos y nacionales de origen no europeo). Entre estos últimos el comportamiento de la población negra (definida habitualmente como afroamericana) es evidente, tradicional, y hasta lógico, considerando los fenómenos identitarios y los vínculos políticos con el Partido Demócrata desde la década del sesenta, a partir de la firma de la *Equal Rights Act*.

Pero el grupo demográfico que más ha llamado la atención en este proceso es indudablemente el de los hispanos. Por sus características difiere de otros en que se trata de un sector definido por su origen con múltiples componentes nacionales y raciales, en la manera en que estos se definen en Estados Unidos. Es por supuesto una franja de la población originada casi en su totalidad a partir de los flujos migratorios más recientes, para la cual por tanto la polémica en torno a la legislación migratoria es central en la definición de su orientación política, así como las posibles restricciones para sus vínculos con sus familias y

en general con las redes sociales de las que forman parte prioritariamente. Desde luego que es una población muy heterogénea por su origen (el término hispano incluye hasta a los españoles) y condición, pero su masa fundamental puede agruparse en una posición relativamente baja en la escala social y dentro de ella destacan algunas comunidades nacionales que además tienden a concentrarse en zonas determinadas, lo cual refuerza su impacto, teniendo en cuenta las características del sistema electoral.

Según el reporte publicado por el Pew Hispanic Center a partir de los estudios a boca de urna,<sup>58</sup> el 71% de los votantes hispanos prefirieron a Obama, por un 27% que se inclinó hacia Romney. Según ese mismo estudio, los hispanos representaron el 10% de los votantes efectivos. Si recordamos los números finales de la votación, es fácil percatarse que esta preferencia dentro de esta franja del electorado fue clave en la victoria demócrata. Si a ello le añadimos el nivel de concentración de hispanos en algunos estados, como New Mexico (37% del electorado), Arizona (18%), Nevada (18%), Florida (17%) y Colorado (14%), su importancia se hace mayor, especialmente si lo complementamos con la presencia de otras minorías étnicas, como los negros, en algunas regiones claves, como Virginia.

Según el mismo sondeo, la creciente presencia de comunidades no cubanas en Florida resultó favorable para los demócratas. No obstante, el comportamiento de la comunidad cubana, concentrada de manera abrumadora en ese estado (1,213 millones sobre un total de 1,785 millones en todo el país),<sup>59</sup> fue muy interesante, pues confirmó con creces una tendencia registrada en 2008. Este electorado, que representó el 34% de los votantes hispanos del estado, vio un cambio en sus preferencias. Aunque otras fuentes difieren, el Pew Hispanic Center consigna una ventaja para Obama de 49% por 47% de Romney. Sea cual sea el número real, lo cierto es que los votantes cubanoamericanos parecen estar trasladando sus preferencias lejos de los republicanos, a los cuales habían apoyado tradicionalmente. El ajuste de status de los inmigrantes más recientes y la llegada a la edad electoral de las nuevas generaciones son sin duda factores fundamentales de ese proceso.

Luego, existe una división lo suficientemente clara de las preferencias de los electores según su pertenencia étnica. La mayor parte de la población considerada blanca, hasta el momento mayoritaria, apoya a los republicanos, mientras las minorías raciales y nacionales, como norma, apoyan a los demócratas. Este es un fenómeno hartamente conocido, que data de la década de los sesenta, pero las dinámicas demográficas actuales tienden a magnificar su impacto.

---

<sup>58</sup> *Latino Voters in the 2012 Election*. En [www.pewhispanic.org](http://www.pewhispanic.org) (7 de noviembre 2012)

<sup>59</sup> *The Hispanic Population: 2010*. En [www.census.gov](http://www.census.gov) (20 de junio 2012)

### III. Camino a 2020

En las páginas anteriores hemos presentado algunos de los aspectos fundamentales de las elecciones federales estadounidenses de 2012, en términos de resultados, condicionantes y tendencias que hemos podido identificar. Ahora nos proponemos dibujar algunos escenarios posibles para el futuro desarrollo de las políticas domésticas e internacionales de ese país.

#### Dinámicas internas

El desarrollo de los Estados Unidos en los próximos años estará condicionado por una serie de factores de distinto alcance y naturaleza, los cuales en su interacción generarán los marcos para la evolución del sistema político. En primer lugar, la evolución de la crisis global sistémica en sus múltiples manifestaciones será probablemente el proceso estructural de mayor peso. En su parte más fácilmente mensurable, la económica, la probabilidad de una depresión de duración relativamente larga con posibles períodos recesión es elevada, si consideramos las tendencias a la ralentización registradas en el crecimiento económico, la débil recuperación precedente, el deterioro de la situación de la Unión Europea con su inevitable impacto, y lo insuficientes que han resultado, hasta el momento, las políticas implementadas para enfrentar la crisis.

Este un tema central por varios motivos. En primer lugar, el posible (incluso probable) deterioro de indicadores claves como el empleo, el nivel de ingreso o el crédito, devendría fuente de descontento, el cual por lo general se manifiesta con el castigo al gobernante que se considera responsable, si no de provocar la crisis, al menos de no resolverla. Por otro, detrás de los debates en torno a las políticas a formular e implementar para enfrentar la situación se encuentran importantes diferencias ideológicas dentro de las elites y sus intelectuales orgánicos, particularmente en torno a los modelos para organizar la reproducción sistémica. En este sentido, la crisis de los sistemas de ideas dominantes se expresan en la presencia mayoritaria de los distintos “neos”: neoliberalismo, neokeynesianismo, neoconservadurismo, al lado de algunas variantes con otras denominaciones, como el monetarismo o la *supply side economics*.

La continuidad de la crisis como fenómeno global, especialmente si la ocurrencia de nuevos períodos recesivos la hacen más evidente, puede conducir a una creciente polémica en este orden entre las posiciones apoyadas en diferentes referentes teóricos-ideológicos. Aquí estamos hablando de discusiones en torno al papel del Estado, la implementación o no de medidas de

austeridad o de estímulo económico, el manejo de los impuestos y de las tasas de interés, los balances presupuestarios, la deuda pública, y por consecuencia de los programas sociales, el gasto militar y demás componentes del gasto público.

Esto significa que el accionar de las fuerza políticas puede enmarcarse en varios escenarios fundamentales, con espacio para variantes híbridas. Primero, la continuidad de las políticas de recorte destinadas a balancear los presupuestos en función de evitar el crecimiento excesivo de la deuda, así como evitar el llamado abismo fiscal. Segundo, la reducción de las esferas de participación activa del gobierno al mínimo indispensable, por el camino de los libertarios.<sup>60</sup> Tercero, la implementación de medidas anticíclicas de estilo nekeynesiano, como el crecimiento de la inflación controlada para reducir el valor de las deudas y los costos (y de paso los salarios), el aumento del gasto público federal, estadual y local mediante diversos programas de estímulo económico o el alivio desde el gobierno de las deudas privadas, especialmente las hipotecarias. Cada una de estas alternativas tiene defensores importantes en el mundo político y el académico. La medida en que funcionen o fallen abrirá o cerrará espacios para las otras y para combinaciones de ellas.

Otro factor de suma importancia para los próximos años es la dinámica demográfica, en gran medida por la creciente importancia de las minorías étnicas, en especial de los hispanos, en las últimas elecciones. Los estudios censales y las proyecciones de los demógrafos, tomando en cuenta las tasas de natalidad y los flujos migratorios, indican una tendencia sostenida al crecimiento de esas comunidades.

Para tener una idea de la importancia de esta tendencia, según el censo de 2010, la población total creció en la década 2001-2010 en un 9,7%.<sup>61</sup> La población negra creció en ese mismo período en un 15,4%, por encima de la media, y pasó a ser el 13,6% del total nacional. Los asiáticos crecieron un 45,6%, la cifra más alta de todas, y pasaron a ser el 5,6% de la población general.

Los hispanos tuvieron un crecimiento del 43% en ese período, para sobrepasar por primera vez los 50 millones y convertirse en el 16,3% de la población, la mayor de las minorías étnicas. Estimados más recientes colocan estas cifras en 53 millones y 17%. De tal manera, latinos y españoles representan una fracción cada vez mayor de la población estadounidense, caracterizada además por su juventud. Las concentraciones mayores se

<sup>60</sup> En español se prefiere este término algo extraño para traducir el inglés *libertarian*. La palabra libertario, que parece más precisa, se asocia históricamente con el anarquismo, por lo que por lo general se evita su empleo en este sentido para eliminar posibles confusiones conceptuales. Aunque ciertamente anarquistas (libertarios) y libertarios tienen varios puntos de contacto en sus postulados, también tienen notables diferencias.

<sup>61</sup> Los datos demográficos son tomados del *Census 2010*. En [www.census.gov](http://www.census.gov) (20 de junio 2012)

encuentran los estados de New México, California, Texas, Florida, Colorado, Arizona y Nevada, situados entre el 20,7 y el 46,3%. Salvo Texas y Arizona, los restantes fueron ganados por los demócratas en la última elección presidencial.

En comparación, los blancos no-hispanos solo crecieron en un 1,2%, con lo cual su presencia relativa se redujo 69,1% al 63,7%. Esto quiere decir que la dinámica demográfica general tiende a cambiar la composición de la población, incrementando rápidamente la importancia de las minorías, incluso es probable una transformación de la estructura demográfica de Estados Unidos, convirtiéndose en un país de minorías étnicas, sin ninguna comunidad estrictamente mayoritaria, según su propio sistema de clasificación.

Según el Pew Hispanic Center nuevamente, se espera que para el año 2030 el electorado hispano se duplique con respecto a su nivel actual, en números absolutos. Ello significaría que aportarían el 40% del crecimiento total de los electores elegibles, y por tanto serían una baza clave en el juego político.<sup>62</sup> El año 2020 se encuentra prácticamente a mitad de ese camino, por lo que para entonces la importancia de ese electorado debe haber crecido ya de manera significativa.

Todos estos factores nos llevan a pensar que en los próximos años deben producirse algunos realineamientos en las fuerzas políticas estadounidenses, en búsqueda de adecuarse a los cambios de alcance estructural que se están produciendo. Particularmente el Partido Republicano se halla ante una encrucijada importante: mantener su curso más reciente, donde han predominado las tendencias más radicales de derecha, incluyendo posiciones antiinmigrante, o tratar de modificarlas en alguna medida para atraer nuevos sectores a su base electoral.

En el discurso republicano posterior a las elecciones, se ha manejado la posibilidad, e incluso la necesidad, de acercarse a los hispanos. La justificación del caso es que la mayor parte de ellos son conservadores por su cultura, lo cual los convierte en aliados naturales del GOP. De imponerse esta idea, lo cual tiene por cierto muchos visos de materializarse, los republicanos podrían modificar su posición en la temática migratoria, una de las que más interesa a los hispanos, y entonces el diálogo a nivel legislativo tomaría otro cariz. Además, según la apreciación de un observador voluntario en Florida, la lucha por restringir el voto de las minorías y otros grupos sociales subordinados mediante el *desenfranchisement* y otros medios diversos tuvo un efecto totalmente contrario, que impulsó a muchos a ir a votar y esperar horas para hacerlo, cuando posiblemente en otras circunstancias hubieran desistido.

---

<sup>62</sup> *An Awakened Giant: The Hispanic Electorate Is Likely to Double by 2030*. En [www.pewhispanic.org](http://www.pewhispanic.org) (14 de noviembre de 2012)

Uno de los caminos para alcanzar este objetivo sería la selección de un candidato a la presidencia hispano o cercano a los hispanos. En este sentido, la comunidad cubanoamericana sería la que estaría en mejores condiciones para aportar un candidato. Por eso resulta de interés seguir la trayectoria de Ted Cruz, de Texas, o de Marcos Rubio, de Florida, quien poco después de las elecciones hizo una aparición pública en Iowa que fue transmitida por las cadenas televisivas nacionales, analizando las temáticas más importantes del momento y presentando las posiciones republicanas, en lo que tuvo las características de un lanzamiento temprano de su posible precandidatura.

Otra opción a considerar es Jeb Bush, hijo y hermano de expresidentes, exgobernador de Florida él mismo, con un historial de buena comunicación con los hispanos, en especial con los cubanos del sur del *Sunshine State*, y quien es bien visto por no pocos estadounidenses, quienes lo diferencian de su hermano George. Es un curioso caso en el que la favorable comparación con un miembro cercano de su familia le favorece en la percepción pública. Cualquiera de los tres, pero en especial Bush y Rubio, representarían además una apuesta para intentar revertir la tendencia prodemócrata entre los cubanoamericanos y para intentar conquistar el importantísimo colegio electoral floridano, el cual depende cada vez más de otros hispanos, cuyo número crece con rapidez, reduciendo el peso específico de los cubanos.

Una alternativa algo diferente sería el excandidato a la vicepresidencia y representante por Wisconsin, Paul Ryan. En este caso se estaría buscando con su figura atraer a un electorado diferente, como el de la región de los Grandes Lagos. Además, sus posiciones políticas e ideológicas lo asocian a grupos radicales, con fuertes influencias libertarianas. Por cierto que Rubio es cercano al Tea Party, lo cual también lo conecta con posiciones radicales. Tampoco pueden descartarse otras figuras, como el ya aspirante a la candidatura Ron Paul, o Rob Portman, o algún otro aspirante que pudiera emerger en los próximos años. Los que parecen fuera son viejos políticos como Gringich, por ejemplo.

Una de las decisiones que cualquiera de ellos deberá tomar, o mejor dicho, las directivas de las campañas y la elite del partido, es si decantarse por posiciones radicales o tratar de moverse hacia el centro. Esta no es una decisión menor, pues de ella dependerá la base electoral que se pretenda conquistar. Lo que sí parece estar claro es que el coqueteo con el electorado hispano será una de las estrategias fundamentales.

Mucho de esto va a depender también de los resultados de las elecciones de medio término de 2014. En una situación complicada como la actual y de los próximos tiempos, con probabilidades de deterioro de la economía, y con los habitualmente más bajos niveles de participación, que usualmente son más evidentes en las capas inferiores de la población, consideramos probable que



se mantenga la superioridad republicana en la Cámara de Representantes, o al menos que pueda contar con una bancada lo bastante fuerte como para bloquear las iniciativas demócratas. Aquí la disyuntiva está en si continuarán con su política reciente de bloqueo, o se moverán hacia un consenso bipartidista en algunos puntos claves de la agenda. En este momento lo primero parece lo más probable, aunque pudieran incluirse compromisos puntuales en algunos temas, ya sea forzados por circunstancias (y siempre tratando de ganar todo lo posible) o como maniobra política para atraer electores.

Para los demócratas, los años que siguen se presentan muy diferentes que para los republicanos. Su principal preocupación debe ser mantener la base electoral conseguida en los últimos procesos, y tratar de reforzar la proyección de sus candidatos en los distritos congresionales. Uno de los principales problemas que enfrentarán en este sentido es que la división de los distritos deja muchos de ellos en zonas rurales o suburbanas donde los republicanos tienen mayores apoyos.

Para 2016, no está definido ni mucho menos quién sería el candidato, pero desde antes de la última elección se ha estado barajando en la prensa y en algunos medios especializados la posibilidad de que ese rol sea desempeñado por Hillary Clinton. El argumento recurrente es que en caso de vencer, sería probablemente una de las personas más experimentadas en ocupar la oficina oval, dados sus años en el Senado, en la Secretaría de Estado y como primera dama. Podría además atraer con más fuerza aún al voto femenino, y contaría con el respaldo del expresidente Bill Clinton.

Mucho de lo que puedan hacer los demócratas en 2016 va a depender de la capacidad que tenga la actual administración para cumplir las promesas que ha estado haciendo desde 2008. Particularmente importantes resultan la reforma migratoria, necesaria actualmente y de especial interés para los hispanos y otras minorías nacionales. También de la capacidad de sostener la creación de empleo, o de implementar las medidas capaces de revitalizar la economía generando una recuperación más rápida de producirse una eventual nueva recesión.

En cualquiera de los casos posibles (Presidencia republicana con Congreso dividido, Presidencia demócrata con Congreso dividido, Presidencia demócrata con Congreso demócrata, Presidencia republicana con Congreso republicano), la administración que entre en funciones a partir de 2017 probablemente buscará desarrollar una política doméstica algo más equilibrada, que al menos en algunos puntos guste a algunas minorías, particularmente a los hispanos, los cuales parecen convertirse en la llave de la Casa Blanca. Hoy parece que los demócratas tienen una probabilidad significativa de mantener el control del ejecutivo en 2016. El Congreso posiblemente permanezca dividido, pero en

todo caso la probabilidad mayor es que ninguno de los dos partidos obtenga una mayoría aplastante en ninguna de las dos cámaras.

Todo parece indicar una propensión a la conformación de una tendencia más moderada en política doméstica, a tono con la búsqueda de atraer al electorado de centro y a las minorías. Por demás, políticas radicalmente conservadoras pueden potenciar la crisis estructural y extenderla en el tiempo, y políticas radicalmente liberales no parecen posibles en la actualidad. En resumen, es levemente probable un cierto desplazamiento del *mainstream* hacia una posición más moderada.

Aquí otro factor a tener en cuenta, como parte de las tendencias en el balance demográfico general. Las últimas décadas han presenciado un crecimiento poblacional absoluto y relativo acelerado en el sur del país, a lo largo del *sunbelt*. Ello significa un crecimiento de la importancia electoral de los estados de esa región (técnicamente, regiones, pues estamos utilizando sur en un concepto puramente geográfico, con lo cual estamos tratando también con territorios incluidos oficialmente en el Oeste). Los colegios electorales han crecido, en algunos casos vertiginosamente, en detrimento de los centros tradicionales del noreste y el medio oeste.

Una de las causas de ese crecimiento es al arribo de inmigrantes, sobre todo latinoamericanos, que han contribuido a crear poderosas comunidades hispanas, con lo cual las dinámicas electorales cambian. Pero existe otra fuente, y es el desplazamiento norte-sur de la población dentro de Estados Unidos. Las razones de ese movimiento son varias. Una buena parte son personas de edad avanzada, jubilados en muchos casos, que buscan mejores condiciones climáticas, particularmente el calor meridional, escapando del frío norteño. Para estas personas, temas como las coberturas de salud son muy importantes, aunque la población de más edad tiende a ser más conservadora.

Otra razón importante que se combina con la anterior es la búsqueda de empleo. Varios de los estados del sur tienen situaciones económicas relativamente mejores, por la existencia en ellos de determinadas ramas que han manejado mejor la crisis. Esto representa el flujo de una población más joven. Casos típicos son los de Florida y Texas, cuyas poblaciones están entre las de más rápido crecimiento. El primero es un estado donde las mismas condiciones naturales que lo hacen centro turísticos atraen a esas personas que buscan condiciones climáticas favorables. El segundo tiene una de las economías más grandes de Estados Unidos, al punto de poder contarse, por sí sola, entre las 20 primeras del mundo; su base fundamental es el petróleo, el cual necesita siempre fuerza de trabajo.

Ahora bien, hasta después de 2020 no habrá cambio en la distribución de los distritos congresionales, pues en ese año es que se desarrollará el próximo

censo. Por tanto, la composición de los colegios electorales y consecuentemente su peso en las elecciones federales será la misma de este año. Pero sí pueden producirse cambios cualitativos en el electorado, pues se trata de una población formada en un ambiente completamente diferente, donde los demócratas tienen mucha más fuerza. Ello puede contribuir a crear una base más estable para ese partido en algunos lugares claves.

La gran manzana de la discordia será otra vez Florida. Sigue siendo el *swing state* de más votos electorales (29), seguirá siendo *swing state*, pero por esa misma condición y por lo apretado de las elecciones allí, cualquier variación en el comportamiento del electorado se amplifica. Unos pocos miles de votos, incluso algunos centenares (recordemos el año 2000) pueden cambiar el curso completo de una elección.

#### Política exterior

Un ámbito de especial interés para nosotros es la política exterior. Siendo Estados Unidos la mayor potencia mundial, la orientación de su política exterior es fundamental para el sistema internacional. En la actualidad, el contexto para el despliegue del poderío norteamericano está marcado por un grupo de condicionantes que deben ser tenidos en cuenta. Primero, el transitorio “unipolarismo” de los noventa es cosa del pasado. La emergencia de una serie de potencias que paulatinamente se van haciendo *global players* por vías diferentes, asimétricas, como son los casos de los principales miembros del BRICSA, pone a Washington ante un mundo crecientemente multipolar. Siguiendo algunos de los conceptos de Henry Kissinger,<sup>63</sup> Estados Unidos está, por primera vez en su historia, ante la necesidad de insertarse en un sistema internacional que tiende a articularse en torno al equilibrio de poderes. Esto debe conducir a un reacomodo de las políticas formuladas e implementadas, y una revisión de sus prioridades.

También es muy importante recordar los efectos de la crisis global, que vienen a sumarse a los procesos estructurales de larga duración en torno a recursos básicos como los portadores energéticos, los recursos hídricos y algunos otros de alcance estratégico. Esto, en combinación con la disminución de las posibilidades relativas, fuerza a los dirigentes estadounidenses a llevar al centro de la consideración la búsqueda de la distribución más eficiente de las capacidades disponibles.

Como regla general se suele decir que la política exterior estadounidense no es susceptible a grandes transformaciones, al menos en sus tendencias macroestructurales, pues se considera que es una de las áreas en las que históricamente ha existido mayor consenso entre los distintos sectores de poder en Estados Unidos. Asimismo, el sentido común de la política estadounidense

---

<sup>63</sup> Henry Kissinger. *Diplomacy*. New York: Londres: Toronto: Sydney: Simon & Schuster Paperbacks, 1994

indica que cuando un presidente logra la reelección suele concentrar su atención en la política exterior y en los procesos de externalización de las estrategias que no pudo ejecutar en un primer mandato, sea porque ha logrado responder eficazmente a los desafíos de la política doméstica, o porque no depende de los ajustes y equilibrios de la correlación de fuerzas operante en el sistema de gobierno para ejecutar sus estrategias internacionales.

Sin embargo, las características del contexto de la política doméstica estadounidense, los retos persistentes de la crisis económica, sus efectos sociales y las contradicciones entre los sectores de poder que operan en las ramas de gobierno hacen pensar que durante el segundo mandato de Barack Obama el tema de la política exterior se mantendrá en un lugar secundario, con relación a las necesidades internas que apremian al país y a los debates políticos que ello genera entre republicanos y demócratas.

Cuestiones como el presupuesto federal, las contradicciones respecto a la política de impuesto, los recortes fiscales y las políticas sociales parecen ser los temas que más impacto tendrán en el periodo presidencial 2013-2017. Aunque ello no significa una desatención ni mucho menos a los intereses estratégicos de Estados Unidos como potencia en el sistema internacional. Desde inicios de la primera administración de Obama, Washington se enfocó en reconstruir las relaciones con los aliados europeos, reforzando así los intereses y la cooperación de la denominada alianza trasatlántica, asimismo impulso un conjunto de políticas encaminadas a dinamizar las conversaciones con Rusia, con el propósito de disminuir las capacidades nucleares de Moscú y también se enfocó en estimular un diálogo más cercano con China, al considerar que el gigante asiático representa, al menos en perspectiva, el mayor competidor por la hegemonía mundial en los próximos 25 años.

Los lineamientos generales de la actual política exterior estadounidense se definen en lo que se ha denominado, por la teoría de las relaciones internacionales, como neorrealismo político. Ello sugiere al menos el agotamiento temporal del predominio ejercido por el neoconservadurismo como tendencia ideológica de la agenda exterior desarrollada durante la primera década del siglo XXI. La actual administración está compuesta por figuras políticas provenientes de diferentes sectores, en la misma convergen realistas, unilateralistas, conservadores tradicionales y neoconservadores, pero la balanza se ha inclinado hacia los que defienden la ejecución de una política exterior equilibrada entre la expresión del poder militar y la diplomacia del poder blando, estrategias que se ajustan según el tipo de reto que se presente o la región hacia la que se quiera influir.

Por demás, Estados Unidos se ve en situación de tener que buscar formas de consenso con otros actores internacionales y moverse en las lógicas del multilateralismo, siempre tratando de mantener una posición de privilegio. La

alternativa sería utilizar su todavía incontestable superioridad militar para imponer su liderazgo internacional. Pero esto tiene límites, pues las fuerzas convencionales de que disponen se han visto sobre tensionadas en conflictos locales que no han involucrado a ninguna potencia, siquiera de nivel regional. Y la opción nuclear sigue siendo demasiado riesgosa.

Es muy probable que Washington continúe con la tendencia de dirigir sus principales capacidades políticas, militares y estratégicas hacia la región del Asia-Pacífico, estableciendo un importante vínculo con otras regiones no menos importantes como el Medio Oriente y el Asia Central, fundamentalmente cuando los principales intereses de las elites estadounidenses están enfocados en el control de los recursos energéticos y en las vías de acceso a los mismos, así como también en la implementación de la norteamericanización de la democracia en las naciones consideradas como enemigas o con sistemas políticos discordantes con la interpretación occidental de la democracia.

Para los próximos años, el área de conflictos más importantes debe seguir siendo el Medio Oriente. El hecho de que el 60-65% de las reservas mundiales de petróleo se encuentren en la cuenca del Golfo Árabe-Pérsico sigue siendo un factor de atracción fundamental, a lo cual se suma la presencia en la zona de Israel, que tiene una gran influencia dentro de Estados Unidos. Se trata de una región muy inestable, donde la convergencia de intereses de grandes potencias desempeña un papel clave. El caso de Siria debe quedar resuelto de una forma u otra en 2013, con posibilidad de extenderse quizás un poco más, pero no demasiado. Cómo, ya es otro problema. Eso dependerá de la correlación de fuerzas y el nivel de diálogo con Rusia, China y con los aliados. Una intervención de la OTAN, con fuerte participación turca, y quizás israelí, es posible, aunque parece ser más lógico seguir el modelo aplicado en Libia.

A más largo plazo, posiblemente abarcando todo el período, es el conflicto con Irán. Las mayores capacidades militares, su acceso a las vías fundamentales por las que circula el petróleo del golfo (estrecho de Ormuz) y sus lazos más estrechos con Rusia y la Organización de Cooperación de Shanghai, son razones para tratarlo con más cuidado. Probablemente continuarán con las presiones económicas y diplomáticas.

Asia-Pacífico es de especial importancia, por ser la región de más rápido crecimiento económico a nivel mundial, incluir los principales suministradores del mercado estadounidense, y ser el área hacia donde se deslocaliza el mayor número de empresas occidentales. Cuenta además con las mayores reservas de divisas a nivel mundial, y por tanto sede de los principales financiadores de la economía norteamericana. Una tendencia natural, por demás histórica, de Estados Unidos, es a concentrar esfuerzos en esa importantísima cuenca. El despliegue de fuerzas navales y aéreas crecientes es una muestra de esto. Estas tendencias probablemente se sostendrán, manteniendo su intensa relación

económica con China, aunque con diferendos políticos. El tema de Taiwán debe seguir siendo central en las diferencias entre las dos potencias, agravados por otros casos, como Irán, y la siempre peligrosa situación de Corea.

Asimismo es importante destacar que, para Estados Unidos, otras áreas como América Latina continuarán significando espacios donde pueden converger intereses diversos con otras potencias como China sin que exista un real desafío a los intereses de la hegemonía. Ello no quiere decir Washington quedaría como simple observador, pues ante la emergencia de algunos países latinoamericanos como Brasil, o ante un proceso de corrimiento de los gobierno latinoamericanos hacia la izquierda, ejecutaría acciones de varios tipos encaminadas a contener tales fenómenos. Pero lo cierto es que ante los desafíos internos y los retos globales, esta región es percibida por las autoridades estadounidenses como estable en comparación con otras zonas del mundo donde se concentran los recursos que garantizan el predominio global, o al menos el liderazgo a largo plazo.

Durante la última campaña electoral, uno de los argumentos desarrollados por Mitt Romney fue la importancia para Estados Unidos de América Latina, en especial de Brasil. A nuestro juicio, esto no es solo un argumento coyuntural, sino un imperativo. La Cumbre de las Américas de Cartagena de Indias demostró hasta qué punto la situación regional había cambiado. Es probable que se preste más atención a la región, buscando mantener una relación favorable, con Brasil, la gran potencia del subcontinente, y tratando de contener a los procesos de izquierda. Esto último acompañado de intentos de diverso alcance por revertirlos. El principal compás de espera lo abre la evolución futura de Venezuela, que puede condicionar diferentes actitudes, de acuerdo al cuadro interno de ese país y sus posturas en la arena internacional. El acercamiento al Mercosur de varios de los principales países del ALBA introduce un nuevo matiz. En todo caso, América Latina debe ascender en el orden de prioridades de Washington.



# ESTADOS UNIDOS HACIA 2016: IDEOLOGÍA Y POLÍTICA UN CONTEXTO CAMBIANTE

Jorge Hernández Martínez

**S**i la victoria electoral del candidato demócrata Barack Obama en los comicios de 2008 había constituido un acontecimiento de gran trascendencia en la historia política norteamericana, con resonancia mundial, su reelección cuatro años después y el ulterior desenvolvimiento del primer año de su segundo mandato no lo serían menos.

Más allá de la coyuntura electoral de 2012, cuyo análisis propició los habituales pronósticos sobre la significación y las proyecciones de la nueva etapa de la presidencia demócrata, es posible evaluar ahora, con el beneficio del tiempo transcurrido, las perspectivas y opciones del proceso ideológico y político norteamericano, --asumido con una visión de conjunto-- y dirigiendo la mirada hacia el despliegue de la segunda década del siglo XXI, con especial referencia al ámbito interno.

Los procesos electorales en los Estados Unidos están sujetos, como es conocido, a la regularidad cuatrienal que establece el sistema político vigente, acorde a las reglas de la competencia bipartidista, desarrollándose según un esquema invariable de pasos, momentos o etapas. Sus resultados están determinados por la confluencia de factores diversos, de naturaleza objetiva y subjetiva, entre los cuales la existencia de una crisis y las alternativas de superación de la misma que ofrezcan los candidatos que rivalizan es uno de los de mayor importancia. La percepción popular sobre los contrincantes, sus condiciones personales de liderazgo o carisma, la efectividad de la propaganda, los recursos financieros, el apoyo u obstaculización legislativa, el efecto de la situación mundial y hasta de hechos fortuitos, constituyen también factores que gravitan sobre la contienda presidencial. En las descripciones y predicciones derivadas tanto de las constantes encuestas especializadas en el monitoreo de la opinión pública como del análisis que ofrecen los medios de comunicación, instituciones políticas y académicas, la visión sobre las elecciones en los Estados Unidos se nutre de referencias a tales factores, y se construye



acudiendo a numerosos datos, cuya profusión estadística y anecdótica hacen posible un seguimiento detallado de gran utilidad para calibrar constataciones y pronósticos.

Sin embargo, con frecuencia sucede que la atención desmesurada sobre cifras y acontecimientos conduce a interpretaciones basadas en una lógica lineal, que reducen el escrutinio analítico a una sumatoria mecánica o serialización episódica de datos que termina por ser abrumadora, con un valor relativo. Este enfoque unidimensional produce a menudo razonamientos circulares y reducciones cognoscitivas, que oscilan entre la caracterización de la macroeconomía, las biografías de los candidatos a la presidencia, el derrotero de las primarias y de la campaña en su conjunto. Desde esa perspectiva, se tiende a vaticinar cuál será la figura que victoriosa en los comicios de que se trae. Tales razonamientos y hechos, si bien constituyen momentos necesarios y materia prima para el análisis, no resultan suficientes para interpretar el proceso real, más amplio, profundo y complejo, que se halla involucrado. Las ciencias sociales no operan con oráculos o bolas de cristal. Sobre la base de los datos y de sus interrelaciones dentro de un marco histórico-concreto, la valoración de las coyunturas requiere trascender lo circunstancial y determinar las pautas objetivas, a través de un cuadro interpretativo integral.

En medio de una complicada situación doméstica, junto a un no menos complejo entramado internacional, los Estados Unidos se enfrentan en la actualidad a tendencias y contradicciones sin definiciones claras y precisas en cuanto al modo de encarar sus retos y de aprovechar sus oportunidades. La nación ha permanecido marcada por dificultades económicas, promesas incumplidas, insatisfacciones populares, polarizaciones políticas, rivalidades ideológicas, y ha seguido inmersa en confrontaciones bélicas, dentro de un escenario de internacional de crisis, conmociones sociales e inestabilidad política.

En su articulación, tales fenómenos y conflictos caracterizan el rumbo actual de los Estados Unidos, con expresiones objetivas y subjetivas, gravitando también sobre su futuro en el corto y mediano plazos. El presente artículo intenta orientarse entre los principales contextos y procesos que condicionaron tanto el escenario electoral de 2012 como el inicio del segundo período del presidente Obama, con el propósito de avanzar el análisis con la mirada puesta en el devenir del decenio en curso, formulando algunas hipótesis que permitan distinguir las perspectivas y opciones de los Estados Unidos e interpretarlas con una visión global de la ideología y la política interna bajo la segunda Administración Obama. La comprensión adecuada de sus alcances y límites en los próximos años aporta una útil herramienta analítica al pensamiento crítico comprometido con un mundo mejor, que es posible.

Con esa intención, la exposición se organiza en tres partes: la primera coloca de forma abreviada el marco teórico e histórico del que parte el análisis. La segunda se detiene en el proceso electoral de 2012, destacando sus contornos, características e interpretando razones y significados. Por último, se examinan el entramado de la política interna norteamericana al comenzar 2014, las tendencias en curso y la alternativa más probable que se proyecta hacia lo que resta de la década.

## Marco teórico e histórico: el sistema político, el proceso electoral y la cultura nacional

Existe una amplia gama de definiciones en la literatura científico-social contemporánea sobre el sistema político. Para algunos autores, dicho concepto distingue al conjunto de *interrelaciones políticas* existentes en los marcos de la sociedad,<sup>64</sup> en tanto que para otros, el sistema político comprende un *complejo de ideas* (principios, leyes, soportes doctrinales), que complementan el contenido de una determinada teoría y forma de gobierno,<sup>65</sup> sin considerar el substrato material consustancial a esa estructura. El presente análisis se acoge al criterio de *no restringir el concepto de sistema político sólo a la estructura u organización política* de la sociedad, o sea, al conjunto de organizaciones, organismos e instituciones políticas, y considera que el mismo abarca otros elementos, como las *relaciones políticas* (relaciones dentro de la organización política y de ésta con la sociedad en su conjunto); los *elementos reguladores* del sistema (normas políticas y jurídicas, especialmente la Constitución y las leyes de un país) y la *cultura, ideología y procesos de socialización políticas* (como elementos de índole subjetiva, orientados al afianzamiento, desarrollo y mantenimiento de un determinado sistema social.<sup>66</sup> Desde esta perspectiva, el concepto de sistema político rebasa o amplía la noción de sistema de gobierno (que en ocasiones se asume como equivalente), e incluye a otros componentes, como los partidos políticos, grupos de poder, normas político-jurídicas, así como los valores culturales y procesos ideológicos, muchos de los cuales desempeñan una función reguladora<sup>67</sup>.

<sup>64</sup> Véase el análisis que realiza Emilio Duharte Díaz. Ch. Debbach y Y. Daudet: **Léxico de términos políticos**, París, 1974, p. 253.

<sup>65</sup> I. Hoose: **Systems analysis in public policy. A critique**, London, 1974, p.16.

<sup>66</sup> Emilio Duharte Díaz: "Sistema político cubano: particularidades de su formación y desarrollo", en **Teoría Sociopolítica. Selección de Temas, tomo II**, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2002 (Colectivo de autores, Compilación y edición científica del propio autor de este artículo). Ver del mismo autor: "Los sistemas políticos: Algunas reflexiones teóricas y comparadas", en **Revista Política Internacional**, ISRI-MINREX, # 3, 2004.

<sup>67</sup> Martha Prieto Valdés: "A propósito de la utilización de los conceptos de Sistema Político y

Las características del sistema político norteamericano están condicionadas por factores que hallan expresión desde muy temprano en la propia aparición e historia de la nación: su carácter presidencialista, el federalismo, la división de poderes, el bipartidismo, el principio de pesos y contrapesos, el cabildeo, y las particularidades de las corrientes ideológicas y del proceso electoral. Los fundamentos del gobierno estaban claros desde el texto constitucional: “un gobierno que pueda actuar por sí mismo, pacíficamente, sin necesidad de recurrir constantemente a las legislaturas estatales” (federalismo); “la organización del gobierno en Legislativo, Judicial y Ejecutivo (división de poderes); “la negativa dada al Ejecutivo, en conjunto con un tercio de la Cámara” (pesos y contrapesos).<sup>68</sup> Ese entramado tiene, a su vez, un basamento esencial en el tejido objetivo y subjetivo, de relaciones sociales y de valores, que sirve de sustrato económico y sociocultural a la constitución y desarrollo del mencionado sistema<sup>69</sup>.

“Los Estados Unidos son una federación de estados y cuando los Padres Fundadores adoptaron la Constitución el 17 de septiembre de 1787, estipularon en su artículo II, sección 1, que el presidente y el Vicepresidente serían elegidos por electores, designados de la manera que la Legislatura de cada estado determinase; y en número igual al de senadores y representantes a que tuviese derecho enviar al Congreso Federal --señala Ramón Sánchez-Parodi--. Estos electores constituirían el Colegio Electoral encargado de elegir al Presidente y al Vicepresidente. Un candidato tendría que obtener más del 50 % de los votos para ser elegido Presidente”<sup>70</sup>.

Así, el sistema electoral de los Estados Unidos es uno de los ejes centrales del sistema político de ese país. No podría ser de otra forma, debido a que ese sistema político, según fue concebido por los citados Padres Fundadores de la nación en el último cuarto del siglo XVIII, descansa sobre un sistema de gobierno “con el consentimiento de los gobernados.” De ahí que sea el voto, la elección, la manera casi exclusiva en que los gobernados puedan expresar, dentro del marco político-jurídico establecido, ese consentimiento.

De ese modo, el sistema de gobierno y el sistema electoral están estrecha e interactivamente entrelazados. Diversos procesos o pasos dan muestra de la centralidad del voto en el sistema político estadounidense. Tómense como

---

Sociedad Civil”, en Revista **Cuba Siglo XXI**, Internet, [www.nodo50.org/cubasingloXXI/](http://www.nodo50.org/cubasingloXXI/).

<sup>68</sup> Véase Thomas Jefferson to James Madison on the ‘Oppressiveness’ of an ‘Energetic’ Government and the Need for a ‘Bill of Rights’ in the New Constitution”, en Andrew Carroll (Editor), **Letters of a Nation. A Collection of Extraordinary American Letters**, Broadway Books, New York, 1999, p. 76.

<sup>69</sup> Véase Emilio Duharte Díaz, **op. cit.**

<sup>70</sup> Ramón Sánchez-Parodi, “¿E Pluribus Unum? Reflexiones sobre las elecciones de 2004: Antecedentes e incidencia en el futuro de los Estados Unidos de América”, en Jorge Hernández Martínez (Coordinador), **Los Estados Unidos a la luz del siglo XXI**, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008, p. 34.

ejemplos los ejercicios cuatrienales para la captura de la Casa Blanca, es decir, la elección del presidente y vicepresidente de la federación; las elecciones legislativas cada dos años, en que se renueva la totalidad de la Cámara de Representantes y un tercio del Senado; las elecciones estatales para gobernadores y los legisladores a ese nivel, y las locales en que se eligen los alcaldes y una serie interminable de otros funcionarios locales. Todos ellos son expresivos de la centralidad apuntada<sup>71</sup>.

Además de las elecciones presidenciales que se celebran cuatrienalmente en los Estados Unidos, siempre a comienzos del mes de noviembre, tienen lugar cada dos años las llamadas de "medio término" porque no coinciden con las elecciones presidenciales. Son esencialmente elecciones locales, en las que son renovados o ratificados los 435 escaños de la Cámara de Representantes, 33 de los 100 escaños senatoriales y 36 de los gobernadores de los 50 estados.

Los partidos políticos tradicionales de los Estados Unidos, el Demócrata y el Republicano, son los principales contendientes en las elecciones a todos los niveles, aunque, por supuesto, no son los únicos partidos políticos que existen. Los Demócratas y los Republicanos, sin embargo, monopolizan el juego político electoral, al punto de ser considerados poco más que coaliciones electorales en pugna por ocupar los cargos electivos.

"Aunque el sistema político norteamericano se presenta a sí mismo como una democracia --puntualiza Rosa López-- , ninguno de los dos documentos fundacionales de la república, la Declaración de Independencia de 1776 o la Constitución de 1787, pilar central de sistema político norteamericano y aún vigente, menciona la palabra 'democracia'. De hecho, los principios sobre los que se erigió este sistema, como el de 'balance y contrapeso', entre las tres ramas de gobierno, la Ejecutiva, la Legislativa y la Judicial; el férreo control de los cargos electivos por parte de los dos partidos principales, y la elección como la única forma de participación de los ciudadanos en los procesos políticos, indican que el sistema político norteamericano fue diseñado para que los poderes del Estado que se creaba a partir de la independencia de las Trece Colonias británicas quedaran firmemente en manos de la clase burguesa dominante, y no fueran amenazados sus intereses por la irrupción de las masas con sus demandas democráticas. Para ello, se requería que talas definiciones se integraran en el imaginario popular, formando parte orgánica de la cultura política nacional.

Cuando se habla de cultura política, generalmente se le comprende desde las ciencias sociales como una síntesis, conformada por un conjunto de orientaciones, pautas y valores (relativamente estables), que caracterizan las relaciones entre los diversos grupos sociales con respecto al poder político, y

---

<sup>71</sup> Ver Rosa López, **El sistema electoral en el marco del sistema político en los Estados Unidos**, Avance de Investigación, CEHSEU, Universidad de La Habana, La Habana, 2008.

que condicionan la experiencia del desarrollo político de la sociedad<sup>72</sup>. Dicho de otro modo, es un punto de referencia clave para comprender el sustrato subjetivo del sistema político, para entender los contenidos doctrinales, los soportes ideológicos que nutren, pongamos por caso, la imagen de los intereses nacionales, el discurso en torno a la seguridad nacional, las actitudes que refleja la población a través de las encuestas referidas al liderazgo político del país, o los argumentos que alimentan la política exterior. La cultura política comprende al conjunto de actitudes, creencias, valores y tradiciones que dan lugar a las normas que comparten los integrantes de una sociedad, con respecto a los fenómenos relacionados con la dinámica clasista y partidista<sup>73</sup>.

Como indica Silvia Núñez García, “en estrecho vínculo con la historia nacional, la mayoría de los estadounidenses se congrega en torno a una cultura política cuya orientación es eminentemente pragmática e individualista, circunstancia que incide en la percepción popular de las características y el funcionamiento de las instituciones que emanan de ella, así como de las prácticas y fuerzas políticas”<sup>74</sup>. Debe agregarse que dicha cultura se conforma en un contexto histórico definido por un orden democrático en el que la participación popular efectiva se compromete con un sentido de representatividad amparada en la ideología liberal que desdibuja la naturaleza del verdadero ejercicio de la democracia. Es decir, los valores políticos fundamentales que sostienen la sociedad norteamericana --como la libertad y la igualdad--, se articulan alrededor de un modelo pluralista en cuyo centro se ubica la figura del ciudadano, pero con marcadas expresiones de exclusión, discriminación, restricción de derechos, intolerancia y marginación, a partir del modo en que se rechaza todo aquello que no encaja en el patrón étnico, racial, religioso, de los llamados *wasps* (blancos, anglosajones, protestantes, de clase media). La configuración histórica de los Estados Unidos, sus antecedentes coloniales y en particular, el proceso de formación de la nación, junto a las peculiaridades de la etapa que media entre la revolución de independencia y la guerra civil, le confieren a la cultura política de ese país una estructura y unos contenidos que son definidos a partir del llamado “credo” norteamericano, con una mezcla de orientaciones liberales y conservadoras, cuya explicación se profundizará más adelante. La matriz de esa cultura, si se quiere, contiene los elementos o componentes que harán legítimo, tiempo después, la apelación a

<sup>72</sup> Entre los autores y trabajos que definen el concepto puede verse: Gabriel Almond y Sydney Verba, **La Cultura Cívica**, Fundación de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada, Madrid, 1970; L. Pye y S. Verba, **Political Culture and Political Development**, Princeton University Press, 1965, Ronald Inglehardt, “The Renaissance of Political Culture”, en **American Political Science Review**, No. 4, Vol. 82, December 1988.

<sup>73</sup> Véase Norberto Bobbio y Nicola Matteuci, **Diccionario de política**, Vol. I (A-J), Siglo XXI Editores, México, 1981, p. 470.

<sup>74</sup> Silvia Núñez García, “Cultura política” en Rafael Fernández de Castro y Hazel Blackmore (Coordinadores), **¿Qué es Estados Unidos?**, Fondo de Cultura Económica, México, 2008, p. 94.

las codificaciones que hace suya la doctrina y la política norteamericana que promueve, por ejemplo, los aires de guerra fría, luego de la segunda guerra mundial, a nivel internacional, y los del macartismo, en el plano interno.

Una característica relevante de la cultura política norteamericana es que los principios abstractos que le dan forma han permanecido, prácticamente, intactos desde su inclusión en la Declaración de Independencia de 1776. Para Alexis de Tocqueville, la particularidad del sistema político de los Estados Unidos estribaba en el modo singular de interacción de la cultura política de ese país y las instituciones que emanaban de ella, considerando que la democracia norteamericana resultaba de la amalgama entre religión, leyes, cultura y entorno físico o geográfico<sup>75</sup>.

Si se repasan algunos antecedentes bajo una lectura que trate de retener claves definitorias de las percepciones y valores que se forjan en la historia política y cultural estadounidense, como el de las “amenazas” a los intereses y la seguridad de la nación, está clara la puntualización del enemigo “externo”, a partir de la manera en que se identificaba, en el marco de la revolución de independencia, a la metrópoli colonial, como fuente o causa de conflicto, lo cual se fortalece después, al considerar las apetencias de las antiguas potencias coloniales europeas, con un signo similar, durante el siglo XIX y hasta la primera mitad del XX.

Los componentes centrales del mosaico ideológico y cultural de lo que serían posteriormente los Estados Unidos sociedad estadounidense se instalan desde temprano en la historia de ese país: liberalismo, individualismo, idealismo, exaltación de la propiedad privada, sentido mesiánico, sentimiento antiestatal, apego a la tradición. De esa síntesis emergería lo que algunos autores han denominado como “el credo norteamericano”, es decir, una suerte de consenso básico (o alto nivel de acuerdo) en relación con las formas de organizar política y económicamente la vida de la nación. Ese “credo” ha servido a lo largo de la historia como fuente de identidad de los estadounidenses, toda vez que en él se mezclan y coinciden, pongamos por caso, elementos de liberalismo y conservadurismo, que en las experiencias europeas eran tendencias contrapuestas<sup>76</sup>.

El significado de ser estadounidense sólo puede comprenderse como una cosmovisión ideológica, o sea, como un conjunto organizado de ideas, ya que

---

<sup>75</sup> Véase Daniel J. Elazar, “Tocqueville and the Cultural Basis of American Democracy”, en **Political Sciences and Politics**, No. 32, June 2, Academic Research Library, pp. 207-210.

<sup>76</sup> Entre los autores y obras que aportan a la comprensión del llamado “credo” norteamericano, se encuentran los que se mencionan a continuación: Gunnar Myrdal, **An American Dilemma**, Panteón Books, N.Y., 1972; Godfrey Hodgson, **American in Our Time: From World War II to Nixon, What Happened and Why**, Vintage Books, N.Y., 1976; Samuel P. Huntington, **American Politics: The Promise of Disaharmony**, The Belknap Press of Harvard University, Cambridge, 1981.

los miembros que constituyen la nación no comparten una historia común por su diversidad étnica, racial y cultural<sup>77</sup>.

Con independencia de las manipulaciones recurrentes, casi constantes, de que han sido objeto, esos componentes retroalimentan, desde el punto de vista ideológico y cultural, al único modo de producción que ha conocido, durante toda su historia, la sociedad norteamericana: el capitalismo, estimulando autopercepciones de superioridad, posiciones individualistas, nacionalismo chauvinista, visiones intolerantes, atravesado todo ello por una determinada predisposición al uso de la violencia, bajo condiciones supuestamente “legítimas”, avalada por la apelación necesaria que de ella, escudados en la causa de la democracia y la libertad, hicieron los colonos, enfrentando tribus hostiles, en sus primeros tiempos, y a los soldados de la Corona, después, en el marco de la revolución de independencia. Ahí radica una base cultural que se extiende hasta el presente. Como lo resume Jaime Zuluaga Nieto, “desde sus orígenes, los Estados Unidos se han percibido a sí mismos como el gestor y garante de la libertad y la democracia, no solamente de su propia población, sino de toda la humanidad, y a lo largo de su historia, ha actuado conforme a esta percepción que le ha servido para justificar su política intervencionista y expansionista (...). Los padres fundadores de la nación estadounidense estructuraron un discurso que relacionó religión, economía y libertad como parte de los mitos fundacionales (...), que tienen la característica de manifestarse como valores universales, de donde deriva, en parte, la fuerza avasalladora con que se imponen y la asimilación por quienes padecen los efectos de la dominación estadounidense”<sup>78</sup>.

Es ese el contexto en el que en la sociedad norteamericana florece el conservadurismo dentro de una matriz liberal, que afirma una concepción puritana, tradicionalista, intransigente, elitista, que nutre desde bien temprano la cultura nacional y se proyecta, entre otras maneras, con una orientación reaccionaria, contra toda tendencia que promueva cambios.

Con semejante amalgama, se entiende la complejidad de los valores fundamentales, que articulan las bases de la cultura política nacional en la sociedad norteamericana. La ideología de clase media, consustancial desde el punto de vista histórico a los mencionados *wasps*, como se le suele denominar, trasciende su propia concepción del mundo y se extiende incluso por el resto de las clase dominantes y otros sectores de la pirámide socioclasista en los

<sup>77</sup> Véase Richard Hofstadter, **La tradición política norteamericana y los hombres que la formaron**, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, y Seymour Martin Lipset, **La división continental: los valores y las instituciones de los Estados Unidos y Canadá**, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

<sup>78</sup> Jaime Zuluaga Nieto, “La construcción de la identidad nacional”, en Marco A. Gandásegui y Dídimo Castillo Fernández (Coordinadores), **Estados Unidos: la crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación**, CLACSO/Editorial Siglo XXI, México, 2010, pp. 157-160

Estados Unidos, que reproducen el mismo sistema de valores reaccionarios y un patrón de comportamiento político muy parecido. Este mecanismo opera apelando a tradicionales y mitos instalados en la psicología nacional, que pueden ser compartidos tanto por la oligarquía financiera como por la población de zonas rurales o trabajadores de servicios, en áreas urbanas. Es esa propensión a un conservadurismo tradicionalista, explotado en ocasiones por pastores evangelistas, por ejemplo, que convocan a un puritanismo fundamentalista contra el aborto, o por políticos que exhortan a la segregación étnica y racial, a la discriminación contra el homosexualismo, una de las vías a través de las cuales se recrea un caldo de cultivo que alimenta la intransigencia y el empleo de la violencia. La historia pasada y reciente de los Estados Unidos evidencia numerosos casos, por ejemplo, de acciones dinamiteras contra clínicas u hospitales clandestinos que interrumpían embarazos, actos racistas contra negros y latinos, manifestaciones contra el movimiento gay, que con frecuencia incluyen la violencia verbal y física<sup>79</sup>.

En buena medida, podría afirmarse que orientaciones ideológicas como las descritas son las que han definido prácticas como las que han dado vida, en el ámbito de la sociedad civil estadounidense, a grupos de extrema derecha, como el Ku Klux Klan, la Sociedad John Birch, la Asociación Nacional del Rifle, la Fundación Nacional Cubano-Americana, a movimientos fanáticos como los denominados “nuevo nativismo” y “derecha religiosa”, o a gobiernos como los de Ronald Reagan y George W. Bush. En esos casos, el común denominador radica en su intolerancia y en la manifestación de la cultura política de la violencia, expresadas a través de manifestaciones aberradas de racismo, antirradicalismo, xenofobia y belicismo.

A todo lo expuesto habría que agregar otro elemento o característica, relacionado con el hecho de que si bien los Estados Unidos, desde un punto de vista histórico, han sido tradicionalmente un país laico en cuanto a su sistema político, ha estado muy influenciado por una penetrante orientación de puritanismo religioso (en ocasiones, fanático), que se instala como factor orgánico en la cultura política nacional. En este sentido, aunque religión y política están separados a nivel de las estructuras políticas gubernamentales, en el ámbito de la cultura política aparecen mezclados, con frecuencia, especialmente ante situaciones difíciles o de crisis. Recuérdense las invocaciones religiosas de Truman, y su afirmación de que el documento político más importante en la historia estadounidense era la Biblia. En la década de 1980, Reagan hacía muchas alusiones al Todopoderoso en sus discursos sobre temas internacionales. Las frases al respecto de George W. Bush, después del 11 de septiembre de 2001, en las que aseguraba que dialogaba con Dios, fueron numerosas y bien conocidas. De este modo, determinadas e

---

<sup>79</sup> Un documentado estudio al respecto aparece en: Hugh Davis Graham y Ted Robert Gurr, **Violence in America. Historical & Comparative Perspectives**, Sage Publications, Beverly Hills, 1979.



importantes acciones de política exterior de los Estados Unidos no sólo se han vinculado al interés y a la seguridad nacional, sino al tema del bien y el mal, a la voluntad divina.

Con el telón de fondo expuesto, resulta útil comprender que el sistema político norteamericano y como parte de él, el subsistema electoral, no han sido concebidos, desde su temprana articulación histórica y hasta el presente, para cambiar el sistema, sino para reproducirlo y consolidarlo. Bajo estas premisas, los resultados del último proceso electoral, el de 2012, deben interpretarse más en términos de continuidades que de cambios, sin que ello ignore ajustes y reorientaciones, impuestas por el dinamismo de las circunstancias. Dado el contexto doméstico en que tuvo lugar ese proceso y los marcos económicos y políticos reales en que se ha movido la nueva Administración Obama durante 2013, las posibilidades de cumplir con las prioridades declaradas --el control de armas, la reforma migratoria integral y la fiscal--, encontrarán más límites que oportunidades. El desempeño del primer año de su segundo período de gobierno y el entorno con el que se inicia 2014, apuntan, de hecho, en tal dirección.

## Las elecciones de 2012: preguntas e interpretaciones

El último proceso de elecciones presidenciales en los Estados Unidos culminó el día 6 de noviembre de 2012, cumpliendo con el mandato constitucional que define la realización de tales comicios el segundo martes de dicho mes, teniendo como acompañamiento la persistencia de una ya prolongada crisis económica y financiera que desbordaba incluso el territorio nacional, ante cuya gravedad las medidas adoptadas por la Administración parecían, prácticamente, impotentes. El candidato demócrata, quién a diferencia de 2008, cuando basó su campaña en la consigna del cambio (*change*), ahora llamaba a seguir adelante (*go forward*), logró ese día la reelección como presidente, advirtiéndose que ganaba en la casi totalidad de los llamados estados pendulares (*swing states*) y en más de la mitad de todos los estados. El triunfo fue respaldado por un total de 303 votos electorales, lo cual superaba con creces la cifra mínima requerida, de 270. A la vez, obtuvo 58,537,310 de votos populares, lo que superaba ligeramente el 50 %, en tanto que la derrota del contrincante republicano, Mitt Romney se resumió con 206 y 56,363,885, equivalente esto último a un 48 %. Por su parte, Gary Johnson, rival por el Partido Libertario, alcanzaba 1,087,503 votos. Según sería ampliamente divulgado por los medios de prensa, las elecciones se llevaron a cabo en medio de cuestionamientos y denuncias por diversas irregularidades entre las que destacaban las quejas sobre el mal funcionamiento de máquinas de votación,

largas filas e información errónea sobre los sitios de sufragio. El mismo día fueron electos, en el ámbito legislativo, 33 senadores, así como la totalidad de 438 representantes, 11 gobernadores y varios legisladores a nivel estadual.

En las elecciones legislativas, el resultado reflejó ciertos avances en las posiciones demócratas, en comparación con la composición del Congreso establecida por los comicios de medio término de 2010. En el Senado alcanzaron una mayoría, palpable en 53 de los 100 asientos; en la Cámara, si bien se mantuvo el control republicano, se produjo un incremento significativo, ya que de 193, ascendieron a 200 escaños, contrastante con la disminución de la cifra de republicanos, que decrecieron de 242 a 234. Este movimiento en el ámbito legislativo no debe interpretarse sólo a partir de los cambios cuantitativos, sino desde un punto de vista cualitativo, dada la característica señalada, concerniente a que el sistema político norteamericano se basa en un juego de contrapesos y balances entre sus ramas de gobierno. En este sentido, debe quedar claro que si bien la elección presidencial conlleva una importancia fundamental, la victoria en la misma no garantiza que el presidente electo tenga el control pleno de los procesos de toma de decisiones, ni tampoco que pueda implementar con eficiencia el programa de gobierno esbozado durante el periodo de campaña. De hecho, el tiempo transcurrido durante el primer año de la segunda Administración, muestra que si bien Obama logró mantenerse en la presidencia, ello no se tradujo de forma automática y lineal en un período tranquilo en el ejercicio de su nuevo mandato, y en particular, en la relación Ejecutivo-Congreso. Este ámbito de la política doméstica ha constituido una escena de conflicto entre la Administración demócrata y las posiciones republicanas entre los congresistas, muy visible en las contraposiciones ideológicas.

Al nivel de base, los republicanos reforzaron sus posiciones en los gobiernos locales y en los legislativos estaduales. En ese sentido, luego de las elecciones de 2012, los Estados Unidos se muestran como un país fragmentado en lo referente a las capacidades federales del Ejecutivo y las posibilidades reales del Congreso para neutralizarlas. De una parte, se aprecia que el poder central se halla en manos demócratas; de otra, se pone de manifiesto el contrapeso representado en la autonomía de los poderes estaduales, controlados por las bases republicanas.

Al concluir el 6 de noviembre de 2012, Obama expresó que “lo mejor estaría aún por venir”, en un discurso pronunciado con tono esperanzador ante miles de seguidores, tras ganar su reelección, tendiendo la mano a su derrotado adversario, asegurando que había aprendido de sus electores. Con posterioridad, al prestar juramento el 21 de enero de 2013, afirmó que estaba terminando una década de guerra y que una recuperación económica había

comenzado<sup>80</sup>. Naturalmente, como revela la historia estadounidense, una cosa es el discurso presidencial y otra el decurso de los hechos.

Sobre la base de lo expuesto, vale la pena retener el contexto interno que define a la sociedad norteamericana en su conjunto luego de realizada la elección presidencial de 2012, de terminado el primer período de gobierno de Obama y al concluir el primer año de su segundo mandato, a comienzos de 2014. ¿Cuáles eran las principales tendencias y contratiempos gubernamentales que se advertían en el escenario político e ideológico de los Estados Unidos? ¿Pueden considerarse como resultados de un devenir histórico que condujeron a una crisis de legitimidad, de consenso o hasta cultural, teniendo como telón de fondo la acumulación de efectos de la grave crisis económico-financiera y de las circunstancias depresivas por la que atravesaba el país? ¿Se trataba de tendencias y contradicciones con una perspectiva de mediano y largo plazos? Para responder a estas interrogantes, mirando hacia los próximos años, es necesario examinar tanto algunos antecedentes como los procesos que se desarrollaron durante 2013 y los que se despliegan al comienzo de 2014.

La segunda Administración Obama se conforma a partir del legado de transformaciones sucesivas operadas en la estructura de la sociedad y de la economía en los Estados Unidos, que han propiciado mutaciones tecnológicas, socioclasistas, demográficas, con expresiones también sensibles para las infraestructuras industriales y urbanas, los programas y servicios sociales gubernamentales, la cultura y el papel de la nación en el mundo. Se trata de cambios profundos que durante los últimos treinta años han modificado la fisonomía integral norteamericana, generando una gradual y creciente incapacidad del gobierno para cumplir con sus funciones, un debilitamiento de los partidos, una independización de la acción de los legisladores, junto a una enajenación o extrañamiento del electorado ante el sistema político, que lleva a una buena parte de la población hacia conductas de abstencionismo, indiferencia, incredulidad, desconfianza. Ello ha erosionado las bases ideológicas del consenso y alejado el centro de gravedad del espectro político del liberalismo tradicional, condicionando el agotamiento del proyecto nacional que se estableció en los años de 1980, bajo la denominada revolución conservadora y que tomó un aliento renovado o “un segundo aire” como secuela de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001<sup>81</sup>.

---

<sup>80</sup> Discurso de Toma de Posesión pronunciado por el Presidente Barack Obama, Oficina del Secretario de Prensa, La Casa Blanca, 21 de enero de 2013, Washington, D.C. En: <http://iipdigital.usembassy.gov/st/spanish/texttrans/>, p. 1.

<sup>81</sup> Véase Jorge Hernández Martínez, “Los Estados Unidos y la lógica del imperialismo: ¿Perspectivas de cambio bajo la Administración Obama?”, en: **Cuba Socialista**, No. 55, Abril-Junio, La Habana, 2010.

El proceso derivado tanto de las citadas transformaciones iniciadas en 1980 con el doble período de gobierno de Ronald Reagan como del agotamiento implicado durante las dos Administraciones de George W. Bush luego de 2000, no ha conllevado, aún, una versión sustitutiva del proyecto nacional; de modo que ante tales indefiniciones, los Estados Unidos enfrentan un escenario de transiciones objetivas que mantienen tensiones y enfrentamientos e impiden la rearticulación subjetiva del consenso y el restablecimiento de la legitimidad cuestionada. Las elecciones de 2012 expresaron esa contradicción, dada la incapacidad de los partidos y de sus propuestas para presentar opciones genuinas ante un escenario que las necesitaba y reclamaba. Si bien el proyecto conservador avanzado por Reagan a lo largo de una década y rescatado por W. Bush durante casi otro decenio, concluyó con su visible decadencia, sus reminiscencias aún perduran, en tanto que no cristalizó una definición alternativa desde el liberalismo ni se definieron perspectivas de un cambio viable en el corto plazo.

Las expectativas que se crearon desde la anterior campaña presidencial durante 2008 (cuando Obama se proyectaba como candidato por el partido demócrata, esgrimiendo la consigna del cambio, y formulando las promesas en que basó el inicio de su gobierno), son expresión de lo anterior, como también lo es la frustración que ha provocado la falta de correspondencia entre su retórica y su real desempeño entre 2009 y 2011, junto a las impactantes filtraciones de más de 250 mil documentos del Departamento de Estado a través de *Wikileaks*. Ese contrapunto reflejaba tanto las esperanzas como las desilusiones de una sociedad que, desde el punto de vista objetivo se aleja cada vez más del legado de la Revolución de Independencia y de ideario de los “padres fundadores”, en la medida en que valores como la democracia, la libertad, el anhelo de paz y la igualdad de oportunidades se desdibujan de manera casi constante y creciente; pero que en el orden subjetivo es moldeable, influenciado por las coyunturas políticas y sus manejos. De modo intermitente, ello se manifiesta en las oscilaciones, casi constantes, en los niveles de popularidad de la figura presidencial. Así, por ejemplo, el asesinato de Osama Bin Laden propició un notorio mejoramiento (aunque bastante efímero) de la imagen de Obama, quien de inmediato quiso capitalizar el hecho en términos de que cumplía sus promesas, y de utilizarlo en función de su campaña para la reelección.

Obama ha prestado mucha atención a la dimensión moral de la política. No ha sido, desde luego, algo casual. Los valores y principios que definen a la sociedad norteamericana tienen su raíz, como en cualquier país, en las simientes de su historia nacional. Si uno quiere entender las bases que sostienen el proceso de integración de una cultura, no puede obviar la mirada hacia su etapa fundacional. Es en la articulación inicial de los factores y condiciones que se mezclan e interactúan, en esa secuencia, que se vertebra la

almazón del sistema de valores, el conjunto de concepciones, que caracterizará luego la psicología nacional, la idiosincrasia, la cultura política de una nación. De ahí que los soportes de los Estados Unidos en el siglo XXI se encuentren, aún, en el proceso mismo de su formación como país independiente. Se trata de piedras filosofales.

Desde este punto de vista, conviene tener presente que los Estados Unidos no solamente se presentan como guardián (gendarme internacional) de la civilización (libertad y democracia). También son la nación pujante, emprendedora, que impuso la producción en masa para el consumo generalizado que, en la lógica del capital, es condición para que exista la posibilidad de bienestar material alcance a toda la humanidad. Libertad y progreso, individualismo y consumismo, democracia y mercado, son parejas de valores sobre las cuales se levanta el influjo ideológico del *American Dream* y del *American Way of Life*. Los Estados Unidos lograrían, a lo largo de la historia y a pesar de su tradición segregacionista e intervencionista, construir un imaginario social libertario, inundar al mundo con mercancías producidas masivamente e incrementar el ingreso de sus trabajadores, produciendo el mito de ser una sociedad con oportunidades para todos, basada en la libertad y la democracia, condición “imprescindible” del éxito económico, tecnológico y científico, que se puede alcanzar en un medio como el norteamericano, en verdad profundamente elitista, polarizado, discriminatorio, desigual.

Desde el preámbulo de ese documento fundacional en la historia de los Estados Unidos, que es la Constitución, los llamados padres fundadores comienzan a argumentar la visión engañosa, adormecedora, al escribir las primeras palabras: “Nosotros, el pueblo...”. Como lo puntualiza el historiador Howard Zinn, “con ello intentaban simular que el nuevo gobierno representaba a todos los americanos. Esperaban que este mito, al ser dado por bueno, aseguraría la tranquilidad doméstica. El engaño continuó generación tras generación, con la ayuda de los símbolos globales, bien fueran de carácter físico o verbal: la bandera, el patriotismo, la democracia, el interés nacional, la defensa nacional, la seguridad nacional, etc. Atrincheraron los eslóganes en la tierra de la cultura americana”<sup>82</sup>.

El escritor Gore Vidal se ha referido a la crisis de confianza, de legitimidad, que sacude a la sociedad norteamericana, a su población, y ha explicado el llamado sentimiento “antinorteamericano”, a partir de la carga negativa que se han echado encima los gobernantes de ese país, al promover represión interna y rapiña exterior, casi desde el mismo momento en que promovieron la Declaración de Independencia, hace doscientos treinta años<sup>83</sup>. Vidal tiene

---

<sup>82</sup> Howard Zinn, **La otra historia de los Estados Unidos**, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, p. 23.

<sup>83</sup> Véase Gore Vidal, “De cómo los estadounidenses llegamos a ser tan odiados”, (Entrevista con

razón. Así se entiende el grado de antinorteamericanismo que existe en la actualidad. Es que además del individualismo, el puritanismo, el espíritu de empresa, el liberalismo-conservador, la filosofía maquiavélica de que el fin justifica los medios (la ética de la falta de principios y de escrúpulos) definen a nivel psicosocial a una buena parte de la cultura política de los Estados Unidos.

En su segundo período, el entonces presidente George W. Bush Bush procuró remozar su lenguaje, trasladando el énfasis situado en el terrorismo hacia temas como la defensa de la libertad, la democracia y la lucha contra las tiranías en todo el mundo. A pesar de que su legado conservador parecía agotado y que el renacimiento, con Obama, de una alternativa al menos cercana al liberalismo, apuntaba hacia un escenario de mayor racionalidad y coherencia, ha seguido haciéndose evidente la naturaleza hipócrita de la política de los Estados Unidos. En este sentido, Obama no se distanciaría mucho, más allá de la retórica, de ciertas posturas de W. Bush. Tómese en cuenta, por ejemplo, la aludida trayectoria de Obama, desde que en 2008 basa su campaña en la consigna del cambio las acciones que prometió; su aceptación del Premio Nobel de la Paz en 2009; su declarado abandono del concepto de guerra preventiva contra el terrorismo en la su alocución que hizo al presentar la Estrategia de Seguridad Nacional 2010. Examínese el desempeño real de la política interna (al endurecer el tratamiento hacia los inmigrantes y posponer la reforma migratoria integral) y de la exterior seguida durante su primera Administración (continuista del intervencionismo habitual). Compárense la retórica de Obama con la permanencia real de concepciones militaristas bastante tradicionales, como las contenidas en ese mismo documento y saltan a la vista las contradicciones o inconsistencias.

Todo ello tuvo lugar en un escenario interno marcado por la ofensiva de la derecha en ascenso, de inspiración populista, nativista, racista, xenófoba, encarnadas en el *Tea Party*. Y si bien el movimiento *Ocuppy Wall Street* expresó la capacidad contestataria, la inconformidad y rechazo de no pocos sectores sociales ante la oligarquía financiera, se trató de un fenómeno que no cristalizó como una fuerza política que quebrara el equilibrio establecido por el sistema bipartidista ni el predominio ideológico del conservadurismo. Para el intelectual Thomas Frank, desde que los conservadores asumieron las principales palancas del gobierno durante la primera década del presente siglo, se han concentrado en eliminar de la faz del país todo pensamiento u opción política que sea liberal, progresista o inclinada a la izquierda, alegando que los vicios que dañan la sociedad y la cultura nacional son privativos de las corrientes liberales y progresistas (corrupción, exceso de gastos fiscales, etc.). Con semejante perspectiva manipuladora, se hace evidente el carácter cínico y perverso de ese discurso conservador, que pretende argumentar el “daño” que

---

Marc Cooper, *Weekly* (5-11 de julio de 2002), en: **Resumen Latinoamericano 165**, agosto 17 de 2002.

el liberalismo le ha causado a la nación, la necesidad de articular un movimiento de “mano dura” que lo neutralice.<sup>84</sup>

En una línea similar de análisis, según el politólogo Carlos Alzugaray, “la crisis político-ideológica que enfrentan los Estados Unidos en este momento es la resultante del intento del movimiento conservador por hegemonizar y dominar permanentemente el entramado político norteamericano hacia el futuro. Respecto a cómo se resolverá esta crisis no hay ese nivel de consenso”<sup>85</sup>. Coinciden con este criterio otros investigadores, como Susan George, quien al referirse al predominio del conservadurismo actual en la sociedad norteamericana utiliza la expresión de que el “pensamiento ha sido secuestrado” por la derecha, y que difícilmente pueda ser desmantelado, con lo cual concuerdan, por ejemplo, los periodistas John Micklethwait y Adrian Wooldridge<sup>86</sup>.

Lo cierto es que, a juzgar por algunas manifestaciones durante la campaña electoral del 2008, esta batalla de ideas por la hegemonía del pensamiento norteamericano --cuestión fundamental para el futuro de ese país y del mundo--, está planteada en términos muy claros. Con su estilo peculiar, reflejo de lo peor de la política estadounidense, la entonces candidata a Vicepresidente del Partido Republicano, Sarah Palin, demostraría cuáles eran los ejes del debate. En sus alegatos contra Barack Obama, reiteró constantemente el cuestionamiento de sus credenciales patrióticas, sugiriendo inclusive que un Presidente así representaría una amenaza a la seguridad nacional del país.<sup>87</sup> Lamentablemente, criterios como esos mantienen una notoria vigencia en el tejido ideológico de la sociedad norteamericana actual. La cultura política en los Estados Unidos está fuertemente impregnada de esas ideas, al punto que conforman el trasfondo de los procesos que protagonizaron la escena electoral de 2012 y que persisten más allá, como condicionantes de las tendencias futuras.

Ellos son algunos de los principales procesos que afectarían por partida doble el clima sociopolítico norteamericano durante el despliegue de la campaña electoral de 2012. Por una parte, el consenso interno mantuvo vivas las condiciones que cuestionaban la imagen presidencial, la del partido

<sup>84</sup> Véase Frank, Thomas, *The Wrecking Crew: How Conservatives Rule?*, New York, Metropolitan Books, 2008.

<sup>85</sup> Carlos Alzugaray Treto, “La administración Bush y la historia reciente de Estados Unidos: crisis hegemónica, sobredimensionamiento imperial o comienzo de la decadencia final” (mención en Concurso “Pensar a Contracorriente 2008), en: *Pensar a Contracorriente*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009.

<sup>86</sup> Véase John Micklethwait y Adrian Wooldridge, *Una Nación Conservadora, El poder de la derecha en Estados Unidos*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2007

<sup>87</sup> “Palin, on Offensive, Attacks Obama’s Ties to ‘60s Radical”, reportaje de Michael Cooper en *The New York Times*, 5 de octubre del 2008. <http://www.nytimes.com>.

demócrata y la capacidad del liberalismo como alternativa ideológica. Por otra, se puso entre interrogantes, hasta muy avanzada la contienda, la viabilidad de las opciones político-ideológicas republicanas y conservadoras, con el agravante de que no se visualizaba una figura descolante en este campo, que rivalizara por sus cualidades personales con Obama, en medio de la gran constelación de figuras, entre las que coexistían Next Gingrich, Ron Paul, Rick Santorum y otros, hasta que la última etapa de las primarias y finalmente, la Convención Nacional del Partido Republicano, definieran a Mitt Romney como su candidato.

La realidad que se conforma luego de aquella coyuntura refleja la volatilidad de muchos de los análisis que se fraguaron entonces, cuya utilidad analítica ulterior es bastante relativa. En sentido figurado, la visualización de los árboles impidió ver el bosque.

## **Más allá de las elecciones presidenciales de 2012: perspectivas y opciones**

**E**n su discurso al estado de la Unión, pronunciado el 28 de enero del presente año, 2014, Obama, pretendió transmitir optimismo y justificar los fracasos en su gestión. A los efectos de concluir el examen que se ha venido realizando y de alcanzar el objetivo analítico propuesto, de elucidar las proyecciones probables de la sociedad norteamericana, conviene retener sus palabras:

*“Estos son los resultados de nuestros esfuerzos: La tasa de desempleo más baja en más de cinco años. Un mercado inmobiliario en auge. Un sector manufacturero que añade empleos por primera vez desde la década de 1990. Más petróleo producido en el país que lo que compramos del resto del mundo, la primera vez que sucede eso en casi veinte años. Nuestros déficits, reducidos en más de la mitad. Y por primera vez en más de una década, los líderes empresariales de todo el mundo han declarado que China ya no es el lugar número uno del mundo para invertir. Los Estados Unidos lo son. Por eso creo firmemente que este puede ser un año decisivo para el país. Después de cinco años de dificultades y determinación, los Estados Unidos se encuentran en una mejor posición para el siglo XXI que cualquier otra nación en la Tierra”<sup>88</sup>.*

“Durante más de tres décadas --agregó--, incluso antes del impacto de la Gran Recesión, enormes cambios en tecnología y competencia global

---

<sup>88</sup> Discurso sobre el Estado de la Unión del Presidente Barack Obama, Oficina del Secretario de Prensa, La Casa Blanca, 28 de enero de 2014, Washington, D.C. En: <http://iipdigital.usembassy.gov/st/spanish/texttrans/>, p. 1.



eliminaron muchos buenos trabajos de clase media y debilitaron las bases económicas de las que dependen nuestras familias. Hoy, después de cuatro años de crecimiento económico, las ganancias corporativas y los precios bursátiles casi nunca han estado tan altos y aquellos en la cima nunca han tenido más éxito. Pero los salarios promedio casi no se han movido. La desigualdad se ha acentuado. El ascenso social se ha paralizado. La dura realidad y fría es que incluso en medio de una recuperación, demasiadas personas que viven en los Estados Unidos trabajan más que nunca solo para salir adelante, por no logran mejorar su situación. Y demasiadas personas todavía no tienen trabajo. Nuestra responsabilidad es cambiar estas tendencias. No sucederá de inmediato y no estaremos de acuerdo con todo. Sin embargo, lo que ofrezco esta noche es un conjunto de propuestas específicas y prácticas para acelerar el crecimiento, fortalecer la clase media y construir nuevas escaleras de oportunidades a la clase media. Algunas requieren que el Congreso tome medidas y estoy deseoso de trabajar con todos ustedes. Sin embargo, los Estados Unidos no se detendrán ni yo tampoco. Así que donde sea y cuando sea que pueda dar un paso sin legislación para ampliar las oportunidades para más familias que viven en Estados Unidos, eso es lo que voy a hacer”<sup>89</sup>.

¿Cumplirá Obama tales compromisos? ¿Culminará su nuevo mandato con una trayectoria como la que espera? ¿Cuáles son las perspectivas y opciones reales de los Estados Unidos en los próximos años? Sin pretender una respuesta exhaustiva ni conclusiva, con el ánimo más bien de resumir los aspectos que conforman el entorno actual y de esbozar una hipótesis acerca del futuro decurso de la sociedad estadounidense, podrían puntualizarse los siguientes, partiendo de que el horizonte que se distingue desde que Obama inicia su segundo período presidencial en enero de 2013 y que se extiende a lo largo de ese año está signado tanto por profundas contradicciones clasistas, derivadas de la aguda polarización socioeconómica entre los poseedores y los desposeídos, entre ricos y pobres, como por conflictos políticos asociados al acceso a las cuotas de poder al interior de la clase dominante, que se expresan en las posturas partidistas y en las propuestas ideológicas.

En el corto plazo, la nueva Administración Obama arrastrará la herencia de promesas aún pendientes y de problemas que prácticamente se mantienen desde 2009. A ello se suma el cuestionamiento de los compromisos que fijó al tomar posesión en su segundo período, cuando en enero de 2013 trazó la prioridad de “revitalizar la fortaleza económica e impulsar la innovación tecnológica”, lo cual ha quedado entre paréntesis, dada la prolongación de los problemas económicos de la nación<sup>90</sup>.

<sup>89</sup> **Idem.**

<sup>90</sup> Discurso de Toma de Posesión pronunciado por el Presidente Barack Obama, Oficina del Secretario de Prensa, La Casa Blanca, 21 de enero de 2013, Washington, D.C. En:

Como resultado acumulativo de las elecciones de 2012, ha persistido un gobierno dividido, en el que junto al Presidente demócrata seguirán coexistiendo, al menos por un tiempo no despreciable, una Cámara de Representantes y con no pocas bases estatales y distritales en manos republicanas.

La política norteamericana seguirá marcada, en el corto y mediano plazos, por la incertidumbre, la agudización de las contradicciones entre los dos partidos y cierta ingobernabilidad del sistema, entendido esto último en términos de la conflictividad Ejecutivo-Congreso, de los tropiezos recurrentes en la búsqueda de consensos internos y de la falta de coherencia en la política exterior. La polarización ideológica continúa caracterizando al imaginario nacional, a la cultura política norteamericana.

Es difícil predecir, a la luz del presente, si Obama logrará recuperar, durante los años que restan de su segundo mandato, el apoyo popular que obtuvo en los mejores momentos de su anterior Administración. Ello dependerá de una combinación de factores, no solo (o no tanto) asociados a un probable desempeño económico superior al alcanzado antes, sino a la posibilidad de que el debate interno en torno a sus políticas a favor de la economía y la recuperación del empleo ganen el apoyo de las mayorías y no sean mediatizadas por debates en el Congreso, volviéndolas inefectivas.

Desde el punto de vista económico, los efectos acumulados de la crisis y las condiciones depresivas seguirán definiendo un cuadro cuya gravedad es valorada por los especialistas en términos de un sostenido nivel de desempleo y débiles señales de recuperación, junto a altos niveles de deuda federal, así como por una posible y no muy lejana recesión.

Como un elemento que gravita también en el escenario del corto y mediano plazos se halla la presencia de las tendencias de extrema derecha, populistas, de conservadurismo radical o hasta de naturaleza neofascista, que aunque limitadas, favorecen a nivel de la sociedad en su conjunto al dinamismo ideológico de la derecha dentro de los límites del funcionamiento del sistema político norteamericano. Como es conocido, la connotación radical de las acciones y propuestas que se acercan a la ideología fascista, al estilo de las que se expresan a través del *Tea Party*, no encuentran cabida en las tradiciones políticas de Estados Unidos desde el punto de vista de una inserción institucional y suelen ser rechazadas por su carácter antidemocrático y su beligerancia. Pero en el sentido de movilización de los estados de opinión en el electorado conservador o que por lo menos critican al liberalismo, inclinan la balanza a favor de las posiciones de derecha, sobre todo cuando asumen posturas extremistas.

Sin embargo, el activismo de las fuerzas de extrema derecha, si bien conforma un bastión sumamente radical y reaccionario que confronta al liberalismo, conduce a la vez, paradójicamente, a la fragmentación de las tradicionales posiciones conservadoras, contribuyendo a la división interna del partido republicano y amortiguando, por tanto, su resonancia y viabilidad.

A largo plazo, el impacto estructural acumulado de los cambios económicos y sociales que se han venido desplegando desde hace varias décadas, desde los años de la revolución conservadora, junto a los procesos en curso, de gestación más reciente, terminarán por imponer una nueva fisonomía productiva y tecnológica y hacer inevitable reajustes en la estructura de la sociedad norteamericana, con repercusiones para las relaciones sociales, la cultura y la vida política.

La necesidad de desarrollar de manera racional el consumo de energía e incrementar en la matriz energética el peso de las energías renovables es uno de los mayores retos, con consecuencias sociales, que marcarán el futuro de los Estados Unidos.

La pérdida de la capacidad hegemónica de ese país seguirá reflejándose en nuevas limitaciones y espacios para su desenvolvimiento en el sistema de relaciones internacionales, en unos casos debilitando, en otros, fortaleciendo, su nexos con los aliados, al mismo tiempo que condicionando su confrontación con los adversarios, en un mundo crecientemente diverso, competitivo y con capacidad de reacción. Ello tendrá las consiguientes implicaciones para el imaginario de la sociedad estadounidense, en la cual continuarán acumulándose desilusiones y frustraciones, ante la constatación de que la nación se debilita objetivamente, junto a sus valores y mitos, en el plano subjetivo, erosionándose tanto la confianza en las instituciones políticas, incluyendo los partidos, el Congreso, el gobierno y la presidencia, como la identidad nacional norteamericana. En líneas generales, es posible afirmar que en la sociedad norteamericana se manifiesta una crisis de liderazgo político, visible en cuestionamientos y desencantos de la población hacia las figuras y agendas demócratas y republicanas.

Los cambios demográficos llevarán, en las próximas dos o tres décadas, a que la población anglosajona pierda --o siga perdiendo-- su posición mayoritaria en la pirámide poblacional y se abra un mayor espacio a las llamadas minorías, en consonancia con la profundización de las tendencias que vienen manifestándose hace años, especialmente en cuanto a la presencia y proporción creciente de los "latinos", afroamericanos y asiáticos en la sociedad estadounidense.

El proceso de envejecimiento de la población es un factor que provocará una mayor demanda de servicios gubernamentales en atención a la salud y la

seguridad social que no pueden ser sostenidos por los ingresos gubernamentales con la actual organización de los mismos.

Desde el punto de vista de sistema social, las insuficiencias institucionales en la educación y la formación de personal calificado en la ciencia y la técnica, que ya tiene repercusiones, llevará consigo una progresiva afectación a la capacidad de desarrollo económico del país.

En resumen, los Estados Unidos continuarán afectados, más allá del punto que alcanzó la coyuntura de la contienda presidencial de 2012, por una contradicción que se tornará más aguda, entre dos fuerzas políticas dominantes: por un lado, las fuerzas conservadoras representadas, hoy en el mencionado *Tea Party* y otros núcleos afines, al estilo de la llamada “nueva derecha”, la “derecha religiosa” y los “neoconservadores”, de un lado. Y de otro, las fuerzas liberales que lograron un importante triunfo en las elecciones del 2008, llevando al poder a Obama y al partido demócrata con importantes mayorías, cuya reiteración en los comicios de 2012 llevó consigo una disminución de su fuerza, en el contexto de profundización de los problemas económicos en el país, lo que se evidenció tanto en el desgaste de la popularidad de Obama como de las fuerzas demócratas que le respaldaron.

El enfrentamiento políticamente intenso entre esas dos fuerzas continuará marcando el ritmo del proceso norteamericano en el corto plazo, y eventualmente, en el mediano y hasta en el largo. El liberalismo tradicional ha dejado de ser una alternativa viable en la sociedad norteamericana, moviéndose cada vez más hacia posturas de centro-derecha y alejándose de sus puntos de contacto anteriores con el pensamiento de izquierda. Es previsible un contexto político-ideológico marcado en el corto plazo por la continuidad de las contradicciones en curso, donde los sectores conservadores tienen un terreno fértil para moverse. Esas tendencias se expresarán dentro y fuera de los dos partidos electorales, con espacios mayores a nivel de los movimientos sociales, en una escena contradictoria, donde la izquierda no desaparecerá, pero sin significación política de relieve.

Con todo, la escena que se configura en los Estados Unidos luego de los comicios presidenciales de 2012, de transcurrido el primer año y haber comenzado el segundo del nuevo período de Obama en la Casa Blanca pareciera confirmar que en ese país las elecciones no están concebidas ni diseñadas para cambiar el sistema, sino para mantenerlo y reproducirlo, dando continuidad a un contradictorio camino, plagado de tensiones económicas, políticas y sociales, en el que ni los partidos (demócrata y republicano) ni las corrientes ideológicas (liberal y conservadora) estarán en condiciones de ofrecer opciones viables que consigan solucionar las crisis. No se advierte un consenso nacional acerca de la manera de enfrentar los cambios necesarios en la economía, la política y la sociedad.

Las perspectivas que se dibujan a través de las tendencias expuestas parecen proyectarse hacia finales de la década en curso, y tal vez hasta más allá.

Diversos documentos emitidos por instancias gubernamentales relacionadas con la política exterior y de defensa, con los intereses de seguridad nacional de los Estados Unidos, se han proyectado en sus informes prospectivos hacia los próximos años, estableciendo pronósticos y visualizando tendencias. Quizás el más conocido y reseñado sea el que cada cuatro años, con el inicio de cada nuevo mandato presidencial, publica el *National Intelligence Council* (NIC), la oficina de análisis y de anticipación geopolítica y económica de la *Central Intelligence Agency* (CIA), en esta ocasión con el título: **Global Trends 2030. Alternative Worlds** (Tendencias mundiales 2030: nuevos mundos posibles), cuya principal constatación habla del declive de Occidente. Su énfasis recae, desde luego, en el lugar y papel mundial de los Estados Unidos, reconociéndose que por vez primera desde el siglo XV, los países occidentales están perdiendo poderío frente a la subida de las nuevas potencias emergentes, y afirmándose que aunque los Estados Unidos seguirán siendo una de las principales potencias planetarias, perderá su hegemonía económica en favor de China. No obstante, por implicación puede inferirse que se asume con optimismo un ascenso económico, financiero, tecnológico de la nación, con la consiguiente satisfacción social a nivel interno.

Como lo señaló el sociólogo Marco A. Gandásegui, al referirse a la reelección, “el triunfo de Obama, sin mucha alegría y con poca esperanza, es posiblemente una primera señal de una crisis de hegemonía que ponga fin al culto al mercado y al consumo”<sup>91</sup>. Está por verse si en este caso, durante los años que le quedan a su segundo mandato, se cumple la tradición o pauta que dice que los presidentes de los Estados Unidos dedican su segundo mandato a dejar su huella en la historia.

#### Referencias bibliográficas

- Alzugaray Treto, Carlos, “La administración Bush y la historia reciente de Estados Unidos: crisis hegemónica, sobredimensionamiento imperial o comienzo de la decadencia final” (mención en Concurso “Pensar a Contracorriente 2008), en: *Pensar a Contracorriente*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009.
- Cooper, Michael, “Palin, on Offensive, Attacks Obama’s Ties to ’60s Radical”, reportaje en *The New York Times*, 5 de octubre del 2008. <http://www.nytimes.com>.
- Frank, Thomas, *The Wrecking Crew: How Conservatives Rule?*, New York, Metropolitan Books, 2008.
- Gandásegui, Marco A. (hijo), “Obama triunfa sin mucha alegría y con poca esperanza”,

<sup>91</sup> Marco A. Gandásegui (hijo), “Obama triunfa sin mucha alegría y con poca esperanza”, en *América Latina en Movimiento*, 2012-11-07, <http://alainet.org/active/59404&lang=es>.

en América Latina en Movimiento, 2012-11-07,  
<http://alainet.org/active/59404&lang=es>.

- Hernández Martínez, Jorge, “Los Estados Unidos y la lógica del imperialismo: ¿Perspectivas de cambio bajo la Administración Obama?”, en: Cuba Socialista, No. 55, Abril-Junio, La Habana, 2010.
- Jefferson, Thomas, to James Madison on the ‘Oppressiveness’ of an ‘Energetic’ Government and the Need for a ‘Bill of Rights’ in the New Constitution”, en Andrew Carroll (Editor), Letters of a Nation. A Collection of Extraordinary American Letters, Broadway Books, New York, 1999, p. 76.
- Miclethwait, John y Adrian Wooldridge, Una Nación Conservadora, El poder de la derecha en Estados Unidos, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2007
- Obama, Barack, Discurso de Toma de Posesión pronunciado por el Presidente Barack Obama, Oficina del Secretario de Prensa, La Casa Blanca, 21 de enero de 2013, Washington, D.C. En: <http://iipdigital.usembassy.gov/st/spanish/texttrans/>.
- Obama, Barack, Discurso sobre el Estado de la Unión del Presidente Barack Obama, Oficina del Secretario de Prensa, La Casa Blanca, 28 de enero de 2014, Washington, D.C. En: <http://iipdigital.usembassy.gov/st/spanish/texttrans/>.
- Sánchez-Parodi, Ramón, “¿E Pluribus Unum? Reflexiones sobre las elecciones de 2004: Antecedentes e incidencia en el futuro de los Estados Unidos de América”, en Jorge Hernández Martínez (Coordinador), Los Estados Unidos a la luz del siglo XXI, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008, p. 34.
- Vidal, Gore “De cómo los estadounidenses llegamos a ser tan odiados”, (Entrevista con Marc Cooper, Weekly (5-11 de julio de 2002), en: Resumen Latinoamericano 165, agosto 17 de 2002.
- Zinn, Howard, La otra historia de los Estados Unidos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, p. 23.



# ESTADOS UNIDOS ANTE EL CAMBIO GEOPOLÍTICO EN EL SIGLO XXI: SEGURIDAD NACIONAL Y LÍMITES DE LA HEGEMONÍA NORTEAMERICANA

Jorge Hernández Martínez\*

En virtud de las particularidades históricas que le distinguen desde su surgimiento como nación y a través del desarrollo capitalista e imperialista allí, los Estados Unidos se han caracterizado por su peso significativo en el sistema internacional. Desde las postrimerías de su independencia, como resultado del establecimiento y expansión de sus estructuras de dominación --económicas, políticas y militares--, la influencia de los valores y más ampliamente, de la cultura norteamericana, ha sido decisiva para el rumbo de los asuntos mundiales, desde la pasada centuria y hasta la actual. En ello se conjugan la vía del intervencionismo y las tradicionales prácticas neocoloniales (el poder duro), y la de mecanismos ideológicos y mediáticos (el poder blando e inteligente), completándose así, en determinadas épocas, la capacidad hegemónica norteamericana<sup>92</sup>.

Desde el siglo XIX y de manera más clara a lo largo del XX, la estructuración de los diversos órdenes internacionales y los ajustes estratégicos de la política mundial son ejemplos del papel ascendente como imperialismo, en términos de dominación y hegemonía, de los Estados Unidos, condición que se mantiene desde los inicios del XXI, a pesar de las contradicciones y crisis que le acompañan. El llamado “fin” de la guerra fría y de manera particular, los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, enmarcan el período más reciente de la historia norteamericana bajo las coordenadas de un debate aún inconcluso acerca del predominio de los

\* Sociólogo y politólogo. Profesor Titular y Director del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), de la Universidad de La Habana.

<sup>92</sup> El concepto de hegemonía se asume desde la perspectiva *gramsciana*, profundizándose en el mismo más adelante. Las precisiones sobre poder duro, blando e inteligente responden a la concepción desarrollada por Joseph Nye, Jr., sobre todo en sus obras *Soft Power: The Means of Success in World Politics*, Public Affairs, New York, 2004, y *The Powers of Lead*, Oxford University Press, Oxford, 2008.



Estados Unidos a escala global, en el que la noción de hegemonía se redimensiona alrededor de su declinación o discusión, implicando discusiones estratégicas sobre el liderazgo, poder y seguridad internacionales.

En el breve lapso histórico de diez años, esos dos puntos de inflexión mundial propician que los respectivos presidentes de los Estados Unidos (Bush padre e hijo), se precipiten al referirse al cambio en el orden internacional que en ambos momentos tiene lugar y a la capacidad de las proyecciones externas de ese país, basadas en el empleo de la fuerza (incluida la militar), a la luz de concepciones estratégicas que reajustan la doctrina y la práctica de la denominada seguridad nacional. En el primer caso, ante la desaparición del socialismo en Europa del Este y de la Unión Soviética, a partir de 1991 se reconceptualiza la percepción de la “amenaza” comunista que presidió la guerra fría, apareciendo nuevos “enemigos”; se redefine la noción de seguridad nacional, atribuyéndosele una multiplicidad de dimensiones que circunstancialmente deja atrás la visión estratégico-militar esencial que la connotaba; y se reorienta la política exterior ante diversos temas y escenarios. En el segundo, los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 conducen a otra redefinición de la seguridad nacional, al colocar de nuevo en un plano central la obsesión por el empleo de la fuerza (ante todo, la militar).

En realidad, el contexto mundial que se conforma al concluir el siglo XX y comenzar el XXI, condicionado por las tendencias de la globalización neoliberal, los regionalismos, la profundización de las interdependencias y la cada vez más marcada polarización de la riqueza y la desigualdad impuesta por las prácticas imperialistas, no hace sino enmarcar la nueva correlación de fuerzas en el escenario internacional, en la que el predominio de los Estados Unidos se impone en el juego estratégico del tablero mundial mediante su sistema de dominación. Los empeños gubernamentales en que esta dominación adquiera, de nuevo, atributos hegemónicos, se expresan durante toda la primera década del siglo XXI más allá de la constante apelación a la política exterior belicista e intervencionista, afincada en las nuevas concepciones de la estrategia de seguridad nacional, al acudir a la ideología dominante que ha forjado la identidad norteamericana y los valores que la sustentan, a fin de preservar su legitimidad y el consenso. Una vez más, los Estados Unidos se basan en la convicción de que el uso combinado del poder duro, junto al suave e inteligente, garantiza el logro de las metas políticas y estratégicas en la arena global: proteger y promover el interés nacional, la seguridad, la prosperidad económica y los fundamentos ideológicos que son, entre otros, base de la hegemonía norteamericana.

El contexto internacional contemporáneo puede definirse aún por una prolongada transición histórica en la que confluyen la resaca del orden mundial que comenzó a establecerse al “terminar” la guerra fría, a partir de 1991, y las

repercusiones globales del 11 de septiembre de 2001. Las preguntas formuladas ante el cambio geopolítico que generan ambos hitos siguen siendo vigente: por un lado, si el mundo estaba al terminar el siglo XX frente a una configuración internacional que pasaría de la bipolaridad a la unipolaridad, al desaparecer el comunismo, en una hegemonía de los Estados Unidos, o si bien avanzaba hacia una correlación multipolar, regida por el derecho y la participación de la comunidad internacional; por otro, si la guerra global contra el terrorismo significaba que los Estados Unidos se afirmaban como el líder hegemónico, sin mayores contrapesos que limiten sus tentativas de intervención.

¿Hasta qué punto admitir que la realidad mundial se halla en una etapa de “postguerra fría” aclara u oscurece el análisis sobre el lugar y papel estratégico mundial de los Estados Unidos, habida cuenta de la capacidad de sus proyecciones externas para trasladar o imponer sus visiones de seguridad nacional? ¿Han dejado estas últimas de estar ancladas en la concepción del papel que los Estados Unidos deben jugar en el mundo en concordancia con los valores y principios fundacionales de la nación norteamericana? ¿Representa la política de seguridad nacional identificada como “doctrina” Bush la orientación estratégica de largo plazo de ese país, con la que Obama u otro presidente tendrá que continuar, o bien se trató de un paréntesis histórico de intervencionismo, conflicto y unilateralismo? En resumen, frente a lo que los Estados Unidos perciben como amenazas que se ciernen en el mapa geopolítico mundial, ¿puede ser descartada la estrategia norteamericana de la era de W. Bush o hay tendencias objetivas de largo plazo que Obama o un presidente republicano tendrá que proseguir, más allá de la coyuntura electoral de 2012?

En las páginas que siguen se presentan, de manera abreviada, argumentos que intentan responder o aproximarse a lo planteado. Limitaciones obvias de espacio obligan a concentrar la mirada sólo en aquellas cuestiones que se consideran claves. En este sentido, la perspectiva analítica parte de reconocer la bisagra entre el componente interno, ideológico o político-cultural (acerca del papel moral de los Estados Unidos como fuerza liberadora de las fuerzas del mal en el mundo) y la orientación de la política exterior basada en la estrategia de seguridad nacional. Las principales ideas, expuestas a través de cuatro epígrafes o apartados, sostienen que a) la cultura política de la guerra fría permanece en el siglo XXI, apreciándose ello en los códigos de la misma, que siguen inspirando a nivel doctrinal y político las proyecciones estratégicas norteamericanas ante el cambio geopolítico contemporáneo; b) la capacidad de los Estados Unidos en el tablero estratégico mundial sigue limitada por su crisis hegemónica; en otras palabras: domina, pero sin hegemonía; c) las concepciones y prácticas de seguridad nacional actuales, si bien reflejan ciertos cambios con respecto a la “doctrina” Bush, no muestran un distanciamiento

significativo de la Administración Obama con respecto a las bases permanentes de la política exterior y de la seguridad norteamericana; d) en el mediano y largo plazos, la estrategia global de los Estados Unidos no podrá responder de manera efectiva a las amenazas que afecten su seguridad, ya que su capacidad es limitada y las tendencias en curso apuntan hacia mayores perspectivas internacionales de conflicto y crisis.

## La guerra fría: ¿legado, vigencia, “fin”?

Como denominación que resalta el clima tensional, de índole bipolar y geopolítica, que caracteriza al cambiante sistema internacional luego de la culminación de la segunda guerra mundial, el término de *guerra fría* adquiere una indiscutible carta de ciudadanía en los medios políticos, académicos y periodísticos, aún y cuando sus contenidos, de manera rigurosa, sean con frecuencia ambiguos, imprecisos, engañosos, y casi siempre polémicos.

Para unos se trata de un período que concluyó en las postrimerías de 1962, con el fin de la crisis de Octubre. Para otros, su vigencia se extendió un poco más, hasta el comienzo de la etapa conocida como de distensión internacional, asociada a la administración Nixon y a las concepciones multipolares de Kissinger, al concluir el decenio de 1960. Según la mayoría de los autores, dicha guerra se prolongó hasta el desplome del socialismo en Europa del Este y la desintegración de la Unión Soviética, a comienzos de la última década del siglo XX.

Por encima de las discrepancias, se ha compartido el criterio común que identifica a la agresiva política exterior norteamericana, estructurada desde 1947, en torno a la llamada contención al comunismo --inspirada en las ideas de Kennan y en la ejecutoria del gobierno de Truman--, como al principal responsable de la articulación de la mencionada atmósfera de tensión, extendida a nivel mundial. El pretexto, como se sabe, argumentaba el requerimiento de la fuerza militar, de un esquema estratégico para enfrentar la nueva fuente de la amenaza que surge, una vez derrotado el fascismo.

Aunque la paternidad de la noción de *guerra fría* --en un sentido más conceptual que terminológico-- se le atribuye, de modo consensual, al conocido publicista Walter Lippman, otros autores de similar celebridad (principalmente del ámbito académico) han reafirmado su pertinencia analítica, como William Appleman Williams, John Lewis Gaddis, Stanley Hoffman y Arthur Schlesinger, Jr., entre los más notorios<sup>93</sup>. Más allá de su carácter metafórico y de las

<sup>93</sup> Véase Walter Lippman, *The Cold War: A Study in the U.S. Foreign Policy*, Harper, New York, 1947; William Appleman Williams, *The Tragedy of American Diplomacy*, Delta, New York, 1972; John Lewis

diferencias de matices interpretativos, lo más sustancial es que dicha noción alude “a una forma de conflicto peculiar en que no se llega a la guerra, en el sentido de general y mundial, pero que se desarrolla bajo agudas tensiones que excluyen verdaderas relaciones pacíficas. En suma, una situación de ni paz ni guerra”<sup>94</sup>.

La argumentación más extendida es la que considera que la guerra fría terminó, y su fin se ubica en el proceso que se gesta entre 1989 y 1991, al desaparecer una de las dos superpotencias que encarnaban la confrontación de la misma: la Unión Soviética y el sistema socialista que encabezaba. Bajo esta óptica, la bipolaridad concluía, el mundo se tornaba unipolar, y con diferentes enfoques --desde los enfoques revitalizados sobre el fin de las utopías (Karl Mannheim) y de las ideologías (Daniel Bell) hasta la tesis sobre el fin de la historia (Francis Fukuyama) y el choque civilizatorio (Samuel Huntington)-- el nuevo término, de *posguerra fría*, es el que prevalece a la hora de designar, a partir de los últimos quince años, el actual clima mundial.

El presente trabajo se adscribe al criterio de que el enfoque anterior resulta esquemático y reduccionista, en la medida en que no consigue retener la complejidad inherente a lo que aún sigue siendo una etapa --prolongada y muy contradictoria-- de transición internacional, que aún no ha logrado cristalizar en una nueva dimensión cualitativa que permita anular los significados que se le atribuían al período de *guerra fría*. Estas reflexiones se afianzan en una visión que al leer la coyuntura y tendencias mundiales que tienen lugar desde inicios de la década de 1990, atiende más a la continuidad que al cambio, y resalta la significación de hechos como la guerra del Golfo Árabe-Pérsico, las invasiones norteamericanas a Afganistán y a Irak, en un contexto en el cual se aprecian situaciones en las que podría afirmarse que, lejos de amortiguarse, la *guerra fría* se ha hecho, aún más fría<sup>95</sup>. O sea, en la cultura política estadounidense se siguen reproduciendo muchos de los códigos de la *guerra fría*.

La cultura política norteamericana de la guerra fría se define en este análisis por el conjunto de valores y convicciones que se hallan en las tradiciones del pensamiento político y estratégico en ese país, que justifican la defensa de valores fundacionales de la nación, como los de la democracia, la libertad y posteriormente, la seguridad, a nivel mundial, codificados tempranamente desde el Destino Manifiesto. No obstante, se expresan con organicidad después de la segunda guerra mundial, a través de la ideología y la

---

Gaddis, **The United States and the Origins of the Cold War (1941-1947)**, Columbia University Press, N.Y., 1972; Fred Halliday, **The Making of the Second Cold War**, Verso, London, 1986.

<sup>94</sup> Roberto González Gómez, **Estados Unidos: Doctrinas de la Guerra Fría (1947-1991)**, Centro de Estudios Martianos, 2003, p. 17.

<sup>95</sup> Véase Jorge I. Domínguez, “U.S.-Cuban Relations: From the Cold War to the Colder War”, en **Journal of Interamerican Studies and World Affairs**, Vol. 39, No. 3, Fall, 1997.

psicología social que de modo dominante se difunde e interioriza en la sociedad norteamericana, marcando a nivel interno y externo una cosmovisión simplificadora de intolerancia, chauvinismo, puritanismo, expansionismo y agresividad, que incluso antecede a la segunda guerra mundial. Por supuesto, este proceso no tendría lugar de manera lineal, masiva, homogénea, sino que se conforma a través de un proceso contradictorio de socialización, en el que se mezclan la inculcación de valores, el quehacer de las instituciones educacionales, los medios de comunicación, los círculos políticos.

En otras palabras: los contenidos de la cultura política norteamericana en que se sostiene la doctrina y la práctica de la guerra fría, están prefigurados con anterioridad incluso a la década que sigue al fin de la segunda guerra mundial, formando parte de un cuerpo ideológico y psicológico consustancial a la peculiar historia de los Estados Unidos. Ese tejido está condicionado por la base clasista y la fisonomía nacional de ese país, que encuentra su auge en el proceso de transición imperialista que tiene lugar a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Así, la situación que sobre la que se levantan los Estados Unidos en la segunda postguerra, junto a las oportunidades y desafíos que encaran, no son más que el terreno fértil para que cristalice un ideario de superioridad y una vocación de hegemonismo que se plasman en lo que se conocerá como *guerra fría*, pero que poseía una corporeidad propia desde tiempo antes, cuando aún no se le identificaba bajo esa denominación. Es por eso, para expresarlo con rapidez, que la cultura política implicada no desaparece al llegar “el fin” de la guerra fría. Y es que la cultura de la guerra fría norteamericana, en rigor, no nació con ésta. Lo que sucedió es que con la guerra fría cuajó una visión que estaba anticipada desde mucho antes a nivel cultural, y que se expresaba con bastante nitidez, por ejemplo, en el contexto de la primera guerra mundial --antes y después de la misma.

Cuando se afirma que “terminó” la guerra fría, en los términos en que habitualmente se comprende este hecho histórico, se asume que con el desplome del sistema socialista en Europa del Este y con la desintegración de la Unión Soviética como Estado multinacional, desaparece la bipolaridad en torno a la cual se organizaba, como estructura geopolítica, el orden internacional establecido luego de la segunda guerra mundial, basado en el lenguaje de las tensiones, de las confrontaciones, de la denominada contención al comunismo, del conflicto entre sistemas opuestos. Los Estados Unidos perdían al contrincante, se diluía el sentido del antagonismo global y hasta se le dificultaba articular su política exterior, como gran potencia. Si la agresividad e intolerancia norteamericana hubiera dependido de la existencia del comunismo internacional, de aquella percepción de la amenaza, habrían desaparecido entonces al concluir la llamada guerra fría. Pero no ha sido así. Los Estados Unidos no sólo han mantenido la identidad y la cosmovisión a ella asociada, en términos de aspiraciones de hegemonía, prepotencia y disposición al uso de la

fuerza, en todas sus expresiones; sino que han profundizado su discurso glorificador y sus prácticas políticas, hacia dentro y hacia fuera del Estado nacional, retomando esquemas que, con sus particularidades, reeditan formulaciones emblemáticas de la cultura política de la guerra fría.

Desde luego, esta persistencia no es casual ni festinada; responde a su funcionalidad para el desempeño exitoso del imperialismo norteamericano. Más allá de que en ello lo determinante es la capacidad de sus estructuras económico-financieras y militares, no puede ignorarse que la cultura política aporta bases doctrinales de vieja data a las concepciones de política exterior, seguridad y defensa nacional, argumentando la visión mesiánica, el papel misionero, salvador, de los Estados Unidos, como salvaguarda de los intereses del capitalismo y de la democracia liberal --como símbolos de la cultura occidental--, según lo codificaban los principios del conocido Destino Manifiesto, y la tradición internacionalista *wilsoniana*, que legitimaba el activismo internacional y el uso de la fuerza, amplificada en la versión del realismo político (*realpolitik*). Tales fundamentos ideológicos se hallan en la base de la hegemonía norteamericana, nutren la proyección exterior por encima de los cambios de Administraciones o presidentes. Ello es lo que permite que exista, sin desconocer las diferencias y cambios, una clara continuidad. Esto es palpable cuando se examina el posicionamiento estratégico de los Estados Unidos ante los cambios geopolíticos mundiales que tienen lugar desde que termina el siglo XX, en cuyo contexto se hacen también visibles los límites de su hegemonía.

## La hegemonía norteamericana en el siglo XXI: entre la crisis y la recomposición

El tema de la hegemonía es de los que sobresale en buena parte de la reflexión contemporánea acerca del poder y la dominación imperialistas, que no pueden obviar su encarnación concreta en la política estadounidense<sup>96</sup>. Abordada fundamentalmente desde la filosofía, la ciencias política y la sociología, “lo más común ha sido (y continúa siendo) la reducción de la cuestión de la hegemonía al espacio de lo superestructural.”<sup>97</sup>

Con ese enfoque, se participa de una concepción idealista sobre la sociedad y la política, limitándose la comprensión del poder al ámbito de las representaciones ideológicas, conscientes e individuales. Así, para producir y establecer las ideas que fundamentan y sostienen el ejercicio del poder de la

<sup>96</sup> Véase Alfredo Toro Hardy, *Hegemonía e imperio*, Villegas Editores, Bogotá, 2007.

<sup>97</sup> Jorge Luis Acanda, *Traducir a Gramsci*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004, p. 161.

clase dominante, sería suficiente con disponer de la voluntad de dicha clase. Y, a la vez, en la medida en que se asume la superestructura con total independencia de la base, la hegemonía se limita a la esfera ideológica, a una condición de falsa conciencia, bajo una concepción mecanicista, que desconoce el carácter orgánico de la relación entre lo político y lo económico, separando de forma metafísica ambos espacios. Ello implica abandonar la visión sistémica, holística, totalizadora. De ahí la importancia de retener la insistencia de Marx y de Gramsci sobre el enfoque sistémico, a la hora de abordar el modo de producción capitalista. Ese enfoque es el que “nos permite superar las concepciones voluntaristas y economicistas del marxismo vulgar y plantearnos la tarea fundamental en la interpretación acerca de la política y del Estado, establecer el nexo histórico-genético entre el nivel político institucionalizado y el conjunto específico de un modo de producción, en este caso, el capitalista.”<sup>98</sup>

El concepto de hegemonía tiene una reiterada presencia en los estudios sobre el imperialismo norteamericano, enfatizándose generalmente dos de sus dimensiones específicas: la económica y la militar. Ello se manifiesta, sobre todo, en los análisis que se concentran en los procesos estructurales de los Estados Unidos o su política exterior.

En este sentido, de inmediato surge en dichos estudios la polémica acerca de la pujanza o crisis de la economía norteamericana, su capacidad competitiva, superioridad o debilidad frente al resto de las potencias capitalistas, junto al tema de la capacidad y fortaleza tecnológica y militar, en un escenario mundial como el actual, donde los Estados Unidos han impuesto unilateralmente (en ocasiones apelando a alianzas o coaliciones) su dominación o, como se suele afirmar, su hegemonía.

Desde el pensamiento crítico ha ganado cuerpo el enfoque que hace suyo el significado de la dimensión cultural cuando se aborda el estudio de la hegemonía. Se retoma la interpretación gramsciana, al advertirse que el ejercicio de la misma se completa precisamente en la esfera de la cultura, y destacar la importancia de la legitimación ideológica del consenso, como elemento imprescindible para entender que la hegemonía conlleva una dominación cultural que refuerza al resto de las dimensiones o esferas, como la económica, la política o la militar<sup>99</sup>.

En su definición tradicional, el concepto de hegemonía se refiere a la dirección política o dominación, especialmente en las relaciones entre las clases y entre los Estados. Gramsci distingue entre dominio y hegemonía, entendiendo al primero expresado en formas directamente políticas, que en

---

<sup>98</sup> Jorge Luis Acanda, **Op. Cit.**, , p. 169.

<sup>99</sup> Véase Gilberto Valdés Gutiérrez, “Hacia un nuevo paradigma de articulación (no tramposo) de las demandas emancipatorias”, en: **Utopía y Praxis Latinoamericana**, Año 6, No. 14, Septiembre, 2001, donde desarrolla interesantes ideas acerca de lo que ha denominado *sistema de dominación múltiple*.

tiempos de crisis se tornan coercitivas; y al segundo como una expresión de la dominación, pero desde un "complejo entrecruzamiento de fuerzas políticas, sociales y culturales". Para Raymond Williams, la hegemonía es esto, o sea, "las fuerzas activas sociales y culturales que constituyen sus elementos necesarios". Según este autor, la cultura se concibe como un "proceso social total", y se considera que la hegemonía es más amplia que el concepto de cultura, que la sobrepasa, en tanto relaciona a este proceso con las distribuciones específicas del poder y la influencia dentro de una sociedad global dada<sup>100</sup>.

De este modo, el concepto de hegemonía (a partir de su dimensión cultural) revoluciona la forma de entender la dominación y la subordinación en la sociedad contemporánea. Si bien es cierto que los que detentan la dominación material son también los que ejercen la dominación espiritual, lo que resulta decisivo no es solamente el sistema consciente de creencias, significados y valores impuestos (es decir, la ideología dominante), sino todo el proceso social vivido, organizado prácticamente por estos valores y creencias específicas.

La ideología constituye un sistema de significados, valores y creencias relativamente formal y articulado; en su definición, se parte de una abstracción, que la concibe como una concepción universal o una perspectiva de clase. En el proceso de "imposición" de esta ideología, la conciencia relativamente heterogénea, confusa, incompleta o inarticulada de los hombres es atropellada en nombre de ese sistema decisivo y generalizado. Según Williams, "en una perspectiva más general, esta acepción de "una ideología" se aplica por medios abstractos a la verdadera conciencia, tanto de las clases dominantes como de las clases subordinadas. Una clase dominante tiene esta ideología en formas simples y relativamente puras. Una clase subordinada, en cierto sentido, no tiene sino esta ideología como su conciencia (...) o en otro sentido, esta ideología se ha impuesto sobre su conciencia --que de otro modo sería diferente-- que debe luchar para sostenerse o para desarrollarse contra la ideología de la clase dominante"<sup>101</sup>.

Habitualmente el concepto de hegemonía se vincula a estas definiciones. Sin embargo, debe diferenciarse en lo que refiere a su negativa a igualar la conciencia con el sistema formal articulado que es la ideología. Esto no excluye los significados, valores y creencias que propaga la clase dominante, pero no se iguala con la conciencia, no se reduce la conciencia a la ideología dominante, sino que "comprende las relaciones de dominación y subordinación según sus configuraciones asumidas como conciencia práctica, como una saturación efectiva del proceso de la vida en su totalidad; no solamente de la

---

<sup>100</sup> Raymond Williams, "La Hegemonía", en: **Marxismo y literatura**, Editorial Península, Barcelona, 1980, p. 131.

<sup>101</sup> **Idem.**



actividad económica y política, no sólo de la actividad social manifiesta, sino de toda la esencia de las identidades y las relaciones vividas a una profundidad tal que las presiones y límites de lo que puede ser considerado --en última instancia-- un sistema cultural, político y económico, nos dan la impresión a la mayoría de nosotros de ser las presiones y límites de la simple experiencia y del sentido común"<sup>102</sup>.

Sobre la base de lo planteado, el concepto de hegemonía constituye la piedra angular, desde el punto de vista teórico-metodológico, cuando se trata de penetrar el grueso tejido que recubre la sociedad norteamericana y que se expresa mediante la cultura política. Cuando se habla de que los Estados Unidos se hallan en una crisis --real o aparente, estructural o coyuntural--, generalmente se trasciende la visión que la circunscribe a una dimensión económica o financiera, y se le entiende también desde una perspectiva global, tomando en consideración sus dimensiones políticas, ideológicas y culturales. En tal sentido, es que resulta común que en la literatura especializada se le trate como una "crisis de legitimidad", "de consenso", "de confianza", "de gobernabilidad", "de hegemonía" o como una crisis "cultural". Si se tiene en cuenta que la hegemonía supone la capacidad de crear símbolos, es entonces en la cultura política donde se manifiesta de modo más visible la crisis de hegemonía global de ese país, así como la aparente pérdida de su legitimidad interna<sup>103</sup>.

La hegemonía se asume desde dos perspectivas o dimensiones complementarias, aunque no necesariamente coincidentes. La global, representada por el centro (imperio) y la capacidad para imponer a la periferia (otros países) su proyecto de dominación económico, cultural, político e ideológico. La otra se refiere a las condiciones nacionales, a las contradicciones de clases y a la legitimidad con la que se configura y reproduce el orden interno de dominación social.

El concepto de hegemonía, en sentido amplio, además de describir los momentos económicos, culturales, sociales y políticos de un país, ofrece un marco de referencia sobre el ejercicio de la dominación de clase, la capacidad para expandirla y las posibilidades de mantenerla. En contraste con el concepto de "imperialismo" el cual (como el de la globalización) es una constante del imperialismo (y con éste, el de poder hegemónico), permite entender (e hipotetizar) el futuro de los Estados Unidos en cuanto a su posición en el sistema capitalista mundial.

---

<sup>102</sup>Veáse Federico Polleri, **El concepto de hegemonía cultural en la lucha revolucionaria**, Serie de Estudios Políticos, UCA, San José, 2001.

<sup>103</sup>Veáse Jorge Hernández Martínez, **EE UU: hegemonía, seguridad nacional y cultura política**, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2010.

Según Wallerstein, “hay mucha diferencia en el análisis de la situación si los Estados Unidos son hegemónicos o si resultan ser un poder hegemónico en declive, o si, en el futuro, no será de ninguna manera hegemónico”. Después de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos se convirtieron en una potencia con capacidad de dominación, con control e influencia a escala planetaria. Desde entonces, hasta inicios de los años de 1970, los Estados Unidos fueron una potencia con hegemonía plena, con total dominio y control sobre el mercado mundial, una insuperable capacidad militar y una vasta influencia ideológica con capacidad de imponer su cultura sobre la del resto de los países del mundo.

No obstante, según Immanuel Wallerstein, a partir del decenio de 1970, la hegemonía de los Estados Unidos inició un franco proceso de desmoronamiento, que sólo se mantuvo (y se mantiene) en el ámbito de la geopolítica, en circunstancias limitadas en las que puede imponer sus decisiones estratégicas globales “sin recurrir al uso de la fuerza activa”. En un claro intento por acotar las consecuencias futuras de la actual dominación capitalista liderada por los Estados Unidos, Wallerstein sostiene, por un lado, que dicha hegemonía se inició en 1945 y terminó en 1990” y que “en ese período, exactamente y no después, los Estados Unidos fueron la potencia hegemónica de nuestro sistema mundial. Por otra parte, percibe que dicha transformación histórica apunta hacia la consumación final de “algo diferente, digamos alrededor de 2050”. Aunque los Estados Unidos aún constituyen la formación capitalista más avanzada con el Estado más poderoso, su dominación global se sustenta sobre una hegemonía reiteradamente erosionada y cuestionada. En palabras de Wallerstein, “los Estados Unidos son una potencia hegemónica en decadencia”, o parafraseando a Giovanni Arrighi, “domina, pero sin hegemonía”. Esta es la perspectiva a la cual se acoge el presente análisis<sup>104</sup>.

Ahora bien, debe quedar claro que, aunque parezca contradictorio, al menos en el corto y mediano plazos, no son incompatibles el fortalecimiento de la hegemonía y el deterioro simultáneo de la legitimidad imperialista de los Estados Unidos. “Este último fenómeno aparece --según Rolando González Patricio-- como un movimiento ambivalente que abarca el divorcio creciente entre el discurso del progreso capitalista y la capacidad real para satisfacer las necesidades básicas de la humanidad, por una parte, y por otra el reforzamiento de la capacidad de dominio, de la concentración de riqueza y poder, y de la reconstrucción del imaginario colectivo sobre la base del

---

<sup>104</sup>Véase Marco A. Gandásegui (hijo) y Dídimo Castillo Fernández (Coordinadores), **Estados Unidos, la crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación**, Libros CLACSO/Editorial Siglo XXI, México, 2010. También I. Wallerstein, **La decadencia del poder estadounidense**, Ediciones Era, México, 2005, y G. Arrighi, **Orígenes y fundamentos del siglo XXI**, AKAI, Madrid, 2007.

pensamiento único y la ilusión global”<sup>105</sup>. Pero, “al tiempo que la legitimidad capitalista se ante la exclusión social y la expansión de otras visiones del mundo, no se vislumbra el posible relevo a la hegemonía estadounidense”<sup>106</sup>.

Los fenómenos y procesos que se registran durante el primer decenio del siglo en curso han reforzado la argumentación de la crisis relativa de la hegemonía estadounidense. En este sentido, Ana Esther Ceceña sostiene que la hegemonía estadounidense está en decadencia al mismo tiempo que se encuentra más fuerte y consolidada que nunca antes en la historia<sup>107</sup>. El análisis de los factores que sostienen la posición hegemónica no se circunscribe a la supremacía militar y el poderío económico. La dimensión cultural ocupa un espacio significativo, toda vez que Estados Unidos conserva, no obstante las contradicciones, la capacidad para generalizar un paradigma cultural correspondiente al *american way of life and thinking*, y a lo que éste significa en otras situaciones y culturas, que coincide con la homogeneización de mercados, la estandarización de la producción y la unificación de las visiones sobre el mundo.

## La seguridad nacional y el enfoque estratégico de los Estados Unidos bajo la “doctrina” Bush

Tradicionalmente, la seguridad nacional era concebida a partir del enfoque político-militar, centrado en la viabilidad y el resguardo (o sobrevivencia) del Estado. De acuerdo a esta visión, por definición, la seguridad nacional "es y debe de ser concebida a partir del Estado" mismo, que "es y debe ser concebido a partir de la seguridad", lo que genera una dialéctica indisoluble entre Estado/seguridad<sup>108</sup>.

Durante la guerra fría, los estudios sobre seguridad nacional estuvieron prácticamente enfocados sobre cuestiones relacionadas con el control, amenaza o uso de la fuerza entre los Estados. Una vez finalizada la contienda bipolar, los estudiosos llamaron la atención sobre la necesidad de ampliar el concepto tradicional de seguridad para incorporar cuestiones económicas,

<sup>105</sup>Rolando González Patricio, “Hegemonía y guerra cultural: aproximaciones a una estrategia de resistencia desde América Latina y el Caribe”, en: **Cuba Socialista**, No. 33, La Habana, 2004, p. 25.

<sup>106</sup>Ana Esther Ceceña, “La batalla de Afganistán”, en: Ana Esther Ceceña y Emir Sader, **La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial**, Buenos Aires, 2002, pp. 41-42.

<sup>107</sup>Ana Esther Ceceña, “Estrategias de construcción de una hegemonía sin límites”, en: Ana Esther Ceceña, **Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI**, CLACSO, Buenos Aires, 2004, p. 169 y p. 181.

<sup>108</sup>Véase Alejandro Chanona, **La nueva agenda de seguridad en las Américas**, Ponencia presentada en el Congreso de International Studies Association (ISA), Montreal, 2004, y Barry Buzan, “New Patterns of Global Security”, en: **International Affairs**, Vol. 67, No. 3, London, 2003.

ambientales y sociales, en la medida en que la naturaleza y las amenazas a la seguridad estaban cambiando, incluyendo en las nuevas conceptualizaciones otras dimensiones, como las amenazas transnacionales relacionadas, por ejemplo, con el crimen organizado, los grupos terroristas, movimientos étnicos o religiosos; cuestiones de carácter global, como la degradación ambiental o la escasez de recursos y la creciente importancia de las regiones e instituciones como “nuevos actores” de la seguridad. Según se coincide en literatura especializada, se produjo una *securitización* de la agenda internacional, entendiéndose que en casi toda esfera de la vida social podía hablarse de una dimensión de seguridad.

Así, luego de 1990 los estudios sobre seguridad pusieron mayor atención al individuo como el referente del concepto, comenzando a hablarse de "seguridad humana", "seguridad ciudadana", impulsando una visión multidimensional de la misma, que incluye aspectos como el medio ambiente, el desarrollo social, la pobreza extrema y las pandemias como el VIH/SIDA. De esta forma, el concepto clásico de la seguridad centrado en la visión político-militar ha evolucionado para dar paso a un concepto más amplio, incorporando nuevos elementos, si bien el Estado continúa siendo el referente principal. Además de significar la supervivencia de cara a las amenazas contra la existencia del Estado o de una sociedad (su soberanía, integridad territorial o capacidad de autodeterminación), la seguridad “tiene que ver con las condiciones de existencia e incluye la capacidad de los Estados de mantener su identidad independiente, su integridad y funcionalidad contra fuerzas que sean vistas como hostiles.”

Desde esta perspectiva la seguridad se desdobra en varias esferas: militar, (relacionada con las capacidades ofensivas y defensivas de los Estados y las percepciones de éstos sobre las intenciones de los otros); política, (referente a la organización estatal, el adecuado funcionamiento de las instituciones y la legitimidad/legalidad de las mismas); económica, (relativa al acceso a los recursos, mercados y finanzas necesarios para sostener los niveles de bienestar de la población y la estabilidad del Estado); ambiental, (promoción del desarrollo sostenido) y social (como la capacidad de la sociedad de mantener los elementos de identidad cultural y nacional como lenguaje, religión y costumbres).

Por su parte, las amenazas serían definidas como todos aquellos elementos que atentan contra la estabilidad, viabilidad y existencia de cualquiera de las esferas de la seguridad. Además de las amenazas tradicionales centradas en el Estado (como agresiones externas de carácter militar), aparecen las de carácter transnacional provenientes de actores no estatales como la delincuencia organizada transnacional, terrorismo,

narcotráfico, tráfico ilícito de armas, corrupción, lavado de dinero y las conexiones entre ellos.

Aunque ni los mandatarios ni los documentos oficiales norteamericanos lo expresan así, la seguridad nacional es una función de la hegemonía, en el sentido de que cuando se esgrime la necesidad o la urgencia de defender la primera, en realidad tras ella se procura proteger o reproducir el sistema de dominación o hegemónico, según el período de que se trate. Desde el punto de vista del lenguaje político-gubernamental, a partir de lo expuesto, no existe una definición universal y única para el término de seguridad nacional, aunque en esencia, se entiende comúnmente como la seguridad de una nación o mejor, de un Estado. La variedad de definiciones se explica por el hecho de que responden a la definición que, en cada caso, tenga la clase dominante de una nación de lo que es el interés nacional. A ello podría agregarse que las amenazas para cada nación o para cada momento varían en dependencia de muchos factores. Tampoco existe una definición oficialmente reconocida por parte del gobierno de los Estados Unidos sobre lo que es seguridad nacional. Por ello, casi siempre es necesario remitirse a la conocida Ley de Seguridad Nacional firmada por el Presidente Harry Truman el 26 de julio de 1947, la que, si bien omitió una definición, fue la encargada de reorganizar como un sistema coordinado al aparato de política exterior, defensa y servicios de inteligencia de los Estados Unidos, que ha servido de plataforma para la conducta internacional del país desde el período de la llamada guerra fría.

A los efectos del presente análisis, es imprescindible situar el asunto a la luz de las implicaciones que recibe durante el pasado decenio, es decir, en el marco de las consideraciones de la doble Administración de W. Bush, sobre todo focalizando el modo en que asume la política exterior, de seguridad y defensa nacional, antes de llegar a las precisiones que al respecto establece el actual presidente Obama.

En ese sentido, se impone recordar que cuando se habla de la doctrina Bush”, se utiliza esa expresión para designar el conjunto de criterios y de acciones que conforman la política exterior gubernamental implementada por los Estados Unidos durante dicha Administración, que se estructuraba alrededor del tema de la seguridad nacional y de la urgente defensa de la misma, ante las amenazas derivadas, especialmente, del terrorismo internacional. Sin embargo, es discutible la validez del término “doctrina” como etiqueta que identifique esas concepciones y prácticas, al igual que ha sucedido en otros casos, en los que al hablarse de “doctrina Nixon” o “doctrina Reagan”, por ejemplo, se apela más a una distinción superficial, popularizada por el lenguaje periodístico, que a una definición académica, basada en las ciencias sociales<sup>109</sup>.

---

<sup>109</sup>Véase Carlos Fernández de Cossío, **La doctrina Bush y la política exterior y de seguridad nacional de EE UU: fundamentos ideológicos, continuidad y ruptura** (Tesis de doctorado en Ciencias

W. Bush proclama el fin de las acciones combativas en Irak y el triunfo de la agresión militar contra ese país el primero de mayo de 2003, pretendiendo mostrar al mundo, de modo simbólico, que su país había cumplido la “misión”. Con ello comenzaría a hablarse del éxito, del momento culminante, en la aplicación de una política exterior belicista, intervencionista, diseñada en torno a consideraciones de seguridad nacional, y basada en los postulados doctrinarios de extrema derecha promovidos por el presidente. Es ese el marco en que se bautiza como tal a la “doctrina Bush”, si bien existían antecedentes de ella. Además, se refiere al “advenimiento de una nueva era”, destacando la “destreza y poder de las fuerzas armadas estadounidenses”, al “combatir por la causa de la libertad y por la paz del mundo”. También reiteró la advertencia que planteara con anterioridad, sobre la intención de actuar antes de que se materializaran las amenazas contra la seguridad de los Estados Unidos, o sea, preventivamente, y con el uso de la fuerza si fuera necesario<sup>110</sup>.

Lo que ocurre es que el presidente estadounidense retoma entonces y formaliza de esa manera, si se quiere, los principios de política exterior y seguridad que había declarado como reacción inmediata ante los atentados terroristas del 11 de septiembre, y que se habían argumentado desde antes. Los elementos más comúnmente aceptados para describir esta “doctrina”, pueden encontrarse en documentos públicos de los tanques pensantes<sup>111</sup> y publicaciones<sup>112</sup> que le sirvieron de plataforma intelectual, en discursos de W. Bush, documentos gubernamentales y declaraciones de funcionarios de la Administración.

El presidente había comenzado mucho antes a delinear públicamente la esencia de su “doctrina” en el discurso dirigido a la nación, pronunciado tempranamente el 20 de septiembre de 2001, perfilándola en su primer informe del Estado de la Unión en enero del 2002<sup>113</sup> y más tarde en su discurso ante los graduados de West Point<sup>114</sup>, en junio del propio año. No obstante, fue en el documento de la Estrategia de Seguridad Nacional (ESN), publicado en septiembre 17 de 2002, donde estructuró de forma más acabada los enunciados que la componían y se le identificó como “doctrina Bush”.

---

Políticas), y Tamara Liberman, **La política de Estados Unidos hacia América Latina en el primer decenio del siglo XXI. Recurrencias y contrastes** (Tesis de Maestría en Historia Contemporánea y Relaciones Internacionales). Ambas tesis fueron defendidas en 2011.

<sup>110</sup> Véanse la **Estrategia de Seguridad Nacional 2002**, así como los discursos del Presidente George W. Bush en West Point, en 2001, y en el portaviones Lincoln, en 2003.  
<http://www.whitehouse.gov/news/releases>.

<sup>111</sup> Los dos tanques pensantes más importantes de los neoconservadores son el *American Enterprise Institute (AEI)* y el *Project for the New American Century (PNAC)*.

<sup>112</sup> Las principales publicaciones periódicas neoconservadoras son: **The Weekly Standard**, **The Public Interest** y **Commentary**.

<sup>113</sup> <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2002/01/20020129-11.html>

<sup>114</sup> <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2002/06/20020601-3.html>

Desde entonces, podría decirse que los conceptos de compromiso, contención, disuasión y guerra convencional entran en una fase de desuso en los Estados Unidos. En su lugar se viene apelando a los conceptos de unilateralismo, cambio de régimen, guerra preventiva y guerra asimétrica. En la ESN 2002 se desarrolla y adopta el concepto de autodefensa preventiva y puede ser visto como una evolución de la doctrina de los *rogue states*, según la cual los Estados Unidos pueden actuar de manera preventiva en contra de una posible o futura amenaza.

Por décadas, los estrategas norteamericanos habían hecho una distinción clara entre la *guerra preventiva* y lo que se conoce, usualmente, como guerra *pre-emptive*, o *guerra con derecho*. La diferencia no es meramente semántica y los textos en español confunden con frecuencia ambos términos, por la falta de una traducción precisa. La guerra *pre-emptive* siempre había estado presente en la doctrina militar de los Estados Unidos. Se trata de una acción de carácter esencialmente defensivo y cuyo objetivo es evitar un ataque inminente de un enemigo o rival. Es decir, es una medida de autodefensa.

Por el contrario, el concepto de *guerra preventiva* implica una acción de tipo ofensivo (no defensivo), cuya misión es eliminar una fuente futura o lejana de amenaza, aún si ésta no se ha conformado totalmente. Al abrazar la doctrina de guerra preventiva, los Estados Unidos se han desviado radicalmente de un principio que por años guió su estrategia y que inspiró la disuasión nuclear. Hasta antes de la llegada de W. Bush a la presidencia, los Estados Unidos habían mantenido una postura de que no serían los primeros en atacar o lanzar un primer golpe nuclear. Con esa posición se establecía que la gran potencia era esencialmente favorable al status quo y para tal efecto asumiría una estrategia esencialmente defensiva. La *guerra preventiva* significa que los Estados Unidos se reservan, desde entonces, el derecho de atacar primero, incluso si no han sido provocados aún y pueden modificar el orden regional o mundial si perciben que un futuro enemigo o amenaza está por aparecer.

La *guerra preventiva* ha sido abrazada, en parte, porque las viejas doctrinas e disuasión y contención parecen ser ineficientes para lidiar con el terrorismo internacional. Por primera vez, los Estados Unidos han definido que la mayor amenaza proviene de un actor no estatal, el cual no posee territorio definido, tiene redes amplias con asociaciones de grupos fanáticos, puede atacar con medios no convencionales y se resguarda en los *rogue states*. Esto ha llevado a creer a los que toman las decisiones que el terrorismo internacional no se contiene ni disuade, sino se destruye de raíz. De ahí que la estrategia que mejor encaja en esta nueva filosofía sea la guerra preventiva, a falta de otra doctrina que enfrente mejor el nuevo riesgo.

Sin embargo, para varios analistas la guerra preventiva es, en realidad, una manera de racionalizar y justificar la guerra de Irak, la cual fue inspirada en el

ataque preventivo. Bajo esta lógica, la mayor fuente de amenaza proviene del tipo de régimen que posee un país. Robert Jervis argumenta, por ejemplo, que “como Sadam Hussein era perverso en casa, era claro para Bush y otros que sería igualmente perverso en el exterior. El lazo entre tiranos y terroristas que los realistas encuentran exagerado, si no imposible, sigue fielmente esta lógica”<sup>115</sup>. De ahí que la única manera de revertir esa posible amenaza era a través del cambio de régimen con un ataque de tipo preventivo. No obstante, de haberse demostrado que Irak poseía armas de destrucción masiva, como de hecho insistieron varios miembros del gobierno de W. Bush, entonces el razonamiento de la guerra habría sido diferente, basado en el ataque por derecho (*pre-emptive*) y no en el preventivo.

Nuevos matices en el tratamiento del tema de la seguridad nacional como cuestión central en el ejercicio de la política exterior de los Estados Unidos, que se suman al enfoque de la “doctrina Bush” se ubican a comienzos de 2005, apreciándose cierto cambio en la proyección y el discurso gubernamental del Presidente en enero de ese año, al pronunciar su mensaje anual sobre el Estado de la Unión,<sup>116</sup> después de su reelección para un segundo mandato. En este caso, se caracterizó por la moderación del lenguaje, disminuyendo la estridencia en contraste con su retórica más agresiva en años anteriores y por el reajuste en las prioridades estratégicas. Algo similar sucedió con el texto de la ESN 2006, en la que se advierte una disminución del tono arrogante y del énfasis en el uso del poderío militar y la amenaza a los supuestos enemigos, desplazándose un tanto la obsesión por el tema la lucha contra el terrorismo por una atención a la responsabilidad de los Estados Unidos en la lucha a favor de la democracia y de la libertad. No obstante, el documento persistió en proclamar que “América está en guerra” y que se atacaría al peligro antes de que éste llegara al territorio nacional, asignándole además a los Estados Unidos la misión de acabar con la “tiranías” en cualquier parte del mundo, con la intención de apoyar a las “democracias” o fomentarlas donde no existan, o sea, la aplicación del “cambio de régimen.”<sup>117</sup>

Así, a pesar de las variaciones, el enfoque mantuvo los argumentos filosóficos y morales expansionistas y acordes al Destino Manifiesto, de inspiración incluso religiosa, justificativos del unilateralismo, uso de la fuerza y las acciones anticipadas.

Los Estados Unidos ante el cambio geopolítico en el siglo XXI: Obama, el enfoque de seguridad nacional y los límites de la hegemonía.

<sup>115</sup> Robert Jervis, **American Foreign Policy in a New Era**, Routledge, New York, 2005, p. 81.

<sup>116</sup> Véase George W. Bush, **Discurso sobre el Estado de la Unión**, 21 de enero de 2005, [www.msnbc.msn.com/id/.../ns/politics-state\\_of\\_the\\_union/](http://www.msnbc.msn.com/id/.../ns/politics-state_of_the_union/)

<sup>117</sup> Véase **Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos**, 16 de septiembre de 2006. Versión impresa en español, Servicio de Publicaciones de la Embajada de EUA en México, México DF, 2006.



Desde la campaña electoral de 2008, el entonces candidato Obama se comprometía a buscar soluciones a lo que se percibía como una grave crisis político-militar externa por parte de importantes sectores de la elite del poder, pero especialmente dentro de su propio partido y de los círculos del gran capital que lo apoyan. Esa promesa la reiterará luego de tomar posesión. Según varios autores, entre ellos el periodista Bob Woodward, Obama recibe diversas influencias intelectuales o académicas, las que se manifiestan con más fuerza ante los temas de la política exterior.<sup>118</sup>

Entre las principales influencias ideológicas que recibe Obama puede puntualizarse la de Joseph Nye, Jr., en la medida en que incorpora a sus proyecciones estratégicas los conceptos del “poder blando” y de “poder inteligente”, elaborados por ese autor, enfrascado en demostrar que los Estados Unidos podían mantener su hegemonía mundial basándose en un uso más adecuado de su “poder de atracción”, en apoyo a su poderío económico y militar.<sup>119</sup> También la de Zbigniew Brzezinski, quién, al igual que Nye, argumenta la importancia de los factores ideológicos y culturales en la estructura del poder global actual y llamó la atención sobre el surgimiento de lo que identificó como un “despertar político global” y el reto que ello representa para el poderío imperial norteamericano.<sup>120</sup> Para este autor, “ese despertar es socialmente masivo, políticamente radicalizante, y geográficamente universal,” refiriéndose al fenómeno de resistencia global transnacional contra el imperialismo y de protesta por la situación de inequidad prevaleciente en los países capitalistas desarrollados y que se expresa en movimientos como el de “los indignados” de la Puerta del Sol en Madrid, las revueltas árabes ejemplificadas por la plaza Tahrir de El Cairo, o de los “pingüinos” (estudiantes de secundaria) en Chile<sup>121</sup>.

Brzezinski reconoce que “en el siglo XXI, la población de la mayor parte del mundo en desarrollo se ha movilizado políticamente. Es una población consciente de la injusticia social hasta que ha llegado a niveles sin precedentes y resentida por las privaciones y la falta de dignidad personal. El acceso casi universal a la radio, la televisión e Internet, está creando una comunidad de insatisfacciones y envidias compartidas que trasciende las fronteras soberanas y plantea un reto tanto a los estados existentes como a la jerarquía global en la cima de la cual están todavía los Estados Unidos.”<sup>122</sup> Y para enfrentar las implicaciones negativas de tal “despertar” para el imperialismo norteamericano, advierte sobre lo que considera debe hacerse, para protegerse. Pareciera que

---

<sup>118</sup> Véase Bob Woodward, **Obama's Wars**, Nueva York, 2010, pp. 38-39.

<sup>119</sup> Véase Joseph S. Nye Jr., **Bound to Lead: The Changing Nature of American Power**, New York: Basic Books, 1990.

<sup>120</sup> Véase Zbigniew Brzezinski, “The Dilemma of the Last Sovereign”, **The American Interest**, Agosto del 2005.

<sup>121</sup> Zbigniew Brzezinski, **op. cit.**, 2007, p. 202.

<sup>122</sup> **Ibidem.**, p. 203.

este pensamiento nutre la posición internacional y de seguridad de Obama : “En los inicios de la era global, una potencia dominante no tiene por tanto otra opción que la de adoptar una política exterior verdaderamente globalista en su espíritu, contenido, y alcance. No habría nada peor para América (Estados Unidos), y eventualmente para el mundo, que si la política americana fuera vista universalmente como arrogantemente imperial en una era post imperial, corroída por un relapso colonial en tiempos post coloniales, egoístamente indiferente de cara a una interdependencia global sin precedentes, y culturalmente autosuficiente en un mundo religiosamente diverso. La crisis de la superpotencia americana sería entonces terminal.”<sup>123</sup>

Para algunos autores, cuando se analizan las raíces ideológicas de la posición internacional de Obama habría que referirse también al Proyecto sobre Seguridad Nacional de la Universidad de Princeton, co-dirigido por G. John Ikenberry y Anne-Marie Slaughter, cuyo informe proponía una estrategia de seguridad nacional que proponía abandonar dos aspectos esenciales de la Doctrina Bush: el unilateralismo y la guerra preventiva.<sup>124</sup> Las propuestas de este documento prevén que los Estados Unidos fomente, en función de sus intereses, la creación de lo que se denomina como un “orden mundial liberal” en el cual ese país compartiría la hegemonía con un llamado “Concierto de Democracias”. Una de las claves de este orden mundial sería la injerencia en los asuntos internos de otros Estados por medio de redes sociales para alinearlos con el modelo del “capitalismo democrático”, sin excluir el uso de la fuerza en casos extremos. El proyecto propuso como objetivos básicos de la estrategia de seguridad nacional los siguientes: “1) *una patria segura*, incluyendo la protección contra ataques a nuestro pueblo e infraestructura y contra epidemias fatales; 2) *una economía global saludable*, lo que es esencial para nuestra prosperidad y seguridad; y 3) *un ambiente internacional benigno*, basado en la cooperación de seguridad entre las naciones y la propagación de la democracia liberal”.

Este proyecto de “orden mundial liberal” tiene considera como eje la hegemonía de los Estados Unidos y se concibe en función de los intereses norteamericanos. Plantea una redefinición de las amenazas, objetivos y prioridades que se diferencia de los anteriores por su intento de adaptarse a las realidades mundiales de una disminución del poderío relativo de los Estados Unidos y de un mundo crecientemente interdependiente. A la vez, aboga por el

<sup>123</sup> *Ibidem.*, pp. 215-216

<sup>124</sup> Véase Carlos Alzugaray Treto, “Estados Unidos: las crisis del imperio en el siglo XXI”, en: Jorge Hernández Martínez (Coordinador), **Estados Unidos y la lógica del imperialismo. Una visión crítica**, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2012. También: G. John Ikenberry y Anne-Marie Slaughter, **Forging A World Of Liberty Under Law: U.S. National Security In The 21st Century**, Final Report of the Princeton Project on National Security, The Princeton Project Papers, The Woodrow Wilson School of Public and International Affairs, Princeton University, 2006, en: <http://www.princeton.edu/ppns/report/FinalReport.pdf>.

uso del “poder blando” y presta suma atención a problemas internos usualmente no asociados con las estrategias de seguridad nacional, como el de la salud pública. Asimismo, es un intento por proponer una estrategia consensuada.

Visto este complejo entramado de presupuestos ideológicos que existían en el sector liberal de la clase dominante, puede entenderse perfectamente que Obama propusiera una política externa que tenía objetivos alineados en general con ellos, para lo cual fue anunciando una serie de medidas estratégicas. Primero, mejorar la imagen de los Estados Unidos entre sus aliados cambiando la proyección unilateralista arrogante que había adoptado George W. Bush y así lograr mejor cooperación y distribución de costos en una hegemonía de tipo multilateral o cooperativa. Segundo, comenzar la reducción de la presencia militar norteamericana en el exterior poniendo fin al rol bélico en Irak y concentrando recursos en la guerra en Afganistán con el fin también de ponerle fin a la misma. Dentro de lo que anunció como su gran estrategia de política exterior, puso énfasis en que buscaría más la negociación que el enfrentamiento con los adversarios de Washington, como podían ser los gobiernos de Irán, Corea del Norte, Venezuela y Cuba. En otra promesa vinculada a esta temática, se comprometió a cerrar el campo de concentración de musulmanes en el territorio cubano ilegalmente ocupado por la Base Naval de Guantánamo.

Con estos elementos quizás pueda comprenderse mejor el enfoque de Obama, sobre todo si se añade el análisis de Andrew Bacevich, quien apunta que la política exterior debe enfatizar, como precepto, “el activismo por sobre el ejemplo, el poder duro por sobre el blando, y la coerción (muchas veces definida como ‘negociar desde una posición de fuerza’) por sobre la persuasión”. A partir de esta precisión, Bacevich subraya la importancia de lo que llama la “santísima trinidad.” En sus palabras, se trata de que “una convicción imperativa de que las esencias mínimas de la paz y el orden internacionales requieren que los Estados Unidos mantengan una presencia militar global, configuren sus fuerzas para una proyección global de poder, y contrarresten amenazas existentes o anticipadas dependiendo de una política de intervencionismo global”. Para Bacevich, Obama ha venido actuando bajo estos presupuestos, que han estado presente en la historia de la política exterior y de seguridad norteamericana. “Desde que asumió su cargo --afirma--, el Presidente Obama ha actuado en varios terrenos para ajustar la forma en que los Estados Unidos ejercen ese liderazgo mundial. Sin embargo, esos ajustes raras veces han ido más allá de lo cosmético. En lo fundamental, se ha mantenido firme. El consenso de seguridad nacional al cual todo presidente

desde 1945 se ha suscrito, persiste. En este sentido, no ha habido cambio en los Estados Unidos.”<sup>125</sup>

La gestión de Obama entre 2009 y 2011 no ha significado una desaparición o contracción decisiva del conservadurismo. En este sentido, la pérdida de fuerza y de espacios por parte de la corriente neoconservadora no significa su abandono de la escena política norteamericana. Pueden tomarse algunos ejemplos. Algunas figuras relevantes de la Administración de W. Bush mantuvieron presencia e influencia (como Robert Gates, quien permaneció como Secretario de Defensa hasta 2010, reflejando la importancia que Obama le atribuía al tema de seguridad nacional). Al mismo tiempo se ha observado una permanencia en determinadas publicaciones e instituciones académicas de sus ideólogos más importantes, como la revista *Commentary* y el *American Enterprise Institute*, lo cual propicia una atmósfera que en materia del pensamiento estratégico está muy cercana a los círculos gubernamentales, y que de hecho, les nutre con ideas y propuestas. Por esa vía, en la Administración Obama se ha alimentado la idea de que se necesita un gobierno vigoroso y se ha legitimado el uso de la fuerza en las relaciones internacionales, incluida la militar, con gran atención al tema de la defensa de la seguridad nacional. El liberalismo de que se suponía era portadora la ideología del presidente, se amalgama con un conservadurismo moderado o con lo que podría llamarse un realismo político conservador.

El período que se inicia en la sociedad estadounidense a partir del proceso de elecciones presidenciales de 2008 y que se extiende hasta 2011 era y sigue siendo sumamente complicado. Por un lado, se abrió paso un gobierno basado en promesas de cambio, liderado por un hombre de piel negra, por encima de prejuicios y del tradicional racismo, cuyo lenguaje dejaba atrás estridencias y aparentaba un nuevo rumbo, lo cual propiciaría que una vez en la presidencia se le otorgase el Premio Nobel de la Paz. Por otro, se mantenía una política exterior belicista, que no dejaba de apelar al enfoque de seguridad nacional, si bien bajo nuevos matices, en medio de un contexto en el que no llega a consolidarse una orientación liberal como se esperaba por muchos, persistiendo diversas concepciones conservadoras, como la del neoconservadurismo, las de la llamada “nueva derecha” y la derecha tradicional, las que atacan la figura de Obama, señalando que viola la Constitución y que es expresión de socialismo y antinorteamericanismo. Estas reacciones se manifiestan tanto a nivel de algunas instituciones académicas identificadas como tanques pensantes, al estilo de la *Heritage Foundation*, como de movimientos sociopolíticos, cuál sería el caso del llamado *Tea Party*, de signo populista, esgrimiendo criterios nativistas, racistas y xenófobos, permaneciendo las manifestaciones del

---

<sup>125</sup> Andrew Bacevich, **Washington Rules: America's Path to Permanent War**, Metropolitan Books, New York, 2010, pp. 13-20.

fundamentalismo protestante, asociadas a la conocida “derecha religiosa”<sup>126</sup>. Aunque han aflorado protestas y reacciones como las encranadas en *Occupied Wall Street*, su trascendencia es limitada.

Las propuestas de política exterior de Obama han implicado reajustes y continuidades. En el centro de ella se encuentra la defensa de los intereses vitales de los Estados Unidos, para lo cual se ha diseñado una gran estrategia orientada al ejercicio del liderazgo en aquellos campos en los que sus intereses coinciden o se presentan como coincidentes con el interés común. Se busca de esa manera preservar la primacía que los Estados Unidos construyeron a partir de la segunda guerra mundial y mantuvieron durante la guerra fría mediante la política de contención, desde Truman hasta Reagan-Bush padre; a través de la del compromiso selectivo durante los gobiernos de Clinton y con el empleo de la guerra contra el terrorismo durante la Administración de W. Bush. La primacía es una modalidad de gran estrategia basada en el principio de no tolerar el surgimiento y consolidación de un poder que rivalice con el propio.

En el discurso pronunciado al asumir la presidencia de su país, Obama invocó la defensa del Estado de derecho y los derechos humanos como ideales que inspiraron a los fundadores de la nación norteamericana y sentenció: “Esos ideales todavía iluminan el mundo y no renunciaremos por conveniencia. Y a todos los pueblos y gobiernos que nos observan hoy, desde las grandes capitales hasta el pequeño pueblo donde nació mi padre: sepan que Estados Unidos es amigo de todos los países y de todos los hombres, mujeres y niños que buscan un futuro de paz y dignidad, y que estamos listos para asumir el liderazgo una vez más. Recordemos que generaciones anteriores afrontaron el fascismo y el comunismo no solo con misiles y tanques, sino con sólidas alianzas y firmes convicciones. Comprendieron que nuestro poder por sí solo no puede protegernos ni nos da el derecho de hacer lo que queramos. Más bien, sabían que nuestro poder crece si lo usamos de forma prudente; que nuestra seguridad emana de la justicia de nuestra causa, la fuerza de nuestro ejemplo”. Ideales compartidos, alianzas sólidas para defenderlos y convicciones no conveniencias son las bases para retomar el liderazgo estratégico en defensa de los intereses de los Estados Unidos que son asumidos como los intereses de la humanidad. Ante la visión polarizadora y excluyente que justifica la acción militar sin límites y principios que caracterizó la guerra contra el terrorismo adelantada por la Administración de W. Bush, hace un llamado al mundo musulmán para buscar salidas conjuntas con base en el interés y respeto mutuos. Posición que no implica abandonar la fuerza. De allí que afirmara que “no nos disculparemos por nuestro modo de vida, ni vacilaremos en su defensa, y para aquellos que pretenden lograr sus objetivos acudiendo al terrorismo y a

---

<sup>126</sup>Véase Susan George, **El pensamiento secuestrado: cómo la derecha laica y la religiosa se han apoderado de Estados Unidos**, Icaria, Barcelona, 2007.

la matanza de inocentes, les decimos que ahora nuestro espíritu es más fuerte y no puede romperse; no pueden perdurar más que nosotros, les derrotaremos.”

Estas posiciones adoptadas por la retórica de Obama establecen ciertas diferencias con la forma con que la Administración de W. Bush encaró la crisis de hegemonía y los conflictos asociados a los reajustes y cambios en la correlación de fuerzas a nivel mundial, así como a los juegos de intereses internos. La postulación de un nuevo trato ha generado importantes apoyos a la política norteamericana, en los últimos tres años, sobre todo en el exterior. El que la potencia en decadencia sostenga en la retórica su disposición a tratar a los demás países en condiciones de igualdad, a recurrir al multilateralismo renunciando a la política de imposiciones imperiales, asuma --al menos en el discurso-- corresponsabilidades históricamente negadas y manifieste querer construir políticas no para sino con los demás es un hecho relevante. Sin embargo, no parecen viables rupturas radicales en materia de política exterior y los márgenes de maniobra del gobierno están acotados por fuerzas e intereses internos y externos que delimitan su acción, aún en el caso de que el presidente quisiera avanzar en un cambio radical. El problema no es el de las intenciones de un dirigente, es cuestión de la naturaleza de los intereses en juego y esos son, entre otros, los de la superación de la crisis de hegemonía y la preservación de la primacía, tal como queda planteado con la definición de los ejes fundamentales de la política de seguridad y defensa.

Una de las tesis más fuertemente invocadas por Obama es la cuestión ética de la relación entre la seguridad y los ideales: “En cuanto a nuestra defensa común, rechazamos como falsa la opción entre nuestra seguridad y nuestros ideales.” Seguridad versus ideales remite al problema clásico del recurso a la violencia en las sociedades. La violencia tiene un carácter instrumental, no es un fin en sí mismo, es un medio. Y en esa relación el fin no justifica los medios, de allí que no todo valga en la guerra como lo pretenden ciertas tradiciones militaristas. Esta postura es, tal vez, la de mayores implicaciones simbólicas y, en consecuencia, políticas, de las asumidas por el actual mandatario norteamericano.

Los ideales a los que remite el enunciado son los enarbolados por los padres fundadores de la nación norteamericana y que en el discurso del presidente se resumen en libertad y democracia, Estado de derecho y derechos humanos. El recurso a la violencia en aras de la seguridad y defensa no puede vulnerar las libertades democráticas, atentar contra los derechos humanos y desconocer el Estado de derecho. De allí la condena al recurso a la tortura en los interrogatorios y el anuncio del cierre de la prisión en Guantánamo, aún y cuando no haya actuado en consecuencia. En el discurso sobre la seguridad y los valores del 20 de mayo de 2009, Obama señaló que ante la amenaza

terrorista, las dos guerras en las que se encuentran comprometidos y la necesidad de combatir a los terroristas refugiados en Afganistán y Pakistán su gobierno había apropiado los recursos necesarios para el fortalecimiento y la dirección estratégica de las fuerzas militares y de la inteligencia; agregó que había avanzado en la construcción de acuerdos para controlar las armas nucleares y evitar que armas de destrucción masiva caigan en manos de terroristas, así como fortalecido la diplomacia. Así, fuerza y diplomacia forman parte de la estrategia norteamericana para neutralizar, aislar y derrotar a sus enemigos, al menos al nivel discursivo. El anuncio de un “nuevo trato”, el compromiso con la acción multilateral y el respeto de las libertades, el Estado de derecho y los derechos humanos han jugado un papel significativo en los propósitos de Obama de relegitimar la política de seguridad nacional.

En la ESN 2010, presentada en mayo de ese año, se trazan, de manera general, los objetivos de la Administración Obama y sus metas en política exterior, ante el nuevo entorno geopolítico mundial. En buena medida, se trata de una posición que podía anticiparse, en la medida que no constituye un punto de inflexión ni doctrinal ni práctico con respecto al legado estratégico que recibió el presidente Obama. Eso sí, en correspondencia con el enfoque explícito discursivo mantenido desde que asumió la presidencia, y a diferencia de su predecesor, en este documento se enfatiza la idea de evitar la confrontación para alcanzar los objetivos internacionales, priorizando, siempre que sea posible, la negociación y la persuasión.

Aunque Obama se aparta en su lenguaje de la Administración Bush al priorizar (como medio para alcanzar los objetivos de política exterior), la diplomacia frente al conflicto armado, poniendo acento en la cooperación global así como en la conformación de alianzas, no llega a expresar un distanciamiento significativo en cuanto a la doctrina de la guerra preventiva, lo que refuerza la argumentación acerca de que la balanza se inclina más hacia la continuidad que al cambio.

La “nueva” Estrategia de Seguridad Nacional no se distancia, en esencia, de enfoques anteriores, en la medida en que sus principales objetivos parecieran seguir siendo los mismos: eliminar los elementos que obstaculicen los caminos para lograr los intereses hegemónicos de los Estados Unidos, recurriendo al pretexto, una vez más, de que amenazan su seguridad nacional. A pesar del esfuerzo por emplear matices, el documento ratifica la tradicional proyección belicista, al afirmar que “mantendremos la superioridad militar que ha asegurado a nuestro país, y ha apoyado la seguridad mundial, durante décadas (...) Nuestras fuerzas armadas siempre serán la piedra fundamental de nuestra seguridad”. Es decir, si bien se destaca un contraste con la estrategia de 2006, al subrayarse el papel de la diplomacia y el compromiso, no se deja de reconocer lo imperioso que resulta conjugar, junto a una política de poder

inteligente, los instrumentos que conforman un enfoque integral, que incluye también los del llamado poder duro y poder blando ante los procesos y escenarios actuales, que retan la hegemonía norteamericana.

Si se mira hacia el período anterior más inmediato, desde el “fin” de la guerra fría, en los años de 1990, y en la década que le sigue, bajo la secuela del 11 de septiembre, queda claro que la lucha contra el narcotráfico, primero, durante la doble Administración Clinton, y luego la guerra contra el terrorismo, durante el doble período de W. Bush, marcaron la política exterior, de seguridad y defensa de los Estados Unidos. Lo que se dio en llamar postguerra fría, abarcando como etapa histórica hasta el presente, se caracterizó y se sigue definiendo por una mayor fluidez, inestabilidad e incertidumbre en el orden mundial. Los Estados Unidos se recuperarían de la crisis de hegemonía de los años de 1980 desde el punto de vista tecnológico-militar e ideológico-mediático, pero seguirían encontrando fisuras hegemónicas en su dimensión económica, encarando la competencia de la Unión Europea (especialmente la de Alemania), de Japón, China y las economías emergentes de Brasil e India. Adicionalmente, han debido enfrentar el surgimiento de potencias regionales como es el caso de Rusia, China e Irán. De la bipolaridad de la guerra fría se ha pasado a una polaridad compleja en la que se están dando reajustes en la correlación de fuerzas a nivel mundial y el centro de gravedad se ha desplazado progresivamente del Atlántico hacia el Pacífico y Asia.

Es en este contexto en el que el liderazgo norteamericano percibe márgenes de maniobra para incidir en el tratamiento de los cambios geopolíticos en la correlación de fuerzas y en los reajustes en la distribución del poder, con implicaciones profundas para el tablero estratégico mundial. Este es el espacio que hoy ocupa el discurso de Obama y su propuesta para hacer frente a la continuada crisis de hegemonía de los Estados Unidos y a la pérdida de legitimidad, como consecuencia de acumulaciones que aunque con antecedentes, se resumen en la agotada política conservadora de la Administración de George W. Bush, en un marco en el que se acercan de nuevo, en 2012, elecciones presidenciales. Estas deben asumirse como una coyuntura específica o punto de referencia a la hora de interpretar y prever desde una óptica estratégica el devenir de las proyecciones de seguridad nacional y de delimitar los límites de la hegemonía norteamericana.

Al evaluar, por otra parte, las continuidades, quizás lo más sustantivo sea que el liderazgo presidencial norteamericano, más allá de la pretensión de fundarse en intereses pretendidamente comunes o compartidos, responde a los intereses vitales de los Estados Unidos y a la necesidad de preservar estratégicamente la primacía que han ejercido. De allí que el enfoque de seguridad nacional se oriente, en realidad, a evitar la consolidación de cualquier potencia, amiga o no, con capacidad de disputarles la hegemonía. La defensa



de esos intereses y el ejercicio de la primacía es presentada *per se* como la defensa de los principios e ideales fundadores de la nación norteamericana. Sólo que esto no es nuevo; así ha sido a lo largo de la historia de los Estados Unidos. El valor de la libertad y la democracia ha sido utilizado como un instrumento hegemónico o de dominación, según el caso. Apelando a estos valores y a la defensa de su concepción de los derechos, los Estados Unidos han justificado sus intervenciones e imposiciones y tratado de legitimar la autodesignación de “gendarmes” universales de la democracia y los derechos humanos. Con Obama, veinte años después de “sepultada” la guerra fría, y a diez años de los atentados del 11 de septiembre, luego de asesinar a figuras como Bin Laden y Gadafhi, la perspectiva que sostiene la doctrina, la estrategia, el enfoque de seguridad nacional, reitera, de alguna manera, una versión ideológica del Destino Manifiesto para el siglo XXI, en tanto que desde el punto de vista militar da continuidad al fortalecimiento de las fuerzas armadas, a su presencia global, en el marco de una concepción estratégica de garantizar la hegemonía a través del poder duro (medios bélicos) y del desarrollo de un poder blando e inteligente (medios de comunicación y nuevas tecnologías de la información), procurando las mejores vías para mantener y reproducir los objetivos del imperialismo.

Estará por verse si los Estados Unidos pueden concebirse a sí mismos y ubicar su lugar en el mundo desde una perspectiva estratégica que, manteniendo la defensa abierta de sus intereses como imperialismo, le permita jugar en un tablero multilateral, a sabiendas de que el unilateralismo está comprometido por una crisis de hegemonía que no consigue superar, y de que nunca más podrá estar absolutamente seguro de su invulnerabilidad. El próximo gobierno de los Estados Unidos, encabezado por Obama o por una figura republicana, sin desconocer el papel de la personalidad individual en la historia, tendrá su estilo de gobernar propio, y una capacidad específica para relanzar una economía en profunda recesión, para enfrentar lo que estime son las amenazas internacionales, mezclando en una u otra proporción el poder duro con el blando y el inteligente, pero no podrá mantener indefinidamente el actual nivel de tensión mundial.

# ESTADOS UNIDOS: ECONOMÍA, GEOPOLÍTICA MUNDIAL Y ESTRATEGIA GLOBAL

Dr. Luis René Fernández Tabío

## Introducción

Transcurrida la primera década del siglo XXI y adentrándonos en la segunda, temas tales como la declinación hegemónica relativa de Estados Unidos, las implicaciones de ese proceso para la economía mundial, las relaciones políticas y el nuevo orden global adquieren enorme relevancia. El proceso anteriormente señalado y el auge de nuevas fuerzas políticas internacionales, potencias emergentes y alianzas, algunas contra hegemónicas, permiten prever variantes en la formación de un nuevo orden con inclinación al multipolarismo. Aunque probablemente todavía ese orden contaría con una ligera preeminencia de Estados Unidos como gran potencia por algunos años, pero el mayor equilibrio de fuerzas entre un mayor número de fuerzas, implicaría un clima de creciente vulnerabilidad y potenciales escenarios de inestabilidad y violencia como vía para la solución de conflictos, si no se refuerza el papel de instituciones internacionales.

Para las próximas dos o tres décadas no se puede prever el futuro con precisión, depende tanto de la evolución de la actual gran potencia norteamericana, sus principales aliados -- G-7, Canadá, la Unión Europea, Japón-- y del resto de otros importantes actores globales, como la República Popular China, Rusia, India y Brasil, el grupo BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) y otras alianzas, asociaciones y procesos de integración, que escapan al dominio estadounidense como UNASUR, ALBA y CELAC en nuestra subregión.

Las notas que siguen, pretenden realizar una aproximación preliminar a estos problemas, partiendo de una breve exposición sobre algunas interpretaciones de la declinación hegemónica relativa de Estados Unidos y sus implicaciones para la política internacional en los próximos años. Se consideran las principales estrategias de los sectores de la clase dominante, que se vienen delineando por los centros de pensamiento, expertos e

instituciones académicas en ese país, para lograr contrapesar la tendencia al deterioro de la posición de hegemonía, que sin duda ocupó Estados Unidos en el mundo durante la mayor parte del siglo XX. Algunas evidencias recientes de ajustes en la política exterior estadounidense, el discurso oficial del gobierno y el debate al interior de la clase dominante parecen confirmar la introducción de algunos elementos de los diseños estratégicos propuestos, aunque el curso definitivo podría variar como parte de los resultados electorales en 2016 y el eventual fortalecimiento de tendencias reaccionarias y neoconservadoras, si les favorecen las contiendas políticas domésticas.

Para los países más próximos geográficamente a Estados Unidos como es el caso de México y Cuba, y en general para la subregión de América Latina y el Caribe, conocer estos procesos, tendencias y posibles escenarios son de vital importancia para el diseño de sus políticas y estrategias para el futuro. La declinación hegemónica relativa de Estados Unidos supone el replanteo de su lugar en el mundo y el empleo de nuevos y viejos instrumentos de dominación y modificaciones en su comportamiento. Sin embargo, más allá de las prioridades fijadas por los formuladores de política exterior en un momento histórico concreto, las metamorfosis en la correlación mundial de poder, las mutaciones en el accionar concreto y los cambios en el empleo de unos y otros instrumentos de política, ello no significa el abandono de la subregión latinoamericana y caribeña, la que han llamado insistentemente su patio trasero.

Se han producido y se seguirán generando mudanzas en la correlación de fuerzas políticas y económicas a escala planetaria, como lo demuestra --por mencionar un ejemplo relevante en nuestra subregión-- la formación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) y el papel de UNASUR como actor político subregional para la solución de conflictos, en lugar de la OEA. Son acontecimientos trascendentes, e incluso evidencian transformaciones en el subsistema de relaciones hemisféricas, pero las asimetrías económicas perduran y la fuerza de los instrumentos de poder imperialista en asociación con las fuerzas locales de las oligarquías transnacionales sigue siendo enorme. Del otro lado, el proceso de integración subregional y coordinación estratégica de las fuerzas de la izquierda, los movimientos sociales y partidos políticos, les resta mucho camino por avanzar, para frenar o derrotar las políticas imperialistas sobre Nuestra América.

Estados Unidos es todavía y seguirá siendo por algunos años la mayor potencia mundial y la repercusión de sus políticas en su entorno más cercano continuará teniendo enorme impacto, aún en los escenarios más negativos para su posición relativa de poder en las próximas décadas. Si bien la proyección de Estados Unidos conserva su carácter global, en la medida que el llamado sobre dimensionamiento imperial se haga más perceptible, debe esperarse la

concentración de sus esfuerzos sobre el escenario geográfico más próximo, como ocurrió en la fase de ascenso y expansión territorial inicial, que comenzó después de desplazar por la fuerza a los pobladores originales de sus tierras, luego en depredación y guerra con México hasta el tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848, y por último la intervención militar en Cuba y Puerto Rico en 1898 al hacerle la guerra al declinante imperio español. Un excelente ejemplo de cómo las élites políticas de Estados Unidos desde finales del siglo XIX tomaban en cuenta el balance de poder global y en dependencia de ello formularon la supuesta Ley de Gravitación Política, conocida en Cuba como “la fruta madura”.

Estas ideas pretenden contribuir modestamente al debate y si fuera posible a la mejor comprensión sobre estos procesos, así como vislumbrar los escenarios que se avecinan. Los anteriores elementos deben servir para el trazado de las políticas desde el Sur y las organizaciones de izquierda en la más amplia alianza, desde los intereses de los pueblos en los países de Nuestra América, para poder enfrentar lo más exitosamente posible los desafíos planteados por estos escenarios.

## **Declinación hegemónica de Estados Unidos: breve aproximación**

**E**l tema de la declinación hegemónica de Estados Unidos ha sido bastante recurrente en la literatura sobre las relaciones internacionales y la economía política del sistema mundial, en la misma medida que se han puesto de manifiesto las debilidades de la economía estadounidense respecto al resto del mundo y sus mayores competidores.

Asuntos como la inconvertibilidad del dólar estadounidense en oro, declarado unilateralmente durante la presidencia de Richard Nixon en los años 70, la reducción de la competitividad en su planta productiva, desequilibrios macroeconómicos en la cuenta corriente del balance de pagos, en el comercio exterior y en la cuenta de capital, han puesto en evidencia el proceso de declinación del poderío económico de Estados Unidos. Más recientemente, el creciente déficit fiscal y la enorme deuda pública han renovado las preocupaciones sobre la sostenibilidad del imperialismo como principal potencia hegemónica en los próximos años.

Entre las contribuciones principales al problema de la declinación de las grandes potencias, desde la perspectiva fundamentalmente de la historia y la economía política, se encuentra la obra publicada inicialmente por Paul

Kennedy en 1987.<sup>127</sup> El libro de Kennedy sobre el ascenso y caída de las grandes potencias, aunque no se dedica al análisis exclusivo de Estados Unidos, sus tesis referidas a los impactos que a largo plazo lleva sostener un elevado gasto militar en relación al tamaño de la economía han sido de gran utilidad para estos estudios. La insostenibilidad del gasto público y en particular los referidos al gasto militar y la “seguridad nacional” para mantener la condición hegemónica, conduce al efecto denominado “sobredimensionamiento imperial”. Enormes déficit fiscales en la economía interna y el sector externo de Estados Unidos con respecto al resto del mundo –comercio y flujos de capitales–, deuda pública desbordada, que se situó en el 2011 en el 98.4% de su PIB<sup>128</sup>, son evidencias de ese sobredimensionamiento.

La persistencia de estos desbalances durante muchos años revelan su carácter estructural, y ello impone un “ajuste” para conseguir el alineamiento de los ingresos y los gastos presupuestarios, así como equilibrar las cuentas nacionales de la gran súper potencia.

Immanuel Wallerstein ha abordado este tema para Estados Unidos como parte de su visión sobre el sistema mundial capitalista.<sup>129</sup> En su libro sobre la declinación del poder de Estados Unidos y en diversos artículos establece una periodización de los “ciclos hegemónicos” y en particular fija el inicio de la declinación hegemónica estadounidense y sus consecuencias para el sistema mundial capitalista.<sup>130</sup>

Han existido propuestas contrarias a estos enfoques, entre la que se destaca Joseph Nye, quién considera concurren las bases para mantener el liderazgo de Estados Unidos apoyado en otras fuentes e instrumentos de poder, como el dominio de la información, las bases de datos, las redes globales y el sistema financiero especulativo global, ámbitos de supremacía estadounidense.<sup>131</sup> Nye ha introducido conceptos e ideas en esta esfera que han impactado la formación de su política exterior, como es el caso del poder inteligente, una combinación de fuerza y el llamado poder suave.<sup>132</sup>

<sup>127</sup> Paul Kennedy. *The Rise and Fall of Great Powers. Economic change and military conflict from 1500 to 2000*. Random House, 1987. pp. 677. ISBN 0-394-54674-1

<sup>128</sup> Dolores Padierna Luna. *La doctrina Obama y América Latina. Retos y soluciones desde la izquierda*. México DF, julio 2013, pp. 28 – 34.

<sup>129</sup> Elwell, Frank W. 2013. "Wallerstein's World-Systems Theory," Recuperado 5 de febrero, 2014. <http://www.faculty.rsu.edu/~felwell/Theorists/Essays/Wallerstein1.htm>

<sup>130</sup> Immanuel Wallerstein. *The Decline of American Power: The U.S. in a Chaotic World*. New York: The New Press, 2003. 324 pp. ISBN 10: 1565847997; “The Curve of American Power”. *New Left Review*. Recuperado 5 de febrero 2014. <http://www.iwallerstein.com/wp-content/uploads/docs/NLRCURVE.PDF>

<sup>131</sup> Joseph Nye Jr. *Bound to Lead: The Changing Nature of American Power*. Basic Books, 1991, 307 pp. ISBN 9780465007448

<sup>132</sup> Joseph Nye Jr. *Soft Power: The Means to Success in World Politics*. New York: New York. Public Affairs. ISBN: 9781586482251.

Entre los primeros en retar las tesis sobre la declinación de Estados Unidos se encuentra Henry R. Nau, quién desafió abiertamente las ideas al respecto de Paul Kennedy.<sup>133</sup> La obra de Nau publicada en 1990 considera la declinación de Estados Unidos como un mito, estando sus argumentos influidos por la caída del socialismo en Europa ocurrida en los años que escribe esa obra.<sup>134</sup> Otro importante trabajo de la crítica a la declinación de las grandes potencias fue escrito por George L. Bernstein, e insiste de nuevo en el carácter relativo de esta afirmación apoyado en referencias a Gran Bretaña y Estados Unidos.<sup>135</sup>

Autores del “Tercer Mundo”, América Latina y Cuba, y dentro de ellos el Grupo de Trabajo sobre Estados Unidos de CLACSO bajo la coordinación de Marcos Gandásegui Jr. han dedicado su atención a este asunto y realizado aportes, sobre todo enfocados en las consecuencias de este proceso para la configuración de la política estadounidense hacia nuestra América.<sup>136</sup> Sus resultados consideran múltiples aristas, como la crítica a la caracterización de la actual etapa del imperialismo, la trayectoria histórica del capitalismo y el desafío que representa el ascenso de China como potencia y sus posibilidades de sucesión como centro hegemónico mundial, el lugar y papel de otras potencias y agrupaciones de poder emergente.

No obstante, el tema recurrente de especialistas e incluso de la prensa especializada sobre las predicciones del ascenso chino como potencia mundial, su creciente peso geoeconómico y geopolítico, si bien es cierto y existen muchos resultados que lo respaldan, no supone el desplazamiento total e inmediato del papel de Estados Unidos como principal potencia global. Quizás el escenario más probable sea un orden multipolar en que China comparta el liderazgo mundial con Estados Unidos de un modo u otro junto a otros actores emergentes.

Una investigación reciente ofrece una visión enriquecedora para reevaluar este proceso de recambio en el orden mundial. Señala que las cuentas nacionales subestiman la participación de los capitalistas de Estados Unidos en la estructura de poder mundial globalizada. Tomando como referencia las mayores 2000 corporaciones globales de la revista *Forbes* y mediante el cálculo de la participación en los beneficios de los nacionales de distintos países, se ha podido conocer que la apropiación de riqueza creada por estas empresas es captada de modo desproporcionado por los propietarios estadounidenses. Por

---

<sup>133</sup>Henry R. Nau (2001). “Why ‘The Rise and Fall of the Great Powers’ was wrong.” *Review of International Studies*, 27, pp 579-592. doi:10.1017/S0260210501005794.

<sup>134</sup>Henry R. Nau (1990). *The Myth of America’s Decline: Leading the World Economic into the 1990’s*. New York, Oxford University Press.

<sup>135</sup>George L. Bernstein. *The Myth of Decline. The Rise of British since 1945*. Pimlico, Random House, 2004. 816 pp. ISBN 1-8441-3102-5.

<sup>136</sup>Entre los principales se destacan Atilio Borón, Samir Amin, Marcos Gandasegui Jr., Jorge Hernández, Luis Suárez, Carlos Alzugaray y Orlando Caputo.

ejemplo, el 84% de los beneficios en el sector de “hardware” y “software” es de capitalistas de Estados Unidos, si bien China es la mayor productora en ese mercado desde el 2007. El predominio en el control de las ganancias en los servicios financieros de las corporaciones transnacionales en manos de ciudadanos estadounidenses se aumenta a partir de la última gran crisis económica financiera, de 47% en 2007 a 66% en 2013.<sup>137</sup>

Ello no niega el ascenso del poder económico de China, su creciente papel en la geoeconomía y la geopolítica mundial y la fragilidad y debilitamiento relativo de la posición económica y política de Estados Unidos, pero no permite traducir de manera inmediata e irremediable esos datos para predecir la sustitución de Estados Unidos por China como potencia hegemónica global en la próxima década.

Todavía Estados Unidos, más allá de los signos reales en su decadencia como primera potencia global, cuenta con la única fuerza militar verdaderamente mundial, enorme poderío y capacidad global de liderazgo en el terreno de la información, los patrones culturales y la llamada industria del entretenimiento mediante la cual se introducen valores de su sociedad que impactan directa o indirectamente la conciencia social de todo el mundo a través de los más diversos medios. El control mayoritario de la infraestructura de las comunicaciones, desde satélites y otras redes para conectar esos medios en el campo de la informática y las nuevas tecnologías, abarca la esfera de la inteligencia y el espionaje, vinculado a las redes sociales, Internet, llegando al individuo, lo que constituye también una esfera de predominio de Estados Unidos de gran trascendencia para preservar su liderazgo, siendo bases del llamado “poder blando”. La noción del “poder inteligente” como empleo conjunto y eficaz del poder “blando” y el “duro”, ahorra recursos y por tanto es una contribución a la estrategia de recuperar la hegemonía en las nuevas condiciones. Dentro de estas políticas, la recomendación de configurar alianzas y asociaciones es fundamental, porque aumenta la influencia y legitimidad de la política de Estados Unidos.<sup>138</sup>

En la actualidad, la globalización del mercado de capitales acrecienta los rasgos parasitarios del imperialismo, pero coloca la principal fuente de poder dentro de ese mercado en la esfera especulativa y no en el ámbito de la producción material o el comercio. Por ello, las bases principales del poder económico de Estados Unidos no descansan fundamentalmente en el comercio, o la participación de sus industrias en la producción material, sino en la esfera

---

<sup>137</sup>Starrs, Sean. “America Didn’t Decline. It Went Global”. *Politico*. February 24, 2014.

[http://www.politico.com/magazine/story/2014/02/america-didnt-decline-it-went-global-103865\\_Page2.html#ixzz2uML1qgrF](http://www.politico.com/magazine/story/2014/02/america-didnt-decline-it-went-global-103865_Page2.html#ixzz2uML1qgrF)

<sup>138</sup>Richard L. Armitage; Joseph S. Nye Jr. CSIS Commission on Smart Power. *A Smarter, more secure America*. Washington DC, 2007. ISBN 978- 0- 89206- 501 3, p. 7

financiera y el control mayoritario en la distribución de la riqueza a través de los mecanismos del mercado mundial de capitales y la participación en las acciones de las transnacionales. En tal sentido, desplegar y profundizar la llamada integración profunda, como fase superior de esquemas integradores basados en el “libre comercio”, constituye el marco institucional y regulatorio para preservar el poder económico financiero del imperialismo a través del dominio de las cadenas productivas, de servicios y financieras, controladas por sus bancos y corporaciones transnacionales a escala mundial para las próximas décadas.

No obstante, más allá de estas nuevas características del capitalismo, que pudieran contrapesar o dilatar la caída del poder económico del capital financiero estadounidense, el ascenso y desmoronamiento de las bases de poder de las grandes potencias y el balance de fuerzas entre los principales actores en un período concreto, influyen sobre el orden mundial, el proceso de transformación inherente y las políticas exteriores de los países.

Un factor en el curso de la política exterior de las grandes potencias imperiales ha estado asociado a su poder en términos relativos, respecto a otras fuerzas actuantes en el momento histórico concreto y el poder relativo se explica por múltiples variables. De ahí que la extensión territorial de los países, las características de sus fronteras, la disponibilidad de recursos naturales, agua y energía, la capacidad de producir alimentos, la biodiversidad, los indicadores demográficos, el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, el modo de articulación de la economía mundial y sus finanzas, así como el dinamismo económico, el avance tecnológico, competitividad de los principales sectores industriales y la acumulación de riquezas, constituyen factores clave del poder y la posibilidad de proyectarlo más allá de sus fronteras con fines expansionistas y de dominación.

El poderío militar y de los instrumentos de seguridad e inteligencia de las potencias, no pueden dissociarse de sus bases económicas y tecnológicas en cada etapa histórica específica, factores decisivos en su expansión; sintéticamente: la base económico material de cada potencia imperialista respecto al resto del mundo, el momento en que se encuentra dentro del ciclo hegemónico, constituyen aspectos determinantes en las tendencias de política exterior, el tipo de mecanismos de intervención y modos privilegiados de su accionar, sean de preferencia unilateral o mediante alianzas, o cualquier combinación de estas.

El proceso de ascenso y declinación hegemónica de las grandes potencias es sumamente complejo y se debe tener en cuenta las condiciones y los actuales rasgos del imperialismo como centro del sistema capitalista, distinto al observado a finales del siglo XIX, e incluso durante gran parte del siglo XX. Si en el pasado el poderío naval, aéreo, y la capacidad de una gran potencia de



proyectarlo mundialmente eran decisivos y todavía son muy importantes, en la actualidad el dominio del cyber espacio, tanto desde el punto de vista de la información, la inteligencia y las acciones propiamente defensivas y agresivas desde ese “teatro de operaciones” es vital, quizás hasta decisivo.

En parte por eso, para Nye las visiones sobre la declinación de Estados Unidos presentadas por otros estudiosos se basan en una disminución del poderío relativo y no absoluto del país, dada la recuperación del resto de las potencias después de la Segunda Guerra Mundial y porque se han realizado lo que denomina “falsas analogías” con momentos y situaciones históricas distintas.

El poderío de cualquier potencia es cambiante y debe medirse respecto a otras que coexisten en el tiempo – de ahí la importancia de conocer la dinámica evolutiva en la correlación de fuerzas. El balance de poder global se modifica según el ascenso y caída de las potencias, si bien “en lo que atañe al sistema internacional, la riqueza y el poder, o la fuerza económica y la militar son siempre relativos y deberían ser considerados como tales.”<sup>139</sup> En tal sentido, la capacidad de ejercer la dominación, la hegemonía o el liderazgo, depende de la significación de esa potencia en relación al resto de los agentes de poder en el espacio, sea regional o mundial, así como los objetivos que se propone.

A lo largo de su historia, la política externa de Estados Unidos ha tenido que ajustarse a sus posibilidades y a las condiciones del balance internacional de fuerzas dentro de cada etapa. Las distintas corrientes e interpretaciones en la formación de la política han debido considerar los factores objetivos internos y externos y sus intereses económicos y políticos estratégicos, con prevalencia sobre principios y valores declarados como baluartes de su propia identidad como nación --como la democracia, los derechos humanos, el Destino Manifiesto--, cuando intereses económicos han entrado en conflicto con esos valores.

El “balance” entre motivaciones “morales” atemperada por el “realismo” de los intereses económicos o de “seguridad”, constituye un problema de gran importancia en la formación de la política exterior.<sup>140</sup> El arribo indiscutido de Estados Unidos a lo que Wallerstein ha llamado su victoria hegemónica a fines de la Segunda Guerra Mundial,<sup>141</sup> establece un momento de obligada referencia hasta finales de la década de 1980 y principios de 1990. La desaparición de la URSS y el llamado socialismo real de Europa, cuando se declara el fin de la

---

<sup>139</sup> Paul Kennedy. *Auge y caída de las grandes potencias*. Plaza & Janes, Editores. 1994, Barcelona. P. 833

<sup>140</sup> Ronal Steel. “The Domestic Core of Foreign Policy”. *The Domestic Source of American Foreign Policy. Insight and Evidence*. Edited by Eugene R. Wittkopf; James M. McCormick. Roeman and Littlefield Publishers, INC. Maryland, 1999. P. 27

<sup>141</sup> Immanuel Wallerstein. *La decadencia del poder estadounidense*. Estados Unidos en un mundo caótico. Santiago, LOM Ediciones, 2005, p. 54.

“Guerra Fría” y el sistema bipolar de relaciones internacionales, parece abrir una etapa unipolar para el mundo con centro en la única súper potencia resultante del conflicto en la postguerra: Estados Unidos.

Un reto fundamental para los estrategias estadounidenses derivado de este acontecimiento lo constituyó la desaparición de los argumentos que habían servido de pretextos para su intervención en todo el mundo, en función de un enfrentamiento global a la expansión del comunismo. “Contención del comunismo”, clima de confrontación y juego de suma cero, constituyeron la justificación para el ascenso de la doctrina de seguridad nacional, la involucración en la Guerra de Corea primero, luego en la Guerra de Vietnam y así sucesivamente en toda una serie de intervenciones por todo el mundo, incluyendo a Cuba, Centroamérica y el Caribe.

No obstante, en un poco más de dos décadas después del derrumbe del Muro de Berlín, toda esa visión de optimismo sobre el futuro de Estados Unidos, la consolidación de su hegemonía y su lugar y papel en un mundo unipolar, aparece como un pasado muy lejano. George H. Bush habló del surgimiento de un “nuevo orden internacional” y Francis Fukuyama explicaba su tesis sobre el “fin de la historia”, como expresión del triunfo de la civilización occidental, en la fórmula de la democracia liberal y capitalismo, sobre otras formas de organización de la sociedad.<sup>142</sup> Y efectivamente, como sugería al final del famoso ensayo, el “tedioso fin de la historia serviría para hacerla comenzar de nuevo”, la historia se reiniciaba.

De tal manera, incluso en los momentos en que el discurso oficial de la política exterior y las líneas maestras de sus proyecciones externas han estado dominadas por los enfoques ideológicos más reaccionarios, agresivos e intervencionistas, por el triunfalismo imperialista y las consignas de recuperación de su hegemonía, la correlación de fuerzas ha moderado la agresividad de su política, como ocurrió por ejemplo, cuando la República Popular de Corea durante la presidencia de George W. Bush demostró la posesión del arma nuclear, y no se realizó un ataque como se preveía en la nueva estrategia de seguridad nacional estadounidense. Es decir, el balance entre sus capacidades económicas, militares y políticas -- internas y externas-- para llevarlas a vías de hecho a escala mundial, por regiones, subregiones y países, ha sido en última instancia el factor decisivo en las tendencias políticas, sobre discursos políticos y estrategias de la clase dominante que no las tomaban suficientemente en cuenta.

Cuando Estados Unidos se planteó a raíz de los ataques terroristas del 11 de septiembre del 2001 su nueva estrategia de seguridad nacional, sin duda se expresaron preocupaciones sobre los peligros para la paz y estabilidad mundial,

---

<sup>142</sup>Francis Fukuyama. “The End of History?” *The National Interest*. Summer, 1989.

que entrañaban interpretaciones extremistas del contexto internacional: o están con Estados Unidos o en contra, decía W. Bush. Los retos y razones de conflicto se establecieron sobre bases ideológicas y hasta culturales, como el enunciado "conflicto de civilizaciones", o la decisión del imperialismo estadounidense de aplicar la fuerza "preventiva" de modo unilateral ante determinados retos acrecentó la inestabilidad mundial.<sup>143</sup> El acompañamiento de los aliados era bienvenido, pero siempre subordinado a las direcciones y decisiones de Estados Unidos.

Sin duda se trataba de un peligro real y tuvo consecuencias nefastas para los pueblos y países de Afganistán e Irak, objetos de intervenciones militares con grandes costos humanos y materiales. Pero la economía de Estados Unidos no salió indemne. Se ha calculado que el costo de las guerras en Afganistán e Irak para las finanzas estadounidenses se situó entre 2 y 3 billones de dólares. Su impacto no desapareció con la retirada de tropas, debido a que se mantienen los costos que implica resarcir a los combatientes por invalidez, cuidados de salud y otros gastos asociados a los efectos de la guerra.<sup>144</sup> Sin embargo, el enfoque neoconservador extremo ha sido gradualmente ajustado por la realidad de los llamados conflictos asimétricos y las pérdidas que ha tenido la propia sociedad y la economía de Estados Unidos a lo largo de un poco más de una década. Aunque la influencia neoconservadora no ha desaparecido totalmente del espectro de política exterior en ese país, su influencia se ha limitado con el gobierno de Barack Obama.

La historia ha demostrado que una gran potencia puede mantener un curso de política por algún tiempo, que perdura apegado a cierta visión de grandeza y a la inercia, cuando las bases económicas de sustentación no permiten apoyarla debidamente. Pero también es cierto que a largo plazo, los cimientos del poder y las formas de su proyección externa, incluida la militar, y sus posibilidades reales de mantenerlas están correlacionados. Las acciones políticas deben ajustarse a las nuevas circunstancias y los poderes a su significación relativa. Esto ha sucedido en la actualidad debido a la relación entre la Gran crisis económica financiera 2007- 2008, por el enorme déficit fiscal y deuda pública acumulados, en cierta medida ocasionado por los costos de estas aventuras bélicas.

Para el caso de Estados Unidos en las actuales circunstancias y dado la enorme significación económica, política y militar estadounidense, los peores escenarios previsibles, podrían tener muy peligrosas consecuencias para la humanidad y las perspectivas de paz y estabilidad en el actual proceso de

---

<sup>143</sup>Discurso de George W. Bush en West Point, June 1, 2002; *The National Security Strategy of the United States of America*: Washington DC, September, 2002

<sup>144</sup>Joseph Stiglitz. *The Price of Inequality. How Today's Divided Society Endangers Our Future*. W.W. Norton & Company Inc. New York, 2012, p. 209

transición hacia un nuevo orden mundial, sobre todo si prevalecen las interpretaciones más reaccionarias, guerreristas y neoconservadoras.

Otra visión del cambio en la política de Estados Unidos está vinculada precisamente a la percepción económica en cuanto a la significación de la gran crisis del 2007- 2008. Ella marca el agotamiento de un patrón de acumulación iniciado con la llamada Revolución conservadora, y parecería necesario un ajuste, un cambio de política representado por la primera victoria de Obama en 2008. Sin embargo, aunque se percibiera como cumplido un “ciclo político” y económico en esa coyuntura, después de aproximadamente 30 años de la irrupción de la preeminencia conservadora en la política y la economía de ese país; el año 2009 no fue el inicio de un reajuste político-ideológico en sentido contrario y tan significativo, como lo fue 1979- 1980 para el conservadurismo.<sup>145</sup>

Los acontecimientos ulteriores dan cuenta de una paralización del gobierno en más de una ocasión por la presencia de dos visiones fundamentales contrapuestas sobre el futuro de Estados Unidos dentro de la clase dominante de ese país, que aunque se confunden con las líneas partidistas de demócratas y republicanos, son mucho más difusas y complejas.

Obviamente no se ha logrado alcanzar un nuevo consenso sobre el proyecto estratégico que debe llevar adelante Estados Unidos para enfrentar sus principales retos, sobre todo en política interna, pero con muy relevantes implicaciones sobre la política exterior. En ese contexto cabría preguntarse si es posible imaginar el retorno de una mayoría conservadora en la conducción de la política, y un nuevo episodio de auge de los neoconservadores en política exterior a partir del 2017, o se impondrán visiones más realistas y pragmáticas, que se orienten a reconocer los cambios y buscar un acomodo a la posición de Estados Unidos como una gran potencia entre otras, pero cuyo poder no alcanza para sostener una hegemonía en las relaciones económicas y políticas mundiales.

#### Alianzas mega-regionales y rebalanceos de poder global

Una de las formas de avanzar en el empeño de comprender las tendencias perspectivas y estratégicas de la política exterior de Estados Unidos es explorar no solamente el discurso oficial de su política y la correspondencia con las principales acciones. También se deben considerar las evaluaciones colegiadas por grupos de la clase dominante, como los centros de pensamiento, que exploran los probables escenarios futuros y delinean recomendaciones sobre el curso prospectivo de su política exterior en las próximas décadas.

En momentos históricos identificados por la mutación significativa de las condiciones económicas, políticas y sociales de Estados Unidos, en un mundo

---

<sup>145</sup> Arthur M. Schlesinger, Jr. *Los ciclos de la historia Americana* (The Cycles of American History). Editorial R.E.I., Argentina, S.A. 1990. p. 71

a su vez cambiante, estas percepciones y recomendaciones de los llamados centros de pensamiento adquieren un valor principal para establecer las estrategias de política que fijan el vector resultante en la proyección externa del imperialismo. Así sucedió al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos se colocó en la cima de su hegemonía como centro indiscutido del imperialismo mundial, y un proceso contrapuesto comenzó a evidenciarse con la contrarrevolución conservadora y neoliberal de finales de la década 1970 y principios de 1980, que luego trató de institucionalizarse con los acuerdos de libre comercio en los años 90.

En la actualidad, la visión sobre el futuro de Estados Unidos y su lugar en el mundo no está precisamente plagada de optimismo, ni se puede afirmar que se ha arribado a un consenso definitivo. Se mantienen muchas líneas de continuidad y se superponen enfoques e instrumentos que provienen de distintas matrices política e ideológicas dentro de Estados Unidos. Sin embargo, se están introduciendo recomendaciones y enfoques de política mediante informes elaborados por centros de pensamiento y comisiones especiales, que sirven para iluminar las nuevas tendencias perspectivas de la proyección externa estadounidense. En estos documentos están presentes diversas proyecciones sobre los principales retos, escenarios y las visiones estratégicas sobre lo que debería ser su política en los próximos años, incluyendo la problemática de política exterior en todas sus dimensiones.

A partir de estas interpretaciones sobre el futuro y propuestas se irá gradualmente conformando las estrategias y los lineamientos generales de una nueva política exterior, que aunque mantenga como hasta ahora sus principales objetivos, está siendo ajustada a sus posibilidades y a las proyecciones de los escenarios que ellos mismos consideran deben enfrentar.

Desde otra perspectiva, si se observan algunos de los acontecimientos de crisis política y conflictos recientes más importantes, como Libia, Egipto y Siria, se aprecia la génesis o las manifestaciones primarias de esa nueva proyección de política exterior, sobre todo en lo concerniente al "cambio de régimen" en sus variantes, hasta la intervención militar y las condiciones para llevarla a la práctica. La política actual de Estados Unidos sobre todo en el segundo período de Obama muestra algunas evidencias de ese nuevo patrón de política e intervención global, aunque todavía no se haya desplegado totalmente.

Es importante reconocer que las interpretaciones y recomendaciones de centros de pensamiento de la talla de *Atlantic Council*, *Rand Corporation*, *Inter-American Dialogue*, *Brookings Institution*, *Heritage Foundation* y de otras instituciones, se proyectan en el corto, mediano plazo y hasta un horizonte de tres décadas, lo que sin dudas brinda una visión estratégica del imperialismo y esboza los retos internacionales que deberán enfrentarse en los próximos años. Se supone que las percepciones sobre la posición geoeconómica y geopolítica

de Estados Unidos y las perspectivas que se manejan por sectores claves de su clase dominante, derivan la política futura que debe llevar el imperialismo.

Entre las visiones de largo plazo que se han presentado en Estados Unidos y a la vez están sirviendo para definir las nuevas estrategias, está la presentada por el Consejo Nacional de Inteligencia (*National Intelligence Council*) para el 2030,<sup>146</sup> que establece entre sus predicciones “megatendencias” -- que han sido definidas como aquellas virtualmente expresadas en la actualidad.

Una tendencia muy relevante para la configuración del sistema de relaciones mundiales se refiere a la “difusión de poder” y se plantea que: “Asia está en condiciones de superar a Norteamérica y Europa en poder económico global, pero no habrá ningún poder hegemónico. El poder de otras potencias no occidentales y estados de nivel medio crecerá”.

No parece haber duda entre los expertos estadounidenses, sobre el lugar económico declinante de Estados Unidos y Europa, pero al mismo tiempo se considera que “no habrá ningún poder hegemónico. El poder se desplazará hacia redes y coaliciones en un mundo multipolar.” Dada esa visión, el tamaño del PIB, la población, los gastos militares y las inversiones tecnológicas podrían no ser suficientes para ejercer el liderazgo.

Sobre el futuro de Estados Unidos en el sistema mundial se identifican dos escenarios generales, dependiendo de la capacidad estadounidense de mantener su papel como “actor líder”, impulsada por la posibilidad de lograr su “independencia energética”, o “seguridad energética”. El escenario de la independencia energética supone que Estados Unidos logre su autosuficiencia energética sobre todo con la extracción de gas de esquisto, que supuestamente podría lograrse para el 2020. No obstante, se generarían obstáculos si las normas ambientales y los temores sobre la contaminación del agua asociado al proceso tecnológico no se allanan de modo conveniente, o los acuerdos, asociaciones y aperturas al capital transnacional no se realizan de acuerdo a los intereses de Estados Unidos.

Por razones geográficas, los acuerdos regionales apoyados en el TLCAN, pero ampliados y precisados por otros convenios bilaterales específicos con Canadá y México, que los subordinan a los intereses y estrategias de Estados Unidos, como el Acuerdo Transfronterizo Estados Unidos – México, constituyen piezas decisivas en esta estrategia.

La perspectiva de Estados Unidos y su posicionamiento actual presume el restablecimiento de su situación económica, a partir de dolorosos ajustes para disminuir el déficit fiscal y la deuda pública, que conjuntamente con desarrollos tecnológicos y avances en la autosuficiencia energética y la reducción del costo

---

<sup>146</sup>National Intelligence Council. Office of the Director of National Intelligence. *Global Trends: Alternatives Worlds*. December 2012, 140 pp. [www.dni.gov/nic/globaltrends](http://www.dni.gov/nic/globaltrends)

de la energía, principalmente, podrían mejorar su situación competitiva mundial. La otra variable estratégica para la reestructuración del sistema de poder son las redes y las coaliciones que puedan establecerse y profundizarse.

La declinación relativa de poder estadounidense y el ascenso más acelerado de Asia, sobre todo China, India y otras potencias medias, plantea un importante reto para la posición ventajosa de Estados Unidos en la configuración multipolar del mundo. La clave de este asunto desde la perspectiva de Estados Unidos se basa en el despliegue y participación en mega-regiones, integradas bajo los principios y objetivos de los llamados acuerdos de integración profunda de libre comercio e inversiones, que le permitan balancear el ascenso de otras fuerzas con la suya y la de sus más fieles aliados.

El enfoque del rebalanceo se ha planteado esencialmente redefinir sus alianzas anteriores y establecer dos nuevos súper o mega acuerdos de integración “profunda” principales, que supone un nivel superior al alcanzado en los acuerdos de libre comercio de primera generación establecidos en la década de 1990. Al mismo tiempo se plantea la profundización del Tratado de Libre Comercio de América del Norte con Canadá y México (TLCAN), que constituye el núcleo de esta estructura. Una de las nuevas mega-regiones abarca la asociación histórica con Europa, la Transatlántica, y otra con el centro de poder futuro en el mundo, ubicado en la región Asia- Pacífico: la Alianza Transpacífico. Vistas en conjunto, el TLCAN, la Alianza Transatlántica y la Transpacífica, ofrecen una visión estratégica del sistema principal de redes y coaliciones que Estados Unidos planea constituir para balancear la emergencia de otros poderes en un mundo multipolar y mantenerse en el centro del sistema de relaciones mundiales.

El componente Transatlántico tiene una gran significación económica, política y de seguridad en el reordenamiento de poder mundial pues la Unión Europea se mantiene como un pilar clave de la estrategia de Estados Unidos para Eurasia. La economía trasatlántica representa el 54% del PIB mundial. Europa es el mayor inversionista en Estados Unidos. La alianza económica profunda con la Unión Europea mediante un acuerdo de libre comercio e inversiones, no solamente tiene importancia desde el punto de vista económico, sino que comparte los nutrientes de la civilización occidental, valores democrático liberales que militarmente constituyen la OTAN, que es una fuerza multiplicadora de la política intervencionista de Estados Unidos.

En realidad la Asociación Transatlántica ya existía en la práctica de las relaciones establecidas al calor del Plan Marshall después de la Segunda Guerra Mundial, el monto de las inversiones recíprocas, las magnitudes del comercio y los flujos de capital financiero entrelazados mediante fusiones y adquisiciones corporativas son monstruosos. Estratégicamente en un

rebalanceo de poder, Estados Unidos quedaría como centro de la gran agrupación de América del Norte, surgida con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, con Canadá y México – complementado en un segundo lugar con la red de acuerdos y tratados con países como Panamá, Costa Rica, Colombia, Perú y Chile, articulados en su mayoría en la Alianza del Pacífico. Se completaría la integración mega-regional, que agrupa a su vez el gran mercado ampliado de la Unión Europea, que con independencia de las tensiones generadas por la última crisis económica y financiera del capitalismo, sigue siendo un proceso de integración paradigmático.

La integración profunda entre Estados Unidos y la Unión Europea, de ser exitosa representaría incrementos en los ingresos, las inversiones y los ritmos de crecimiento de ambas partes, efecto nada despreciable en economías aletargadas, con débiles ritmos de crecimiento, altos desempleos y graves problemas financieros, que no se espera se solucionen en menos de una década. No menos importante es frenar el proceso de creciente articulación de ambas economías con China, que han tenido un mayor dinamismo en la última década.

La perspectiva consensuada por los estrategas y expertos estadounidenses y de otros países sobre el papel creciente de China, India y otras potencias asiáticas y del Pacífico hace centrar la atención en Asia Pacífico, la llamada “región pivote”. Debe recordarse que Estados Unidos participa en las reuniones de la (*Asia Pacific Economic Council*) APEC, y allí se promueven entre los objetivos, facilitar las cadenas de suministro, reducir las distorsiones de los mercados internos y otras tendencia proteccionistas, que puedan frenar a las inversiones y el comercio de las corporaciones transnacionales. Pero sin duda, la pieza clave en la política de rebalanceo de Estados Unidos como potencia mundial en las próximas décadas está en su participación en la Asociación Transpacífico (*Transpacific Partnership*, TPP).

El interés en este esquema se debe a que el TPP constituye un ejemplo de las más extensas geográficamente y profundas formas de integración contemporánea que involucra a países de América Latina. En el caso del TPP, debe subrayarse la trascendencia que tiene desde el punto de vista del Hemisferio Occidental, al incorporar a Estados Unidos y servir de articulación con sus relaciones con algunos países de América Latina y el Caribe, que representan intereses, o son funcionales a ellos, por razones no tan sólo económicas, sino geopolíticas y de “seguridad nacional”.

Debe advertirse, con independencia de la declinación relativa de la hegemonía de Estados Unidos, del ascenso de otras fuerzas y los intentos por recomponer el orden mundial en formación, que todavía Estados Unidos es la única súper potencia global. Es decir, no puede hablarse del surgimiento de un nuevo orden, o del fin de la hegemonía estadounidense, a pesar de evidencias



de su declinación relativa, ni mucho menos el liderazgo de Estados Unidos en la política mundial en el corto y hasta mediano plazo, si bien sus enormes recursos y capacidades, militares, económicos, político- diplomático e ideológico- cultural y propagandístico, se enfrentan a una realidad mucho más compleja y desafiante, poniéndose en evidencia sus límites.

Por razones objetivas parece consolidarse en la visión estratégica sobre la política exterior estadounidense, que no es aconsejable seguir involucrando a sus fuerzas militares en intervenciones convencionales ante cualquier conflicto internacional, sino que se debe discriminar y actuar de modo más cauteloso solamente cuando estén en juego sus intereses vitales.<sup>147</sup> A partir de ello se sugiere apoyarse más en las fuerzas de los aliados locales y regionales, las alianzas y los esfuerzos multilaterales para avanzar sus intereses y reservarse para intervenir directamente en los casos críticos, que verdaderamente ponen en juego intereses vitales estadounidenses.

La perspectiva geoeconómica mundial de los sectores de la clase dominante de Estados Unidos para enfrentar tales retos se basa en un rebalanceo de poder global para las próximas dos décadas y el énfasis en la intervención indirecta y por métodos «blandos» de política, el apoyo a fuerzas locales y regionales y las alianzas y redes de poder, sobre la tendencia a la intervención directa y unilateral, que caracterizó el período de W. Bush en la Casa Blanca.

Los estrategas y asesores de las élites políticas estadounidenses y sus aliados, se preparan para recuperar hegemonía y establecer y ensanchar nuevos instrumentos de dominación y explotación, más ajustado a sus posibilidades en un entorno internacional con tendencia al multipolarismo. El nuevo patrón de política exterior impulsa el avance de la integración profunda y los mega-proyectos regionales de integración y privilegia la intervención indirecta, con participación no solamente de la CIA, sino de la USAID y la NED en diversos esquemas a través de las empresas transnacionales, las organizaciones no gubernamentales, redes sociales y organizaciones de distinto tipo que sirvan a sus intereses.

La energía como instrumento del rebalanceo global de poderes

La problemática energética ocupa un lugar principal en la estrategia estadounidense para reposicionar su liderazgo global y extender su hegemonía al límite de lo posible en el siglo XXI. Podría decirse que son fundamentales tanto para las posibilidades de recuperar la economía de Estados Unidos, como

---

<sup>147</sup> George Friedman. "The Emerging Doctrine of the United States". *Stratfor*. October 9, 2012. [http://www.stratfor.com/weekly/emerging-doctrine-united-states?utm\\_source=freelist-f&utm\\_medium=email&utm\\_campaign=20121009&utm\\_term=gweekly&utm\\_content=readmore&elq=7fe050124eaf4d8099c0dd7670270a78](http://www.stratfor.com/weekly/emerging-doctrine-united-states?utm_source=freelist-f&utm_medium=email&utm_campaign=20121009&utm_term=gweekly&utm_content=readmore&elq=7fe050124eaf4d8099c0dd7670270a78)

para modificar la geoeconomía y la geopolítica global a favor de los intereses de Estados Unidos.

En el período comprendido entre 2007 y 2013, la producción de “shale” gas y petróleo de Estados Unidos empleando dos nuevas tecnologías (perforación horizontal y el fraccionamiento de rocas o “fracking”) se han incrementado como promedio en un 50% anual y se espera –según la Organización Internacional de Energía-- que para el 2015 sea el mayor productor de petróleo crudo en el mundo, superando a Arabia Saudita y se convertirá en exportador neto de gas licuado para el 2020.<sup>148</sup>

En el ámbito energético se prevé que en el mediano plazo la explotación de combustibles fósiles y sobre todo el gas y petróleo de esquisto (shale gas) desempeñen un papel transformador de la matriz mundial de producción y consumo de energía. No se excluyen la introducción de nuevas tecnologías que impactan tanto la generación como el consumo, la extensión en el empleo de fuentes renovables, el mercado de biocombustibles, aspecto de significación en las relaciones con potencias emergentes como China, India, Brasil y con otros países tanto en Medio Oriente, Eurasia, África y América Latina y el Caribe.

La reforma energética en México y la integración profunda de Estados Unidos con este país y Canadá debe ser considerado un asunto estratégico y de la máxima prioridad con impactos no solamente para los países integrados al TLCAN, sino para todo el redimensionamiento del liderazgo estadounidense en el intento de recuperar cuotas de hegemonía en las próximas décadas. El aumento de la producción petrolera en Alberta, Canadá, a partir de la explotación de las arenas bituminosas ha promovido el interés en la creación de redes de oleoductos, que aunque han sido coyunturalmente frenados, deben extenderse hasta el Golfo de México y unir accesos al Atlántico y el Pacífico.

La estrategia de Estados Unidos al respecto busca el avance del sector privado corporativo hacia México en el marco de América del Norte y sobre las bases del TLCAN. Las interrelaciones y acuerdos avanzados por la Alianza para la Seguridad y Prosperidad de América del Norte (ASPAN) y el acuerdo para la explotación de los yacimientos fronterizos: Acuerdo Transfronterizo Estados Unidos – México, junto a la reforma energética de México son piezas fundamentales de esa política.

Los intereses estratégicos y de seguridad de Estados Unidos han prevalecido y buscan aumentar no solamente la participación del capital privado transnacional en las riquezas de gas y petróleo de México, sino que este país

---

<sup>148</sup> Robert D. Blackwill; Meghan L. O’ Sullivan. “America’s Energy Edge. The Geopolitical Consequences of the Shale Revolution.” *Foreign Affairs*, March/April 2014.  
<http://www.foreignaffairs.com/articles/140750/robert-d-blackwill-and-meghan-l-osullivan/americas-energy-edge>

incremente su producción para suministrar, desde una fuente cercana, segura y amistosa, el petróleo crudo en cantidades suficientes, para reducir la dependencia de otros mercados más lejanos en el Medio Oriente, u otras fuentes cercanas pero no amistosas.

Para México, la reforma energética plantea grandes retos en cuanto al empleo estratégico de esos recursos no renovables para el futuro del país, teniendo en cuenta sus intereses nacionales y los de su pueblo. De acuerdo al criterio de especialistas mexicanos en la materia, se reconoce que la referida reforma significa subordinar este importante sector a los intereses y la visión estratégica global de Estados Unidos para lograr la llamada seguridad energética de América del Norte, en lugar de servir los intereses de México.<sup>149</sup>

La estrategia estadounidense para integrar a México en su sector energético y abrir la industria de hidrocarburos mexicana a la explotación privada, excluida inicialmente por su Constitución, se inicia a partir de la aplicación del modelo neoliberal desde 1982, facilitada por la crisis de la deuda externa. Para avanzar en este terreno se requería debilitar productiva, tecnológica y financieramente a la estatal PEMEX, una de las más exitosas empresas del sector energético en el mundo. A PEMEX se le impuso una enorme carga fiscal, que progresivamente la fue deteriorando y obligándola a endeudarse. Ese proceso fue acompañado por las presiones del gobierno de Estados Unidos para abrir progresivamente la industria de hidrocarburos de México a las corporaciones transnacionales estadounidenses, para a la vez convertirla en suministradora de petróleo crudo y mercado para el gas licuado proveniente de las corporaciones privadas, que irían gradualmente desplazando la producción local.<sup>150</sup> El debilitamiento financiero impuesto a PEMEX por el gobierno, reduce la capacidad nacional de otorgarle valor agregado a los recursos energéticos no renovables, e incrementa las importaciones desde su vecino de productos de la industria petroquímica, que podrían ser satisfechos por las plantas mexicanas. Es obvio que estas tendencias actúan contra los intereses estratégicos nacionales de México y su pueblo, y a favor de un supuesto interés de América del Norte, en realidad subordinado a los intereses del capital privado de Estados Unidos.

Eventos políticos aparentemente desconectados, en distintas regiones geográficas en el Hemisferio Occidental, Norte de África, Medio Oriente y el Este de Europa, evidencian claros intereses desde la perspectiva geoeconómica, que pueden favorecer el reposicionamiento de Estados Unidos en medio del proceso de declinación hegemónica relativa ya advertido.

<sup>149</sup> Bartlet Díaz, Manuel. Coordinador. *Estrategia urgente en defensa de la nación. Política energética para que México sea potencia económica en el siglo XXI*, pp. 155- 164

<sup>150</sup> Francisco Colmenares César; Fabio Barbosa Cano; Nicolás Domínguez Vergara (Coordinadores). *PEMEX, presente y futuro*. Ed. Plaza y Valdez, S.A. de C.V. México DF. 2008. ISBN 978-607-402-065-6, p. 56

Venezuela y Ucrania – Rusia, son dos ejemplos de la significación política que puede tener el ascenso de Estados Unidos como productor y exportador potencial de gas licuado a Europa y convertirse en autosuficiente energéticamente.

La política estadounidense se ha proyectado con prioridad hacia regiones y países que son poseedores de las principales reservas de hidrocarburos con el objetivo de abrir su acceso a las transnacionales y reconfigurar la estructura de la matriz energética en su beneficio.

Iraq fue incorporado por el Presidente George W. Bush en su “guerra contra el terrorismo” y no debe olvidarse que en aquel evento se empleó como argumento la existencia en ese país de armas de destrucción masiva. Luego de ocupado militarmente su territorio, liquidadas sus instituciones y establecido el nuevo gobierno mediante el procedimiento de “transición” para el “cambio de régimen”, se supo que no había tales armas, pero todo el mundo conocía las posibilidades de la explotación directa de los recursos energéticos de ese país puestas a disposición y bajo el control del capital transnacional.

El caso de Libia, explíquese la historia con distintos argumentos (pretextos), en otro escenario y con diferentes rótulos, pero también los combustibles fósiles de gran calidad que estaban en juego, representaban la verdadera motivación para la reconfiguración mundial de fuerzas en el escenario mundial.

Respecto al conflicto en Siria, con decisiva intervención extranjera, aliados regionales de occidente, se dirige a debilitar, resquebrajar y si fuera posible retrotraer al gobierno independiente de Irán, cuya gran falta es no estar subordinado al capital transnacional y realizar una política acorde a lo que se identifica como sus valores e intereses nacionales. Obviamente, el conflicto en torno al desarrollo por Irán de la energía nuclear con fines pacíficos no es el verdadero argumento. El asunto es asfixiar o frenar el desarrollo de Irán y evitar tenga posibilidad de aumentar la exportación de hidrocarburos, un recurso estratégico que puede contribuir a la reconfiguración de esa región y el mundo.

En el caso de Venezuela, las revueltas violentas y terroristas de sectores extremistas de derecha opositores al gobierno y aliados de la política estadounidense y occidental, aunque no se exprese el tema energético en primera instancia, el objetivo es tomar control de las enormes reservas de hidrocarburos en su suelo y ponerlos a disposición del capital privado. Es decir, detrás del propósito de derrocar al gobierno electo democráticamente de Nicolás Maduro, sin duda, el interés principal es reintegrar los accesos a esa enorme reserva petrolera y gasífera al gran capital de Estados Unidos y sus aliados occidentales.

Países con políticas contra hegemónicas en la arena internacional, como Rusia, Venezuela e Irán, tienen un común denominador –más allá de sus

diferencias— en que sus economías todavía tienen una gran dependencia de los ingresos provenientes de la exportación del petróleo. De ese modo, las posibilidades de desarrollo independiente, quedan sujetas hasta tanto las transformaciones estructurales no reduzcan ese vínculo entre los ingresos y los precios mundiales del petróleo. La entrada de nuevos productores y el incremento de la oferta de hidrocarburos en el mercado mundial pueden modificar estos escenarios, disminuir los precios del petróleo, aunque sea coyunturalmente, y afectar la capacidad política y estabilidad de esos gobiernos.

El ascenso de la producción de energía por Estados Unidos en el marco de su alianza estratégica con Canadá y México en primer lugar, constituye un primer eslabón que permitiría aumentar gradualmente en los próximos años la competitividad de la economía estadounidense, el ritmo de crecimiento y el empleo; todos aspectos clave en el reposicionamiento de su liderazgo.

La disminución de la dependencia energética de Europa de las fuentes rusas, altera el equilibrio geopolítico y debilita la capacidad de influencia rusa derivada del suministro de gas. Ello ocurriría en la medida que Estados Unidos y otros aliados puedan sustituir las fuentes rusas con otras, incluyendo la importación de gas licuado desde Estados Unidos. Esto constituye uno de los elementos que se consideran deben transformarse en los próximos años, en la medida que pueda alterarse paulatinamente la matriz energética en esta región.

Es decir, una caída coyuntural del precio del petróleo debilita a países exportadores de petróleo, que desempeñan rol contra hegemónico como son los casos de Rusia y Venezuela. La modificación en la matriz energética global significa la posibilidad de alterar la geoeconomía mundial y podría favorecer el reposicionamiento hegemónico estadounidense.

La configuración y reconfiguración de acuerdos de libre comercio e inversiones en las definiciones de la llamada integración profunda constituye el marco legal, regulatorio e institucional impulsado por el gobierno de Estados Unidos, crea el teatro de operaciones para los agentes económicos transnacionales, productivos, de servicios, financieros y sus redes a escala regional y mundial.

El rol de las empresas transnacionales en la economía mundial y en el orden político internacional y dentro de ellas las vinculadas al sector energético es creciente en la actualidad y se profundizará en las próximas décadas, por lo que los gobiernos regionales y federales de los países, deben desplegar las regulaciones que garanticen los intereses de sus pueblos. En razón del carácter crecientemente global de las cadenas de producción, servicio y financiera en que se articula la economía internacional, los procesos de alianzas estratégicas

e integración económica y política, tienen decisiva significación para el nuevo ordenamiento de las relaciones mundiales.

En resumen, en el contexto del proceso de reordenamiento global, el imperialismo estadounidense tiene diseñado una estrategia en la que el sector energético y dentro de este, la producción del gas de esquisto, tienen un valor principal para lo que denominan su seguridad nacional y el intento por mantener o recuperar liderazgo en el nuevo orden mundial en formación. Esto es cierto tanto para las alianzas de los países del centro, lideradas por Estados Unidos, la Unión Europea y Japón, como las que integran países del centro capitalista con la periferia y por supuesto, en los casos de procesos de integración y de alianzas estratégicas entre países de la periferia del capitalismo para subordinarlos y neutralizar las políticas contra hegemónicas de otros centros de poder y potencias emergentes.

## Consideraciones finales

La declinación relativa del poder de Estados Unidos tiene antecedentes en el plano económico desde la década de 1970, asociados en un primer momento a la recuperación de las potencias europeas y Japón, que habían sido devastadas durante la última guerra mundial y se incorporaban al mercado con altos niveles de competitividad. Los avances del movimiento de liberación nacional fueron parcialmente revertidos por el ascenso de la llamada Revolución conservadora desde 1980 y el éxito del capitalismo frente al socialismo europeo, manifestado principalmente durante la década de 1990. La caída del denominado socialismo “real”, contribuyó a una sensación de victoria económica, política, ideología y cultural de Estados Unidos como potencia hegemónica global, e incluso se evidenciaron rasgos de unipolarismo impulsado por la influencia de corrientes neoconservadoras en la política exterior de Estados Unidos.

La década de 1990 fue un período de alto crecimiento de la economía estadounidense y del avance de acuerdos de libre comercio, que consolidaban el marco institucional de la economía global desregulada y liberada. El pensamiento económico neoliberal se hace dominante e impacta a las relaciones políticas, económicas y sociales en casi todo el mundo en mayor o menor grado, incluido organismos internacionales como la Organización Mundial de Comercio y por supuesto el Fondo Monetario Internacional. Los enfoques económicos del libre mercado y la desregulación financiera configuraron una nueva estructura económica- financiera mundial, centrada en el capital financiero y la especulación. Ello fue acompañado por el aumento del

crecimiento de economías asiáticas sobre todo, que además se convertirían en la virtual planta productiva industrial del mundo.

La crisis económica financiera 2000- 2001 y en especial la Gran crisis 2007 – 2008 por su alcance, profundidad y extensión mundial, marcó una etapa o momento histórico de ruptura, que evidencia la necesidad de un replanteo en la visión estratégica de Estados Unidos, dada las expectativas de su reposicionamiento en el mundo. Esta profunda crisis mundial del capitalismo y la necesidad de ajustes, renueva el debate sobre la declinación hegemónica de Estados Unidos y replantea los escenarios alternativos que se espera tenga el orden mundial ante la emergencia de nuevos actores internacionales, como China, India, Brasil, Rusia, Sudáfrica, desafiantes del predominio estadounidense e incluso de la cultura occidental.

Aunque el gobierno de Obama ha defraudado a los que esperaban una transformación más profunda en la política de ese país, y la mayoría de los analistas reconocen en su política exterior más continuidad que cambio, se han puesto de manifiesto nuevos rasgos y características en su proyección internacional, sobre todo a partir del segundo período en la presidencia, (2014-2016) modificaciones en la definición general de política, el patrón de intervención y la identificación de estrategias a largo plazo para mantener a Estados Unidos como principal potencia mundial.

En ningún caso ello supone una posición aislacionista ni un retraimiento total en la política exterior de Estados Unidos, pero parece irse configurando un reajuste en el empleo de los instrumentos de mayor efectividad y menores costos relativos. Se incrementa la estrategia encaminada a buscar alianzas más profundas y participación creciente de agentes regionales, nacionales y locales en los distintos conflictos, en lugar de quedar centrado en la intervención directa y unilateral de las fuerzas estadounidenses.

Es decir, las intervenciones encaminadas al “cambio de régimen” por la vía militar convencional directa y unilateral se someterán a una evaluación más cuidadosa, tomando en cuenta la significación para los intereses de Estados Unidos, los recursos involucrados y el papel de los aliados. El caso de Iraq ha sido una lección en este sentido. El derrocamiento de Saddam Hussein y su gobierno ha hecho evidente el fortalecimiento de la posición de Irán en el Medio Oriente al romperse el equilibrio regional que existía por la confrontación entre Iraq e Irán, que representaba un balance regional favorable a los intereses de Estados Unidos. Los casos de Libia, donde la participación estadounidense fue articulada en los marcos de la OTAN, y sobre todo el caso de Siria, parecieran representar tanto los límites del accionar militar directo de Estados Unidos en la actualidad, como los rasgos distintivos de lo que parece establecerse como un nuevo patrón de intervención.

Los golpes de la “oposición local” violenta y terrorista contra el gobierno electo legítimamente de Nicolás Maduro en la República Bolivariana de Venezuela, evidencia el énfasis en la intervención indirecta. Aunque la política de Estados Unidos se expresa a través de sus funcionarios y representantes políticos y diplomáticos de su gobierno, no dejan de actuar las agencias y métodos tradicionales dirigidos a intervenir en otros países como la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y sus tradicionales operaciones encubiertas; en la actualidad se privilegian formas más indirectas a través de agencias como la USAID, agencia internacional de Estados Unidos para el “desarrollo” y la NED (*National Endowment for Democracy*) despliegan programas para apoyar a sus aliados y agentes locales llevan a cabo la desestabilización para el denominado “cambio de régimen”.

En resumen, la política exterior de Estados Unidos por lo menos en el período hasta el 2016 estará definida por una continuidad, y el mayor desarrollo o definición de los rasgos que la misma ha presentado en los últimos dos años del primer período de Obama en la presidencia. De acuerdo a los resultados de las elecciones en el 2016 y el grado de recuperación relativa que se aprecie en la posición de liderazgo internacional de Estados Unidos, no puede excluirse el restablecimiento de tendencias neoconservadoras en la conducción de la política exterior y en futuros intentos de recuperar la hegemonía contando no solamente con alianzas y métodos indirectos, del llamado “poder blando” y el balance y combinación del uso de la fuerza modulada mediante el “poder inteligente”, sino un retorno al empleo de la fuerza unilateral o en alianzas, incluida nuevas aventuras e intervenciones militares si las condiciones le son propicias. El deterioro del respaldo interno a la política exterior de la presidencia de Obama, sus síntomas de debilidad ante crisis internacionales, según sus críticos en la política interna estadounidense, son terreno fértil para el ascenso de fuerzas conservadoras, neoconservadoras, reaccionarias y muy agresivas, que propugnan el uso del poderío militar para recuperar el terreno perdido.

La prioridad en su política exterior debe focalizarse gradualmente hacia países y regiones donde perciben los mayores riesgos y oportunidades para su sistema de dominación global, en tanto aparezcan desafíos para lo que se ha denominado sus intereses vitales. En atención a los riesgos que suponen para su seguridad y la de los principales aliados, sus mayores esfuerzos se han centrado en el Medio Oriente, Norte de África, Europa y la región andina americana, subregiones donde se aprecian escenarios propicios para el avance de las posiciones estratégicas globales estadounidenses.

La estrategia para el balance de fuerzas en que pretende posicionarse en las próximas décadas ante el ascenso sobre todo del poderío Chino en Asia Pacífico y otras potencias emergentes y sus alianzas, se incluye lo que consideran “la periferia” del capitalismo desarrollado, sin descuidar sus



intereses principales en el Hemisferio Occidental con Canadá, México, Centroamérica, el Caribe, Colombia y los llamados países del Arco del Pacífico, aliados fundamentales en la reconfiguración de sus redes de poder económico para las próximas décadas del siglo XXI.

La toma de decisión sobre el alcance de la involucración estadounidense en los próximos años considerará el balance entre la significación de sus intereses implicados y los riesgos asociados, tratando de conciliar los principios y valores políticos, con intereses estratégicos y de “seguridad”. El despliegue se trataría de hacer con una involucración prudente y flexible de la fuerza en cada caso.

La política estadounidense descansará más en la intervención indirecta, con un ascenso en el empleo de la asistencia a las fuerzas locales y el apoyo a los elementos afines a sus intereses económicos, políticos e ideológicos por regiones y países, con un esquema semejante al que se ha desplegado en el caso de la intervención de Siria, donde las fuerzas locales y los aliados regionales deben llevar el peso del conflicto. La intervención unilateral convencional militar directa de Estados Unidos quedará a la espera de las condiciones favorables, allí donde se considere están en juego intereses vitales. La participación directa de las fuerzas militares estadounidenses será principalmente con el empleo de medios no tripulados, drones en acciones de inteligencia y combate, el uso de pequeñas unidades altamente tecnificadas y de rápido desplazamiento, tratando de reducir la participación masiva de tropas en el teatro de operaciones en tanto sea posible.

Distintos programas de asistencia a fuerzas locales y regionales en los marcos del Departamento de Estado, de la USAID y de la Fundación para la Democracia (NED) se mantendrán y reforzarán, según las condiciones específicas de los países de Asia, África y América Latina y el Caribe, siguiendo los patrones de intervención indirecta como ocurrió en el caso del golpe en Honduras. En países con gobiernos revolucionarios y progresistas, se seguirán desplegando programas para debilitarlos, incrementar su vulnerabilidad y revertirlos con empleo de fuerzas internas y coordinación internacional, como se ha venido aplicando en los casos de Cuba, Venezuela y también de Bolivia y Ecuador, en que se privilegia el uso de agentes locales y aliados extranjeros.

Estos ajustes en la política exterior se deben a las experiencias extraídas y todavía en proceso de doloroso aprendizaje derivados de las intervenciones militares en Afganistán y en Iraq y los conflictos “colaterales” con Paquistán por sus incursiones a ese país, los retos que se identifican con Irán, así como los cambios de régimen y resultados de los procesos políticos durante la llamada Primavera Árabe, que en algunos casos establecieron gobiernos que no representaban los intereses estadounidenses y sus valores políticos e ideológicos, o incluso modificaban el balance regional de manera desfavorable para Estados Unidos y sus principales aliados.

En el contexto de los próximos años no debe descartarse, aunque no puede tampoco pronosticarse, intentos de retomar algún tipo de negociación con países emergentes y de gran importancia en el tablero de la geoeconomía global. En este grupo de situaciones conflictivas que podrían ser objeto de negociación bilateral o multilateral con participación de Estados Unidos, siempre y cuando se considere existen beneficios económicos y políticos significativos para el gobierno estadounidense. Aunque no son los únicos casos posibles, como ejemplos podrían incluirse las discrepancias con China en el terreno económico y político; el conflicto de Israel con Palestina y en la Península de Corea, así como el asunto del uso de la energía nuclear con fines pacíficos de Irán, o con Rusia por la extensión de la Unión Europea y la OTAN a sus países fronterizos, como se ha evidenciado en el caso de la crisis en Ucrania.

Las sanciones a Rusia por los conflictos en Ucrania y las demandas de sectores que piden su incorporación a la federación rusa pueden tener consecuencias importantes para la reconfiguración del orden mundial, si ello impulsa a un realineamiento de Rusia con China. Ello podría fortalecer las posiciones de esos dos países y en especial del gigante asiático.

En términos estratégicos y de largo plazo, con un horizonte puesto en el 2030, se ha presentado por grupos de análisis y centros de pensamiento adscritos a sectores de la clase dominante en ese país, una visión de Estados Unidos para mantenerse como principal potencia mundial en un sistema mundial multipolar y sin la hegemonía de ningún país en particular. Para cumplir con este propósito se plantea entre las principales direcciones, el propósito de balancear la declinación hegemónica relativa de Estados Unidos a partir de alianzas mega-regionales.

Entre estas alianzas mega-regionales se destaca la enfocada hacia Asia – Pacífico, que debe servir de contrapeso estratégico al avance de China en ese espacio geoeconómico: la Alianza Transpacífico. La segunda alianza de este tipo se plantea con la Unión Europea, para beneficio común y para minimizar la tendencia tanto de Estados Unidos como de la UE de incrementar su respectiva interdependencia con China. Ambos procesos, podrían servir de ser exitosos – escenario que no es nada seguro—para equilibrar la posición de poder de Estados Unidos en las próximas décadas, amparada en su potencial revigorización económica y un sistema de alianzas mega- regionales, que despliega del Medio Oriente al Norte de África, sin olvidar el Hemisferio Occidental, pero centrado en primerísimo lugar en América del Norte en los marcos del TLCAN con México y Canadá.

La estrategia de reposicionamiento de Estados Unidos en el plano energético tiene importancia vital. Incluye en primer lugar sus relaciones en el marco del TLCAN, con México y Canadá y se extiende por el Hemisferio Occidental y todo el mundo como parte de alianzas y procesos de integración.

Las políticas de intervención mediante el llamado poder inteligente, -- como antes con la proyección unilateral y el empleo de la fuerza militar-- han privilegiado a países con importantes recursos y reservas de hidrocarburos, que se requiere abrir o reincorporar a la esfera de subordinación de Estados Unidos. El éxito que pueda tener en modificar la matriz energética a su favor puede ser un componente decisivo para retardar la declinación hegemónica estadounidense.

La posibilidad potencial de que Estados Unidos pueda mantenerse como una potencia principal en un orden multipolar y multilateral, se apoya en la visión perspectiva en que las fuentes de poder no estarían determinadas tan directamente por el tamaño del PIB, la población, territorio y fuerzas militares, sino mediante formas más difusas y complejas del poder. En tales condiciones tendría más importancia el sistema de alianzas y la significación de las tecnologías de la información y las redes, que soportan las fuentes de inteligencia global en su sentido más amplio. Ello acrecentaría la significación de los instrumentos del poder blando, actuando sobre todas las esferas de la sociedad. Se considera que Estados Unidos tiene todavía posibilidades de mantener una posición privilegiada en el control de esta cada vez más importante fuente de poder apoyado en la rearticulación de alianzas globales, redes productivas y de servicios, así como energéticas e informáticas, que permitan revitalizar la posición de esta gran potencia frente a sus principales retos dentro del sistema de poderes global en las próximas décadas del siglo XXI.

El fracaso de estos enfoques por una combinación de factores internos y externos y los vaivenes políticos en ese país pueden alentar alguna variante de los enfoques neoconservadores en política exterior, ajustado convenientemente a las nuevas realidades. Ello acrecentaría el peligro de conflictos militares y el empleo de la fuerza como medio para revertir las consecuencias de la declinación hegemónica, allí donde se identifican sus intereses vitales. En estos últimos, la geopolítica acrecienta su significado y pone en lugar cimero a sus más cercanos vecinos en el Hemisferio Occidental.

## Bibliografía

- Alzugaray, Carlos. "American Way of... Fall, o el Otoño del Imperio estadounidense".  
Especiales- Política. Cubadebate. 12 de septiembre 2012. Recuperado: 5 de febrero, 2014. <http://www.cubadebate.cu/especiales/2012/09/12/american-way-of-%E2%80%A6-fall-o-el-otono-del-imperio-estadounidense/>
- Amir, Samin. "The Implosion of Global Capitalism. The Challenge for the Radical Left."

- Armitage, Richard L., Joseph S. Nye Jr. CSIS Commission on Smart Power. A Smart, more secure America. Center for Strategic & International Studies, Washington D.C. 2007. 82 pp. ISBN 978-0-89206-510-3.  
[http://csis.org/files/media/csis/pubs/071106\\_csissmartpowerreport.pdf](http://csis.org/files/media/csis/pubs/071106_csissmartpowerreport.pdf)
- Bartlet Díaz, Manuel. Coordinador. Estrategia urgente en defensa de la nación. Política energética para que México sea potencia económica en el siglo XXI, 2013, mayo. México DF. 215 pp. ISBN 978-607-96135-0-1
- Bernstein, George L. The Myth of Decline. The Rise of British since 1945. Pimlico, Random House, 2004. 816 pp. ISBN 1-8441-3102-5.
- Borda G., Sandra. "Estados Unidos o el último Estado hegemónico. El poder en la era del ascenso y consolidación del resto del mundo". Nueva Sociedad, No. 246, julio – agosto 2013, Buenos Aires, Argentina. pp. 64 - 77. ISSN 0251-3552
- Boron, Atilio. "Poder, "contra-poder" y "antipoder". Notas sobre un extravío teórico político en el pensamiento crítico contemporáneo". CLACSO, 17 pp.  
[http://www.elortiba.org/pdf/Atilio\\_Boron\\_Poder.pdf](http://www.elortiba.org/pdf/Atilio_Boron_Poder.pdf)
- Bush, George W. Discurso en West Point, June 1, 2002; The National Security Strategy of the United States of America: Washington DC, September, 2002
- Francisco Colmenares César; Fabio Barbosa Cano; Nicolás Domínguez Vergara (Coordinadores). PEMEX, presente y futuro. Ed. Plaza y Valdez, S.A. de C.V. México DF. 2008. ISBN 978-607-402-065-6
- Dabat, Alejandro; Paulo Leal. "Declinación de Estados Unidos: contexto histórico mundial". Problemas del Desarrollo- Revista Latinoamericana de Economía. Vol. 44, No. 174, 2013. UNAM, México.  
<http://www.revistas.unam.mx/index.php/pde/article/download/40290/36669>
- Elwell, Frank W. 2013. "Wallerstein's World-Systems Theory," Recuperado 5 de febrero, 2014. <http://www.faculty.rsu.edu/~felwell/Theorists/Essays/Wallerstein1.htm>
- Friedman, George. "The Emerging Doctrine of the United States". Stratfor. October 9, 2012. [http://www.stratfor.com/weekly/emerging-doctrine-united-states?utm\\_source=freelist-f&utm\\_medium=email&utm\\_campaign=20121009&utm\\_term=gweekly&utm\\_content=readmored&elq=7fe050124eaf4d8099c0dd7670270a78](http://www.stratfor.com/weekly/emerging-doctrine-united-states?utm_source=freelist-f&utm_medium=email&utm_campaign=20121009&utm_term=gweekly&utm_content=readmored&elq=7fe050124eaf4d8099c0dd7670270a78)
- Fukuyama, Francis. "The End of History?" The National Interest. Summer, 1989.
- Gandasegui, Marcos (h) (Coordinador). Crisis de hegemonía de Estados Unidos. CLACSO, Colección Sociología y Política. Siglo XXI, México, 2007. 268 pp.  
<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/coediciones/20121221125054/CrisisdeHegemoniadeEstadosUnidos.pdf>
- Katz, Claudio. "Discusiones sobre el declive de Estados Unidos". El Economista de Cuba. Edición Online. <http://www.economista.cubaweb.cu/2011/nro401/declive.html>
- Kennedy, Paul. Auge y caída de las grandes potencias. Plaza & Janes, Editores. 1994, Barcelona. 833 pp.
- Nau, Henry R. "Why 'The Rise and Fall of the Great Powers' was wrong." Review of

- International Studies, 27, 2001. pp 579-592. doi:10.1017/S0260210501005794.
- Nau, Henry R. (1990). *The Myth of America's Decline: Leading the World Economic into the 1990's*. New York, Oxford University Press.
- Nye Jr., Joseph *Bound to Lead: The Changing Nature of American Power*. Basic Books, 1991, 307 pp. ISBN 9780465007448
- Nye Jr., Joseph *Soft Power: The Means to Success in World Politics*. New York: New York. Public Affairs. ISBN: 9781586482251.
- Nye Jr., Joseph. *Soft Power: The Means to Success in World Politics*, New York, Public Affairs. ISBN 9781586482251
- Petras, James; Morris Morley. *Empire or Republic? American Global Power and Domestic Decay*. Routledge, New York, December 16, 1994. ISBN- 10: 041591065X
- Starrs, Sean. "America Didn't Decline. It Went Global". Politico. February 24, 2014. [http://www.politico.com/magazine/story/2014/02/america-didnt-decline-it-went-global-103865\\_Page2.html#ixzz2uML1qgrF](http://www.politico.com/magazine/story/2014/02/america-didnt-decline-it-went-global-103865_Page2.html#ixzz2uML1qgrF)
- Schlesinger Jr., Arthur M. *Los ciclos de la historia Americana (The Cycles of American History)*. Editorial R.E.I., Argentina, S.A. 1990. p. 71
- Steel, Ronal. "The Domestic Core of Foreign Policy". *The Domestic Source of American Foreign Policy. Insigth and Evidence*. Edited by Eugene R. Wittkopf; James M. McCormick. Roeman & Littlefield Publishers, INC. Maryland, 1999. p. 27
- Stiglitz, Joseph. *The Price of Inequality. How Today's Divided Society Endangers Our Future*. W.W. Norton & Company Inc. New York, 2012, p. 209
- Wallerstein, Immanuel. *La decadencia del poder estadounidense. Estados Unidos en un mundo caótico*. Santiago, LOM Ediciones, 2005, p. 54.
- Wallerstein, Immanuel. *The Decline of American Power: The U.S. in a Chaotic World*. New York: The New Press, 2003. 324 pp. ISBN 10: 1565847997; "The Curve of American Power". *New Left Review*. Recuperado 5 de febrero 2014. <http://www.iwallerstein.com/wp-content/uploads/docs/NLRCURVE.PDF>.

# AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE EN LA ESTRATEGIA GLOBAL DE LOS ESTADOS UNIDOS: EL DEBATE SOBRE EL PRESENTE Y EL FUTURO.<sup>151</sup>

Roberto Miguel Yepe Papastamatin

La política de los Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe es un tema frecuentemente abordado desde las más diversas perspectivas y ramas de las ciencias sociales. No obstante, si bien abundan los estudios históricos, analíticos y descriptivos sobre el pasado y el presente de dicha política, son más escasos los trabajos dedicados a las tendencias y factores de continuidad y cambio que podrían conformar su futuro a mediano y largo plazos, con el objetivo de intentar anticipar los cursos alternativos que pudieran presentarse. No se trata de predecir el futuro, que en el campo de la política internacional siempre parecería una pretensión infundada, sino de desarrollar un pensamiento proactivo que contribuya a la elaboración y a la puesta en práctica de estrategias emancipadoras a favor de un mundo más justo y equilibrado.

Tampoco es frecuente que los autores de estos estudios desarrollen de manera explícita los paradigmas y presupuestos teóricos propios de la disciplina de las relaciones internacionales en los que basan sus apreciaciones y valoraciones, aunque, en algunos casos, ellos pudieran ser deducibles.

Por otra parte, suele ser también un tema controversial, que suscita agudos debates orales en los centros especializados cubanos, pero sobre el que poco se escribe en la literatura académica de nuestro país<sup>152</sup>.

---

<sup>151</sup> Este trabajo se basa en ponencias presentadas por el autor en seminarios internacionales organizados por el Instituto Superior de Relaciones Internacionales y el Centro de Investigaciones de la Política Internacional, en ambos casos instituciones adscritas al Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba, durante los años 2012 y 2013.

<sup>152</sup> Esta observación no implica soslayar la existencia de un importante acervo de trabajos de investigadores y profesores cubanos dedicados específicamente a las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina y el Caribe. Solo como una muestra de ello, se podría referir la exhaustiva

Este ensayo busca contribuir a un esfuerzo colectivo para lograr una identificación más precisa del lugar que ocupa América Latina y el Caribe en la planificación estratégica global de los Estados Unidos, partiendo del conocimiento sobre las grandes tendencias del pasado y el presente, pero con la mirada puesta en los posibles cursos alternativos de este fenómeno en el futuro, lo que implica una visión optimista sobre la posibilidad de transformar el patrón de desigualdad y dominación que ha imperado en las bicentenarias relaciones entre los Estados Unidos y América Latina y el Caribe.



**E**l lugar que ocupa la región de América Latina y el Caribe en la política exterior de los Estados Unidos es un tema que suscita un intenso y, en ocasiones, apasionado debate de ideas. La importancia de esta polémica no se limita al campo académico, sino que tiene una gran relevancia para la actividad política práctica de los gobiernos y los diversos actores políticos y sociales de nuestra región, la cual en buena medida se orientará a partir del diagnóstico que se haga sobre el tema en cuestión.

En los extremos de este debate se sitúan, por un lado, aquellos que minimizan la importancia que tendría nuestra región dentro de la política externa estadounidense y, por el otro, los que sostenemos que América Latina y el Caribe tienen un valor de primer orden dentro del diseño estratégico de hegemonía global de los Estados Unidos. Esta divergencia pudiera responder a una diversidad de factores, comenzando por la pluralidad de marcos teóricos y de perspectivas analíticas inherente a toda comunidad de investigadores y especialistas en las ciencias sociales. En ocasiones, sin embargo, es la expresión del enfrentamiento entre proyectos políticos e ideológicos irreconciliables, lo que imposibilita de entrada alcanzar cualquier consenso<sup>153</sup>.

---

obra de Luis Suárez Salazar: *Madre América. Un siglo de violencia y dolor (1898-1998)* y los numerosos ensayos de Jorge Hernández Martínez, Carlos Alzugaray Treto y el propio Luis Suárez Salazar, como parte de un grupo de autores cubanos que han brindado su contribución durante décadas y desde diversas instituciones académicas cubanas, dentro de las que han sobresalido el antiguo Centro de Estudios sobre América (CEA), el Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU) y el Instituto Superior de Relaciones Internacionales "Raúl Roa García" (ISRI). No obstante, siendo un tema de tanta relevancia y permanente actualidad para Cuba, se trata de una producción intelectual siempre insuficiente, en lo que incide una serie de factores que trascienden el potencial y la voluntad de la comunidad de científicos sociales de nuestro país.

<sup>153</sup> Podría ser el caso, por ejemplo, de dos exponentes muy representativos de las respectivas posiciones y cuya única coincidencia posiblemente sea la de haber nacido ambos en Buenos Aires. Me refiero al columnista de *El Nuevo Herald*, Andrés Oppenheimer, y al sociólogo y politólogo Atilio Boron. En el caso de Boron, uno de sus trabajos más recientes contiene una sólida argumentación sobre la importancia estratégica de nuestra región para los Estados Unidos. Ver Atilio Boron: *América Latina en la geopolítica del imperialismo*, pp. 59-76.

En las manifestaciones de este debate en los medios académicos cubanos en ocasiones no se logra un entendimiento compartido sobre la esencia y los límites del problema, lo que conduce a discusiones bastante estériles sobre si América Latina y el Caribe representan o no una prioridad para la política exterior de los Estados Unidos en un momento dado. Se confunde así la importancia estratégica de la región, que tiene un carácter permanente o duradero en términos históricos, con su nivel de prioridad, que por definición es algo coyuntural.

La importancia estratégica de un país, región o tema dentro de la política exterior de un Estado tiene que ver con el valor o la significación que este le asigna a dicho país, región o tema dentro de su planificación estratégica para la consecución de sus metas y objetivos a largo plazo en el plano internacional. Por su parte, las prioridades de la política exterior de un Estado se refieren al orden de precedencia y a la correspondiente asignación de recursos con los que este ejecuta sus acciones de política exterior en un momento o período determinados. Es decir, cuál asunto debe ser atendido primero y cuál después, cuántos recursos se asignarían a cada uno y de qué manera en un momento dado. Así, un asunto de gran importancia estratégica podría no ser prioritario en el corto o mediano plazo, por encontrarse relativamente asegurado y no requerir de una mayor atención o asignación de recursos. De la misma manera, suele ocurrir que un país, región o tema que en sí mismo no tiene una importancia estratégica de primer orden, a partir de determinados eventos o coyunturas adquieren súbitamente la máxima atención de los dirigentes y una mayor asignación de recursos en la política exterior de un Estado, al entrar en juego otras cuestiones como la autoridad y el prestigio internacional, o debido a presiones provenientes de otros Estados (aliados o enemigos), de la política doméstica, o de ambos.<sup>154</sup>

El nivel de actividad de la política exterior estadounidense en cada momento y región está relacionado, sobre todo, con el grado en que sus intereses estratégicos estén siendo desafiados por otros actores en cada zona geográfica. Resulta natural entonces que regiones como el Este de Asia, el Medio Oriente y Europa oriental, escenarios de creciente competitividad entre las grandes potencias, demanden un nivel de actividad, expresado particularmente en términos de presencia militar y diplomática, mucho mayor que otras regiones del mundo percibidas como relativamente seguras.

A pesar de los importantes cambios y acontecimientos ocurridos en América Latina y el Caribe a partir de la Revolución Cubana y, posteriormente, durante el nuevo ciclo emancipador iniciado con la primera victoria electoral de Hugo Chávez en 1998, nuestra región sigue siendo considerada como una zona

---

<sup>154</sup> Por ejemplo, así ha ocurrido en tiempos recientes, para la política exterior estadounidense, con las respectivas situaciones en torno de Siria y de Ucrania.



geográfica relativamente segura por parte de los planificadores estratégicos estadounidenses, a partir de la percepción de que en ella no se presentan en la actualidad amenazas a los intereses vitales de los Estados Unidos<sup>155</sup>. Aquí radica, posiblemente, la causa principal de su aparente baja prioridad en la política exterior de ese país.

A partir de la identificación entre lo que es importante y lo que es prioritario, suele ocurrir que para medir la importancia asignada por los Estados Unidos a América Latina y el Caribe solo se tomen en cuenta las acciones, declaraciones o el intercambio de visitas al más alto nivel del gobierno estadounidense de turno (o, más bien, la carencia de ellas y la generalizada ignorancia sobre nuestra región demostrada por sus más altas autoridades), como evidencias para sostener que los Estados Unidos “olvidan” o “descuidan” a América Latina y el Caribe<sup>156</sup>. En la base de este enfoque hay una falta de distinción entre la actividad política y diplomática más visible y pública, pero esencialmente episódica, desarrollada por las principales autoridades del gobierno de turno, y las acciones de penetración e influencia más sistemáticas, profundas y de largo plazo desarrolladas por estructuras y órganos estatales especializados que sostienen la continuidad de la política de los Estados Unidos para asegurar sus intereses permanentes y la consecución de sus objetivos estratégicos con relación a América Latina y el Caribe.<sup>157</sup> En el caso de la política hacia nuestra región, este rol es desempeñado de manera muy notable por sus órganos militares, tanto regulares como especiales, así como por sus diversas y polifacéticas agencias de seguridad e inteligencia<sup>158</sup>, cuestión que pareciera merecer una mayor atención por los interesados en el tema.

También se ha insistido en la escasez (o incluso total ausencia) de referencias a América Latina y el Caribe en los documentos estratégicos y discursos de los presidentes estadounidenses, lo que sería otra evidencia de la

<sup>155</sup> Aunque las definiciones en torno a fenómenos transnacionales como el crimen organizado, el tráfico de drogas, el terrorismo y los flujos migratorios siempre tienen un potencial de manipulación, exacerbación y escalamiento conflictivo muy peligroso, al tiempo que establecen el contexto que justifica el establecimiento de mecanismos políticos y jurídicamente vinculantes cada vez más lesivos a la soberanía de los Estados latinoamericanos y caribeños.

<sup>156</sup> Un caso típico, relativamente reciente, puede verse en Andrés Oppenheimer: «La fatiga latinoamericana de Obama».

<sup>157</sup> Esta necesaria diferenciación ha llevado al profesor e investigador cubano Luis Suárez Salazar a utilizar las nociones de “gobierno temporal” y “gobierno permanente”, aunque en el campo de la política internacional y la diplomacia es más frecuente la distinción entre “política de gobierno” y “política de Estado” para manejar la misma idea. Se trata de una distinción particularmente útil al abordar la proyección estadounidense hacia nuestra región, que se apoya en estructuras de dominación y dependencia multidimensionales sedimentadas históricamente, dentro de las cuales sobresalen las de carácter militar, económico-financiero e ideológico-cultural. Ver Luis Suárez Salazar: *Obama, la máscara del poder inteligente*, p. 1.

<sup>158</sup> Ello ha permitido a Atilio Boron, en el libro anteriormente referido, apreciar una creciente “militarización” de la política exterior estadounidense, en general, y hacia América Latina y el Caribe, en particular. Ver Atilio Boron: *América Latina en la geopolítica del imperialismo*, pp. 77-97.

poca relevancia de nuestra región en la política exterior de ese país. Se desconoce así lo advertido hace más de una década por el ex diplomático brasileño Samuel Pinheiro Guimarães, quien fuera ministro de Asuntos Estratégicos durante el gobierno del presidente Lula, en un libro excepcional y lamentablemente poco conocido en los países latinoamericanos hispanohablantes:

Se podría argumentar que América Latina, al contrario de lo que se propaga, es de hecho la zona estratégica más importante para los Estados Unidos. Que no reciba los recursos que juzga merecer, que no reciba el tratamiento respetuoso y la consideración de que se juzga merecedora, es otra cuestión. Tal vez no reciba tal atención, mientras otras áreas la reciben, justamente por encontrarse tan dependiente militar, política, económica e ideológicamente de los Estados Unidos, a tal punto que sus autoridades se permiten hoy simplemente no mencionarla en discursos, programas, relaciones de prioridades y memorias, mientras que los analistas académicos le dedican apenas una escasa atención. En segundo lugar, esa ausencia de mención no significa que en Washington no se siga con especial cuidado la evolución política en América Latina.<sup>159</sup>

La supuesta poca importancia de América Latina y el Caribe para los Estados Unidos es una gran falacia, promovida de manera insistente desde los Estados Unidos y sus mecanismos repetidores y formadores de opinión en el continente, con el objetivo de imponer la noción de que los gobiernos de la región, si aspiran a ganar espacio en el conjunto de prioridades estadounidenses, tienen que acatar de manera dócil las reglas del juego del sistema de dominación imperante. Todo esto, además, bajo el inaceptable presupuesto de que estar entre esas prioridades es, por definición, algo muy beneficioso para el país en cuestión. Esta actitud servil, lógica consecuencia del colonialismo mental de los sectores oligárquicos y de la derecha pro estadounidense, además de ser insostenible históricamente, constituye un argumento desmovilizador respecto a la urgente necesidad de acelerar y profundizar los esfuerzos para construir una región lo más unida, justa y poderosa posible, en torno a la idea de la Patria Grande.

Nada de lo expresado anteriormente niega la validez y la conveniencia de una mayor y mejor utilización de determinados indicadores y datos -muchos de los cuales incluso admiten la aplicación de técnicas cuantitativas- y del análisis de contenido de documentos oficiales, para apoyar los juicios cualitativos y poder establecer un debate mejor informado sobre las principales tendencias de la política de Estados Unidos hacia nuestra región, logrando así una mejor comprensión de la misma como uno de los componentes esenciales de la estrategia hegemónica de alcance mundial de los Estados Unidos. Ello

---

<sup>159</sup> Samuel Pinheiro Guimarães: *Quinhentos anos de periferia*, p. 99.

representaría un importante avance metodológico en el abordaje de este objeto de estudio, si bien la diversidad de enfoques conceptuales y explicativos asegurará una variedad de opiniones que siempre resulta saludable en cualquier comunidad de científicos sociales. De hecho, la propia selección e interpretación de tales indicadores, datos y textos oficiales pudiera ser controversial, pero ello nunca sería una razón suficiente ni buena para no avanzar en esa dirección.

## II

**E**n un ensayo publicado en 1993, el politólogo cubano Roberto González Gómez expuso la necesidad de intentar la elaboración de un nuevo paradigma interpretativo de las relaciones internacionales que permitiera enfrentar el dominio casi absoluto ejercido en esta disciplina por las concepciones y escuelas de pensamiento provenientes de los principales centros de poder. Para ello, sugería integrar los mejores aportes de los paradigmas realista, idealista e interdependentista, al tiempo que reivindicaba la vigencia del enfoque marxista y de la teoría de la dependencia en el estudio del fenómeno del imperialismo, cuya sola enunciación en el discurso político y la reflexión académica, en aquellos años de ensueño para los promotores del dogma neoliberal, solía ser considerado como un anacronismo<sup>160</sup>.

Esta propuesta planteaba entonces y sigue planteando en la actualidad un enorme desafío intelectual, en la medida en que los paradigmas teóricos, en cualquier disciplina, son presupuestos o postulados fundamentales con los que se pretende simplificar una realidad compleja con el objetivo de explicarla, y al constituir conjuntos o sistemas de creencias armónicos y autosuficientes, resulta extremadamente difícil, por no decir imposible, separar o tomar elementos de cada uno de ellos para integrarlos en una especie de súper paradigma que permita superar las respectivas limitaciones o insuficiencias que presentan sus distintas fuentes teóricas por separado.

Sin embargo, en el sentido de lo propuesto por Roberto González, parecería posible y conveniente trabajar en la identificación de puntos de contacto y de la posible complementariedad entre la teoría marxista del imperialismo, particularmente en su versión leninista, y la teoría realista de la política internacional, especialmente en su vertiente neorrealista, para avanzar en la investigación de la política exterior de los estados. Incluso eventualmente se podría aspirar, no sin antes superar importantes dificultades, a lograr una

---

<sup>160</sup> Roberto González Gómez: «La recomposición de las relaciones internacionales en la posguerra fría. La búsqueda de un nuevo paradigma interpretativo desde América Latina», pp. 15-25.

síntesis teórica entre ambas corrientes de pensamiento en el campo de la política internacional.

Un esfuerzo de ese tipo podría ser particularmente relevante para el estudio de la política de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe.

La teoría leninista del imperialismo sigue siendo una base indispensable para el estudio riguroso de la política exterior de cualquier estado imperialista. Por ejemplo, sus definiciones en torno a que el imperialismo «en el aspecto político es, en general, una tendencia a la violencia y a la reacción» y que le «es sustancial la rivalidad de varias grandes potencias en sus aspiraciones a la hegemonía»; así como sus nociones sobre la correlación internacional de fuerzas y su naturaleza cambiante, como resultado del desarrollo desigual entre los distintos países; mantienen, en lo esencial, plena validez<sup>161</sup>.

Pero si bien la teoría del imperialismo establece un marco conceptual básico y general, no es suficiente para el estudio especializado de la política exterior de los estados, sobre todo para comprender o interpretar sus variaciones en el tiempo, entre otras razones, porque este fenómeno no ha sido nunca su centro de atención específico. En este sentido, considero que los historiadores, sociólogos y politólogos con formación y perspectivas marxistas especializados en las relaciones internacionales necesitamos saldar cuentas e incorporar en nuestros enfoques aquellos aportes valiosos provenientes de otras escuelas de pensamiento desarrolladas en los campos de la política internacional y de la política exterior, particularmente del realismo político y, en especial, de su corriente neorrealista.

Usualmente desde posiciones de izquierda existe una visión negativa sobre estas escuelas de pensamiento como resultado de una lectura muy parcial o sesgada de sus principales obras (en el mejor de los casos), o de su franco desconocimiento<sup>162</sup>. Obviamente, todo investigador de la escuela neorrealista tiene como centro de atención la política exterior del estado al que sirve – normalmente una gran potencia-, y busca orientarla según lo que considera como sus mejores intereses y de acuerdo a los valores políticos e ideológicos que defiende y representa. Pero, conscientes de lo anterior, es necesario también reconocer que el neorrealismo ha desarrollado todo un cuerpo teórico especializado en los campos de la política internacional y de la política exterior que no ha enfrentado alternativas a su misma altura, y que puede ser apropiado desde la perspectiva y en función de los intereses y proyectos de los países «periféricos». Así, parecería alcanzable una superación de las versiones

<sup>161</sup>Vladimir Ilich, Lenin. «El imperialismo, fase superior del capitalismo».

<sup>162</sup>Aunque en la trayectoria del realismo hay otros textos de gran importancia, la «Política entre las naciones» de Morgenthau es considerada la obra cumbre de esta escuela de pensamiento (ver Hans J. Morgenthau: *Politics Among Nations, The Struggle for Power and Peace*). Por su parte, para el texto fundador del neorrealismo, ver Kenneth N. Waltz: *Theory of International Politics*.

contemporáneas y predominantemente anglosajonas del neorrealismo –sobre todo en cuanto a su negación o desconocimiento de la esencia clasista de la política exterior de los Estados, que es su principal insuficiencia<sup>163</sup>-, por la vía de su integración dentro de una cosmovisión marxista, de modo general, y leninista, de manera particular, en lo que tiene que ver con las interacciones inter-estatales en las condiciones del imperialismo.

Los puntos de contacto entre la teoría leninista del imperialismo y el neorrealismo son notables. Ambas perspectivas, al analizar la política internacional, son estado-céntricas<sup>164</sup> y le conceden la debida importancia a la correlación internacional de fuerzas (o distribución relativa del poder) entre las principales potencias, así como a los condicionamientos, presiones y restricciones que esto impone a la política exterior de los Estados y a las interacciones entre ellos.

Las respectivas visiones leninista y neorrealista de la política internacional parten de un tronco común, la venerable tradición realista que hunde sus antecedentes en la Antigüedad, con Sun Tzu, Tucídides y Cautilya, pasando posteriormente por Maquiavelo, Hobbes y Clausewitz, en un permanente contrapunteo con la tradición idealista, también muy respetable, que ha sido una marca distintiva de la historia del pensamiento político internacional.

Este realismo es evidente en las concepciones de Lenin sobre el papel del Estado, así como en su visión sobre las relaciones internacionales de la época y en las muy duras decisiones que debió tomar como estadista. Por otro lado, el poder predictivo de su teoría sobre el imperialismo se reveló de manera impresionante y particularmente trágica con el advenimiento de la segunda guerra mundial. El hecho de que la configuración bipolar del sistema internacional prevaleciente durante la Guerra Fría y, sobre todo, el apocalíptico poder destructivo de las nuevas armas de destrucción masiva hayan prevenido la ocurrencia de una nueva conflicto bélico abierto y directo entre las principales potencias, no invalida la visión leninista en cuanto a la inevitabilidad de las pugnas y la competencia entre las principales potencias imperialistas, expresadas ahora en dimensiones y contextos no bélicos. Y si bien dichas rivalidades no prevalecieron sobre los elementos de cooperación inter-imperialista durante la Guerra Fría, ni tampoco lo han hecho en el período de supremacía estadounidense que le sucedió y se extiende hasta la actualidad, la

<sup>163</sup> El carácter aclassista del realismo y del neorrealismo se manifiesta especialmente en conceptos claves como el del *interés nacional*, la *seguridad nacional* y el *Estado*, entendido este último como un actor racional y unitario. Sin embargo, se trata de nociones consagradas por su amplio uso en la teoría de la política internacional y que resultan útiles y válidas siempre que se tenga conciencia de que constituyen abstracciones cuyas definiciones histórico-concretas son impuestas a toda la sociedad por la clase dominante.

<sup>164</sup> Con todo lo que pueda decirse con respecto al creciente papel de los actores no estatales en la política internacional contemporánea, y aunque es un tema de mucha discusión, la política internacional contemporánea sigue constituyendo, en última instancia, un sistema estado-céntrico.

eventual conformación de un sistema multipolar a mediano y largo plazos podría generar condiciones que estimulen una dinámica esencialmente diferente, con predominio del conflicto.

Por otra parte, el hecho de que Kenneth Waltz, en su obra fundadora del neorrealismo, haya dedicado un importante espacio a las teorías del imperialismo de Hobson y de Lenin, no parece haber sido casual. Aunque su intención haya sido invalidar sus respectivas concepciones como teorías de la política internacional<sup>165</sup>, Waltz en buena medida partió de Hobson y de Lenin, así como de otros autores posteriores con formación o influencia marxista, para exponer su propia teoría.

Un proceso de acercamiento y complementariedad entre la teoría leninista del imperialismo (en particular la visión de la política internacional que de ella se deriva), y el aparato conceptual del neorrealismo, tendría implicaciones prácticas de gran importancia para el estudio de la política estadounidense hacia nuestra región. Podría ser muy útil, por ejemplo, para resistir la fuerte tentación de atribuir un carácter especialmente perverso a la clase dirigente estadounidense y a sus motivaciones de política exterior, y a personificar dicha política en sus presidentes, sea este un W. Bush o un Obama, lo que conduce a descuidar o desviar la atención de los factores esenciales y sistémicos que determinan la proyección imperialista de ese Estado. De esta forma, además, honraríamos la conocida sentencia martiana en cuanto a que «Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos. Ni se debe exagerar sus faltas de propósito, por el prurito de negarles toda virtud, ni se ha de esconder sus faltas, o pregonarlas como virtudes»<sup>166</sup>.

Sin dudas la política de los Estados Unidos hacia nuestra región ha estado cargada de una gran perversidad, que ha causado cientos de miles de víctimas directas y posiblemente millones de víctimas indirectas<sup>167</sup>. En definitiva, a nivel mundial, se trata del único Estado que ha utilizado la bomba atómica premeditadamente contra la población civil en grandes centros urbanos. Pero si, en lugar de los Estados Unidos, los latinoamericanos y caribeños hubiéramos tenido en el norte otra nación con un poder enorme y sin contrapeso, probablemente su política hacia nuestra región no hubiera sido muy diferente. Obviamente, esta es una conjetura hipotética imposible de demostrar empíricamente de manera directa, pero la historia ofrece importantes pistas en ese sentido. No debe olvidarse, por ejemplo, el origen francés de los métodos de represión y tortura aplicados de manera tan profusa en nuestra región, así

<sup>165</sup> Lo que, en rigor, es correcto, pues la materia centro de atención de las respectivas obras de Hobson y de Lenin era la formación económica y social capitalista en su estadio más avanzado, y no la política internacional.

<sup>166</sup> José Martí: «La verdad sobre los Estados Unidos».

<sup>167</sup> Sobre este saldo trágico puede verse la obra anteriormente citada de Luis Suárez Salazar: *Madre América. Un siglo de violencia y dolor (1898-1998)*.

como el amplio expediente histórico de crímenes y atrocidades cometidos en todo el mundo y en diferentes momentos históricos por el imperialismo inglés, el francés, el alemán y el japonés, entre otros<sup>168</sup>. En nuestros días, la similitud entre las respectivas políticas exteriores de las potencias imperialistas se observa de manera notable en la alianza tácita entre los Estados Unidos y las principales potencias europeas con respecto a los asuntos estratégicos que tienen que ver con América Latina y el Caribe.

Tanto la teoría leninista del imperialismo como el neorrealismo enfatizan los condicionamientos sistémicos de la política exterior de los Estados, lo cual muchas veces es obviado o relegado por los analistas y los comentaristas de temas internacionales. Tal falencia, por ejemplo, se manifiesta de manera intensa en vísperas de las elecciones presidenciales estadounidenses, en la generalizada ansiedad con la que en todo el mundo y en nuestra región, en particular, dirigentes políticos, funcionarios gubernamentales, analistas políticos y el público en general aguardan los resultados de dichos comicios, con la esperanza o el deseo de que triunfe la figura que supuestamente, en lo internacional, será más dialogante, cooperativa y multilateralista, condiciones usualmente asociadas al candidato demócrata. Pareciera así que se parte de la premisa de que es posible un cambio esencial o fundamental, en un sentido positivo, de la política hacia América Latina y el Caribe, aunque no cambien las condicionantes sistémicas derivadas de la naturaleza imperialista del Estado norteamericano y de la correlación internacional de fuerzas existente. De hecho, tal posibilidad de cambio ha sido la promesa de muchos presidentes estadounidenses a lo largo de la historia, jamás cumplida. La última versión corrió a cargo de Barack Obama<sup>169</sup> en ocasión de la Cumbre de las Américas en Puerto España, Trinidad y Tobago<sup>170</sup>.

De esta manera, con la posible síntesis conceptual entre la teoría leninista del imperialismo y el neorrealismo, tanto los estudios sobre la política de los Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe como los proyectos políticos

---

<sup>168</sup> Al respecto, ver un ilustrativo compendio en Gilles Perrault et al: *El libro negro del capitalismo*.

<sup>169</sup> Obama, Barack: «Remarks by the President at the Summit of the Americas».

<sup>170</sup> Este planteamiento en modo alguno implica una negación de las apreciables diferencias entre los sucesivos dirigentes, estrategias, ideólogos, fuerzas políticas y grupos de poder que han prevalecido en la conducción de la política exterior de los Estados Unidos en los sucesivos ciclos históricos, ni que esas diferencias no tengan importancia. Dentro del marco general de la misma estrategia imperialista, para América Latina y el Caribe no significó lo mismo la política desarrollada durante el gobierno de Woodrow Wilson que la desarrollada durante el gobierno de Franklin Delano Roosevelt, ambos demócratas, así como no fue tampoco igual la política del gobierno demócrata de James Carter que la del gobierno republicano de Ronald Reagan. Las decisiones tomadas o dejadas de tomar por los presidentes y otras autoridades estadounidenses pueden determinar el curso de los acontecimientos de manera decisiva, con implicaciones prácticas que se pueden medir incluso en términos de vidas humanas perdidas o gravemente afectadas. Estas decisiones, a su vez, están determinadas decisivamente por los respectivos sistemas de creencias, valores y visiones del mundo (y del papel de los Estados Unidos en el mismo) sustentados por estos funcionarios.

en el orden práctico para enfrentar la hegemonía estadounidense se dotarían de un mayor rigor teórico y científico.

También sería más nítida la comprensión de que la política exterior de los Estados Unidos es la política propia de un Estado imperialista y de una gran potencia (en este caso una superpotencia global sin un contrapeso efectivo, lo que agrava las cosas), y que siempre debería esperarse que sea esa y no otra. Por tanto, mientras no concurren transformaciones fundamentales de las condicionantes sistémicas (carácter imperialista y correlación internacional de fuerzas) de esta política, solo es previsible que se manifieste de manera cooperativa o moderada frente a dos tipos de Estados: aquellos que se le someten o aquellos que logran desarrollar un poder disuasivo suficiente para preservar su seguridad y su soberanía, ya sea de manera individual o mediante coaliciones.

### III

La estrategia de política exterior de los Estados Unidos con posterioridad a la segunda guerra mundial ha sido el resultado del consenso de los sectores y grupos de poder prevaletentes dentro su clase dominante en cada momento histórico. Tal consenso ha sufrido situaciones de crisis y de quiebre, como ocurrió durante la guerra de Vietnam, así como períodos relativamente prolongados de indefinición, como sucedió en la coyuntura configurada con el fin de la bipolaridad. Sin embargo, dicha estrategia ha sido bipartidista y consistente en cuanto a su esencia imperialista y su pretensión de hegemonía global.

El surgimiento de tal aspiración hegemónica fue un efecto bastante natural de la situación tan ventajosa en la que se encontraron los Estados Unidos al concluir la contienda bélica, que devastó a las restantes grandes potencias de la época. Sin embargo, esta privilegiada posición se vio significativamente relativizada por la rápida emergencia de una superpotencia nuclear rival. Pero el fin de la Guerra Fría pareció hacer viable nuevamente el proyecto hegemónico, al presentarse una coyuntura caracterizada por un comentarista neoconservador como un “momento unipolar”<sup>171</sup>. Desde ese momento y hasta nuestros días, la estrategia de los Estados Unidos se ha dirigido, con resultados muy dudosos, a perpetuar una condición de supremacía a nivel mundial, objetivo que sigue siendo proclamado como la doctrina oficial de su gobierno<sup>172</sup>.

<sup>171</sup> Krauthammer, Charles: «The Unipolar Moment».

<sup>172</sup> Como ha hecho notar Jorge Hernández Martínez en «Gato por liebre. Hegemonía y seguridad nacional en las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina», en los documentos oficiales estadounidenses de política exterior nunca se habla de «hegemonía». En su lugar, es utilizado de



Debe recordarse que en 1992 fue filtrado a la prensa un documento del Pentágono que planteaba descarnadamente el objetivo de impedir, por todos los medios posibles, la emergencia de alguna nación o grupo de naciones con la aspiración de desafiar el «liderazgo» militar y económico estadounidense. Fragmentos del plan fueron filtrados al New York Times, suscitando una andanada de reacciones negativas en el Congreso y de algunos funcionarios de la propia administración, así como de gobiernos extranjeros. Según trascendió en su momento, el documento fue revisado y el texto resultante incorporó cambios en su lenguaje, adoptando un tono menos agresivo y un enfoque más multilateralista. En esencia, se sustituyó el lenguaje crudo y directo inicial por formulaciones eufemísticas. Sin embargo, la evidencia empírica desde inicios de la década de los noventa del pasado siglo hasta la actualidad, así como el contenido de los propios documentos estratégicos y el discurso oficial evidencian que esa aspiración a la supremacía perpetua ha seguido siendo el principio rector de la política exterior de los Estados Unidos.<sup>173</sup>

Partiendo de ese contexto, el esfuerzo intelectual orientado a intentar anticipar los posibles cursos futuros de la política estadounidense hacia América Latina y el Caribe requiere la utilización de un enfoque histórico-prospectivo que, por un lado, considere debidamente todas las fuerzas, factores y tendencias del pasado que impactan en el presente y, por el otro, aquellos elementos de cambio que impulsan la conformación de escenarios cualitativamente diferentes al sistema hegemónico que imperó durante el pasado siglo, si bien este se expresó de manera muy diferente en los diferentes períodos históricos y subregiones geográficas de América Latina y el Caribe<sup>174</sup>.

Desde una perspectiva estrictamente histórica, es inobjetable la significación estratégica de primer orden que ha tenido América Latina y el Caribe durante el proceso evolutivo de los Estados Unidos desde una incipiente república independiente hasta la adquisición de su actual estatus como primera y única superpotencia mundial. Más allá de las diferencias identificables en los sucesivos gobiernos estadounidenses en cuanto a sus respectivas políticas, instrumentos, modalidades y estilos particulares desarrollados, la proyección

---

manera eufemística y reiterativa el vocablo «liderazgo». Por ejemplo, en la vigente Estrategia de Seguridad Nacional, que es un documento de 60 páginas, dicha palabra (u otras derivadas de la misma) es utilizada 71 veces. Ver *National Security Strategy*.

<sup>173</sup>Ver Tyler, Patrick: «U. S. strategy plan calls for insuring no rivals develop» y «Pentagon drops goal of blocking new superpowers».

<sup>174</sup>Históricamente los Estados Unidos le han otorgado una importancia vital, desde el punto estratégico y geopolítico, a la subregión de México, Centroamérica y el Caribe, que ha sido así la principal víctima de toda la panoplia de instrumentos y mecanismos de sometimiento y dominación concebibles, incluyendo numerosas intervenciones militares directas. En América del Sur, sin embargo, sobre todo durante la primera mitad del pasado siglo, existió cierto equilibrio de fuerzas e influencias entre los Estados Unidos y las principales potencias europeas. De hecho, por ejemplo, los Estados Unidos nunca han realizado acciones militares a gran escala contra las naciones sudamericanas y han basado su hegemonía en esta zona geográfica en mecanismos diferentes del uso directo de la fuerza militar.

desplegada por los Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe, desde la proclamación de la Doctrina Monroe hasta nuestros días, ha estado marcada por una línea de continuidad impresionante, consistente en asegurar el control sobre nuestra región como la condición indispensable o el prerrequisito para fortalecer su posición dentro de la correlación internacional de fuerzas en cada momento histórico y para - ya en las condiciones posteriores a la segunda guerra mundial- desarrollar una estrategia de hegemonía a escala planetaria.

En rigor, puede decirse entonces que esta vocación de control continental ha sido el rasgo más duradero y constante de la política exterior estadounidense desde su propio surgimiento. Y si bien dicha política ha tenido variaciones fundamentales, en función de la posición relativa de los Estados Unidos en cada momento histórico como resultado de los sucesivos cambios en la distribución del poder a nivel mundial, dentro de su estrategia global ha permanecido invariable el lugar reservado a América Latina y el Caribe como una zona geográfica que necesariamente debe ser controlada y, consustancialmente, negada al dominio o excesiva influencia de cualquier otra potencias extra continental.

Algunos podrían argumentar que esta descripción ha perdido vigencia y que incluso la Doctrina Monroe ha sido derogada oficialmente por el gobierno de los Estados Unidos, en palabras de su propio Secretario de Estado, John Kerry<sup>175</sup>. Sin embargo, la política de hostilidad activa -más o menos encubierta, según el caso- hacia todo proceso emancipador en nuestra región<sup>176</sup>, con el fin último de revertirlos, así como las reacciones contrarias -también más o menos veladas, según las naciones implicadas- a toda intensificación de los vínculos entre los Estados latinoamericanos y caribeños con actores extra continentales de peso (China, Rusia, India e Irán), ponen en evidencia la diferencia existente entre un ejercicio meramente retórico como el realizado por el Secretario Kerry, orientado a ajustar las formulaciones doctrinarias públicas de los Estados Unidos al actual contexto político del continente, y la realidad de la permanencia de una política de control sobre el continente americano, justamente la quintaesencia de la Doctrina Monroe, basada ahora en el hecho de que los Estados Unidos no pueden pretender mantener una posición de supremacía mundial si no son capaces de controlar en lo fundamental y de manera exclusiva al hemisferio occidental.

Desde el punto de vista prospectivo, existe el criterio bastante extendido entre los especialistas de política internacional en el sentido de que el mundo atraviesa por un proceso de crisis de hegemonía del imperialismo

---

<sup>175</sup> John Kerry: «Remarks on U.S. Policy in the Western Hemisphere».

<sup>176</sup> Esta hostilidad se ha manifestado tanto contra los gobiernos que se autodefinen como revolucionarios (Cuba, Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua) como contra aquellos que han tenido un carácter reformador (Argentina y Brasil), aunque ha tenido diferencias de grado en cada caso.

estadounidense<sup>177</sup> y de tránsito de un sistema unipolar hacia uno multipolar. En el trasfondo de esta percepción se renueva el viejo debate sobre la “declinación” relativa del poder de los Estados Unidos, sustentado sobre todo – aunque no únicamente- en la evolución de variables económicas como, por ejemplo, la tendencia decreciente de su participación en el producto bruto mundial y determinadas señales hacia una menor utilización del dólar estadounidense en las transacciones económicas internacionales<sup>178</sup>.

En cualquier caso, como lo ha sido en el pasado, la correlación internacional de fuerzas, en general, y la extrema desigualdad entre ambas partes en términos de poder, en particular, seguirán siendo los principales factores determinantes del carácter hegemónico de la política estadounidense hacia América Latina y el Caribe. Este en modo alguno es un planteamiento original, sino que ha sido subrayado por los más importantes estudiosos del tema. En este sentido, para Connell-Smith: «Por encima de todo, lo que diferencia a los Estados Unidos de la América Latina es la desigualdad de poder que hay entre ambos. Los Estados Unidos siempre han sido incomparablemente más poderosos que cualquiera de las demás naciones de América. (...) Esta posición dominante de los Estados Unidos (...) es el factor determinante en las relaciones interamericanas».

Podría anticiparse, por tanto, que las tendencias y los rasgos dominantes de la política de los Estados Unidos hacia nuestra región, en el futuro a mediano y largo plazos, en buena medida dependerán de si se verifica o no en la práctica el tránsito del sistema internacional hacia una configuración multipolar.

En caso positivo, parecería plausible la hipótesis de que, en la medida en que los Estados Unidos enfrenten una mayor competencia de parte de otras grandes potencias y tengan mayores dificultades para imponer sus designios en otras regiones del mundo, la importancia estratégica de América Latina y el Caribe se evidenciará de manera más clara y, consecuentemente, aumentará el nivel de prioridad de la región dentro de la política exterior estadounidense, como vía de reafirmación y soporte fundamental de su estatus como potencia a nivel mundial. Esto implica que, de confirmarse la tesis de la declinación del poder estadounidense, con seguridad América Latina y el Caribe será la última región a cuyo control los Estados Unidos renunciarán. Y si bien tal proceso de

---

<sup>177</sup>Ver, por ejemplo, Carlos Alzugaray Treto: «Crisis de hegemonía y el orden mundial: la relación Estados Unidos-América Latina».

<sup>178</sup>La discusión sobre la declinación relativa del poder estadounidense cobró fuerza a partir de la publicación, en 1987, de un célebre libro del historiador británico Paul Kennedy, lo que no significa que el tema haya surgido en ese momento. Por ejemplo, ya en 1971, una sección de un libro del eminente economista brasileño Celso Furtado se titulaba “Declinación de la hegemonía de Estados Unidos y opción policentrista”. Ver Paul Kennedy: *The rise and fall of the great powers* y Celso Furtado: *La hegemonía de los USA y América Latina*.

declinación podría ser muy conveniente estratégicamente para nuestra región, creando un contexto más favorable para el avance y la profundización de su proceso unitario, su decurso podría conllevar situaciones muy peligrosas, a partir de las posibles acciones drásticas y desesperadas que podrían desarrollar los Estados Unidos con el objetivo de reafirmarse sobre el continente americano, en su afán de situarse en mejores condiciones para enfrentar la creciente competencia entre las grandes potencias.

En el escenario contrario, es decir, de mantenimiento de los Estados Unidos como la primera y única superpotencia a nivel mundial –o incluso en el caso extremo de un retorno a la unipolaridad-, nuestra región se mantendría como un territorio asegurado o controlado en lo esencial en lo que respecta a los intereses estadounidenses permanentes o “vitales”, y seguiría fuera del alcance y de la excesiva influencia de otras potencias extra continentales, por lo que su política hacia América Latina y el Caribe no tendría que tener un elevado perfil ni una mayor asignación de recursos, con independencia de su importancia estratégica subyacente.

La posición dominante en el continente americano es una condición indispensable para que los Estados Unidos puedan pretender el sostenimiento de un proyecto hegemónico a nivel mundial. En esto radica la importancia fundamental que, en términos estratégicos, tiene la región de América Latina y el Caribe para la superpotencia nortea. Pero incluso en el escenario de un sistema internacional verdaderamente multipolar, la relación con nuestra región siempre representará un punto de apoyo básico para la posición relativa estadounidense en un contexto competitivo frente al resto de las principales potencias.

Mientras los Estados Unidos disfruten de una enorme superioridad en términos de poder con respecto a los Estados latinoamericanos y caribeños, no sería realista esperar un cambio esencial en su estrategia hegemónica. Por tanto, para lograr el establecimiento de una relación tendiente a la igualdad y a un tratamiento respetuoso por parte de los Estados Unidos, los países de nuestra región no tienen otro camino que el fortalecimiento de su propia posición. Ello puede lograrse por tres vías que se refuerzan mutuamente: el incremento de sus respectivas dotaciones de recursos de poder nacional a un ritmo más rápido que los Estados Unidos; la aceleración y la profundización de los procesos concertacionistas, colaborativos e integracionistas regionales -que podrían conducir, eventualmente, a la constitución de entidades políticas mayores-; y el establecimiento de alianzas extra continentales para balancear el excesivo poderío estadounidense.

En síntesis, la transformación de la tradicional política hegemónica de los Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe en otra esencialmente diferente, tendiente al respeto y la cooperación entre iguales, sin dudas será un

proceso paulatino y sinuoso, y solo será posible con una América Latina y el Caribe mucho más poderosa y digna.

## Bibliografía

- Alzugaray Treto, Carlos: «Crisis de hegemonía y el orden mundial: la relación Estados Unidos-América Latina», Jorge Hernández Martínez (editor), Los EE.UU. a la luz del siglo XXI, Ciencias Sociales, La Habana, 2008.
- Boron, Atilio A.: América Latina en la geopolítica del imperialismo, Luxemburg, Buenos Aires, 2012.
- Connell-Smith, Gordon: Los Estados Unidos y la América Latina, Fondo de Cultura Económica, México, D. F. , 1977
- Furtado, Celso: La hegemonía de los USA y América Latina, Edicusa, Madrid, 1971.
- González Gómez, Roberto: «La recomposición de las relaciones internacionales en la posguerra fría. La búsqueda de un nuevo paradigma interpretativo desde América Latina», en Iberoamérica hacia el Tercer Milenio, Instituto Matías Romero, México, D. F., 1993, pp. 15-25
- Hernández Martínez, Jorge: «Gato por liebre. Hegemonía y seguridad nacional en las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina», en Miradas a los Estados Unidos. Historia y contemporaneidad, UH, La Habana, 2011.
- Krauthammer, Charles: «The Unipolar Moment», Foreign Affairs, 70, 1, 1990/1991, pp. 23-33.
- Kennedy, Paul: The rise and fall of the great powers: economic change and military conflict from 1500 to 2000. Vintage Books, New York, 1989.
- Kerry, John: «Remarks on U.S. Policy in the Western Hemisphere», 2013, <http://www.state.gov/secretary/remarks/2013/11/217680.htm>, 26/09/2014.
- Lenin, Vladímir Ilich: «El imperialismo, fase superior del capitalismo», en: Obras escogidas en tres tomos, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú (sin año). Tomo 1, pp. 719-834.
- Martí, José: «La verdad sobre los Estados Unidos», en Obras Completas, Tomo 28, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana 1975, pp. 290-294.
- Morgenthau, Hans J.: Politics Among Nations, The Struggle for Power and Peace, Alfred Knopf, Nueva York, 1948
- National Security Strategy, Washington, D. C., 2010, [http://www.whitehouse.gov/sites/default/files/rss\\_viewer/national\\_security\\_strategy.pdf](http://www.whitehouse.gov/sites/default/files/rss_viewer/national_security_strategy.pdf), 30/09/2014.
- Obama, Barack: «Remarks by the President at the Summit of the Americas», 2009, [http://www.whitehouse.gov/the\\_press\\_office/Remarks-by-the-President-at-the-Summit-of-](http://www.whitehouse.gov/the_press_office/Remarks-by-the-President-at-the-Summit-of-)

the-Americas-Opening-Ceremony, 30/09/2014

Oppenheimer, Andrés: «La fatiga latinoamericana de Obama», El Nuevo Herald, 28 de septiembre del 2013, <http://www.elnuevoherald.com/2013/09/28/v-print/1578051/oppenheimer-la-fatiga-latinoamericana.html>, 30/09/2013

Perrault, Gilles et al: El libro negro del capitalismo, Txalaparta, Tafalla, 2001.

Pinheiro Guimarães, Samuel: Quinhentos anos de periferia, UFRGS/Contraponto, Porto Alegre/Rio de Janeiro, 2002.

Suárez Salazar, Luis: Madre América. Un siglo de violencia y dólar (1898-1998), Ciencias Sociales, La Habana, 2003.

\_\_\_\_\_ : Obama: la máscara del poder inteligente. Ciencias Sociales, La Habana, 2010.

Tyler, Patrick: «U. S. strategy plan calls for insuring no rivals develop», The New York Times, 1992, <http://www.nytimes.com/1992/03/08/world/us-strategy-plan-calls-for-insuring-no-rivals-develop.html>, 30/09/2014.

\_\_\_\_\_ : «Pentagon drops goal of blocking new superpowers», The New York Times, 1992, <http://www.nytimes.com/1992/05/24/world/pentagon-drops-goal-of-blocking-new-superpowers.html>, 30/09/2014

Waltz, Kenneth N.: Theory of International Politics, Addison-Wesley, Reading, Mass., 1979.



# LOS RETOS ACTUALES DE LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA, LA “GUERRA DE POSICIONES” Y LA CONTRAOFENSIVA IMPERIALISTA

Dr. Roberto Regalado Álvarez

*[...] en todo proceso de revolución también surge la tendencia a la contrarrevolución. Esto tiene carácter objetivo. Triunfa, en definitiva, la corriente que logra la mayor fuerza, la que se guía por un plan más acertado, más inteligente. El predominio de la revolución o de la contrarrevolución se decide en el terreno subjetivo: depende de la conducción de una o la otra.*

Schafik Hándal<sup>179</sup>

## Introducción

**A**mérica Latina, en su conjunto, constituye un escenario destacado de la «guerra de posiciones» de la que hablara Antonio Gramsci. Esa guerra se libra entre el imperialismo norteamericano y sus aliados criollos, de una parte, y los movimientos populares y las fuerzas políticas de izquierda y progresistas, de la otra, y un elemento clave de ella es la disputa política y electoral por el control de los gobiernos de la región.

De acuerdo con las concepciones predominantes en las izquierdas revolucionarias del siglo XX, en una coyuntura histórica signada por el derrumbe de la URSS y el fin de la bipolaridad de posguerra, cabía esperar décadas de virtual extinción de las luchas populares. Para sorpresa de muchos –entre ellos para el autor de esta ponencia–, tras un breve lapso en el que predominó el desconcierto, en América Latina se produjo un auge de

---

<sup>179</sup>Fragmento de una parte aún inédita de las memorias de este connotado líder e intelectual revolucionario salvadoreño, que están en proceso de publicación por el Instituto Schafik Hándal, de San Salvador, con el título *Legado de un revolucionario. Del rescate de la historia a la construcción del futuro.*



los movimientos sociales, el nacimiento de movimientos social-políticos y la ocupación de espacios institucionales por fuerzas políticas progresistas y de izquierda dentro del sistema de democracia burguesa, incluida la elección y reelección de un abanico de esas fuerzas al gobierno en varios países.

La elección de gobiernos de izquierda y progresistas es algo novedoso en una región donde la norma era la dictadura militar o el autoritarismo civil, y donde en los casos en que la izquierda, por excepción, llegó a ocupar la Presidencia de la República mediante el sufragio popular, fue víctima de la desestabilización y el derrocamiento violento, tal como ocurrió en Guatemala en 1954 y en Chile en 1973. Por eso, el hecho de que hoy esas fuerzas logren acceder al gobierno por medios pacíficos y que desde el gobierno puedan construir poder popular, constituye un acontecimiento sin precedentes.

La izquierda accedió al gobierno en varios países de América Latina, pero en ninguno ejerce todos los resortes del poder, sino solo una parte de ellos: el poder está en disputa. Lo nuevo, y esto es algo trascendental, es que la izquierda latinoamericana ya no solo participa en la disputa el poder desde la oposición, sino también desde el ejercicio del gobierno. Ahora bien, cómo se erigen y cómo serán, en definitiva, los socialismos latinoamericanos del siglo XXI –socialismos, en plural, porque obviamente serán diversos–, son interrogantes que aún no estamos en condiciones de responder a plenitud, porque los procesos que se orientan en esa dirección tienen un largo trecho por recorrer y muchos obstáculos por vencer.

Los espacios sociales, políticos e institucionales ocupados por fuerzas de izquierda y progresistas en la América Latina actual son resultado de la combinación de cuatro factores, tres de ellos positivos y uno negativo. Los factores positivos son:

- El acumulado político de toda su historia de luchas contra la dominación colonialista y neocolonialista, en especial durante el siglo XX, y de manera aún más específica, en el período comprendido entre 1959 y 1989, es decir, durante la etapa histórica abierta por el triunfo de la Revolución Cubana.
- El rechazo de la opinión pública mundial a la fuerza bruta históricamente empleada contra los pueblos latinoamericanos –en especial, debido a la práctica masiva y sistemática del asesinato, la desaparición, el encarcelamiento, la tortura y el exilio por parte de los Estados de «seguridad nacional» entre 1964 y 1989–, que obliga al imperialismo y sus aliados criollos a buscar formas más mediadas y sofisticadas de dominación.
- El aumento de la conciencia, la movilización y la acción social y política registrado en la lucha contra el neoliberalismo, que incorpora a la lucha

política y electoral a franjas populares que antes no podían y/o no tenían la conciencia y el incentivo necesarios para participar en ellas.

Como resultado de esta combinación de factores, si bien no se cumplió el objetivo que la gran mayoría de los movimientos político-militares latinoamericanos se habían propuesto en las décadas de 1960 a 1980, a saber, la conquista del poder, en términos generales semejantes a lo ocurrido en Rusia, China, Corea del Norte, Vietnam y Cuba, el imperialismo y las oligarquías criollas se vieron compulsados a abrir espacios de lucha social y lucha política de signo popular. En esos espacios se amplió el horizonte político, ideológico y cultural, y comenzó la construcción de idearios y proyectos emancipadores que beben de diversas fuentes autóctonas y de las fuentes originarias del marxismo, al tiempo que se despojan de la nociva influencia del «socialismo real».

El factor negativo que incide en la situación política latinoamericana posterior al fin de la bipolaridad de posguerra es la construcción de un sistema transnacional de dominación imperialista –compuesto por una tupida madeja de mecanismos políticos, económicos, militares, ideológicos y mediáticos–, concebido para reducir a su mínima expresión la autodeterminación, la independencia y la soberanía de las naciones del Sur. Este sistema busca cercar, bloquear, imponer una camisa de fuerza e intervenir en los asuntos internos de las naciones latinoamericanas y caribeñas. Fue, precisamente, la creencia de que podría someter a esas naciones a los nuevos mecanismos transnacionales de dominación, la que, en última instancia, movió al imperialismo a dejar de oponerse de oficio a todo triunfo electoral de la izquierda, lo cual hizo basado en la errónea creencia de que la camisa de fuerza del Estado neoliberal no permitiría el acceso de la izquierda al gobierno y que, en caso de excepciones, accedería a él una izquierda reciclada, como la socialdemocracia europea, que asumiría como propio el abandono de todo vestigio de asimilación de demandas sociales y de redistribución de riqueza.

En virtud de la interacción entre los cuatro elementos mencionados, desde finales de la década de 1980 América Latina ha atravesado por diferentes momentos:

- En el primero, entre 1989 y 1994, lo predominante era la reestructuración y revitalización del sistema de dominación continental del imperialismo norteamericano, unida al desconcierto de los movimientos populares y las fuerzas políticas de izquierda.
- En el segundo, entre 1994 y 1998, lo predominante era la crisis del Estado latinoamericano y el auge de las protestas sociales provocadas por la reestructuración neoliberal.

- En el tercero, entre 1998 y 2006, lo predominante era la elección de gobiernos de izquierda y progresistas.
- En el cuarto, de 2006 hasta el presente, lo predominante es la contraofensiva del imperialismo norteamericano y la derecha criolla para reconquistar los espacios sociales, políticos e institucionales que escaparon de su control. Esa ofensiva incluye los golpes de Estado contra los presidentes Manuel Zelaya en Honduras (2009) y Fernando Lugo en Paraguay (2011), y la intensificación de los fallidos intentos de desestabilización y/o golpe de Estado, según el caso, realizados contra los gobiernos de Venezuela, Bolivia, Ecuador, Argentina y otros.

Para ello, el imperialismo y la derecha criolla tratan de aprovechar al máximo las limitaciones, los errores y las insuficiencias de los procesos de transformación revolucionaria y/o de reforma progresista, que generan confusión, insatisfacción y rechazo, desmoralizan y desmovilizan a sus bases de apoyo popular, y estimulan el voto de castigo y la abstención de castigo contra la izquierda.

Cabría, a estas alturas, preguntarnos en qué medida se han modificado los cuatro factores determinantes de la situación política latinoamericana, pero para ello es conveniente hacer cambios en su ordenamiento y realizar modificaciones en sus enunciados. El nuevo ordenamiento y los nuevos enunciados son: Efectividad e ineffectividad de la dominación transnacional; El acumulado reciente; El rechazo a los golpes de Estado y las dictaduras; y La incorporación de franjas populares a la lucha política y electoral.

## **Efectividad e ineffectividad de la dominación transnacional**

**E**s bien conocido que el sistema capitalista de producción entró en una fase de agotamiento histórico, que lo impulsa a paliar sus contradicciones antagónicas mediante una apropiación y una depredación cualitativamente superior de los recursos naturales del planeta, y el establecimiento de niveles, también cualitativamente superiores, de concentración de la riqueza y masificación de la exclusión social a escala global. De ello se deriva que los procesos de transformación revolucionaria y reforma progresista hoy en curso en América Latina, marchan a contracorriente del recrudescimiento de las tendencias agresivas de las potencias imperialistas, que afectan el desarrollo, amenazan la continuidad e imponen limitaciones a todos esos procesos.

No obstante el adverso y peligroso contexto general en el que actúan los gobiernos latinoamericanos de izquierda y progresistas, hoy es posible afirmar que la reestructuración del sistema de dominación continental iniciada por George H. Bush en 1989 resultó un fracaso, que sus sucesores en la Casa Blanca no han podido articular una estrategia integral de recambio, y que se han dedicado a ponerle parches al diseño fracasado.

El pilar político de la reestructuración del sistema de dominación continental era la imposición de un esquema único de *democracia neoliberal*, caracterizado por el establecimiento o restablecimiento, según el caso, de los medios y métodos de la democracia burguesa, combinado con una concentración y un blindaje absolutos en la toma de decisiones en materia política, económica y social, acorde con las directivas de los centros de poder mundial. El fracaso de este pilar coadyuvó a la elección de los actuales gobiernos de izquierda o progresistas en Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador, El Salvador, Nicaragua, Uruguay y Venezuela, a la reciente derrota electoral de la ultraderecha en Chile, y a la agudización de las contradicciones sociales en países como Colombia, Costa Rica, Panamá y México.

- El complemento de este esquema era una madeja de mecanismos transnacionales de imposición, verificación, control y sanción de «infracciones» a la democracia neoliberal, entretejida en el Proceso de Reformas a la Carta de la OEA, que se inició con la adopción del *Compromiso de Santiago de Chile con la Democracia y con la Renovación del Sistema Interamericano* (junio de 1991) y llegó a su punto culminante con la aprobación de la Carta Democrática Interamericana (septiembre de 2001). En virtud del cambio en el mapa político del continente, estos mecanismos, originalmente concebidos para evitar el acceso de fuerzas de izquierda al gobierno y para legitimar su derrocamiento en caso que lograsen franquear esa barrera, no solo no pudieron ser utilizados contra ellos, sino que las fuerzas populares se han apropiado parcialmente de ellos para usarlos en su defensa frente a las acciones desestabilizadoras de la reacción.
- El pilar económico era establecer un férreo control monopolista transnacional sobre los recursos naturales y las economías del continente con la creación de un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), proyecto que fue derrotado por primera vez en 2005 y por segunda vez en 2007, por lo que el imperialismo norteamericano acudió al «Plan B» consistente en suscribir tratados bilaterales y subregionales de libre comercio (TLC), y en la actualidad busca vertebrarlos por medio de la llamada Alianza del Pacífico.
- El pilar militar era la ampliación y profundización del control estadounidense sobre las fuerzas armadas de todas las naciones

latinoamericanas, y también de su presencia militar directa en la región. En este aspecto el resultado ha sido mixto, en la medida en que, por una parte, los gobiernos de izquierda y progresistas afirman su soberanía, autodeterminación e independencia –manifiesta en actos como el cierre de la base militar estadounidense en Manta, Ecuador–, pero por la otra el imperialismo construye un sistema de bases y posiciones militares de avanzada en la Cuenca del Caribe y América del Sur, con la complicidad de gobiernos como los de Colombia, Costa Rica y Panamá.

Cuando afirmamos que los sucesores del presidente George H. Bush no han podido articular una estrategia integral de recambio, y que se han dedicado a ponerle parches al diseño fracasado, lo hacemos ante la evidencia de que el objetivo de su política hacia América Latina es reimponer la ya fracasada democracia neoliberal en los países actualmente gobernados por fuerzas de izquierda y progresistas, y reimponer la también ya fracasada madeja de mecanismos transnacionales de dominación, políticos, económicos y militares, articulados dentro del obsoleto Sistema Interamericano y en torno a él, incluidas las Cumbres de las Américas, que empezaron siendo la suprema instancia legitimadora de la reestructuración de ese sistema y que, desde la derrota del ALCA y otros de sus componentes, vagan en la inercia sin rumbo definido.

Pero, esto no significa que hayan dejado de actualizar y ejecutar sus doctrinas contrarrevolucionarias y contrainsurgentes, entre las que resalta la doctrina de la dominación de espectro completo dada a conocer por el Pentágono en 2008, cuyos postulados se observan con nitidez en la política de doble carril, es decir, de guerra como elemento fundamental y de diálogo como elemento de apoyo, que se desarrolla en Colombia, y también en los esquemas de desestabilización, deslegitimación y derrocamiento aplicados contra los gobiernos de izquierda, hoy especialmente enfocada contra la Revolución Bolivariana de Venezuela.

Tras este somero golpe de vista a la efectividad e ineffectividad de los mecanismos transnacionales de dominación del imperialismo norteamericano en América Latina, hagamos lo propio con el resto de los factores que ejercen una influencia determinante en la situación política actual de la región.

## **El acumulado reciente**

**S**i el acumulado histórico de las luchas populares en América Latina es el primer factor positivo de la correlación de fuerzas entre izquierda y derecha en la región, la base de cualquier análisis que hagamos hoy sobre la situación y perspectivas tiene que partir del acumulado reciente.

¿Cuánto, cómo y dónde hemos avanzado en la construcción de nuevos paradigmas y procesos emancipadores durante los últimos veinticinco años? ¿Cuánto, cómo y dónde nos hemos estancado? ¿Cuánto, cómo y dónde hemos retrocedido?

Es obvio que, ni me corresponde, ni podría yo, ni cualquier otra persona, a título individual, hacer una evaluación de lo ocurrido durante las últimas dos décadas y media en todos, o siquiera en una parte, de los países de América Latina y el Caribe, pero sin duda alguna esta evaluación le corresponde al intelectual colectivo revolucionario del que hablara Gramsci, y foros como este Seminario Internacional «Los partidos y una nueva sociedad» son espacios apropiados para debatir esos temas, tal como estamos haciendo hoy aquí por décimo octava vez, por lo que se impone resaltar la extraordinaria contribución que el Partido del Trabajo de México ha hecho durante todo ese tiempo a esta causa común.

Al referirme a nuestro seminario, de hecho he tocado un tema que sí considero lo suficientemente abarcable como para reseñar avances: la construcción de espacios regionales de debate, concertación y colaboración, en los ámbitos social, político y gubernamental.

- En el ámbito social, resalta el entramado de redes y campañas de movimientos populares diversos, que alcanzan su mayor grado de coordinación y acción conjunta entre mediados de la década de 1990 y mediados de la década de 2000, en torno un eje unificador que fue la lucha contra el ALCA, lo cual coincidió con el momento de máxima visibilidad y repercusión del Foro Social Mundial y del Foro Social Américas. A partir de la derrota del ALCA no se ha logrado establecer un nuevo eje unificador, aunque es preciso reconocer que en esa dirección trabajan redes como la de los Movimientos Sociales hacia el ALBA.
- En el ámbito político, se destacan los casi veinticuatro años de existencia del Foro de Sao Paulo, primer y único agrupamiento de partidos y movimientos políticos del mundo en el que convergen todas las corrientes ideológicas de la izquierda, por acuerdo del cual nació este Seminario Internacional «Los partidos y una nueva sociedad», que de inmediato cobró vida propia.

El Foro de Sao Paulo atravesó por dos períodos críticos: uno en sus primeros años, entre 1990 y 1993, cuando aún no había definido su identidad política (antiimperialista y antineoliberal), no se había dotado de normas y procedimientos para enfrentar las diferencias existentes en su seno, ni se había forjado dentro de él el embrión del espíritu de unidad dentro de la diversidad; y otro, entre 2002 y 2007, cuando se acentuaron las diferencias entre algunos de

sus miembros que accedían o esperaban acceder al gobierno, y otros carentes de interés o de posibilidades de transitar por esa senda. No obstante sus avatares, el Foro es un importante espacio de debate, búsqueda, concertación y coordinación. De este multifacético ejercicio brotaron muchas de las ideas que se han concretado en los actuales mecanismos gubernamentales de concertación, cooperación e integración regional.

- En el ámbito gubernamental, lo que sobresale es la creación y progresiva ampliación de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Libre Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP) y la orientación de izquierda o progresista de todos menos uno (Paraguay) de los actuales gobiernos miembros del Mercado Común del Sur (MERCOSUR). La alianza estratégica entre estos dos mecanismos, sellada a partir del ingreso de Venezuela al MERCOSUR, constituye el pilar fundamental de la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR) y de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CE- LAC), organismos que, en virtud de la correlación favorable a las fuerzas de izquierda y progresistas, sirven de blindaje contra los intentos de desestabilizar y derrocar a los gobiernos legítimamente constituidos, y contra la injerencia y la intervención de los Estados Unidos y demás potencias imperialistas.

## **El rechazo a los golpes de Estado y las dictaduras**

**E**n virtud del rechazo mundial a los golpes de Estado y las dictaduras, el imperialismo norteamericano ha actualizado y desarrollado sus medios y métodos para desestabilizar y derrocar a los gobiernos que asumen una política de defensa de la independencia, la soberanía y la autodeterminación nacional.

Como ya se señaló en un acápite anterior, la reestructuración del sistema de dominación continental emprendida en 1989 por George H. Bush, se proponía sustituir a las dictaduras y a los dictadores omnipresentes en la historia latinoamericana, por un sistema de democracia neoliberal apuntalado por mecanismos transnacionales de imposición, control, verificación y sanción. Sin embargo, como también se explicó, la elección de gobiernos de izquierda y progresistas iniciada a finales de la década de 1990, seguida del giro a la izquierda del MERCOSUR y de la creación del ALBA-TCP, UNASUR y CELAC, hicieron fracasar este diseño intervencionista.

La reacción del imperialismo norteamericano ante el fracaso de la reestructuración de su sistema de dominación continental, fue regresar a la matriz original de la vieja estrategia de desestabilización, deslegitimación y derrocamiento de gobiernos latinoamericanos, pero con adecuaciones

realizadas a tono con las nuevas circunstancias. Entre esas adecuaciones resaltan:

- La manipulación de los nuevos y más potentes medios de comunicación, transnacionales y nacionales, para construir y divulgar una imagen de ingobernabilidad del país objeto de la campaña desestabilizadora y de ilegitimidad de las fuerzas políticas de izquierda o progresistas a las que se intenta derrocar del gobierno.
- Disminuir todo lo posible el tiempo y el grado de exposición de las fuerzas militares y paramilitares participantes en el proceso de desestabilización, deslegitimación y derrocamiento, y encubrir también o justificar la participación de instituciones oficiales y no oficiales de los Estados Unidos y otras potencias imperialistas.
- Construir una caricatura de «oposición civil y democrática» que lidere la desestabilización y se erija en «gobierno provisional», tal como ocurrió con Pedro Carmona (Pedro «el breve») en Venezuela, 2002, Roberto Micheletti en Honduras, 2009, y Federico Franco en Paraguay, 2011.
- Los golpes de Estado de Honduras y Paraguay fueron encubiertos por maniobras «legitimadoras» de las mayoritarias bancadas de derecha en las legislaturas de ambos países, por lo que han sido calificados de golpes «legislativos».
- Tanto en el caso de Honduras, como en el de Paraguay, funcionaron los mecanismos latinoamericanos de concertación política en defensa de los gobiernos constitucionales derrocados, pero la desfavorable correlación de fuerzas dentro de esos países operó a favor de la consolidación de los golpes de Estado.
- En el caso de Honduras se estableció el precedente, ratificado posteriormente en el de Paraguay, de que el repudio y las sanciones internacionales contra los golpistas dejan de funcionar una vez que se celebran los siguientes comicios presidenciales, no obstante la situación de inconstitucionalidad en que tuvieron lugar dichos comicios. Este precedente está concebido para ser aplicado en eventuales nuevos procesos de desestabilización, deslegitimación y derrocamiento de gobiernos de izquierda y progresistas.
- La negativa a reconocer la legitimidad del presidente Nicolás Maduro en Venezuela, y el desarrollo de una prolongada e intensa campaña de desestabilización y deslegitimación destinada a derrocarlo, constituyen el ejemplo más destacado y reciente del empleo de esta nueva estrategia.
- La actitud asumida por la ultraderecha de El Salvador con relación a los resultados de la segunda vuelta de la elección presidencial de 2014, en



la cual triunfó por estrecho margen el candidato del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), Salvador Sánchez Cerén, revela la intención de realizar una burda copia del esquema de la ultraderecha venezolana.

## La incorporación de franjas populares a la lucha política y electoral

La reestructuración neoliberal de las décadas de 1980 y 1990 provocó una intensa y aguda concentración de la riqueza, con su correlato de igualmente intensa y aguda masificación de la pobreza, la miseria, la marginación y la exclusión social. Las capas medias y los sectores laborales urbanos, que ocuparon un lugar subordinado –pero, al menos, ocupaban un lugar– dentro de las alianzas sociales y políticas de la etapa del desarrollismo latinoamericano, fueron económica y socialmente golpeadas con brutalidad, lo que llevó a buena parte de ellas a abandonar el voto clientelista que históricamente ejercían a favor de uno u otro partido político tradicional. En paralelo, movimientos de base, como los indígenas bolivianos –por solo mencionar uno de los más relevantes y conocidos–, por primera vez emergieron como participantes, con criterio y con voz propios, en procesos electorales.

El cambio de actitudes político-electorales de las capas medias y los trabajadores urbanos, y el ingreso a la masa de votantes de estratos sociales antes ausentes de ella, constituyen un factor fundamental en la ocupación de espacios institucionales ocurrido en diversos países de América Latina. Esa ocupación comienza en algunos casos desde mediados de la década de 1980 en los ámbitos de los gobiernos locales y las legislaturas nacionales, y llega a abarcar el acceso al gobierno nacional a partir de la primera elección de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela (1998), seguido de Luiz Inácio Lula da Silva en Brasil (2002), Néstor Kirchner en Argentina (2003), Tabaré Vázquez en Uruguay (2004), Evo Morales en Bolivia (2005), Rafael Correa en Ecuador (2006), Daniel Ortega en Nicaragua (2006) y otros.

Aunque ello requeriría de estudios para demostrarlo de forma científica, parece lógico asumir que:

- En la primera elección a la presidencia de cada uno de estos líderes de izquierda o progresistas, desempeñó un papel crucial el voto de castigo contra los gobernantes neoliberales de las décadas de 1980 y 1990.
- Una parte de aquel voto de la primera elección, el motivado por una conciencia social y política, que se nutre de los movimientos sociales y

social-políticos populares, y en el que convergen las minorías electorales con las cuales antes contaba cada uno de los partidos de la izquierda legal, luego pasó a ser el voto duro de los actuales procesos de transformación revolucionaria o reforma progresista.

- Otra parte del voto de la primera elección, el que puede considerarse como voto de castigo contra los neoliberales propiamente dicho, se convirtió a partir de ese momento en un voto fluctuante que se mueve acorde la percepción de beneficio, estancamiento o perjuicio que sus emisores reciben de los actuales gobiernos de izquierda y progresistas, y en el cual ejerce una influencia decisiva la mercadotecnia, crecientemente vacía de contenido, costosa y sofisticada, de las campañas electorales.

## Consideraciones finales

La ofensiva desestabilizadora contra la Revolución Bolivariana en Venezuela, la elección de alcaldes de derecha en las ciudades de Quito y Cuenca, en Ecuador, y la campaña sucia con la cual la ultraderecha intentó evitar el triunfo del FMLN en la segunda vuelta de los comicios presidenciales en El Salvador, son elementos fundamentales del análisis de la situación y las perspectivas de la guerra de posiciones que se libra en América Latina entre la izquierda y la derecha.

Parafraseando a Schafik Hándal, en cada una de estas y otras batallas, *triunfará, en definitiva, la corriente que logre la mayor fuerza, la que se guíe por un plan más acertado, más inteligente*. Les corresponde a los movimientos sociales, a los movimientos social-políticos y a las fuerzas políticas de la izquierda *decidir esa guerra de posiciones, en el terreno subjetivo, a favor de la revolución, y eso depende de la conducción de esos movimientos y fuerzas*.

## Bibliografía

- Gramsci, Antonio, Cuadernos de la Cárcel, Ediciones Era, México D.F., 1984.
- Guerra Vilaboy, Sergio, Historia Mínima de América Latina, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2003.
- Halperin Donghi, Tulio, Historia Contemporánea de América Latina. Alianza Editorial, Madrid, 2002.
- Regalado, Roberto, América Latina entre siglos: dominación, crisis, lucha social y

alternativas políticas de la izquierda, Ocean Press, Melbourne, 2006.

Regalado, Roberto, Encuentros y desencuentros de la izquierda latinoamericana: una mirada desde el Foro de Sao Paulo, Ocean Sur, Ocean Sur, México, D.F., 2008.

Regalado, Roberto, La izquierda latinoamericana en el gobierno: ¿alternativa o reciclaje?, Ocean Sur, México, D.F., 2012.

Stolowicz, Beatriz (Coordinadora), Gobiernos de izquierda en América Latina: el desafío del cambio, Plaza y Valdés Editores, México D. F., 1999.

Suárez Salazar, Luis, Un siglo de terror en América Latina: una crónica de crímenes contra la humanidad, Ocean Press, Melbourne, 2006.

# ESTADOS UNIDOS-AMÉRICA LATINA Y LA NUEVA DINÁMICA HEMISFÉRICA

Dr. Jorge Hernández Martínez

## Introducción

**E**l comienzo del siglo XXI nace marcado por hechos de gran significación para las relaciones hemisféricas, en la medida en que a) los Estados Unidos se convierten en un nuevo punto de referencia de la historia mundial a causa de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, que reorientan su proyección exterior; b) en América Latina se operan profundas transformaciones en las condiciones en que se desarrollan las luchas populares, emergen gobiernos de izquierda a través de las vías electorales, se articulan espacios de concertación e integración, y c) se reajusta el proyecto de dominación norteamericano hacia el hemisferio, conformando una dinámica geopolítica que conlleva intensas contradicciones en las relaciones interamericanas actuales.

Es propósito del presente trabajo examinar los cambios aludidos en el mapa geopolítico latinoamericano y evaluar las implicaciones de la nueva dinámica hemisférica para el proyecto de dominación estadounidense.

La dinámica hemisférica y la política latinoamericana de Estados Unidos en la segunda década del siglo XXI

Existe un debate recurrente sobre el lugar y papel asignado a América Latina en el contexto de las proyecciones globales norteamericanas, acerca de si la política estadounidense coloca al escenario latinoamericano entre sus principales prioridades, de naturaleza estratégica. En rigor, no se trata tanto de precisiones semánticas, sino de acciones concretas. En tal sentido, puede resultar secundaria o estéril la discusión en torno a la palabra exacta que define la significación que le atribuyen los Estados Unidos a América Latina a lo largo de la historia: si lo adecuado es considerar su prioridad o su importancia. Aunque no se trate de sinónimos, en este caso podría decirse que constituye un área de gran importancia, y a la vez, de prioridad relativa,

si se le compara, por ejemplo, con la primacía otorgada a regiones como Asia y Pacífico, Medio Oriente o Europa. El relieve que adquiere América Latina para los Estados Unidos a través de los siglos, ha dependido de coyunturas, en una u otra etapa, pero existen intereses geopolíticos y geoeconómicos permanentes --podría decirse que de índole estructural--, a partir de la vecindad geográfica y del simbolismo que conlleva la convivencia en un área tan cercana. La definición de Lars Schoultz es, desde este punto de vista, sumamente gráfica y reveladora: “Tres consideraciones siempre han determinado la política de los Estados Unidos hacia América Latina: primero, la presión de la política doméstica norteamericana; segundo, la promoción del bienestar económico de los Estados Unidos; y tercero, la protección de la seguridad estadounidense”<sup>180</sup>.

Bajo esas coordenadas, lo que se requiere en el proyecto imperialista hacia los países latinoamericanos es control sobre los procesos internos y los gobiernos, lo cual se presenta hoy mediante los argumentos públicos de la segunda Administración Obama, de que se busca la prosperidad y se protege la seguridad, en tanto lo que interesa realmente es el libre comercio, la hegemonía y la dominación.

Según se señalaba al inicio, América Latina ha cambiado profundamente desde finales del siglo XX, abriéndose paso procesos, gobiernos y movimientos sociales de izquierda, junto a alternativas integracionistas, que en su conjunto transforman la dinámica hemisférica, sin que hasta la fecha se aprecie una real voluntad de cambiar esencialmente la proyección estadounidense. Más continuidad que cambio define al presente y a la perspectiva inmediata, mezclado ello con una sensación de letargo, estancamiento o inercia. A veces cambian los medios, pero no los fines.

Sobre esas bases, es que las palabras de Obama en la Cumbre de las Américas de 2009, en Trinidad-Tobago, acerca de “un nuevo comienzo” en las relaciones de los Estados Unidos con América Latina no fueron más que una combinación de retórica y cinismo, considerando que las pronunció en el mes de abril, y que a finales de junio de ese año ya estaba en acción el golpe de Estado en Honduras, donde la tibieza, el distanciamiento y el compromiso norteamericano fueron sido irrefutables, junto al también esfuerzo norteamericano por revitalizar el sistema de bases militares en Colombia. En la Cumbre de Cartagena, en 2012, se reiteró la falta de seriedad, coherencia y consecuencia del mandatario estadounidense.

De ahí que cuando el secretario de Estado, John Kerry, Kerry se refiere en abril de 2013, a América Latina en términos del viejo concepto de “patio trasero”, en el marco de la presentación de la propuesta presupuestal del año fiscal 2014, ante el Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de

---

<sup>180</sup>Lars Schoultz, **Beneath the United States**, Harvard University Press, 1999.

Representantes, y dice que el presidente Obama debe hacer un especial esfuerzo por acercarse a los países latinoamericanos, no hace más que expresar la continuidad de propósitos, estilos, manipulaciones, rejugos retóricos. El discurso que pronuncia en noviembre del mismo año 2013, en la sede de la OEA, con el coauspicio del Dialogo Interamericano, donde afirma que la era de la Doctrina Monroe se ha acabado, es de cierta manera, y sin subestimar las diferencias de contextos y momentos, reconociendo los reacomodos tácticos y reajustes coyunturales que ello implica en el marco de la nueva dinámica hemisférica, más de lo mismo.

Vale la pena reiterar que las bases de la actual política latinoamericana de los Estados Unidos, troquelada alrededor de los pilares declarados de prosperidad y seguridad, no hacen sino expresar la continuidad de intereses: libre comercio y control sobre la situación interna, sobre todo en aquellas naciones donde les inquieta el rumbo político, el radicalismo progresista, revolucionario, lo que estiman reta la hegemonía norteamericana. Venezuela y Cuba siguen siendo los mejores ejemplos, manteniéndose intacto en el último caso el bloqueo, la ubicación en las llamadas listas negras, y en prisión a los cinco héroes.

La Revolución Cubana significó, a mediados del siglo XX, la ruptura del sistema de dominación impuesto por los Estados Unidos en América Latina. Ello significaba la viabilidad de una alternativa novedosa de cambio, con un profundo carácter revolucionario, que en muy corto tiempo se identifica como socialista. Dotada de amplia base popular, expresaba gran radicalismo y antiimperialismo, estimulaba a los movimientos de izquierda, los procesos de liberación nacional, y beneficiaba las posiciones mundiales del socialismo. Más de cincuenta años después, al terminar la primera década del siglo XXI, más allá de múltiples cambios en ambos países, así como en el entorno hemisférico e internacional, Cuba mantiene, a pesar de muchas dificultades y contradicciones, su compromiso revolucionario y socialista, martiano y marxista.

De ahí que también conserve su especial simbolismo, como opción y como desafío, para la política norteamericana. Por esa razón, en el diseño e implementación de ésta confluyen intereses y objetivos que parecen constantes, prevaleciendo más el principismo ideológico que el utilitarismo pragmático. En ello intervienen, a través de combinaciones diversas, sectores de la burocracia gubernamental permanente, la comunidad de inteligencia y la derecha cubanoamericana, entre otros. El compromiso orgánico de esa estructura de poder con la razón de Estado trasciende las propuestas partidistas (demócrata o republicana) e ideológicas (liberal o conservadora), en la medida en que responde más a concernimientos permanentes del sistema o del Estado, que al de gobiernos temporales, figuras o grupos de presión.

Como ha explicado Roberto Regalado, luego de que la llamada revolución conservadora promovida por la doble Administración Reagan y la de George Bush (padre) avanza y condiciona el clima mundial en el que se produce el desplome del socialismo europeo, entre 1989 y 1992 se cierra la etapa histórica abierta por la Revolución Cubana, por el enfrentamiento entre las fuerzas de la revolución y la contrarrevolución, y se inicia la que aún se extiende, en la que predominan la combatividad de los movimientos sociales en lucha contra el neoliberalismo y los avances electorales obtenidos por fuerzas de izquierda y progresistas.

Según dicho autor, “desde ese momento, la situación de América Latina está determinada por varios procesos interrelacionados de manera estrecha e indisoluble:

- El primero es la **reforma y reestructuración del sistema de dominación continental del imperialismo norteamericano** basada, en el empleo de medios y métodos de carácter transnacional para ampliar y profundizar la explotación neocolonial en América Latina.
- El segundo es la **agudización de la crisis económica, social y política** provocada por la concentración transnacional de la riqueza y el poder, que inhabilita al Estado latinoamericano para cumplir las funciones que históricamente le habían correspondido como eslabones de la cadena del sistema de dominación: garantizar la satisfacción de los intereses de la metrópoli neocolonial; redistribuir cuotas de poder entre sectores de las élites criollas; y cooptar a los grupos sociales subordinados.
- El tercero es la **organización y combatividad alcanzan los movimientos sociales** en lucha contra el neoliberalismo.
- El cuarto es la **reestructuración organizativa, la redefinición de alianzas y la reformulación de objetivos, estrategias y tácticas de los partidos y movimientos políticos de izquierda**, para sobrevivir y adaptarse a las nuevas condiciones en las que se desarrolla la lucha popular.
- Estos cuatro procesos tienen un efecto en cadena y cada uno predomina en un momento determinado. Al hablar de «efecto en cadena» se asume como presupuesto que a mayor dominación, hay mayor crisis; a mayor crisis, hay mayor lucha social; y a mayor lucha social, hay mejores condiciones para la lucha política de la izquierda.”<sup>181</sup> Esa caracterización sintetiza el cuadro que define desde principios del decenio de 1990, tanto los cambios en el mapa político de América Latina, bajo la óptica del

---

<sup>181</sup> Roberto Regalado, “El Pentagonismo y América Latina 42 años después”, en Luis Céspedes (Coordinador), **El Pentagonismo 42 años después**, FUNGLODE/Cátedra Juan Bosch/Universidad de La Habana, Santo Domingo, 2011, p. 75.

citado efecto en cadena, cuyas manifestaciones se profundizan y amplían hacia finales de esa misma década, como los reajustes en el proyecto de dominación de los Estados Unidos hacia la región, si bien adquiere matices propios durante las Administraciones de William Clinton y las de W. Bush.

- En sentido general, con respecto a América Latina, puede afirmarse que a partir de 2008, por encima de los reajustes que se introducen al calor de los cambios objetivos en las condiciones históricas de la etapa actual, junto a las pretensiones subjetivas de Obama durante su primera Administración, interesado como todo presidente norteamericano en exhibir una identidad propia y en dejar su huella en la política latinoamericana de los Estados Unidos, se advierte una lógica recurrente, que tras la diversidad de etiquetas doctrinales, reafirma un proyecto geopolítico de dominación que ahora apela a nuevas opciones, como las de los golpes de Estado “democráticos”, en Honduras y Paraguay, al mismo tiempo que refina viejos esquemas de subversión, como el que se lleva a cabo contra Venezuela, a través de las redes sociales, los medios de comunicación, la oposición interna, y diversos sectores de la sociedad civil<sup>182</sup>.
- Como ha precisado Adrián Bonilla, “la vinculación de los Estados Unidos con América Latina sigue siendo, a pesar de las apariencias, extraordinariamente fuerte no sólo por la contigüidad geográfica, que en sí misma es una variable permanente, sino porque la red de articulaciones comerciales, políticas y de seguridad de Washington no se ha modificado estratégicamente de manera radical en los últimos años. Es un error analítico suponer que los Estados Unidos vayan a seguir operando como lo hacían en tiempos de la Guerra Fría, no tienen ni la necesidad, ni tampoco es predominante la ideología de la segunda mitad del siglo XX, que implicaba la necesidad de intervención frente a cada sospecha de que sus intereses se vean afectados, puesto que no todos los temas devienen ahora ni se solucionan con la amenaza o el uso de instrumentos o militares. La relaciones entre los países siendo asimétricas son muy interdependientes y el menú de conductas muy variado”<sup>183</sup>.
- “Hay también --agrega-- modificaciones históricas del escenario de la relación. América Latina se ha transformado y sus países son menos vulnerables a las políticas unilaterales coercitivas. Un ambiente

<sup>182</sup>Véase Jorge Hernández Martínez, “Estados Unidos ante el cambio geopolítico en el siglo XXI: seguridad nacional y límites de la hegemonía norteamericana”, en **Cuadernos de Nuestra América**, Vol. XXIV, No. 46, enero-junio, CIPI, La Habana, 2013,

<sup>183</sup>Adrián Bonilla, **El nuevo mandato de Obama y América Latina**, 2014. <http://flacso.org./secretaria-general>, p. 6.



económico internacional favorable que repotencia el valor de los bienes primarios, y treinta años de experimentación institucional advierte ahora un entorno más estable, fundamentado en lógicas democráticas, aunque con diversas interpretaciones del principio, y esto ha generado a su vez un ambiente social menos duro que se expresa en avances materiales en salud, educación, alimentación y protecciones sociales en prácticamente todos sus Estados”<sup>184</sup>.

- La Administración Obama y América Latina: reajustes y continuidades

La victoria demócrata en las elecciones presidenciales de 2008, a pesar de las pocas referencias que Obama hizo, como candidato, a América Latina, despertó gran expectativa y pareció marcar un nuevo comienzo en las relaciones hemisféricas y, en particular en la política exterior de los Estados Unidos hacia la región.

Antes de su toma de posesión, Obama recibió la visita del presidente mejicano Felipe Calderón, conversó telefónicamente con Lula da Silva y poco después de establecerse formalmente en la presidencia, recibió una visita oficial del mandatario brasileño. Por otra parte, entre sus primeras visitas al exterior se contaron las realizadas a Canadá en febrero de 2009 y a México en abril del mismo año, seguidas a mediados de año por una Cumbre entre los tres países en la ciudad de Guadalajara que, aparentemente dio fin al acuerdo paralelo de promoción de la seguridad y de la prosperidad, que intentó complementar el Tratado de Comercio de América del Norte (TLCAN) en el marco de la guerra contra el terrorismo. Significativamente, si bien Obama, durante la campaña electoral sostuvo una posición cercana a los sindicatos y a los grupos ambientalistas estadounidenses y planteó la necesidad de una revisión del TLCAN, la visita a Canadá diluyó enteramente este planteamiento, y la visita a México se centró en avanzar los temas de seguridad fronteriza y la llamada Iniciativa Mérida, de lucha contra el narcotráfico y el crimen organizado, con la admisión, por parte de la nueva administración, de que la eclosión de estos problemas eran responsabilidad de ambas partes, a ambos lados de la frontera, ya que las armas y la posibilidad de lavado de dinero por parte de las organizaciones criminales provenían del lado estadounidense.

En líneas generales, aunque los Estados Unidos estaban enfrentando la mayor crisis financiera desde la década de 1930, y dos guerras simultáneas en Afganistán y en Irak, la elección de Obama despertó percepciones y expectativas positivas en la región, tanto por la imagen carismática personal del candidato, el primer afro-americano que llegaba a la presidencia en representación del partido demócrata, como por las posibilidades que ofrecía de

---

<sup>184</sup> Idem.

revertir y modificar las políticas de la Administración anterior en el plano doméstico y, principalmente, en el plano hemisférico e internacional.

Según apunta con razón Andrés Serbín, “en este marco, el bautismo de Obama ante la región se produjo, en un marco multilateral, en la V Cumbre de las Américas convocada en Trinidad y Tobago en abril del 2009, donde el nuevo presidente debía reunirse por primera vez con los mandatarios de América Latina y el Caribe, y donde se anticipaba una fuerte presión, en particular por parte de Chávez y de sus aliados, para la eliminación del embargo a Cuba y la normalización de las relaciones con este país. Algunas señales positivas y anticipadas en función de este tema en particular ya habían sido emitidas por la nueva administración estadounidense con la eliminación de la suspensión del envío de remesas y de la prohibición de viajes de cubano-americanos a la isla, poco antes de la Cumbre. Pero los planteamientos de Obama en el marco de la misma, con una apelación al establecimiento del mutuo respeto entre las naciones soberanas del hemisferio, el impulso de un *equal partnership* y la disposición a escuchar y aprender, en vez de pontificar e imponer, por parte del novel presidente, diluyeron las posibilidades de una confrontación y posibilitaron que las simpatías iniciales frente a su victoria electoral, se acentuaran. El presidente estadounidense estrechó la mano de Chávez, aceptó su regalo del clásico libro anti-estadounidense *Las venas abiertas de América Latina*, atendió sin inmutarse a los discursos más radicales en contra de la política estadounidense en la región y se ganó a la mayoría de los mandatarios asistentes, pese a que Chávez y sus aliados se negaron, en un acto atípico, a firmar la declaración final de la Cumbre. De hecho, ésta estuvo marcada por la promesa de Obama de impulsar un cambio radical en el estilo de las relaciones hemisféricas, con un mayor énfasis en el diálogo y la cooperación, como parte de un cambio de la política exterior en general orientada a promover la diplomacia, la cooperación y el multilateralismo, en el marco de un discurso que contrastaba marcadamente con la Administración anterior”<sup>185</sup>

Como resultado, en los primeros meses de gobierno de Obama, la percepción positiva de los Estados Unidos y, en especial, del presidente estadounidense en América Latina, se incrementó de una forma destacada, como lo señaló una encuesta de Gallup realizada entre junio y septiembre de 2009<sup>186</sup>, y las expectativas de un viraje positivo y significativo en la política hemisférica de los Estados Unidos hacia la región se incrementaron exponencialmente. Sin embargo, como señaló también Andrés Serbín, la luna de miel así iniciada duró poco.

---

<sup>185</sup>Peter Hakim, “A Dissapointing First Year: Obama and Latin America”, en: **Foreign Affairs en Español**, ITAM, México, 20 de enero de 2010, p. 47.

<sup>186</sup>Véase Ian Brown, “U.S. Leadership, Obama Winning Favor in Latin America”, diciembre 2009, en: <http://www.gallup.com/poll/124514>.

La gestión de Obama en su primera Administración y durante el primer año de la segunda no ha significado, como se esperaba por parte de la mayoría de los análisis, una desaparición o contracción decisiva del conservadurismo. Visto en su conjunto, ha estado por debajo de las estimaciones de los pronósticos, dejando un legado de promesas no cumplidas, de iniciativas sumamente moderadas, de reacciones tibias y hasta injerencistas hacia procesos revolucionarios indoblegables, como los de Venezuela y Cuba. En este sentido, la pérdida de fuerza y de espacios por parte de la corriente neoconservadora luego de 2008 no significa un abandono de la escena política. De hecho, algunas figuras relevantes de aquella Administración mantuvieron presencia e influencia en el nuevo gobierno demócrata (el mejor ejemplo sería el de Robert Gates, quien permaneció como Secretario de Defensa hasta 2010, reflejando la importancia que Obama le atribuía al tema de seguridad nacional). Al mismo tiempo se ha observado una permanencia en determinadas publicaciones e instituciones académicas de sus ideólogos más importantes, como la revista *Commentary* y el *American Enterprise Institute*. Por esa vía, con Obama se ha alimentado la idea de que se necesita un gobierno vigoroso y se ha legitimado el uso de la fuerza en las relaciones internacionales, incluida la militar, con gran atención al tema de la defensa de la seguridad nacional. El liberalismo de que se suponía portador se amalgama con un conservadurismo moderado o con lo que podría llamarse un realismo político conservador.

El período que se inicia en la sociedad estadounidense a partir del proceso de elecciones presidenciales de 2008 era sumamente complicado. Por un lado, se abría paso un gobierno basado en promesas de cambio, liderado por un hombre de piel negra, por encima de prejuicios y del tradicional racismo, cuyo lenguaje deja atrás estridencias y aparenta un nuevo rumbo, lo cual propicia que inclusive se le otorgue el Premio Nobel de la Paz. Por otro, se mantenía una política exterior belicista, que no dejaba de apelar al enfoque de seguridad nacional, si bien bajo nuevos matices, en medio de un contexto en el que no llega a consolidarse una orientación liberal como se esperaba por muchos. A la par, se observa que en ese contexto, a nivel social, persisten diversas concepciones, como la del neoconservadurismo, las de la llamada “nueva derecha” y la derecha tradicional, las que atacan la figura de Obama, señalando que viola la Constitución y descalificándole a partir de su condición etno-racial, de su posición política, que asocian al liberalismo y al antinorteamericanismo. Estas reacciones se expresan tanto a nivel de algunas instituciones académicas identificadas como “tanques pensantes”, al estilo de la *Heritage Foundation*, como de movimientos sociopolíticos, cuál sería el caso del llamado *Tea Party*, de signo populista, esgrimiendo criterios nativistas, racistas y xenófobos, permaneciendo las manifestaciones del fundamentalismo protestante, asociadas a la conocida “derecha religiosa”<sup>187</sup>.

<sup>187</sup>Véase Susan George, **El pensamiento secuestrado: cómo la derecha laica y la religiosa se han**

El triunfo electoral de Obama en 2008 conllevaba, para América Latina, un valor agregado, en la medida en que estaba en juego la continuidad de una política exterior con un enfoque globalista, de raíz geopolítica, que encuadraba las situaciones mundiales en el marco de la supuesta lucha contra el terrorismo. Y que priorizaba los intereses de la llamada seguridad nacional, con implicaciones para el tratamiento de las relaciones con los países del subcontinente, y fundamentalmente, para la evolución de determinados conflictos, estimulando tensiones y enfrentamientos.

Obama comprometió cambios en las políticas exterior y de seguridad y defensa de los Estados Unidos, en particular, anunció un “nuevo trato” en las relaciones con otros países basado en el respeto mutuo, la renuncia al unilateralismo y a las imposiciones y, en materia de seguridad, se propuso el ejercicio de un liderazgo basado en los principios fundadores de la nación norteamericana. Estos planteamientos marcan distancia respecto de la política seguida por la administración Bush hijo, que buscó imponer su visión militarista aún a sus aliados y amigos, pasó por encima de las decisiones de los órganos multilaterales, avaló la práctica de torturas en su país como en otros y, mediante la Ley Patriótica, recortó libertades y derechos fundamentales de los ciudadanos estadounidenses. Estos cambios se producen en medio de la crisis de la hegemonía norteamericana, de severas dificultades económicas y de inciertas variaciones en el sistema mundo.

Ya se ha analizado en páginas anteriores que la lucha contra el narcotráfico, primero, y posteriormente, a partir de los atentados terroristas del 11 de septiembre, la guerra contra el terrorismo, marcaron la política exterior y de seguridad y defensa de los Estados Unidos desde fines del siglo XX. Lo que se dio en llamar postguerra fría se caracterizó por una mayor fluidez, inestabilidad e incertidumbre en el orden mundial. Los Estados Unidos han perdido la hegemonía en lo económico y encaran la competencia de la Unión Europea, –especialmente la de Alemania-, del Japón, de China y de las economías emergentes de Brasil e India. Adicionalmente deben enfrentar el surgimiento de potencias regionales como es el caso de Rusia, China e Irán. De la bipolaridad de la guerra fría se ha pasado a una polaridad compleja en la que se están dando reajustes en la correlación de fuerzas a nivel mundial y el centro de gravedad se ha desplazado progresivamente del Atlántico hacia el Pacífico y Asia.

Es en este contexto en el que el liderazgo norteamericano percibe márgenes de maniobra para incidir en el tratamiento de los cambios en la correlación de fuerzas y en los reajustes en la distribución del poder. Este es el espacio que desde la campaña presidencial de 2012 ocupa el discurso de Obama y su propuesta para hacer frente a la crisis de hegemonía de los

Estados Unidos y a la pérdida de legitimidad como consecuencia de la prolongada y agotada política de la Administración de George W. Bush, en el marco de su segundo período presidencial, iniciado en enero de 2013.

## El proyecto de dominación actual

Las propuestas de política exterior del presidente Obama han implicado reajustes y continuidades. En el centro de ella se encuentra la defensa de los intereses vitales de los Estados Unidos, para lo cual se ha diseñado una gran estrategia orientada al ejercicio del liderazgo en aquellos campos en los que sus intereses coinciden o se presentan como coincidentes con el interés común. Se busca de esa manera preservar la primacía que los Estados Unidos construyeron a partir de la segunda guerra mundial y mantuvieron durante la guerra fría mediante la política de contención; mediante la del compromiso selectivo durante los gobiernos de Clinton y mediante la guerra contra el terrorismo durante la Administración de W. Bush. La primacía es una modalidad de gran estrategia basada en el principio de no tolerar el surgimiento y consolidación de un poder que rivalice con el propio<sup>188</sup>.

En el discurso pronunciado al asumir la presidencia de su país, en enero de 2009, Obama invocó la defensa del Estado de derecho y los derechos humanos como ideales que inspiraron a los fundadores de la nación norteamericana.<sup>189</sup> Como lo señalara Jaime Zuluaga Nieto, estas posiciones adoptadas por el discurso de la primera Administración de Obama establecieron ciertas diferencias con la forma como la Administración de W. Bush encaró la crisis de hegemonía y los conflictos asociados a los reajustes y cambios en la correlación de fuerzas a nivel mundial, así como a los juegos de intereses internos. La postulación de un nuevo trato generaba importantes apoyos a la política norteamericana, sobre todo en el exterior. El que la potencia en decadencia sostenga en la retórica su disposición a tratar a los demás países en condiciones de igualdad, a recurrir al multilateralismo renunciando a la política de imposiciones imperiales, asuma (al menos en el discurso) corresponsabilidades históricamente negadas y manifieste querer construir políticas no para sino con los demás, ha sido un hecho relevante.

<sup>188</sup> Véase Jorge Hernández Martínez, "Estados Unidos y la lógica del imperialismo. ¿Perspectivas de cambio bajo la Administración Obama", en: **Cuba Socialista**, No. 55, La Habana, 2010, y "Obama y el ciclo de la política norteamericana: ¿Hacia un nuevo proyecto nacional?", en: **Cuadernos de Nuestra América**, No. 45, CEA, La Habana, enero-junio de 2010.

<sup>189</sup> Barack Obama, **Discurso de toma de posesión**, 20 de enero de 2009, Washington D.C. , en: <http://www.america.gov/st/usgspanish/2009/January>

Sin embargo, no semejaban viables rupturas radicales en materia de política exterior y los márgenes de maniobra del gobierno estaban acotados por fuerzas e intereses internos y externos que delimitaban su acción, aún en el caso de que el presidente hubiese deseado avanzar en un cambio radical. El problema no era el de las intenciones de un jefe de Estado, era cuestión de la naturaleza de los intereses en juego y esos eran, entre otros, los de la superación de la crisis de hegemonía y la preservación de la primacía, tal como quedara planteado con la definición de los ejes fundamentales de la política de seguridad y defensa<sup>190</sup>. Esas proyecciones de la primera Administración Obama se mantienen luego de su reelección en 2012.

Una de las tesis más fuertemente invocadas por el presidente Obama era la cuestión ética de la relación entre la seguridad y lo ideales: “En cuanto a nuestra defensa común, rechazamos como falsa la opción entre nuestra seguridad y nuestros ideales.”<sup>191</sup> Seguridad *versus* ideales remite al problema clásico del recurso a la violencia en las sociedades. La violencia tiene un carácter instrumental, no es un fin en sí mismo, es un medio. Y en esa relación el fin no justifica los medios, de allí que no todo valga en la guerra como lo pretenden ciertas tradiciones militaristas.

Los ideales a los que remite el enunciado son los enarbolados por los padres fundadores de la nación norteamericana y que en el discurso del presidente se resumen en libertad y democracia, estado de derecho y derechos humanos. El recurso a la violencia en aras de la seguridad y defensa no puede vulnerar las libertades democráticas, atentar contra los derechos humanos y desconocer el estado de derecho. De allí la condena al recurso a la tortura en los interrogatorios y el anuncio del cierre de la prisión en Guantánamo, aún y cuando no haya actuado en consecuencia. En el discurso sobre la seguridad y los valores del 20 de mayo de 2009 el presidente Obama señaló que ante la amenaza terrorista, las dos guerras en las que se encuentran comprometidos y la necesidad de combatir a los terroristas refugiados en Afganistán y Pakistán su gobierno ha apropiado los recursos necesarios para el fortalecimiento y la dirección estratégica de las fuerzas militares y de la inteligencia; ha avanzado en la construcción de acuerdos para controlar las armas nucleares y evitar que armas de destrucción masiva caigan en manos de terroristas, así como fortalecido la diplomacia. Así, fuerza y diplomacia forman parte de la estrategia norteamericana para neutralizar, aislar y derrotar a sus enemigos, al menos al nivel discursivo. El anuncio de un “nuevo trato”, el compromiso con la acción multilateral y el respeto de las libertades, el estado de derecho y los derechos

<sup>190</sup> Véase Jaime Zuluaga Nieto, “La construcción de la identidad nacional”, en Marco A. Gandásegui y Dídimo Castillo Fernández (Coordinadores), **Estados Unidos: la crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación**, CLACSO/Editorial Siglo XXI, México, 2010, pp. 157-160.

<sup>191</sup> Barack Obama, **Discurso sobre la seguridad y los valores de EEUU**, 2009, en: <http://www.america.gov/st/usg-spanish>.

humanos han jugado un papel significativo en los propósitos de Obama de relegitimar la política de seguridad nacional.

En la Estrategia de Seguridad Nacional 2010, presentada en mayo de ese año, se trazan, de manera general, los objetivos de la Administración Obama y sus metas en política exterior, ante el nuevo entorno geopolítico mundial. En buena medida, se trata de una posición que podía anticiparse, en la medida que no constituye un punto de inflexión ni doctrinal ni práctico con respecto al legado estratégico que recibió el presidente Obama<sup>192</sup>.

Eso sí, en correspondencia con el enfoque explícito discursivo mantenido desde que asumió la presidencia, y a diferencia de su predecesor, en este documento se enfatiza la idea de evitar la confrontación para alcanzar los objetivos internacionales, priorizando, siempre que sea posible, la negociación y la persuasión.

Si bien en esta declaración no deja de recalcar una fuerte iniciativa contra el terrorismo, también se destacan asuntos como el cambio climático y la economía, subrayando el importante papel que el gobierno norteamericano debe jugar ante ellos, con lo cual se hace suya una concepción amplia o extendida de la seguridad nacional, de manera que la misma no se restringe a la dimensión estratégico-militar.

En el documento se identifican una serie de amenazas --reales o potenciales--, a la seguridad. Para contrarrestarlas se propone que, además de atender al cambio climático, mantener el crecimiento económico o combatir el terrorismo, es necesario reducir las amenazas cibernéticas, dejar de depender del petróleo, así como “resolver y prevenir los conflictos”. La principal amenaza que se considera es la expansión de las armas de destrucción masiva y, de modo específico, Obama señala el peligro planteado por la búsqueda de armas nucleares por parte de “extremistas” y “otros Estados” (destacando los programas nucleares de Irán y Corea del Norte). De aquí que se acentúe la importancia de acudir a una agenda integral para la no proliferación y para la seguridad nuclear, y que se insista en los derechos y las responsabilidades de cada país<sup>193</sup>.

A diferencia de la “doctrina Bush” acerca de la llamada guerra preventiva y el enfoque unilateral expresado en ella, la reciente estrategia de 2010 subraya que el conflicto armado debe ser el último recurso, “una vez agotadas las vías diplomáticas”.

---

<sup>192</sup>Véase la **Estrategia de Seguridad Nacional 2010**, presentada por Barack Obama el 27 de mayo de ese año. Versión electrónica traducida por la Embajada de los Estados Unidos en México.

<sup>193</sup>Véase Abel E. González Santamaría, **La gran estrategia. Estados Unidos vs América Latina**, Editorial Ccapitán San Luis, La Habana, 2013.

El limitado tratamiento que reciben determinadas áreas geográficas y países en el documento no debe interpretarse, necesariamente, como una evidencia de la baja prioridad. Ese es el caso de América Latina y el Caribe, que como región es abordada en un solo párrafo de cinco líneas, resultando difícil ubicarla en el documento de 52 páginas.

En cuanto a las naciones que son tratadas de manera aislada sobresalen Brasil, México, Haití y Argentina. Cabría preguntarse si es posible que fuesen olvidados países latinoamericanos y caribeños (o zonas) que protagonizan escenarios de conflicto para el funcionamiento del sistema de dominación hemisférico de los Estados Unidos --como por ejemplo, Colombia, Venezuela, Bolivia, Cuba, el istmo centroamericano--, cuyo valor estratégico en el tablero geopolítico regional ha sido siempre muy alto.

Como parte del interés estadounidense, se señala el apoyo a los valores democráticos entre las naciones y a la defensa de los derechos humanos, que los "Estados Unidos están comprometidos con la sociedad civil y la oposición política pacífica", y que continuará el apoyo abierto y encubierto a las iniciativas desestabilizadoras con el propósito de impedir la consolidación de movimientos y fuerzas políticas capaces de obstaculizar sus planes de dominación en diferentes países. Aunque no los menciona, podría pensarse en los casos de Venezuela y Cuba.

Aunque Obama se ha apartado en su lenguaje de la Administración Bush al priorizar (como medio para alcanzar los objetivos de política exterior), la diplomacia frente al conflicto armado, poniendo acento en la cooperación global así como en la conformación de alianzas, no llega a expresar un distanciamiento significativo en cuanto a la doctrina de la guerra preventiva, lo que refuerza la argumentación acerca de que la balanza se inclina más hacia la continuidad que al cambio.

La "nueva" Estrategia de Seguridad Nacional no se distanciaba, en esencia, de enfoques anteriores, en la medida en que sus principales objetivos parecieran seguir siendo los mismos: eliminar los elementos que obstaculicen los caminos para lograr los intereses hegemónicos de los Estados Unidos, recurriendo al pretexto, una vez más, de que amenazan su seguridad nacional. A pesar del esfuerzo por emplear matices, el documento ratifica la tradicional proyección belicista, al afirmar que "mantendremos la superioridad militar que ha asegurado a nuestro país, y ha apoyado la seguridad mundial, durante décadas (...) Nuestras fuerzas armadas siempre serán la piedra fundamental de nuestra seguridad". Es decir, si bien se destaca un contraste con la estrategia de 2006, al subrayarse el papel de la diplomacia y el compromiso, no se deja de reconocer lo imperioso que resulta conjugar, junto a una política de "poder inteligente", los instrumentos que conforman un enfoque integral, que incluye



también los del llamado “poder duro” y poder blando” ante los procesos y escenarios actuales, que retan la hegemonía norteamericana.

Está claro que para comprender el enfoque de seguridad nacional y de política exterior de la Administración Obama para América Latina es necesario ponderar lo expuesto a la luz de sus proyecciones generales hacia la región. Y en este sentido, habría que tener presente, por ejemplo, sus palabras en la V Cumbre de las Américas, efectuada en abril de 2009 en Trinidad-Tobago. Allí planteó, de modo explícito, renovar «el liderazgo», «la credibilidad» y “la influencia” de su país sobre el hemisferio occidental, argumentando la conveniencia de que los Estados Unidos comenzaran “una nueva era” en sus relaciones con América Latina, haciendo clara alusión a las bases históricas establecidas desde la doctrina Monroe y el Panamericanismo hasta la Alianza para el Progreso y la iniciativa para las Américas. Partía de que tales metas se habían deteriorado a causa de que la Administración de W. Bush “se embarcó en una guerra desquiciada con Irak” y abandonó su promesa de “hacer de Latinoamérica un compromiso fundamental de su presidencia”.<sup>194</sup>

En consecuencia, achacaba a su predecesor la responsabilidad ante lo que llamó una actitud de “negligencia hacia nuestros amigos, inefectiva con nuestros adversarios, desinteresada por los problemas que sufre la gente e incapaz de hacer avanzar nuestros intereses en la región”. Ese “vacío” (al decir de Obama) habría sido ocupado por “demagogos como Hugo Chávez” y sus aliados hemisféricos, así como por otros países de Europa y Asia; entre los que destacó a la República Popular China e Irán.<sup>195</sup>

## **Estados Unidos-América Latina entre viejos esquemas y nuevos enunciados: hegemonía, seguridad y prosperidad**

Utilizando la misma retórica de sus antecesores sobre “la interdependencia, la prosperidad, la seguridad, la libertad, la democracia, los intereses compartidos y los valores comunes”, Obama establece (o mejor decir, retoma, actualiza) un esquema de relación con América Latina basada en viejas concepciones y herramientas de dominación, que ahora denomina como “una nueva alianza” entre los Estados Unidos y los gobiernos del hemisferio occidental que él considere “democráticos”.<sup>196</sup> Desde esa perspectiva, una vez

<sup>194</sup> Barack Obama: **Discurso del 23 de mayo del 2008**.

<sup>195</sup> **Idem**.

<sup>196</sup> Véase el análisis que al respecto realiza Luis Suárez Salazar en su trabajo “La ambivalente política hemisférica de Barack Obama: una primera evaluación”, publicado en **América Latina en Movimiento**

más reaparece el enfoque que justifica la llamada defensa de la seguridad nacional como sombrilla que ampara disímiles acciones para proteger la democracia y los intereses compartidos con Estados Unidos.

Desde esa óptica, Obama justifica y hasta asume los principales componentes de las políticas de seguridad represivas e intervencionistas hacia México, Centroamérica y la región andino-amazónica impulsadas por W. Bush. Está claro que durante la mencionada V Cumbre de las Américas Obama despliega acciones novedosas que rompen con el estilo tanto de W. Bush como de Clinton, y de que no podrían obviarse las conversaciones que después de esa cita se producen entre funcionarios estadounidenses de diversas jerarquías con sus correspondientes contrapartes de Bolivia y Cuba. Pero por encima de ello, sobresalen las pautas de continuidad de la política latinoamericana de Obama con respecto a la de G. W. Bush.

Las dimensiones militares y de seguridad de la “nueva” alianza de las Américas promovida por Obama a través de la Alianza para la Seguridad y Prosperidad de América del Norte (ASPAN) y de la llamada Iniciativa Mérida, ambas impulsadas desde antes por la Administración de W. Bush, reflejan de manera clara la continuidad básica, por encima de las diferencias formales, de estilo y de tono, con anteriores enfoques sobre la seguridad nacional, concebida como eje de la proyección latinoamericana de Estados Unidos. En buena medida, en ello están presentes códigos de la “terminada” guerra fría.

Quizás lo más sustantivo, en esas continuidades, sea que el liderazgo estratégico, más allá de la pretensión de fundarse en intereses pretendidamente comunes o compartidos, responde a los intereses vitales de los Estados Unidos y a la necesidad de preservar la primacía que han ejercido. De allí que el enfoque de seguridad nacional se oriente a evitar la consolidación de cualquier potencia, amiga o no, con capacidad de disputarles la hegemonía. La defensa de esos intereses y el ejercicio de la primacía es presentada *per se* como la defensa de los principios e ideales fundadores de la nación norteamericana. Sólo que esto no es nuevo; así ha sido a lo largo de la historia de los Estados Unidos. El valor de la libertad y la democracia ha sido utilizado como un instrumento hegemónico o de dominación, según el caso.

Apelando a estos valores y a la defensa de su concepción de los derechos, los Estados Unidos han justificado sus intervenciones e imposiciones y tratado de legitimar la autodesignación de “gendarmes” universales de la democracia y los derechos humanos. Con Obama, veinte años después de “sepultada” la guerra fría, la perspectiva que sostiene la doctrina, la estrategia, el enfoque de seguridad nacional, reitera, de alguna manera, una versión ideológica del Destino Manifiesto para el siglo XXI, en tanto que desde el punto de vista militar da continuidad al fortalecimiento de las fuerzas armadas, a su presencia

---

con fecha 16 de julio de 2009, en cuyos datos e interpretaciones se apoyan nuestras aproximaciones.

hemisférica y global, en el marco de una concepción estratégica de garantizar la hegemonía a través de medios bélicos y del desarrollo de un “poder inteligente”, procurando las mejores vías para mantener y reproducir los objetivos del imperialismo.

Según Luis Suárez Salazar, se identifican cinco ejes, en los cuales se ha movido la política latinoamericana de los Estados Unidos durante los años de Obama en la Casa Blanca y en los que restan de su segunda Administración. El primero sería contra el ALBA-TCP (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos). “Esa era una línea --señala--, con diferentes expresiones, pero colocando en el centro de sus estrategias las políticas contra Cuba, Venezuela, Bolivia, Ecuador, aunque por supuesto no con las estrategias brutales de Bush. En esa lógica debemos colocar el golpe de Estado en Honduras. Algún día sabremos cuánto Obama sabía o no, pero lo cierto fue que terminó respaldando el golpe y lo que vino después”. El segundo eje es lo que denomina como el esfuerzo de Obama por “recontrolar el gran Caribe”, lo cual incluye a México, Centroamérica, el CARICOM, la República Dominicana, Venezuela, Colombia, la República Cooperativa de Guyana y Surinam. En este aspecto se resalta el carácter esencialmente continuista” de la política de Obama con respecto a la de W. Bush. El tercer eje consiste en “el control del Pacífico”, orientado más que todo a enfrentar la influencia de China, tanto en su propia región, como en otras zonas del mundo, incluida América Latina, con lo cual la Administración de Obama pretende contrarrestar el punto más débil de su sistema de dominación en el continente americano: el Atlántico Sur. El cuarto eje se define por el interés en evitar que Brasil se convierta en una potencia global, y por lo tanto la estrategias de la actual Administración norteamericana trata de controlar o neutralizar la posibilidad de que esa potencia emergente se convierta en una potencia antagónica que rivalice con los Estados Unidos. Por último, el quinto eje está vinculado con lo que llama “ralentizar los proceso de concertación política, cooperación e integración económica que se están desplegando en América Latina al margen de la voluntad de Estados Unidos”<sup>197</sup>.

Dicho autor considera que aunque la segunda presidencia de Obama seguirá moviéndose sobre esos ejes, se observan algunos cambios, siempre orientados a lograr la recomposición de su sistema de dominación en el continente americano.

“Dentro del discurso de la clase dominante norteamericana --explica-- hay dos palabras claves: prosperidad y seguridad. Durante el primer mandato de Obama la seguridad estaba muy sobredimensionada con respecto a la prosperidad. Pero ahora, en los discursos que hizo durante su visita a México y

---

<sup>197</sup> Véase Dalia González Delgado, ““El futuro es un campo de batalla” (Entrevista a Luis Suárez Salazar, realizada el 22-10-2013), en: Cubahora, <http://www.cubahora.cu>

en la Cumbre del SICA, habló más de la prosperidad, aunque obviamente sin abandonar el componente de “la seguridad”. Y, a su vez, esa “prosperidad” siempre aparece asociada a la profundización o ampliación de los mal llamados tratados de Libre Comercio con Estados Unidos.

Cuando Adrián Bonilla aborda las perspectivas, afirma que, probablemente, los temas más importantes para América Latina de la nueva Administración de Obama van a surgir de las necesidades políticas internas de su gobierno. En este sentido, señala que el 16% de la población estadounidense es de origen latinoamericano, que la misma ha crecido sostenidamente y ha transformado la demografía de los Estados Unidos, con una creciente importancia política. De ahí que un tema básico que puede ganar peso en la proyección norteamericana hacia América Latina, sin que sea, en sí mismo, un asunto convencional de política exterior, sea el de la migración, con implicaciones notorias, por ejemplo, para países como México, El Salvador, Guatemala, Ecuador, Colombia, Perú, entre otros<sup>198</sup>.

Desde esa perspectiva, como concluye Bonilla, los tópicos de comercio podrían ser asumidos en nuevos marcos estratégicos. La recomposición del mapa latinoamericano por un lado, y la construcción de nuevas opciones globales en Estados Unidos plantean escenarios de transformación, cuyos efectos podrían tener implicaciones tanto negativas como favorables para América Latina.<sup>199</sup>

En resumen, pareciera prevalecer más la continuidad --unido a cierto estancamiento, o letargo-- de la política exterior norteamericana hacia América Latina que el cambio durante lo que resta de la segunda Administración Obama, en el camino hacia las elecciones presidenciales de 2016 e incluso más allá, hacia finales del decenio en curso.

Con herramientas teóricas, históricas y políticas como las que se derivan de un análisis (incompleto) como el que se ha expuesto, es que se puede seguir dialécticamente a Marx, desde el pensamiento crítico latinoamericano, parafraseando su undécima tesis, sobre Feuerbach, cuando afirmaba que el mundo había sido muy interpretado, y de que se trataba, en cambio, de transformarlo. Hoy nos enfrentamos a un mundo que ha sido muy transformado por la globalización, el neoliberalismo y en el caso de América Latina, por las maneras específicas con que el imperialismo la ha insertado en su proyecto de dominación. De lo que se trata, entonces, es de interpretarlo, de comprenderlo, para poder seguir actuando, transformándolo.

La Habana, abril de 2014.

---

<sup>198</sup> Véase Adrián Bonilla, **El nuevo mandato de Obama y América Latina**, 2014.  
<http://flacso.org./secretaria-general>.

<sup>199</sup> **Ibidem**, p. 7.



## LOS AUTORES

### Roberto Regalado Álvarez

**P**rofesor-Investigador del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), de la Universidad de La Habana (UH). Politólogo y Doctor en Ciencias Filosóficas. Ha sido diplomático y funcionario del Dpto. América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba (CCPCC), donde dirigió la Sección de Análisis. Se especializa en el estudio de los procesos políticos y la dominación imperialista en América Latina.

### Luis René Fernández Tabío

**P**rofesor-Investigador del CEHSEU, de la UH. Economista y politólogo. Doctor en Ciencias Económicas. Fue Coordinador del Departamento de Estudios sobre el Imperialismo en el Centro de Investigaciones sobre Asia, África y América Latina (CIAAAL) de la Academia de Ciencias de Cuba e Investigador en el Centro de Estudios sobre América (CEA), adscrito al CCPCC. Se especializa en estudios sobre economía y política en Estados Unidos y Canadá, y relaciones interamericanas.

### Ernesto Domínguez López

**P**rofesor-Investigador del CEHSEU, de la UH. Politólogo e historiador. Doctor en Ciencias Históricas. Fue investigador en el Centro de Estudios Europeos (CEE), adscrito al CCPCC. Se especializa en estudios sobre política, historia y sociedad en Estados Unidos y sobre relaciones internacionales.

### **Carlos Akira de la Puente**

**P**rofesor-Investigador del CEHSEU, de la UH. Sociólogo y politólogo. Máster en Estudios Políticos y Sociales. Fue investigador en el Centro de Estudios Europeos (CEE), adscrito al CCPCC. Se especializa en estudios sobre política e ideología en Estados Unidos y sobre relaciones interamericanas.

### **Roberto Yepe Papastamatín**

**P**rofesor-Investigador del CEHSEU, de la UH. Politólogo. Licenciado en Relaciones Políticas Internacionales y en Derecho, Máster en Administración de Negocios. Fue funcionario y Subdirector en la Dirección de América Latina y el Caribe del Ministerio de Relaciones Exteriores (MINREX), así como profesor en el Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI), adscrito a ese organismo. Se especializa en estudios sobre procesos políticos en Estados Unidos y relaciones interamericanas.

### **Jorge Hernández Martínez**

**P**rofesor-Investigador y Director del CEHSEU, de la UH. Sociólogo y politólogo. Doctor en Ciencias Históricas. Miembro del Grupo de Trabajo “Estudios sobre Estados Unidos” del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Fue investigador en el Centro de Estudios sobre América (CEA), adscrito al CCPCC y en el Centro de Estudios de Alternativas Políticas (CEAP), de la UH. Se especializa en estudios sobre ideología y política en Estados Unidos y relaciones interamericanas.